Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA SEMESTRAL

SARMIENTO

APROXIMACIONES

VICTORIA OCAMPO - JOSE LUIS ROMERO - RAIMUNDO LIDA - B. CANAL FEIJOO - E. ANDERSON IMBERT - PAUL VERDEVOYE - VICTOR MASSUH - GREGORIO WEINBERG - MARCELO MONTSERRAT - FELIX WEINBERG - T. HALPERIN DONGHI - M. SANCHEZ SORONDO JUAN C. GHIANO - RICARDO A. PAZ - ALBERTO G. MOSQUERA MIGUEL DE UNAMUNO - LEOPOLDO LUGONES - PEDRO HENRIQUEZ UREÑA - ESTANISLAO S. ZEBALLOS - PEDRO GOYENA - ERNESTO LICEDA (h.) - CARTAS DE SARMIENTO - SELECCION DE JUICIOS

341

JULIO-DICIEMBRE 1977
BUENOS AIRES

SUR

FUNDADA EN 1931

Dirigida por

VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso

T. E. 32-5148 - 31-3220

Comité de Colaboración

Mildred Adams
Adolfo Bioy Casares
Alberto Luis Bixio
Jorge Luis Borges
Roger Caillois
Alberto Girri
Eduardo González Lanuza
Raimundo Lida
Eduardo Mallea
Fryda Schultz de Mantovani
Silvina Ocampo
Ernesto Sábato
Enrique Pezzoni

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 3000.—

Otros países:
Anual ..... u$s 50.—

S1CJ.15.1.2 47

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522
Top. 201.551

H0008124

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor Alvarez
Precio $12.000
Fecha - 7 OCT 1998

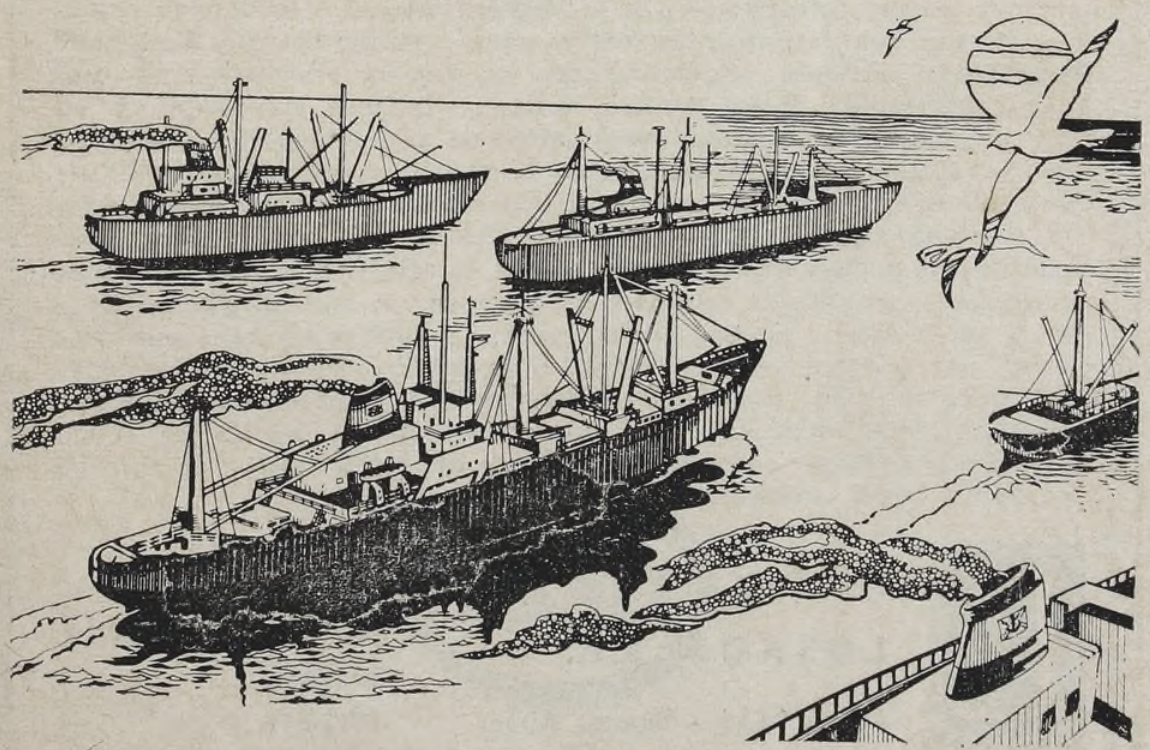
nuestra flota

El cuidado de la carga es la clave del transporte comercial y marítimo.
Nosotros nos responsabilizamos de ella.
Hombres expertos, unidades modernas y una historia que nos enorgullece, integran nuestro aval.
Este capital le asegura el buen puerto que su mercadería necesita.
Nuestra flota le conviene. Vamos viento en popa.

EMPRESA LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS S. A.

E.L.M.A.
NUESTRA FLOTA

Télam



DOS OBRAS FUNDAMENTALES

FRANZ KAFKA: **EL CASTILLO**

(Biblioteca Clásica y Contemporánea, T. 439, 336 págs.)

La Editorial Losada fue la primera en difundir la obra de Kafka en lengua castellana: en 1938 **La metamorfosis** (traducción y prólogo de Jorge Luis Borges en La Pajarita de Papel, que luego se reeditó varias veces en la Biblioteca Clásica y Contemporánea, Nº 118) y en 1939 **El proceso** (traducción de Vicente Mendivil, en Novelistas de Nuestra Epoca, volumen después incorporado también a esta Biblioteca, Nº 429). Bajo el Nº 438 se agregó recientemente **América** (traducción de Francisco Zanutigh Núñez) y ahora se hace lo propio con **El castillo,** novela escrita hacia 1922, sin duda una de las obras fundamentales de este siglo y una de las mayores de cualquier época (este texto ha sido también traducido por Zanutigh Núñez). Albert Camus escribió con respecto a Kafka: "Nos encontramos en las fronteras del pensamiento humano. En su obra todo es esencial en el verdadero sentido de la palabra. En todo caso, plantea el problema del absurdo en su totalidad... Constituye el destino, y quizá también la gloria, de esta obra el que admita cualquier posibilidad y no satisfaga ninguna".

JEAN-PAUL SARTRE: **AUTORRETRATO A LOS SETENTA AÑOS**

(Cristal del Tiempo, 208 págs.)

Los tres textos que inician este volumen tienen marcado carácter autobiográfico. El primero es una entrevista acerca de **El idiota de la familia,** el monumental estudio que Sartre ha consagrado a Flaubert. En el segundo, Simone de Beauvoir interroga a fondo al polémico escritor acerca del feminismo. El tercero —el más extenso del volumen y sin duda el que presenta mayores atractivos— es la versión integral e inédita en castellano de su "Autorretrato a los setenta años", trabajo del cual **Le Nouvel Observateur** publicara originariamente los tramos principales. En esta larga conversación, Sartre procura trazar un balance provisional de su vida y brinda así una singular continuación de su autobiografía, **Las palabras.** La segunda parte de **Situaciones X** contiene cuatro textos políticos que examinan otros tantos problemas importantes posteriores a mayo del '68, momento significativo de la reciente historia francesa. En ellos, como suele ocurrir a menudo con Sartre, se une lo revulsivo de sus posiciones personales —un afán de justicia a todo trance, un anarquismo radical— con la causticidad y agudeza de su prosa. La Editorial Losada, que hace treinta años iniciara la incorporación a su catálogo de la obra de Jean-Paul Sartre (en 1947 tradujo **La naúsea,** en 1948 **El muro** y así siguiendo) continúa de este modo una tarea que es ineludible e implica una sólida contribución cultural, pues pone al alcance del lector español la obra de una de las figuras intelectuales mayores de este siglo.

EDITORIAL

LOSADA S.A.

Alsina 1131 - Buenos Aires

MONTEVIDEO
SANTIAGO DE CHILE
LIMA
BOGOTA


Esso



BIBLIOTECA DE FILOSOFIA

Novedosa Colección, que ofrece al lector las obras de mayor relieve en el campo de la creación, la interpretación y los temas afines al pensamiento filosófico.

TITULOS PUBLICADOS

E. Morot — Sir: El pensamiento Francés actual
De la década del 30 a los años 70, con prólogo del autor para la edición en castellano. 116 págs. Rca.

E. Morot — Sir: La metafísica de Pascal
El más reciente trabajo sobre el gran pensador francés, en el que aparece un Pascal completo, actual, clave de la historia de las ciencias y de las letras, y a la vez, insólito contemporáneo nuestro. 134 págs.

J. Rolland de Renéville: Significación del hombre
Los grandes temas que plantea la antropología filosófica. En un claro lenguaje, esta obra sugiere explicaciones para sus profundos interrogantes. Con un glosario alfabético de términos técnicos. 100 págs.

Jean Pucelle: El Tiempo
Los tiempos biológico, psicológico, social, físico e histórico, analizados y captados cada uno en su propio nivel. 100 págs.

W. Charlton: Introducción a la estética
El desarrollo de esta disciplina y el lugar que actualmente ocupa dentro de la especulación filosófica. 166 págs.

James A. Boon: Del simbolismo al estructuralismo
Levi-Strauss en la tradición literaria. Estudio acerca de las cuestiones literarias, filosóficas y políticas suscitadas por el estructuralismo, y por sus más fomoso expositor. 280 págs.

Henri Arvon: Buda:
Su vida, su pensamiento, con una selección de textos budistas fundamentales, difíciles de obtener en castellano, 96 págs. Rca.

Pierre Vendryes: Hacia la teoría del hombre
Un afinado desarrollo de la autonomía fisiológica y de la autonomía intelectual, a la luz de los últimos aportes de la fisiología, la lingüística, la informática. 114 págs., ilustr. Rca.

D. A. Hyland: Los orígenes de la filosofía en el mito y los presocráticos
Incluye los textos íntegros de los presocráticos y el poema de Gilgamesh, el Cármides, de Platón y otros. 292 págs., ilustr. Rca.

En venta en su libreria y en
LIBRERIA - EDITORIAL EL ATENEO
Florida 340 - Buenos Aires - Junin 819

Dice

Jorge Luis BORGES

"Me parece absurdo que una persona se niegue a todo el placer de la literatura acumulada en treinta siglos".

(La Nación, 13/2/77)

LOS CLÁSICOS Y LOS CONTEMPORÁNEOS

se integran en la universalidad de la literatura de todos los tiempos y esa es la medida de nuestra

BIBLIOTECA GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Para el lector en formación y también para el lector formado; para el estudioso y para el estudiante, pero siempre indispensable para adquirir o consolidar una cultura literaria básica. En el casi centenar y medio de **títulos rigurosamente escogidos** que la componen encontrará desde Cervantes y Lope de Vega hasta Roberto Arlt y Ernesto Sábato. Los **textos íntegros** de sus obras se presentan **prologados y anotados** por especialistas de renombre en manuables y económicos volúmenes que incluyen cronología de la vida y obra, bibliografía, y selección de juicios acerca del autor.



Acaban de aparecer:

BORGES. Poesías, Jorge Luis Borges
Selección, estudio preliminar y notas de María Adela Renard

SELECCION DE PAGINAS EN PROSA, Francisco de Quevedo
Selección, estudio preliminar y notas de Lilia E. F. de Orduna

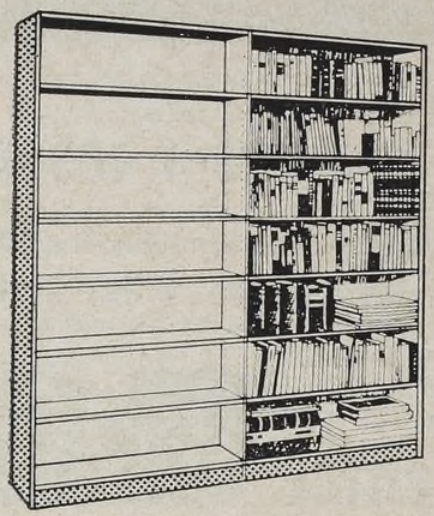
DON SEGUNDO SOMBRA, Ricardo Güiraldes
Estudio preliminar y notas de Angel Mazzei

Editorial **KAPELUSZ**

Corrientes 999 1043 - BUENOS AIRES

Yuxtaponga!

...o coloque una al lado de otra, es lo mismo! Con las 18 nuevas medidas del **Modelo Y** de **Bibliotecas Lundiacita,** Ud. mismo puede formar la biblioteca que tanto buscó. **Yuxtaponga** con **Lundiacita** y logre infinitas combinaciones.



CITA

CITA

Exp. y Ventas:
Av. Montes de Oca 2040
Tel. 28-7881

EDITORIAL SUR

ULTIMAS NOVEDADES:

Victoria Ocampo, TESTIMONIOS (Xº serie)

Sebastián Soler, TEMAS ANTILIBERALES

Alberto Mario Salas, RELACION PARCIAL DE BUENOS AIRES (3º Ed.)

DE PROXIMA APARICION:

André Malraux, EL HOMBRE PRECARIO

Viamonte 494, 8º — T.E.: 32-5148 — 31-3220

Distribuidora: Editorial SUDAMERICANA, Humberto 1º 545, Capital

OIGO!

ES SEGURIDAD

OBRAS DE VICTORIA OCAMPO

De Francesca a Beatrice (con un epílogo de Ortega y Gasset). Revista de Occidente, Madrid, 1924. Sur, Buenos Aires, 1963.

La laguna de los nenúfares (fábula escénica). Revista de Occidente, Madrid, 1926.

Testimonios, I serie, Revista de Occidente, Madrid, 1935.

Domingos en Hyde Park, Sur, Buenos Aires, 1936.

Testimonios, II serie, Sur, Buenos Aires, 1941.

San Isidro (con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen). Sur, Buenos Aires, 1941.

338.171 T.E. Sur, Buenos Aires, 1942. Sur, Buenos Aires 1963.

Testimonios, III serie, Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

Soledad sonora (Testimonios, IV serie), Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias), Sudamericana Buenos Aires, 1951.

Lawrence de Arabia y otros ensayos, Aguilar, Madrid, 1951.

Virginia Woolf en su diario. Sur, Buenos Aires, 1954.

Testimonios, V serie (1950-1957), Sur, Buenos Aires, 1957.

Habla el Algarrobo (Luz y sonido), Sur, Buenos Aires, 1959.

Tagore en las barrancas de San Isidro, Sur, Buenos Aires, 1961.

Testimonios, VI serie (1957-1962) Sur, Buenos Aires, 1962.

Juan Sebastian Bach. El hombre. Agosto 1964, Sur.

La Belle y sus enamorados. Septiembre 1964, Sur.

Testimonios, VII serie (1962-1967) Sur, Buenos Aires, 1967.

Diálogo con Borges. Sur, Buenos Aires, 1969.

Diálogo con Mallea. Sur, Buenos Aires, 1969.

Testimonios, VIII serie (1968-1970). Sur, Buenos Aires, 1971.

Testimonios, IX serie (1971-1974). Sur, Buenos Aires, 1975.

Testimonios, X serie (1975-1977). Sur, Buenos Aires, 1977.

EN FRANCES

De Francesca à Béatrice. Editions Bossard, París, 1926.

Le Vert Paradis. Lettres Françaises, Buenos Aires, 1945.

338.171 T.E. (Lawrence d'Arabia), N.R.F., Gallimard, París, 1947.

EN INGLES

338.171 T.E. (Lawrence of Arabia). Traducción de David Garnett. Gollancz, Londres, 1963.

TRADUCCIONES

Albert Camus: Calígula. Marzo-Abril 1946, "Sur" Nos. 137-138.

Colette y Anita Loos: Gigi. Sur, Buenos Aires, 1946.

Dostoievsky-Camus: Los poseídos. Losada, Buenos Aires, 1960.

William Faulkner-Albert Camus: Requiem para una reclusa. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El cuarto en que se vive, Sur, Buenos Aires, 1953.

Graham Greene: El que pierde gana. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: La casilla de las macetas. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El amante complaciente. Sur, Buenos Aires, 1959.

Lanza del Vasto: Vinoba (en colaboración con Enrique Pezzoni). Sur, Buenos Aires, 1955.

T.E. Lawrence: El troquel. Sur, Buenos Aires, 1955.

Dylan Thomas: Bajo el bosque de leche (con la colaboración de Félix della Paolera) Sur, Buenos Aires, 1959.

Graham Greene: Tallando una estatua. Junio 1965, Sur.

Jawaharlal Nehru: Antología (Selección y Prefacio de Victoria Ocampo) Diciembre 1966, Sur.

Mahatma Gandhi: Mi vida es mi mensaje. Sur, Buenos Aires, 1970.

Graham Greene: La vuelta de A.J. Raffles. Sur, Buenos Aires, 1976.



Sagazola sa

Industrial, Comercial, Inmobiliaria y Financiera

Av. del Libertador 7112 - Buenos Aires - REPUBLICA ARGENTINA
Cables: Sagazola - Baires - Telex 012-1004 - T. E. 70-8577/8769/6443/3785

SUR
nº 340

MALRAUX
1901 - 1976

Digno homenaje a la figura de ese gran humanista que fue André Malraux, y expresión también digna de la trayectoria impar de "Sur" resulta este último de la Revista-libro de Victoria Ocampo.

Ejemplar sustancial en el que escritores, críticos y amigos del pensador francés reúnen conceptos precisos y emoción insoslayable para evocar la prestancia intelectual y humana del autor de las célebres "Antimemorias".

(El Cronista Comercial, 24 de agosto de 1977)

XEROX®

El acceso
a la información.

Xerox Argentina I.C.S.A.
L. N. Alem 619 - Buenos Aires.

IBER AMER ARGENTINA

PUBLICACIONES HISPANOAMERICANAS S.A.C.I.

Rivadavia 4076|82 811-1757|8176 Buenos Aires

NOVEDADES

AGUIRRE: **Los solitarios** (Destino)
ALVAREZ: **Cóndores no entierran todos los días** (Destino)
ALVAREZ: **La boba y el Buda** (Destino)
ASENJO SEDANO: **El ovni** (Destino)
BADEL: **De rodillas al sol** (Destino)
BALLESTEROS: **El personal** (Destino)
CARRASCAL: **Mientras tenga mis piernas** (Destino)
CUNQUEIRO: **La otra gente** (Destino)
CUNQUEIRO: **Tertulia de boticas y escuela de curanderos** (Destino)
DELIBES: **S.O.S.** (Destino)
GARCIA PAVON: **El último sábado** (Destino)
GARCIA PAVON: **Ya no es ayer** (Destino)
HOLT V.: **Las arenas movedizas** (Destino)
ORWELL: **Venciste, Rosemary** (Destino)
SENDER: **Las tres sorores** (Destino)
SENDER: **Arlene y la gaya ciencia** (Destino)
SENDER: **El fugitivo** (Destino)
SENDER: **Iman** (Destino)
SENDER: **El pez de oro** (Destino)
UMBRAL: **Las ninfas** (Destino)
Colección Destinolibro Nº 4: Cela: **La Flia. de Pascual Duarte**
Colección Destinolibro Nº 12: Ceram: **Dioses, Tumbas y Sabios**
Colección Destinolibro Nº 24: García Pavón: **Cuentos Republicanos**
Colección Destinolibro Nº 26: Cesbron: **Soltad a Barrabás**
Colección Destinolibro Nº 28: Holt V.: **La señora de Mellyn**

REVISTA SUR

nº 338 - 339

PROBLEMAS DE LA TRADUCCION

Adquiera su ejemplar en

Viamonte 494, 8º. Teléf. 32-5148 y 31-3220



Nueva línea
de relojes
ultraplanos
Girard - Perregaux
a cuarzo.

GP GIRARD-PERREGAUX
QUARTZ

PRECIO SUGERIDO $ 308.000.—

SUR

NUMEROS ESPECIALES

Nº 326-327-328: LA MUJER
Nº 329: SELECCION DE ENSAYOS
Nº 330-331: ANTOLOGIA DE CUENTOS
Nº 332-333: ANTOLOGIA POETICA
Nº 334-335: EL CINE

La mejor selección publicada en SUR. Se agotan.
Adquiéralos en
Viamonte 494, 8º. Teléf.: 32-5148 y 31-3220.

EDITORIAL SUDAMERICANA

André Malraux

EL HOMBRE PRECARIO Y LA LITERATURA

"¿Ha sido alguna vez tan fiel a sí mismo André Malraux como en este libro? Su tono rehuye el énfasis. Su presencia es más intensa por el hecho mismo de no tener ni grandilocuencia ni familiaridad. Nos hace entender el alma de los hombres por los caminos de los siglos y nuestra alma por nuestros propios interrogantes. No deja a su lector tal como lo ha tomado." (Jean Grosjean) Editorial SUR.

Arnold Toynbee, Arthur Koestler y otros

LA VIDA DESPUES DE LA MUERTE

En este volumen se reúnen respuestas al dilema de la vida después de la muerte dadas desde perspectivas religiosas, antropológicas, científicas, poéticas, en estudios sobre las creencias de las sociedades primitivas, del Africa, América, la India clásica, el Cercano Oriente, los pueblos islámicos y cristianos.

Victoria Ocampo

TESTIMONIOS, 10ª serie

En este último tomo de sus testimonios del mundo, Victoria Ocampo habla y discute con libros, con amigos o autores a quienes ha conocido en la relación personal o a través de esa otra relación, más íntima aún, que es para ella la lectura. Editorial SUR.

John Steinbeck

LOS HECHOS DEL REY ARTURO Y SUS NOBLES CABALLEROS

"Un regalo póstumo, maravilloso, lleno de sabiduría, que nos ha legado uno de los grandes escritores norteamericanos, ganador del Premio Nobel". (Publishers Weekly)

J.R.R. Tolkien

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

La historia misma de la novela —una historia que se remonta a la Odisea y a antes de la Odisea— no es un retorno, sino un paso adelante o una revolución: la conquista de un territorio nuevo. Ediciones MINOTAURO.

Felice Picano

OJOS

Un relato de amor y de horror. Sus protagonistas: Johanna Poole, una muchacha víctima de sus represiones y temores, que vive acechando a los demás tras los vidrios de su ventana; Stu Waehner, un joven que se convierte en la presa de esa mujer que lo espía...

REVISTAS LITERARIAS

SIN NOMBRE
Revista trimestral
Publicada por Editorial SIN NOMBRE
Apartado 4391. San Juan, Puerto Rico. 0095

PRAIRIE SCHOONER
Revista Trimestral
Publicada por University of Nebraska Press
Universidad de Nebraska, Lincoln, Nebraska 68588 U.S.A.

POETRY
Publicación mensual
1228, N. Dearborn Parkway
Chicago, Illinois 60610 U.S.A.

ESPRIT
Revista mensual
19, rue Jacob, 75006 Paris - Francia

MODERN LANGUAGE QUARTERLY
Revista Trimestral
Publicación de la Universidad de Washington
4045 Brooklyn Avenue N.E. University of Washington
Seattle, Washington 98105 - U.S.A.

MIDSTREAM
Publicación mensual
Theodor Herzl Foundation
515, Park Avenue, New York, N.Y. 10022 - U.S.A.



Una acción solidaria para la comunidad argentina

La Fundación Bunge y Born, entre las múltiples actividades que realiza, está siempre dispuesta para promover y fomentar obras que redunden en beneficio de la comunidad. Lo hace de la misma manera que apoya constantemente las tareas educacionales, las investigaciones cientificas o las manifestaciones culturales, artisticas y deportivas.
La Fundación Bunge y Born está plenamente convencida que, de esta forma, contribuye al progreso argentino.

FUNDACION BUNGE y BORN

SUR

NUMERO 341 JULIO-DICIEMBRE 1977

SARMIENTO Y NUESTRA CAUSA

En agosto de 1938, un número de *SUR* fue dedicado a Sarmiento. Han pasado 39 años. Ahora publicamos otro número, también sobre Sarmiento; se lo encomendó a Javier Fernández, interesado en hacerlo y a quien le agradecemos el cuidado con que llevó a cabo una tarea a la vez grata y difícil.

En cuanto a mí, colaboradora al margen, los 39 años pasados me han enseñado que, en un homenaje a Sarmiento sólo puedo volver a destacar lo que de él cité, pues es lo que más importa a nuestra causa: la de la mujer. Y además, sospecho que no todos los admiradores de Sarmiento están de acuerdo con él sobre esos capítulos: los de la mujer, los libros, y la educación. Cada cual tiene a *su* Domingo Faustino y le rebana lo que no aprueba.

Como ya conté en varias ocasiones, Sarmiento era muy amigo de mi bisabuelo e iba con frecuencia a tomar el café a la calle Florida y Viamonte; no pudo dejar de influir en esa familia. Pero yo no tuve la suerte de conocer a un hombre con quien coincidía en asuntos esenciales sin saberlo (no lo leía en mi juventud). Por ejemplo considero, como Sarmiento, execrable el odio hacia el extranjero y lo condeno como la forma más baja del complejo de inferioridad que suele aquejar al sudamericano y lo ciega. Una manera de analfabetismo.

Estos temas que lo fueron de quien murió antes de mi nacimiento (lo repito, mi madre vio por primera vez a mi padre de lejos, en el lluvioso día del entierro de Sarmiento), preocuparon también a mi cóntemporáneo Nehru. Y en Nehru, era más dura la

prueba por pertenecer él a un inmenso país transformado en colonia inglesa. Léase la enseñanza que le da a su hija en sus cartas y se verá de qué modo admirable reaccionó siguiendo a su amigo y maestro Gandhi. [1]

SARMIENTO Y LOS LIBROS

Para el salvaje no hay pasado, no hay historia, no hay artes, no hay ciencias. Su memoria individual no alcanza a atesorar hechos más allá de la época de sus padres y de sus abuelos, en el estrecho recinto de su tribu, que los trasmite por la tradición oral. Pero el libro es la memoria de la especie humana durante millares de siglos: con el libro en la mano nos acordamos de Moisés, de Homero, de Sócrates, de Platón, de César, de Confucio; sabemos palabra por palabra, hecho por hecho, lo que dijeron o hicieron; hemos vivido, pues, en todos los tiempos, en todos los países, y conocido a todos los hombres que han sido grandes o por sus hechos, o por sus pensamientos, o por sus descubrimientos. Y como si Dios hubiese querido mostrar a los hombres la importancia de la palabra escrita, el libro más antiguo del mundo, el primer libro que escribieron los hombres, el libro por excelencia, la Biblia, ha llegado a nuestras manos a través de cerca de cuatro mil años, traduciéndose en cien idiomas, después de haber sido leído por todas las naciones de la tierra, uniendo de paso a todos los pueblos en una civilización común; y cuando el renacimiento de las ciencias, después de siglos de barbarie, ensanchó la esfera de acción de la inteligencia sobre el globo, la publicación de la Biblia fue el primer ensayo de la imprenta; la lectura de la Biblia echó los cimientos de la educación popular, que ha cambiado la faz de las naciones que la poseen; y últimamente con la Biblia en la mano, y a causa de la Biblia, del libro primitivo, del libro padre de todos los libros, los emigrantes ingleses pasaron a América a fundar en el Norte de nuestro continente, los estados más poderosos del mundo, porque son los más

[1] "... Tú has leído algo acerca de la historia de Inglaterra y de la historia de India. Pero Inglaterra es solamente una isla pequeña e India, aunque es un país grande, representa sólo una pequeña parte de la superficie de la tierra. Si deseamos conocer algo acerca de este mundo nuestro debemos pensar en todos los países y todos los pueblos que lo han habitado y no solamente en el pequeño país donde podemos haber nacido.

libres, y aquellos en que todos los hombres sin distinción de edad, de sexo, clase o fortuna, saben leer cuanto deposita en libros la ciencia, el talento, el genio, la experiencia o la observación de todos los hombres, de todas las naciones, de todos los tiempos.

("El Monitor de las escuelas primarias" del 15 de octubre de 1853. *Obras completas*, tomo 4, pág. 411).

SARMIENTO Y LA EDUCACION

Pero en América es aún más necesaria la admisión del extranjero en la enseñanza, porque su ciencia viene a llenar el vacío que han dejado en nuestras aulas las tradiciones coloniales. Extranjeros a nuestra lengua, son los libros y las ideas que en moral, en filosofía, en historia y aun en las bellas letras nos educan.

o

Muévenos a hacer estas reflexiones un decreto de un gobierno vecino que ha publicado "El Mercurio", y que lejos de ser una medida temporaria, dictada por las malas pasiones sublevadas en momento de excitación, parece ser la obra de aquel exclusivismo brutal, que quieren infundirnos ciertos escritores admiradores de aquel sistema estúpido, que consiste en rechazar los elementos mismos que vienen a incorporarse en nuestra ciudad, y a ayudarnos a salir del sopor en que han sumido la inteligencia española sus tristes antecedentes históricos.

Es preciso todo o nada; es preciso en Chile que el "extranjero" tenga acceso a la educación, a la prensa, al comercio, a la propiedad, a la libertad, en fin, en todas sus manifestaciones; o que principiando por coartar su libre arbitrio, como se haría con el esclavo, se concluya por arrojarlo de nuestras playas, o reducirlo a la mendicidad, que sería la mendicidad de Chile. Y estas ideas se propalan hoy a la sombra del gobierno de Chile, él que era el modelo que se proponían imitar otros estados, y cuyas instituciones de enseñanza son el polo opuesto de aquella barbarizadora ojeriza contra el "extranjero" que nos ha legado la colonización en las leyes de Indias que prescribían la prisión perpetua para todo extranjero que llegase a nuestras playas!

Todo hombre que ame la libertad y la civilización se reunirá

en un coro de execración, contra aquel sistema de iniquidades que tiene por tema en América la exclusión del "extranjero" en la participación de todas las ventajas que aseguran a cada individuo las instituciones republicanas.

("Crónica" del 8 de abril de 1849. *Obras Completas*, tomo 6, págs. 181 y 184).

SARMIENTO Y LA EDUCACION DE LA MUJER

La educación primaria y la educación de las mujeres nos han preocupado siempre de un modo particular; y podemos lisonjearnos de haber consagrado a ambas materias el estudio que otros desdeñan, y esfuerzos personales para propagarlas, que sólo alcanzarían a tener mérito en razón de la insignificancia de los medios de hacerlo con éxito que están en nuestra mano.

("Progreso" del 24 de enero de 1845. *Obras Completas*, tomo 4, pág. 325).

Pero también es un hecho demostrado que la mujer es el único maestro competente de su sexo. Ella sola sabe conocer los resortes que mueven esta frágil máquina, y que la mano brusca del hombre no sabe gobernar; hay una completa inteligencia de sensaciones, necesidades e instintos entre la alumna y la maestra, que nada puede suplir. Una mujer inteligente por sólo el instinto y la admirable disposición de su naturaleza, sabe doblegarse hasta la condición del niño, de cuyas pasiones participa su carácter. Una mujer para educar y cuidar a los niños, no necesita haber sido madre, trae consigo el sentimiento de la maternidad y del amor desde su cuna, y posee un caudal de conocimientos instintivos como el de las aves para el cuidado de sus polluelos. La mujer ama a todos los niños, sin saber darse razón por qué, cualquiera que sea su sexo y condición; y su predilección por todo lo que es hermoso y débil, pasa hasta las flores, las avecillas y los pequeños cuadrúpedos. Cualquiera que sea la posición de la mujer en la sociedad y los años que haya vivido, cualquiera que sea la condición o las afecciones que dominan su corazón, le desprenderá momentáneamente, siempre que

un niño se presente a su vista; porque este es el instinto más poderoso de que está dotada; y no es extraño que la mujer que se abandona al sentimiento del amor divino, guste de adorar y representarse al Ser Eterno bajo las inocentes y tiernas formas del niño Dios. Este sentimiento exquisito de la maternidad, esta presciencia instintiva de su misión, es la que ha hecho pensar seriamente a los filósofos de nuestro tiempo en devolver a la mujer sus funciones de maestro de la infancia, y los hombres que han dedicado sus esfuerzos y sus vigilias a la mejora de la condición de la mujer en la sociedad, lamentan, aún en la Europa misma, la necesidad de echar mano todavía del auxilio de los hombres para formar la educación de la mujer. Hay un hecho muy notable en la literatura europea, y es que todos los autores de buenos libros para la educación de la infancia, son por mujeres.

("Progreso" del 16 de febrero de 1843. *Obras Completas*, tomo 4, págs. 278 y 279).

Este anhelo de mejorar moralmente todo, hizo bien pronto echar miradas ya de compasión, ya de interés sobre la mujer, y el hombre empezó a dudar de la verdad de lo que siglos de opresión, de fuerza y de barbarie, le habían enseñado.

Se quiere que las mujeres, murmuró pesarosamente uno, no sean capaces de estudios, como si su alma fuese de otra especie que la de los hombres, como si ellas no tuviesen, como nosotros, una razón que dirigir, una voluntad que reglar, y pasiones que combatir; o como si les fuese más fácil que a nosotros desempeñar sus deberes, sin saber nada! Imposible es el bien, decía Fenelón, sin mujeres; ellas sostienen o arruinan las casas, y arreglando todos los pormenores domésticos deciden de lo que de más cerca interesa a todo el género humano! Rousseau, cuya vista perspicaz le hizo penetrar hasta el fondo del corazón humano, y profetizar el próximo temblor que iba a echar por tierra el ruinoso y gótico edificio social de sus días, comprendió más claramente la importancia social de la mujer. Los hombres serán siempre, dijo, lo que a las mujeres se les antoje. Si queréis que ellos sean grandes y virtuosos, enseñad a las mujeres lo que es grandeza y virtud.

•

En las cámaras francesas se proponen y adoptan medidas para organizar la educación pública de la mujer como la del hombre, y en Inglaterra hay quien anuncie, sin reirse, la idea de agregar a la representación nacional una tercera cámara compuesta por mujeres. La filosofía, en fin, y el espíritu inquieto de progreso se ensaya con San Simón a romper con todas las tradiciones morales, e intenta emancipar de un golpe a la mujer de toda dependencia del hombre.

Mas cualquiera que sea el aspecto bajo que estos importantes hechos se presentan, siempre quedará demostrado que una gran cuestión de mejora intelectual y social para la mujer, preocupa hoy todos los ánimos, y que todo concurre a prepararle un nuevo y más noble porvenir.

¡Mujeres ignorantes, no sabéis la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, al desempeñar sin ciencia y sin conciencia los augustos deberes de la maternidad! ¡Cuántos males hacéis a la sociedad con las indignas criaturas de hombres que salen, para vergüenza nuestra, del regazo materno!

("Mercurio" del 24 de agosto de 1841. *Obras Completas*, tomo 4, pág. 241 y sigtes.).

* * *

La televisión del siglo XX ofrece todos los síntomas populares de tendencias, estados de ánimo, creencias, ideales de cada país en que se la programa. Es un verdadero muestrario. Me pregunto qué hubiese pensado Sarmiento de un aviso que están pasando ahora con inquietante insistencia en la pantalla chica. Un aviso que no es propaganda de un aceite, tabaco o chocolate sino de una moral. Muestra a una mujer simpática, *entre deux âges*, ocupada con evidente buen humor en quehaceres de la cocina. Una voz nos informa que hace 25 años que está casada. Ha preparado miles de desayunos, almuerzos y comidas para su marido y sus hijos. Ha cuidado enfermos. Ha conocido tristezas y alegrías. Ahora, está feliz, ama y la aman los suyos. Todo pasa en el mejor de los mundos. ¿Será así?

Soy la primera en reconocer que los servicios prestados por esta simpática mujer (y tantas otras) son *muy importantes*. Pero me extraña un poco que den por sentado el reconocimiento varonil a tamaña generosidad. Y fuera ya de este asunto de ser feliz o no

(la felicidad no es fácil) yo pregunto si esta mujer ha cumplido realmente con su deber hacia sus hijos. No se menciona si *educó* a esos hijos. Si les enseñó a ser limpios de alma como de cuerpo. Ya sabemos que alimentarlos, lavarlos, vestirlos en su niñez cuesta tiempo y trabajo. Pero el silencio absoluto sobre la educación nos inquieta tremendamente. ¿Estaba preparada esa mujer ideal para educar? Y aquí viene lo de Sarmiento: "Mujeres ignorantes, no sabéis la responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros... etc.".

¿Seguimos como antes? ¿Pasamos por alto cosas tan esenciales como las que arrebatadamente ataca Sarmiento? El aviso de un canal de televisión parece indicarlo. Sería lamentable. Quiero esperar que seamos capaces de corregir un error tan grave.

Y pienso como Nehru que la educación de la mujer es más importante que la del hombre porque involucra la educación de los futuros varones. [2]

VICTORIA OCAMPO

[2] "En verdad que no se requieren argumentos en defensa de la educación de las mujeres. Por mi parte, siempre he opinado firmemente que, en tanto que es posible descuidar la educación de los varones, no es posible ni deseable descuidar la educación de las mujeres. Las razones son obvias. Si se educa a las mujeres, es probable que ello influya sobre los varones; y de todos modos influirá sobre los niños. Porque todo educador sabe que los años formativos en la vida de una persona son los primeros siete u ocho. Hablamos de escuelas y colegios superiores, sin duda importantes; pero la persona se forma más o menos en los diez primeros años de su vida. Evidentemente, durante ese período, la madre es quien más cuenta. Por ende, la madre que ha sido preparada bien en diversos aspectos llega a ser esencial para la educación. La mayoría de las madres, no preparadas así, siento decirlo, no son buenas madres. Son demasiado blandas. Llenan a sus hijos de toda clase de alimentos, les ponen demasiada ropa, les envuelven el cuello y la cabeza y las orejas con toda suerte de prendas de lana y convierten al niño o la niña casi en un imbécil antes de que crezca. Por eso es necesario que se prepare a las mujeres, si no por ellas mismas, al menos por sus hijos.

Un gran escritor francés observó una vez: "Si queréis que os diga cómo es una nación, decidme cuál es la posición de la mujer en esa nación". La posición y la situación social de la mujer indican más que ninguna otra cosa el carácter del país. Esto es igualmente aplicable al terreno educacional, social, económico y otros terrenos".

JOSE LUIS ROMERO: UNA CARTA

José Luis Romero fue, entre los primeros, invitado a colaborar en el número de *SUR* dedicado a Sarmiento. Todos sus amigos sabíamos que en los últimos años, la relectura de las obras fundamentales de Sarmiento lo había llenado de entusiasmo intelectual: se proponía estudiarlo más profundamente, una vez terminados los libros que tenía en preparación. Esa tarea le impidió colaborar en este número, como lo expresó en una carta particular a quien le trasmitió la invitación:

> "...me apresuro a contestar tu carta, que llegó hace dos días, sobre todo en lo que se refiere a tu encargo para *SUR*.
>
> El caso es que si se trata de urgencias, no puedo materialmente. Y lo grave del caso es que lo lamento. Todo este año he estado pensando dónde y cómo dar una conferencia sobre *Sarmiento historiador*, estableciendo su calidad de cabeza de una línea historiográfica distinta de la de Mitre, pero paralela; estableciendo su filiación hacia atrás, quizá pensando —esto en secreto— en su posteridad, a la que me honro en pertenecer. Todo esto proviene de que ese libro mío que estás leyendo es hijo del *Facundo;* y no sólo de la temática campo-ciudad sino también de la concepción de la historia como "historia profunda", en todos los sentidos y hasta con una reminiscencia de lo que se llama psicología profunda. Esta larga exposición es para decirte que no me falta tema y que me sobran ganas de hacer este planteo (Carbia prácticamente ignora a Sarmiento como historiador en su *Historia de la historiografía argentina.*) Lo que no tengo es tiempo material para ordenar el tema y escribir siquiera diez páginas. A breve plazo, pues, te

> tengo que decir que no, y puedes creerme que lo lamento, porque también me gustaría participar en ese número de *SUR*. Ya me he negado una vez a otro requerimiento –porque se trataba de un tema que me era ajeno–, y lamento hacerlo ahora cuando el tema me apasiona".

En las conversaciones a que lo invitó Félix Luna, recogidas en volumen como ejemplar y reconfortante testimonio de dos historiadores, de generaciones sucesivas, respetuosos de los derechos humanos de la historia, Romero se refirió a esa deuda con Sarmiento y a la inspiración facúndica del libro mencionado en la carta: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas,* culminación de años de estudios, de reflexiones, de observaciones en morosas recorridas por ciudades de varias partes del mundo, con su Teresa.

Quien esto escribe no puede dejar a un lado un recuerdo: una noche en París, hace algunos años; noche prolongada hasta bien entrada la madrugada, mientras dos humanistas: Atilio Dell'Oro Maini, personalidad respetada unánimemente en la UNESCO, y José Luis Romero, analizaban, en la intimidad del diálogo, las crisis argentinas y las soluciones que se dieron históricamente y las que se esperaban en aquel presente, afinando las honradoras discrepancias, en busca de las coincidencias, bajo el estímulo de nombres que iban y venían en el decurso de la conversación: Félix Frías, Emilio Lamarca, Indalecio Gómez, Sarmiento, Pellegrini, Alejandro Korn, Lugones, y tantos otros.

Aquel memorable diálogo merecía también el volumen, pero quien lo escuchaba no era Félix Luna, sino un beneficiario del generoso afecto de esos dos amigos inolvidables.

J. F.

HACIA EL HUMOR DE SARMIENTO

I

No se busque en Sarmiento un profesional de la risa o la sonrisa. Tampoco se necesitaba, a su juicio, ser académico para ser gran escritor (y quizá fuese preferible no ser académico). Ninguna falta hacía ser humorista patentado para arrastrar a los lectores al asentimiento y a la acción con la ocurrencia sorprendente, con la parodia retozona o, si era preciso, con el sarcasmo. Su genialidad de humorista, como todo su arte de escritor, no es un instrumento intelectualmente fabricado y aguzado para asombrar, ni para herir, ni para divertir; es el florecimiento mismo de su humanidad pujante, de su salud, y de su fuerza aplicada al bien. Claro que esto no le impide aprovechar estímulos y ejemplos literarios allí donde los encuentre —y "Fígaro", el "Cervantes de la regenerada España", será más de una vez su modelo—. Ni le impide estilizar en dirección a lo "natural" y a lo "espontáneo" un rico tesoro de lecturas y meditaciones. Pero Sarmiento insistirá en que es de la abundancia del corazón de lo que habla su boca, y de lo que escribe su pluma, y procurará trasmitir a todos su convicción de que no otra puede ser, para los fundadores de una sociedad nueva, la fuente de toda verdadera belleza artística.

No es difícil imaginar un Sarmiento bien consciente, y orgulloso, de que el empuje, la lozanía, la vida inmediata de que rebosa su obra se traduzcan tan a menudo en gracia, amable o mordaz, contemplativa o combativa: en un río de humorismo intenso, variadísimo y contagioso. Todo construir o atacar, toda deliberación a fondo, todo pensar inteligente suele ir, para Sarmiento, unido a unos relámpagos de humor, a un sonreír, como él mismo dice. "Cuando la inteligencia sonríe —escribe Sarmiento en 1878, a propósito de

Eduardo Wilde— hay gloria en las alturas y paz en la tierra para los hombres". ("Dios es el creador de la buena risa", había dicho, muchos siglos antes, Filón de Alejandría).

Pensamiento, acción, humor

La inteligencia sonríe. Inteligencia es para Sarmiento iluminación activa y activista. La alegría intelectual va marcada, en él, de practicidad y eticidad. No hay capítulo aparte para el humorismo en un escritor que concibe como acción transformadora su obra escrita, su pensamiento, que es pensamiento-acción. Si nos atrevemos, como en estas páginas, a destacar y comentar unos brevísimos trechos de su vena cómica, hagámoslo recordando que el humor más característico no se traduce, para Sarmiento, en piezas sueltas, chistes o bromas, sino que es precismente un *humor*, una linfa o sangre vivificadora que recorre su pensamiento-acción. Corriente de humorismo vivo, imposible de aprisionar en unas pedagógicas redes clasificatorias.

Humorismo orgánico: el relato o alegato cómico se pone en movimiento con lentitud, va cobrando impulso, de pronto rompe el fuego aquí y allí en libres escaramuzas, y acaba por desencadenarse en un furor y amplitud de batalla campal. Ahí tenemos en Chile a este periodista argentino de treinta años que se ha dado a conocer con una formidable evocación del paso de los Andes por San Martín; que pronto se pone a la cabeza del grupo de desterrados en campaña contra Juan Manuel de Rosas, el dictador de Buenos Aires; que rompe lanzas por la renovación romántica; que se ríe y reniega de todo casticismo tradicionalista, y se enreda en ruidosa polémica no tanto con el gran Andrés Bello como con sus discípulos. Muchos años después, ya anciano, recordará Sarmiento aquellas andanadas suyas contra los puristas, que, desde *El Semanario de Santiago*, se habían atrevido a atacar, no sólo a los forasteros innovadores, sino hasta a Víctor Hugo y su "comparsa romántica". ¡Comparsa romántica! Maltratar a Víctor Hugo! "¡Ira de Dios! —exclama el septuagenario Sarmiento en 1881— ¡Todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! ¡Qué tunda!" Como arrepentido de una victoria excesiva, añade sonriendo: "¡Y qué iniquidad!", y entra en seguida en los pormenores de la campaña. ¿Qué podía hacer el pobre *Semanario* clasicista, si se publicaba —claro está— una sola vez por semana, y con licencia del obispo, mientras el *Mercurio* romántico replicaba sin parar, "desde el lunes, de una pieza, hasta

el sábado", en que aparecía "el nuevo número del *Semanario* ya todo acontecido y abollado, y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba?" Y Sarmiento resume con expresiva onomatopeya: "El *Mercurio* era una especie de revólver: tum... tum... tum... Seis tiros a la semana". Escándalo al principio, risas después: ese es el efecto del ataque antipurista en el público chileno. Y cuando los que se ríen están de nuestra parte, termina Sarmiento, "el pleito está ganado". Santiago (de Chile) acaba de festejar "la invención, el chiste, las burlas a los clásicos".

Muchos de los artículos que en esa polémica publicó Sarmiento nos servirían para ilustrar su ritmo favorito de bola de nieve o de *crescendo* humorístico. Pero recordemos sólo aquellas páginas deliciosas que llevan como título "Los gallos literatos", y como subtítulo "Memorias inéditas de una gallina de Guinea que vivió diez años en la República de Gallinero". Más vivo que el modelo de Swift está aquí el de Larra, que con tanta devoción procuran imitar los jóvenes de 1840, y que hasta muchos clasicistas respetan: el Larra, pongamos, de aquel par de artículos sobre *los calaveras*, con su clasificación "científica" de calaveras y calaveradas: el calavera militar y el paisano, la mujer calavera y el cura calavera, el calavera viejo y el lampiño. Así, aunque con humor más sano y alegre, pasa Sarmiento revista a las diversas "naciones de gallos", como él dice. Apenas comenzamos a leer las "Memorias inéditas de una gallina de Guinea", la República de Gallinero se nos descubre como lo que ambiguamente es: por un lado, la vasta república o gallinero internacional de la época; por otro, la precisa república literaria de que forma parte el mismo Sarmiento en Chile. Ahí campean, naturalmente, los gallos de ortodoxo linaje hispánico, "graves, testarudos, un tanto perezosos, y tan apegados a lo viejo, que en lugar de ir adelante van para atrás". Pero en fin, gracias a Dios, en el gallinero hispanoamericano han aparecido herejes: unos gallitos jóvenes que ya "se aliñan y afeitan a la francesa, y buscan su alimento con la prontitud y actividad inglesa". ¿Cuál de esos gallitos nuevos es el revolucionario Sarmiento? Él no se nombra a sí mismo en estas "Memorias inéditas", pero nos habla ciertamente de un gallito que se echa de pronto a cantar con tan buena gana y en estilo tan desusado, que provoca la consternación, la ira, los insultos de los gallos puristas y, finalmente, la más feroz tremolina y ataque contra quien se atreve a alterar "la sonora, castiza y correcta música de nuestros padres".

Casticismo

Sarmiento seguirá atreviéndose, hasta su último día, a cantar contra toda ley, y en cualquier gallinero. Y su canto periodístico será de una vivacidad y abundancia que dejará atrás sus modelos. Por lo pronto, el joven periodista se consagra en Chile a su tarea con la salud magnífica de quien sabe por anticipado que toda dificultad se vence y que las contradicciones se eliminan a fuerza de contradecirlas. El periódico registra día a día la infinita carrera de obstáculos y la euforia deportiva de Sarmiento. Todo, en efecto, está por hacer. Y está también por hacerse —por nacer— la lengua misma en que la experiencia diaria, abierta al futuro, se comunica a los lectores, colaboradores en potencia. Lengua, por lo demás, hispanísima. Podrá forjarse Sarmiento unas muy originales ideas sobre el arte español, vuelto de espaldas —dice él— a la tradición clásica; arte incapaz —añade— de formar tradición a su vez, arte de genios solitarios (Sarmiento piensa sobre todo en Cervantes, Calderón y Velázquez), por lo cual no puede ser guía adecuado para el artista moderno... Ideas extremosas, a veces discutibles o frágiles, aunque tienen siempre el don de tocar en los puntos nerviosos de la historia de España, y del arte, y de la tradición clásica, y de las necesidades culturales de los países hispanoamericanos. Podrá Sarmiento, en fin, exagerar hasta la injusticia la crítica de lo español, pero nada hay más raigalmente español que esa crítica. Aunque nos diga que, por boca de Cervantes, la pitonisa española ha hablado por última vez al mundo, lo cierto es que con la prosa de Cervantes resuena de continuo en su obra la de Larra, y los versos de grandes poetas del pasado, y aun de poetas modernos. Alguna vez —pocos años antes de morir— volverá Sarmiento a visitar Montevideo, y todos lo recibirán con tan cordial entusiasmo, que él, acostumbrado a ser en su patria blanco de burlas y ataques, debe aceptar —dice— "la idea de un *encantamento* feliz, en oposición a los antiguos maleficios". Ya se ve: maleficios, como los que perseguían a Don Quijote; y *encantamento*, no *encantamiento*: hasta la palabra textual de Cervantes acude espontánea a los labios del escritor argentino. Un ejemplo más. Todos sabemos con qué profunda simpatía pudo comprender y describir Sarmiento la religiosidad de su tierra provinciana: prácticas y sentimientos simples, puros, de buena ley. En cambio, frente a la superstición que pasa por religión, asoma en Sarmiento una sonrisa cervantina —la del Cervantes de *Rinconete y Cortadillo*— como en aquella burlona referencia al culto

popular de las imágenes en la provincia argentina de Córdoba: el culto, por ejemplo, de San Antonio, "que ponían colgado patas arriba para ganar unas carreras de caballos o bien hacer que apareciese una prenda robada o perdida".

Este Cervantes congenial, el Cervantes asimilado y vivido, es desde luego superior al Cervantes razonado por Sarmiento. Hagamos nuestra propia lengua, predicará el polemista de 1842; hablemos desde las cosas, desde el corazón, y no desde la Gramática de la Academia, mal que les pese a Cervantes y a Garcilaso. Pero ni al extranjerizante Cervantes ni al extranjerizante Garcilaso podía pesarles la lengua del extranjerizante argentino, en la cual aparecen por cierto las reminiscencias de Cervantes y de Garcilaso en los más imprevisibles contextos. Uno de los primeros artículos de Sarmiento en *El Mercurio* chileno describe jocosamente un viaje en coche en que el vehículo acaba por naufragar, digámoslo así, en "media legua larga de negruzco, espeso y fatídico barro". Ya se siente Sarmiento a punto de ser tragado por el abismo: "me pareció ver por entre las hendiduras del fango millares de diablos que me tendían los brazos con algazara infernal". Y el implacable enemigo de los dictadores, el periodista malogrado, se despide del mundo con estas lastimeras palabras: "¡Así sucumbe la gloria! ¡Aquí se sepultan conmigo más ideas liberales que las que podía llevar a cuestas y las que puede tolerar cualquier ministerio!... ¡Oh prendas por mal de la patria malogradas! ¡Oh dones inútiles para la causa americana! *Consummatum est*, almas piadosas... ¡Adiós... mi madre! ¡Adiós mi tobosina dama!" Ahí están, bien patentes, las citas del Evangelio y del Quijote, pero además, y también en broma, el comienzo virgiliano del soneto de Garcilaso: "¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas!" En Sarmiento, claro que en prosa: "¡Oh prendas por mal de la patria malogradas!"

El crítico del lenguaje

Dual es también su posición —por mucho que él subraye las culpas de la herencia política española— cuando ironice sobre los eufemismos con que la jerga oficial de hoy suele dorar tantas amargas realidades. Sarmiento distrae alguna vez sus ocios de viajero trazando un breve estudio burlesco de la expresión "estado de sitio" y sus equivalentes en las distintas lenguas. Lo que hace es analizar con malicia los variados rodeos que los gobiernos de la época utilizan para designar y disimular verbalmente los regímenes dictato-

riales. "La lengua castellana —dice Sarmiento al comenzar esta lección de lingüística gubernamental— es muy púdica" y para nombrar las cosas desagradables acude a perífrasis o alusiones indirectas. Pero, como veremos, no sólo ocurre esto en español, y es curiosa e instructiva "la diversidad de nombres que se da en todas las constituciones" a lo que Sarmiento llama la arbitrariedad concedida a los gobernantes. En Inglaterra se le da el título de "suspensión de *habeas corpus*". En Francia, Chile y otros países, se llama "estado de sitio", para dar a entender que a partir de cierto momento la nación será gobernada por las leyes militares con que se suelen regir las ciudades sitiadas por el enemigo. En Buenos Aires, Rosas ha llamado a su dictadura la "suma del poder público", "por no ser gente muy ducha en sumar sus gobernados". Y en España —observa Sarmiento, con un *non sequitur* muy en el estilo de Larra— le dan el nombre de "voto de confianza", por la conciencia que el gobierno tiene de la desconfianza que inspira.

Eufemismos, rótulos falsos, retruécanos y sofismas han venido a alimentar la guerra civil en el Río de la Plata. Para Sarmiento, es prolongación de malos hábitos españoles esta capacidad de exaltarse por las palabras, este apasionado verbalismo, entre infantil y escolástico, que discute sobre fórmulas huecas —y en especial sobre lemas o motes políticos— infatigable y hasta furiosamente. Pero se equivocaba Sarmiento cuando atribuía sólo a los pueblos hispánicos semejante debilidad. ¿Quién que ande en estos menesteres (sea Duce o Führer o Caudillo, sea blanco o colorado, sea intransigente o del pueblo, sea político o *politician*), quien que esté familiarizado con el oficio demagógico, no sabe cómo se puede arrastrar el rebaño tras las fórmulas verbales? El hecho es que, en la Argentina de Sarmiento, Facundo Quiroga estampa en su bandera piratesca las palabras "Religión o Muerte". Juan Manuel de Rosas se llama a sí mismo *federal*, simplemente, y envuelve a sus enemigos en el insulto, igualmente simple, de *unitarios*, y así puede, para mayor claridad, encabezar sus documentos oficiales con "¡Viva la Santa Federación! ¡Mueran los salvajes, inmundos, asquerosos unitarios!' La Argentina es, para Sarmiento, país político y económicamente unitario hasta bajo Rosas, y entonces más que nunca, aunque el tirano se proclame federal. Federalismo, federación, confederación... Palabras, trampas de palabras con que Rosas ha sabido engatusar al gaucho para explotarlo cínicamente y para ocultar su propia bar-

barie, su crueldad, su íntima vaciedad ante el par de inescrupulosos gabinetes europeos que manejan la política y el comercio internacionales.

El peregrino apasionado

No, no será la sociedad europea la que pueda servir de modelo a la reorganización de los argentinos. Ejemplo más accesible a Hispanoamérica es, para Sarmiento, el de Angloamérica, que él recorre y estudia, con renovada fascinación, en dos oportunidades: primero, en jira pedagógica; luego, en solemne representación diplomática. Sigamos pues al Sarmiento viajero, al Sarmiento observador ansioso de esos Estados Unidos del Norte que el chileno Francisco Bilbao había contrapuesto epigramáticamente a los llamados —no por primera vez, según veremos— Estados Desunidos del Sur. Registrando la América inglesa sin darse reposo, Sarmiento toma, en cierto modo, posesión de sí mismo: traza para sus adentros la gran imagen del futuro presidente constitucional de los argentinos.

Y en los Estados Unidos se lanza a viajar con unos bríos turísticos de... norteamericano. Porque este es el país —observa— en que nadie se está quieto. Si Dios convocara de pronto a Juicio final, "sorprendería en marcha, como a las hormigas, los dos tercios de la población norteamericana". Se vive para viajar, para recorrer el país de un cabo al otro. Pero, por otra parte, ¡qué admirables son aquí los ferrocarriles! No sólo cómodos, sino —lo que importa más— de una comodidad igual para toda clase de pasajeros. Mientras que los trenes de Europa... "En Francia —explica Sarmiento— hay tres categorías de vagones, en Inglaterra cuatro, y los empresarios... han amontonado comodidades y lujo en la primera clase, y dejado tablas rasas, estrechas y duras para la tercera". Sarmiento se indigna: "No sé por qué no han puesto púas en los asientos".

Ahí lo tenemos en Chicago, adonde llega atravesando campos y bosques inmensos. "He visto —escribe entonces— lo que pocos reyes de la tierra habrán contemplado. He visto trescientas leguas de país a lo largo (y a lo ancho cuanto alcanza la vista) plantado de maíz". Esto es, en Sarmiento, algo más que economía política. La belleza y el bien traducidos en bosque, campo y ciudad se resumen en estas palabras: "Aquí Dios es más grande que en otras partes". O lo vemos, naturalmente, en Nueva York, una Nueva York muy original y contradictoria, de "colinas hermosísimas cubiertas de bosques", y con callejones donde los cerdos son "personajes obli-

gados" a quienes nadie disputa "sus derechos de ciudadanía". Tiendas y templos magníficos; bancos de arquitectura o jónica o egipcia; puentes y canales estupendos; ómnibus, carros y coches en número vertiginoso; barcos de paseo, a lo largo del Hudson, rebosantes de caballeros y damas, vestidos como para una fiesta. Pero, después de Nueva York, falta lo principal. Este maestro sudamericano en viaje de exploración —dice Sarmiento— "¿podía regresar sin haber inspeccionado las escuelas de Massachusetts, las más adelantadas del mundo?" Imposible. El santuario de su peregrinación es Boston, la reina de la enseñanza primaria. (¿Qué hubiera dicho Sarmiento del desgarrado Boston escolar de nuestra época?).

¡Boston! Pocos decenios antes, un desterrado cubano de veinte años, José María de Heredia, describía en carta a un amigo sus primeras impresiones de la ciudad de Boston. Gran ciudad. "Todas las casas —cuenta el poeta recién llegado— son de tres o cuatro pisos", con las ventanas "guarnecidas de vidrieras". Las calles son anchas y perfectamente empedradas, con calzadas de ladrillo levantadas de un lado y otro para separar a los de a pie de los carruajes. "Estos son infinitos, y los caballos (que tiran de ellos), grandes y fuertes". Cosa notable: las calles están llenas de gente a todas horas, y no por eso reina el bullicio de las de La Habana. Y de pronto, una observación, digamos, marginal: "Jamás he visto más muchachas bonitas que hoy".

Boston: "¡Qué hermosa ciudad!... Todas las casas tienen (grabado en placas de cobre o de madera), el nombre y ocupación de los que las habitan, lo que es excelente y facilita sobremanera el curso de los negocios". Boston: ¡Qué gente extraordinaria! "Todos parecen ocupados, y aún no he visto un mendigo... ¡Afortunado país, favorecido, a pesar de la rudeza de su clima, con las miradas más benignas del Cielo!" Y el clima debió ser muy rudo, en efecto, mientras escribía Heredia, 4 de diciembre de 1823, como que la carta termina así: "No sé si entenderás los últimos párrafos, porque la tinta está casi helada".

También Sarmiento admira a Boston, aunque por otros motivos. Ante todo, no estaría mal, en efecto, que el clima bostoniano fuese un poco más benigno, pero el frío y la nieve de Nueva Inglaterra tienen asimismo sus ventajas espirituales. "La nieve educa", ha dicho Ralph Waldo Emerson, en su casa de Concord, a su visitante sudamericano. Fuego y hogar son cosas, y palabras, unidas por estrecho parentesco. El frío crea hogares y bibliotecas. El frío domesticado

—aquel en que la tinta no se hiela en el tintero— invita al trabajo, a la lectura, a la meditación, a la conversación concentrada. Todo eso civiliza; todo eso mejora al hombre.

En materia de civilización, maravilla tras maravilla aguardan a Sarmiento en Boston y los pueblecitos vecinos. Ahí está Horace Mann, el genio de las escuelas de Massachusetts, y Mrs. Mann —Mary Peabody, "mi ángel viejo"—, como la llamará Sarmiento en 1865. Ahí Agassiz, naturalista, y Gould, astrónomo, el mismo que, años después, dirigirá en la Argentina el Observatorio Astronómico de Córdoba. Ahí Harvard College, que tal es el nombre —explicará Sarmiento en un discurso— de la Universidad "situada a corta distancia de Boston, en una aldea llamada Cambridge". Aldea, dice, y así resalta por contraste la generosidad de los aldeanos, o ex-aldeanos, que acaban de reunir 250.000 dólares para ciertas ampliaciones de los edificios de Harvard. Se siente agradecido a Boston hasta por haberle dado ocasión de hablar con George Ticknor, otro norteamericano —dice Sarmiento en su vejez— que, como Longfellow, "conocía nuestra lengua mejor que nosotros". ¡Qué lejos estamos ya de las polémicas de Chile! Porque claro que Ticknor no tenía pronunciación sudamericana, y Sarmiento, orgulloso de haber conocido a este gran hombre que hablaba a la madrileña, confiesa el temor con que entabló la conversación, "con mi acento criollo de América, que hace reír a los españoles peninsulares". Por último, allí mismo, en Massachusetts, ha visitado Sarmiento las portentosas fábricas de tejidos de Lowell, cuyas obreras —añade sonriendo— llevan "sombrilla y manteleta en la calle" y "medias de seda los domingos". Así se nos aparece también admirando, y envidiando con la mejor envidia, ciertos modestos interiores de Nueva Inglaterra: hogares limpios, silenciosos y puntuales, con su reloj antiguo y su pequeña biblioteca; hogares en que cuidan de la cocina y sirven la mesa mujeres que, a otras horas, y con la misma pulcritud, enseñan latín y griego.

Pero el humorismo crítico tampoco falta en este cuadro de Norteamérica, y no podríamos detenernos aquí en las divertidísimas observaciones de Sarmiento sobre una sociedad, confusa y revuelta aún, donde —como él dice— la república "de nuestros sueños" ("libertad y fuerza, inteligencia y belleza") es "un *desideratum* todavía". Este argentino que nunca ha dejado de echar en cara a sus compatriotas su ignorancia de Europa y de los Estados Unidos nos hace por un instante ver, hasta en su querida Boston, el reverso de

la moneda. En una carta de principios de 1866, describe la tertulia bostoniana a que él asiste con lo más granado de la sociedad local. "La mayor parte de las señoras —cuenta Sarmiento— habían estado en Europa y hablaban francés". Y con algunas de ellas mantiene el argentino este diálogo ("con sus variantes", dice él). Preguntan, pues, a Sarmiento: "—Qué idioma se habla en su país de usted, señor? —El castellano, mi señora. —Pero en la corte ¿hablarán francés? —No tenemos corte. —Pero el rey ¿cómo está sin corte? —No tenemos rey; nuestro gobierno es republicano, federal como éste. —¡Ah, perdóneme usted! No sabemos palabra de aquellos países". "Y es la verdad —concluye Sarmiento—. Saben astronomía, química, matemáticas, las señoras; pero ni los hombres saben qué clase de bichos somos nosotros".

No es fácil saberlo. Sarmiento reprochará a los argentinos el no querer estudiar con rigor su propio enigma, siempre uno y diverso. Ya no le basta denunciar a sus caudillos, como en sus escritos juveniles, con la imagen del gaucho bárbaro, del gaucho-árabe, del gaucho-argelino, del gaucho-beduino. El ex-presidente tendrá que vérselas con el gaucho de guante blanco, con los mangoneadores de la política y las finanzas. Y entonces acude Sarmiento a las notas más graves y abismales de su registro de exotismos. ¡Políticos y generales incorregibles! ¡Kalmucos de Buenos Aires, tártaros de Córdoba!, grita el viejo Sarmiento con lo que le queda de voz. Kalmucos y tártaros, barbarie apenas blanqueada por fuera, incapaz de ver el desastre a que está llevando al país. Por lo pronto, el desastre económico,, la bancarrota, llegará en 1890, dos años después de morir Sarmiento.

Este hombre extraordinario, esta gigantesca *persona,* ha encontrado siempre como obstáculo en su camino la pereza mental de los *personajes,* de los personajones honorables y sensatísimos, con su característica falta de información e imaginación, con su invencible suficiencia, con su aplomo, con sus habilidades de equilibristas y su agresividad frente a todo aquel que aspire a sacudir el marasmo. (La misma palabra, *marasmo,* con su constelación de sinónimos, es célula tan central en el vocabulario de Sarmiento como en el de Unamuno). Y poco importa que el personajón se mueva, o se duerma, en el mundo civil o en el militar. La especie puede parecer, a veces, muy poco numerosa, pero es suficiente para estor-

bar las mejores intenciones. De esos hombres pensaría a menudo Sarmiento lo que pensaba sin duda Paul Valéry al anotar en su diario: "Los imbéciles no son tantos, pero ¡están tan bien elegidos!" Y tan estratégicamente colocados. Con la ignorancia militar satisfecha y despreciativa tropieza el capitán Sarmiento en el Ejército Grande, de argentinos, brasileños y uruguayos en marcha contra Juan Manuel de Rosas. Pero el suficiente y perezoso puede muy bien no llamarse coronel ni general; el figurón puede llamarse presidente de la república, o ministro, o rector de la Universidad. Desde los Estados Unidos, Sarmiento insta a un corresponsal a dedicarse en cuerpo y alma a ganar adeptos para la *santa causa* de las escuelas primarias laicas y gratuitas en la Argentina. "Lo supongo a usted hombre de partido —escribe— como lo soy yo". Pues bien, en materia de escuelas, "ni transija ni sea amigo de sus amigos políticos". Y le explica cómo la más suntuosa escuela pública de Buenos Aires ha sido obra, no de ninguna institución, sino de unos individuos particulares que leyeron precisamente un libro de Sarmiento titulado *Las Escuelas*, libro que por suerte circuló por todo el país. Pero ¡ay si el plan de Sarmiento, ay si los originales de su libro hubieran tenido que pasar por el filtro de las seudo-instituciones criollas, por la censura letal de los personajes que las manejan! Si yo hubiera sometido mi plan al gobierno —continúa Sarmiento— el gobierno "lo habría pasado al Rector de la Universidad, quien, sin leerlo, habría informado que, estando el país en guerra (con el Paraguay), no podrían distraerse fondos para imprimir un libro que debe tener anglicismos, galicismos y barbarismos" y cuya publicación indignaría por lo tanto a la Academia de la Lengua. ¡Cuánto tiene que decir siempre Sarmiento de este "perfeccionismo" de la mala intención, de los personajes correctos y mezquinos, de esos grandes pequeños, siempre en busca de los pequeños defectos y las pequeñas excusas capaces de detener el avance de una santa causa!

Alma patriarcal como la suya se empeña en arrancar a su país de la vergüenza del régimen patriarcal. El anciano, infatigable, seguirá cultivando la ironía y la sátira, en escala que va desde la ligerísima sonrisa hasta la carcajada. Al desplomarse la tiranía de Rosas, Sarmiento había trazado con toques de caricaturesco materialismo histórico un esquema de la política de su patria, presentada como eterna riña entre ganaderos incompetentes. Deshacer este largo entuerto será la tarea vitalicia de Sarmiento. Sólo que la Argentina salida de sus manos, la Argentina que alcanza a ver Sarmiento en

sus años últimos, no es motivo, para él, de fáciles complacencias. Ya hemos recordado su crítica amarga al nepotismo de kalmucos y tártaros y a la desastrosa política económica que seguirá. No hay necesidad de que estilicemos hasta lo legendario la figura de Sarmiento profeta. La leyenda de Sarmiento suele ser menos bella que su realidad. Realidad simple y naturalmente enorme. Es tanta la salud de este héroe civil, su estar afirmado en la vida, su conocimiento de los hombres, flexibilizado y afinado en instinto adivinatorio, que ya parece locura. "El loco Sarmiento", se le llamará.

A más de un personaje de hoy sigue molestándole la lucidez del gran loco, y como el bulto, la masa de su inevitable presencia. Sarmiento es uno de esos hombres tan ciclópeamente *centrales*, que el político ligero siente, y resiente, la imposibilidad de incorporarlo a su propia ligereza. Para el jacobino, Sarmiento resulta demasiado conservador, y para el reaccionario, demasiado jacobino. Él está por encima de los unos y de los otros. Por encima, no a mitad de camino entre los unos y los otros. Allá por los años de su polémica literaria en Chile, algún espíritu blandamente conciliador y diplomático proponía la fórmula de pacificación como quien parte diferencias. Tómese un poquito de clasicismo y un poquito de romanticismo, agítese bien y habremos obtenido la mezcla perfecta, que no irritará, que no ofenderá a la moderación y las buenas costumbres. Sarmiento se ríe de este llamado a la prudente medianía, y bautiza a su defensor con el nombre de "don Justo", y le añade luego, como apellido, "Medio". Total: "Don Justo Medio". En Sarmiento, ni términos medios ni componendas. No la combinación mecánica de *sí* y de *no*, sino un instinto de *sí*, un instinto de vida, un jugarse entero a la vida, que debe herir como un constante desafío a los anti-vitales de uno y otro extremo. Y en verdad que Sarmiento conoció muy bien a los extremistas de los dos lados, y supo ver la potencia de corrupción, demagogia, cinismo y crueldad de los unos y de los otros.

Inútil que procuremos separar en nítida disección una vena simple de humorismo, a lo largo de obra tan amplia y multiforme como la de Sarmiento. Sus travesuras de raciocinio e imaginación, sus cuentecillos pintorescos, sus chistosos y calculados extranjerismos, sus tiroteos de palabras —y tal cual mala palabra, que aquí he preferido omitir—, hasta sus rachas de malhumor generoso, a lo Miguel Angel, o a lo Beethoven, o a lo Goya, nada son si se desgajan de su contexto de genialidad. El examen de Sarmiento humo-

rista, por más minucioso que fuera, sólo cobraría sentido como acceso, desde un ángulo particular, al arte, al pensamiento y acción militantes, a la vida imperial de tan formidable escritor. No sólo una inteligencia que sonríe, como la que el ex-presidente de la República celebra en su joven amigo Wilde. La broma, el exceso o arbitrariedad verbal, la injuria de Sarmiento se nos aparecen más de una vez, en ciertos arranques de su prosa, como relámpagos de ilogicidad que iluminan de pronto sus fecundos abismos espirituales. Espero que haya podido advertirse en este muestrario –fatalmente pobre, fatalmente parcial– de algunas de las risas y sonrisas con que supo puntuar su grandeza y su originalidad el más grande y original de los argentinos. (Sobre otras ideas suyas –u ocurrencias, o prácticas– comp. mis "Palabras de Sarmiento", en el volumen colectivo *Testimonios sobre Victoria Ocampo,* Buenos Aires, 1962).

II

En su prólogo a *Recuerdos de provincia,* Jorge Luis Borges incluye a Sarmiento en la clase de los escritores que, literariamente eficacísimos, resultan sin embargo inexplicables por "la mera razón", por la retórica, por la estilística. Esas palabras de Borges sirven, en su contexto, para oponer el caso de Sarmiento al de Quevedo o Virgilio, por entero "susceptibles de análisis", y para oponerlo también, aunque en menor grado, al de Whitman o Shakespeare, analizables parcialmente. Cuando, pocos renglones después, Borges caracteriza en fin a Sarmiento como "demasiado complejo para el análisis", es fácil asentir; mucho más fácil que suponer a Virgilio o Quevedo plenamente explicables y justificables por la retórica, o la estilística, o la pura razón.

La gracia contextual

El humor de Sarmiento es en verdad complejísimo. La comicidad, suave o mordaz, directa o irónica, pintoresca o satírica, no suele darse en él aislada y de una pieza. Tanto en sus escritos meditados como en los que más directamente traducen la improvisación oral, el humor se prodiga en contrastes, fusiones, digresiones sabrosas, felices ambigüedades. La ironía brota a cada paso, y así como cambia de continuo la dirección de su marcha –ya hacia los personajes del relato o la discusión, ya hacia los oyentes, interlocutores o

lectores, ya hacia el propio Sarmiento—, así cambian los empastes y enlaces con las zonas alegres, serenas o graves de su registro. Con toda seriedad declara el autor de *Recuerdos de provincia* cómo no le avergüenza decir en público que su infancia ha transcurrido en una escasez muy próxima a la miseria, y cómo, por el contrario, lamenta que haya quien se escandalice ante tales confesiones. Sarmiento invoca la alta dignidad de "la pobreza a la antigua", y decora el recuerdo clásico con los nombres de Cincinato y Arístides. Pero unos párrafos antes ha afirmado, precisando las circunstancias individuales de aquella casi-miseria: "En el seno de la pobreza, criéme hidalgo". Con la sola palabra *hidalgo*, se transporta irónicamente la pobreza a una atmósfera de vanidad y ocio que supondríamos (si procuramos pensar con Sarmiento) vagamente española y que nos sorprende ver aplicada por él a sus propios orígenes. Es la pura verdad, subraya sin embargo Sarmiento, aunque a la vez deje bien claro que la vanidad y el ocio no son ideales suyos, del narrador mismo. Es que a Domingo Faustino lo crió su padre, don José Clemente Sarmiento, "obedeciendo a una idea fija nacido de resabios profundos de su espíritu", en una disciplina —disciplina al revés— de señorío provinciano. ¿Resabios profundos de tradición española? No es al menos lo que aquí se nos dice explícitamente. Don José Clemente ha sido peón de hacienda, ha sido arriero, y tiene "encogida una mano por un callo... adquirido en el trabajo"; el ex-arriero no permitirá, pues, que el niño aprenda a vivir de sus manos: "¡Oh, no; mi hijo no tomará jamás en sus manos una azada!" Las manos, no para trabajar, sino para jugar. Y los juegos infantiles dejan a Domingo Faustino muchas horas vacías en que entregarse con pasión a los libros. Feliz, providencial debilidad paterna que abre ante el hijo, precoz hidalgo pobre, el mundo maravilloso de la lectura.

Todo se integra, y tanto lo expreso como lo implícito, en la ramificada narración. Por lo pronto, la historia de Sarmiento padre, relativamente simple, no lo es hasta el extremo de caer en una rudimentaria fórmula de causa y efecto: la del arriero y peón que decide desquitarse de su pasado criando un hijo señorito. El don José Clemente de los *Recuerdos de provincia* es figura viva y concreta, aunque Sarmiento no la trate con demasiada ternura. Es todavía "buen hombre" en *Mi defensa;* sigue siendo al menos, en *Recuerdos de provincia,* indecisa mezcla de nobles y dudosas cualidades. Si los resabios profundos de donde ha brotado el ideal de

hidalguía arraigan en el individualísimo espíritu de don José Clemente, eso es, sí, efecto de predisposiciones y experiencias personales, y bastará el impulso de unas críticas situaciones ambientales, como los sucesos de 1810 y los años de guerra contra España, para precipitar su desorganización intelectual y práctica. Pero hay mucho más. No es fácil trazar fronteras entre los modos individuales de ser y el legado histórico colectivo. Desde luego, hidalguía y vanos humos de nobleza son y serán para Domingo Faustino (tan familiarizado con la "negra honrilla" de la picaresca y con don Quijote y sus *encantamentos*) un hilo evidente en la trama de la desdichada herencia española: resabio ineludible en esta parte de América que, lejos de emanciparse de verdad, se contenta con ser una empeorada "segunda, tercera o cuarta edición de la España". Persona y sociedad, pues, inseparables. La biografía no es anécdota; los destinos no se dan aislados. En relatos y retratos concretísimos, y aun en viñetas apenas esbozadas, salta a la vista la acción de fuerzas que sobrepasan lo estrictamente personal. Las vemos obrar en la conducta del individuo y en las normas a que él cree ajustarla: en su pensamiento, en sus raciocinios y sofismas, en sus ideales, realizables o utópicos. El carácter personal y quién sabe qué resortes de vieja tradición colectiva —o qué atracciones, irresistibles a veces, de modas actuales y pasajeras— se sostienen recíprocamente. Sarmiento atenderá a la vez a la índole peculiar de quien adopta o predica tal o cual programa, y al poder de seducción de ideologías, lemas de combate y falaces lugares comunes. Así, no pocas veces, el retrato incisivo, y hasta la caricatura, servirán para ilustrar el comentario; serán retratos ejemplares, serán como cristalizaciones de las fuerzas sociales que el comentario estudia.

"Yo vi, yo oí, yo hice"

Si lo que narra el escritor es su propia historia, el hilo autobiográfico avanzará ciertamente sin perder el rumbo, pero asimismo en vaivén, en continuos cambios de plano y mutuas implicaciones, y siempre dispuesta la pluma a demorarse en el retrato de otros personajes, interlocutores de diálogo o de altercado. Este modo de autobiografía supone encuentros y encontronazos, armonías y conflictos de ideas y pasiones. El monólogo doctrinal arranca del diálogo y engendra diálogo con lectores, oyentes, amigos, colaboradores, adversarios efectivos o supuestos. Si de lo que se trata es de analizar o rebatir a un contemporáneo, será difícil que Sarmiento se man-

tenga por mucho tiempo en un ámbito de pura doctrina. Preferirá señalar el enlace vital del personaje con sus ideas, buenas o malas, con sus seudo-ideas o mitos y con su tabla de valores morales. Subrayará lo que cada actor —modelo, camarada o antagonista de Sarmiento— haya hecho en y con sus circunstancias, y sobre todo lo que el propio Sarmiento ha llegado a hacer con las suyas, a menudo tan adversas. En tiempo y lugar dados, unas mismas condiciones ambientes pueden malograr al débil (y a las débiles muchedumbres), pero no impiden que el fuerte sobreviva y se afirme, y, pasados los años, el fuerte podrá contar sin empacho sus humildes comienzos, porque la evocación de aquellas estrecheces pondrá de resalto el heroico esfuerzo personal. Si además el autorretrato no disimula fallas menores de carácter y formación, eso mismo contribuirá a realzar las virtudes centrales. Y variando continuamente la naturaleza y tratamiento de las fallas, el escritor introducirá en el cuadro una vibrante concreción de humanidad. En la "Advertencia" a su *Campaña en el Ejército Grande,* el narrador sale al encuentro de los lectores a quienes moleste la continua referencia de "estos apuntes" a recuerdos personales: "Yo vi, yo oí, yo hice". Sabe, finge resignadamente saber que, para la sensibilidad común, todos los escritos de esa índole "se resentirán de su origen". Pero sin duda sabe también que el yo no puede ser odioso cuando quien lo pinta acierta a animar sus historias y comentos con toques de autocrítica y hasta de autoburla. Nada odioso suele mostrársenos el formidable yo de Sarmiento, de un hombre a quien tantas veces, y no sólo en su propia época, tacharon de egotista y megalómano.

Fallas menores son las que Sarmiento confiesa en *Mi defensa* para replicar hábilmente a su tocayo Godoy dándole "armas más honestas de las que ha usado hasta ahora conmigo". Sí, es verdad: Sarmiento tiene escaso roce social; lo denuncian su desaliño y sus torpes modales. Pero es verdad, al mismo tiempo, que lo que el joven pensador rehuye es el roce y maneras de los triviales y de los ociosos. No tiene tiempo ni ganas de pulirse en esa compañía. Prefiere retraerse en tenaces meditaciones, ejercicio que por tantos años ha tenido que cultivar en pobreza y apartamiento. Se ha acostumbrado a *masticar* una idea, como él dice, a solas, y a no frecuentar sino libros, periódicos y, a lo sumo, una que otra tertulia de "hombres de instrucción". ¿Es tan grave su crimen? ¿Hay motivos serios para encarnizarse con él?

El comentario irónico de Sarmiento sobre sí mismo se funde

en un tono general de anti-solemnidad, con lo que el escritor u orador, simbólicamente sacrificada la propia suficiencia, y ganada así la confianza de su público, aparece con perfecto derecho a lanzarse sobre el tema verdadero criticando también sin miramientos al adversario. Sus exordios humorísticos —corrosivo humor, a veces— suelen preparar el muy serio alegato que ha de seguir. Hablando en 1883 a las "Señoritas del Internado Normal" de Montevideo, empieza Sarmiento por definirse simplemente como "un hombre público de la otra banda del Río" y explica enseguida, a su manera, en qué consiste ese tipo de humanidad. Hombre público: hombre habitualmente "recibido por la rechifla del respetable público"; hombre insultado y afrentado por sus colegas, y por jóvenes y viejos, aunque su pecado no sea otro que el llamar las cosas por sus nombres, o el haber herido "tal o cual susceptibilidad estúpida". Ya a punto de entrar en el tema, formula el orador una última caracterización ejemplar: imagen del propio Sarmiento que por sí sola basta para dar a entender "lo que es un hombre público, sobre todo si es argentino". Es, en suma, "una víctima expiatoria de los errores y de la ignorancia de los pueblos, es el macho cabrío emisario de todos los pecados de Israel". Y el ímpetu y acritud de la charla, aunque la iluminen ocasionales lampos de simpatía y buen humor, aumentará cuando, ya en materia, contraponga Sarmiento la obra civil y civilizadora de las escuelas normales de maestras —como esa en que él está precisamente hablando— a la *filoxera* de las escuelas religiosas importadas.

Lo irónico o lo grotesco condimentan muchas enfáticas afirmaciones de su yo, como cuando, en carta a Mary Mann, dice Sarmiento tener la fuerza de "cuatro caballos dinámicos", o como en aquellos párrafos en que recuerda con gratitud a un viejo maestro porque le enseñó a amar "a la libertad y a la patria" e hizo de Sarmiento un insolente y un valentón: "valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos". Él se siente autorizado a hablar de sí con pocas contemplaciones, pero sabrá salir al paso de quien se permita comentar su conducta o sus talentos con parecida soltura. Las referencias al propio yo pueden entrar en una burla bonachona a la tontería de su interlocutor. Cuenta Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*: "Un amigo me decía: —Tal artículo de usted está muy bueno; a la verdad, no lo hubiera creído capaz de eso. —Ni yo tampoco, hombre —fue mi respuesta; lo veo y no lo creo". Es como si, ante semejante amigo y lector, no valiese la pena replicar con más

violencia. O puede Sarmiento, dirigiéndose a su admirado Vélez Sársfield, ironizar sobre sí mismo en tal forma, que, a través de "aquella modestia que me caracteriza", deje transparecer claramente su orgullo: "—¿Ha leído, doctor, la oración de Demóstenes sobre la Corona? —No, ¿cuál oración? —Pues oirá usted mi oración sobre la Bandera, y nada habrá perdido. ¡Qué oración!"

En lo que parece al pronto mera autocrítica, van envueltas por lo general otras muy diversas intenciones. Evocando Sarmiento su infancia, no oculta "cierto carácter de fatuidad" que ya entonces lo distinguía: "Yo creía desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra"; pero esta observación va ligada, sin ironía alguna, a un balance satisfecho y positivo que apunta de lleno a las zonas más luminosas del conjunto y, como para destacarlas mejor, a las sombras adecuadas: balance de sus provechosas lecturas (provechosas, aunque fuesen irregulares, o quizá por serlo), de su capacidad de atención y memoria y, como consecuencia, de sus tempranos éxitos intelectuales en la escuela (a pesar de sus impuntualidades, impaciencias y diabluras). Ni oculta Sarmiento, hablando de su familia, cierta bien conocida reputación "que han heredado de padres a hijos...". Cuando nos disponemos a leer el elogio de quién sabe qué especial virtud hereditaria, el escritor aclara con graciosa compunción, y estilizando cómicamente su franqueza, que de lo que se trata es de una no discutida reputación de embusteros, rasgo trasmitido por la rama paterna, los Sarmiento. "Nadie les ha negado esta calidad —continúa, impasible— y yo les he visto dar tan relevantes pruebas de esta innata y adorable disposición, que no me queda duda de que es alguna cualidad de familia". Pues bien: contra este fondo irónico recorta Sarmiento con toda gravedad la figura de su madre, doña Paula Albarracín, que ha sabido atajar el mal, arrancarlo de cuajo, no permitir que en su casa se desarrollara la innata disposición. Y el niño, en la escuela, se distinguirá entre todos por su veracidad, y el hombre, el autor de *Mi defensa,* se defenderá en efecto arrojando verdades a la cabeza de sus calumniosos antagonistas. Será arriesgadamente veraz y, a quienes le señalen ese pecado y le aconsejen prudencia, replicará que a él, a Sarmiento, le sucede "lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda", y contrastando su sinceridad con la "prudencia" de tales consejeros, rematará: "Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soy y nada más".

Nada más, y nada menos, que un recio gaucho al servicio de la civilización. Desde sus años de mocedad se sabe soldado infatigable en tan variada guerra —y guerrilla— por el triunfo de la mejor causa. Fuerte como un Quiroga o un Rosas, se jactará, llegado el día, de que todos los caudillos llevan su marca. Ya en Chile (y aun antes, por breve tiempo, en su San Juan) había sido el joven periodista un civilizador militante. Cuando le llegue la oportunidad de viajar a Europa, su libro y la recomendación del presidente chileno serán la doble llave "para penetrar en París". No ha querido ir a Francia como estrafalario turista sudamericano en busca de "pájaros raros" y, ya en Francia, necesita que la *Revue des Deux Mondes* comente su *Civilización y barbarie* antes que él se decida a visitar a los grandes pensadores y escritores, a Michelet, Quinet, Louis Blanc, Lamartine: "quiero títulos para presentarme ante ellos". Pues en la capital francesa "no hay otro título para el mundo inteligente que ser autor o rey".

Su guerra político-literaria, en artículos, folletos y libros, en charlas, informes y discursos, recorre su vida entera de escritor, y puede alcanzar una violencia y crueldad de gaucho de armas. Aun en los intervalos de calma relativa suele mostrársenos preparando, jovial y deportivo, su programa de "donquijotismo" inmediato. Confianza y alegría de luchador llenan aquella deliciosa página que Sarmiento escribe a bordo del *Merrimac* mientras, al regresar de su segundo viaje por los Estados Unidos, espera noticias argentinas de la elección presidencial en que él mismo es uno de los candidatos:

> ...Los pasajeros del *Merrimac,* el 4 de agosto de 1868, día de Santo Domingo de Guzmán, celebran el onomástico de D. F. Sarmiento, que vino al mundo el 15 de febrero de cierto año y promete, dada la salud de que goza y el deseo de sus amigos, dejarse estar en este mundo muchos años más todavía y dar que hacer a muchos pícaros. ¿Es ya Presidente de cierta ínsula? En Pará lo sabrá. ¡Si lo fuere!... Si no lo es, tanto peor para ellos...

Hasta los ataques más directamente centrados en Rosas y en su acción destructiva pueden verterse en páginas de caricatura y chanza. El chiste y su áspero contexto resultan inseparables. Chiste, pero serio y profundo, es el hablar de sí y de Rosas como de dos titanes empeñados en lucha gigantesca. Sarmiento y Rosas compiten por los mismos honores; buscan soluciones (eso sí, muy diferentes)

a los mismos problemas; los dos son escritores prolíficos, y –hay que confesarlo– Sarmiento envidia a Rosas "el puesto admirable que ocupa". De este modo, su propia vida y la de Rosas se le antojan grotescamente simétricas, o paralelas (y cada paralelo y cada simetría pueden ser intencionadísimas burlas). Es más: Sarmiento presenta al tirano como necesaria víctima de su flagelación; delata con malignidad, en el sádico de Buenos Aires, un fondo perverso de masoquismo, y apunta así a una especie de sanguinaria y obscena complicidad materno-filial entre verdugo y víctima. Por una parte, no hay vida posible para el torturado Rosas sin su torturador: "Si yo le falto ¿quién hará lo que yo hago por él?" Por otro lado, Rosas será obsesión salvadora de Sarmiento, "como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos. Si alguna vez hubiera querido suicidarme, esta sola consideración me hubiera detenido, como a las madres, que se conservan para sus hijos".

Ideas y palabras

Rosas caerá, y Sarmiento tendrá que vérselas con los que él considera solapados continuadores del tirano de Buenos Aires. Dictadores, ahora, de guante blanco pero con igual desprecio de las instituciones, y "caudillejos que con poncho o con casaca van quedando atrás en la marcha pacífica del pueblo a mejores destinos", "caudillejos con charreteras", militares sin ley, prontos a alzarse en armas contra el presidente electo Avellaneda, "anarquistas" que se sienten autorizados –y nunca faltan los pretextos– a subvertir el orden legal a fuerza de cuartelazos. Sarmiento exhorta al país a combatirlos, y denuncia como criminal toda cínica indulgencia para con esos traidores, indulgencia que deshonra y pierde a los pueblos. Tras medio siglo de lucha por la estabilidad institucional de la Argentina, el hombre público es ahora "macho cabrío emisario" a quien hasta los jóvenes rebajan e insultan. Sarmiento enarbola con ira y soberbia el mote de "Don Yo" –la fórmula de escarnio fraguada, según él, por Juan Bautista Alberdi– para replicar con desprecio a los agresores. Don Yo es el que ha marcado para siempre a los caudillos, acabando así con "la anarquía del caballo argentino"; Don Yo es quien, por lo demás, cree haber descabezado a ese otro monstruo que "tantas cabezas tiene" y que se empeña en llamarse liberalismo cuando no es sino demagogia.

Ni liberalismo ni democracia: demagogia. Hasta los lemas polí-

ticos que guiaron la lucha contra Rosas se ven ahora trágicamente falseados. Echando Sarmiento un vistazo a la legión de sus enemigos, comprueba que los extremistas de un ala se confunden con los de la otra; lo único en que difieren es en programas y rótulos de pura apariencia. Partidos políticos opuestos esgrimen las mismas divisas. Al propio Cobden, "el célebre inglés agitador del librecambio", le ha oído Sarmiento quejarse de la inconciencia con que las gentes se dejan arrastrar a la perdición por una mera palabra: "En Inglaterra nuestros propietarios se llaman *protectores*, y el pueblo, a quien hacen morir de hambre con sus leyes prohibitivas, se cree, sin embargo, por ellos *protegido*, yendo a estrellarse contra equívoco semejante todos mis esfuerzos para propagar mejores doctrinas". El ex presidente Sarmiento clamará que la Argentina se ha reducido en breves años a una ficción verbal de democracia. Cuando el general Roca gobierne el país y cuando, para el período presidencial inmediato, el mismo Roca imponga la candidatura y el triunfo de su pariente Juárez Celman, Sarmiento sentirá que la república se ha transformado de hecho en monarquía. Gobierno hereditario: todo queda en familia. Lo peor es que la Argentina, para Sarmiento, se desnaturaliza a ciegas, y marcha así hacia un rápido desastre. Agarrado desesperadamente a sus ideas, no puede el criterio reconocer, percibir quizá, el continuo desarrollo del país en muchas y benéficas direcciones. Lo que el loco Sarmiento sí ve y anuncia es la catástrofe económica que se avecina. Lo que al sordo Sarmiento sí puede ensordecerlo, dice, es "el fragor de las instituciones que se derrumban".

Una vez más, y en muy diversos planos, ve obrar el argentino, como el "célebre inglés", los rótulos eufemísticos al servicio de la mala intención, los pabellones vistosos que encubren la mala mercancía. Cuidado hasta con los más prestigiosos *ismos*. Atención --avisa a las maestras de la Escuela Normal uruguaya— contra el cristianismo inhumano y cerril. No fue ese el cristianismo de Cristo. Y Sarmiento le contrapone la figura del despensero y tesorero Judas, o, acriollando la imagen, la del "pulpero religioso y fanático" que se escandaliza ante los derroches de María de Betania y predica economías en materia de perfumes. Cristo estaba por los perfumes. "Os recomiendo, niñas mías, el uso del agua de Colonia y mucha agua de lavanda. Es cristiano". Judas y Torquemada, contra Cristo. Si la bandera de Facundo Quiroga proclama como natural alternativa la de "Religión o Muerte", es fácil ver qué horrores pueden ocultarse bajo el nombre de religión. La religión verdadera es hu-

mana y civilizadora, y la belleza es su aliada. Llenos los ojos de tanta maravilla artística como ha contemplado en Roma, de tantos "restos grandiosos de todas las creencias que han fecundado el espíritu humano", los describe Sarmiento a su tío el obispo de Cuyo, y recuerda entonces, por contraste, la fealdad de ciertos objetos de arte religioso tan familiares para el viajero como para el destinatario de su carta. "La artística Roma se cubriría la cara de vergüenza si viera erigidos en alto algunos de nuestros crucifijos", donde el artesano ha dado tan torpe expresión al rostro de Jesús, que éste parecería "maldecir de sus sufrimientos, en lugar de pedir perdón por sus verdugos", incluido ese otro verdugo —aclara Sarmiento— que "tan deslealmente lo ha representado".

Distinguir, buscar detrás de los rótulos y de las ideas corrientes unos resortes de acción más decisivos, para bien o para mal, es labor continua de Sarmiento. Su atención crítica puede volverse sobre sí mismo y sobre la pugna que lo enlaza con sus adversarios ocasionales. A él, senador por la provincia de San Juan, le tocará enfrentarse en 1875 con su colega y paisano Rawson, y se detendrá un momento a explicar la perpetua lucha entre las fórmulas de "orden" y "libertad". Responden a dos tendencias constantes que, exageradas, llevan respectivamente al despotismo y a la anarquía. Polaridad invencible, parece sugerir Sarmiento. Más dramáticamente —con cierta dosis de fatalismo— comprueba, a cierta altura de su vida, cómo pesan sobre la historia de los pueblos unas inclinaciones profundas y hereditarias. Así puede llegar a sentir que es en su época irresistible el metódico avance de los Estados Unidos del norte (apliquen como apliquen su ambigua y elástica doctrina de Monroe) y la marcha a tumbos de los Estados Desunidos del sur. Antes que Francisco Bilbao, un argentino había aplicado este juego de palabras a su propia tierra, desgarrada por las disensiones entre los hombres de Buenos Aires y los del resto del país: "¿No sabes que el nombre de porteño —escribía a un amigo el inquieto fray Cayetano Rodríguez, diputado al Congreso de Tucumán— está odiado en las Provincias Unidas, o desunidas, del Río de la Plata?" Es el juego que Marcel Proust, a su modo, y tantos años después, pondrá en boca de uno de sus personajes, un extraño compatriota deseoso del triunfo de los alemanes en la guerra de 1914: la dudosa eficacia de la ayuda que, en su momento, puedan acaso prestar a Francia los Estados Unidos de América contrasta, para Saint-Loup,

con la actual y palpable anarquía de los países aliados, los estados desunidos de Europa.

Desunión, atomización extrema, tiranías que, lejos de contrarrestar el impulso disgregador y la provisionalidad permanente, ayudan, por reacción, a estimularlos: a eso lleva la inepcia de los "ejecutores testamentarios" de Felipe II, los gobernantes hispanoamericanos. El autor de *Argirópolis* ilustra esta propensión, irreflexiva, oscura, ruinosa, con el ejemplo de Colombia (dividida en tres naciones) y desde luego con el de la América Central; pero el caso para él más escandaloso es precisamente el del Río de la Plata, cuyas Provincias Unidas empiezan por descomponerse en Bolivia, Paraguay, Uruguay y la Confederación Argentina, Confederación que a su vez lleva el afán suicida "hasta constituirse en un caos sin constitución". Alguna vez advertirá que la incapacidad de convivencia organizada es algo más que falla exclusiva de los españoles y de los albaceas americanos de Felipe II. El Sarmiento de 1870 está convencido, en este terreno, de la general impotencia de los pueblos católicos. Los bárbaros de antaño, "con sus viejas instituciones germánicas y la Reforma religiosa", han acabado con el imperio de Carlos V y con el resto del bicéfalo imperio romano (Austria, Francia). Así cree ver Sarmiento a los alemanes, ingleses y norteamericanos afirmarse día a día, frente a los fracasos de Italia, Francia, España e Hispanoamérica.

Eficaz instrumento al servicio de la tiranía y la discordia —claro que las dos cosas no se excluyen— es la confusión de ideas que los caudillos, y Rosas más que nadie, siembran en el pueblo. Sarmiento, lo hemos visto, no ha perdido ocasión de rebatir en todos los tonos las fórmulas, las trampas verbales en que Rosas envuelve su íntima vaciedad, su crueldad, su barbarie. En primer término, un sangriento juego de palabras. Rosas remacha su dictadura proclamándose federal; sus enemigos son, en bloque, los unitarios. Alberdi resumirá concisamente la móvil paradoja de los dos bandos: "Los unitarios han perdido, pero ha triunfado la unidad; han vencido los federales, pero la federación ha sucumbido". Con sólo leer las declaraciones públicas de Rosas —y Sarmiento las lee y comenta en 1849 con todos los recursos del análisis, de la ironía y del sarcasmo— resalta la falsedad de esa armoniosa concordia en que, según el tirano, vive la Argentina gracias a él. La sola libertad que Rosas permite es la de elogiarlo (como anticipando, piensa el lector de hoy, aquella "libertá de votar por el candidato del gobierno" que el

comisario criollo proclama enérgicamente en el satírico relato de Roberto Payró). Fórmula que pinta de cuerpo entero a Rosas es esa de la "justa indignación" del pueblo agraviado, cuando se trata de excusar crímenes llevados a cabo por orden del dictador mismo. Crímenes, puntualizaba Sarmiento en *Recuerdos de provincia,* como el asesinato de don Vicente Maza (presidente de la Sala de Representantes de Buenos Aires): crímenes dispuestos por Rosas y luego deplorados por él oficialmente como "atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular". Así también presentará Sarmiento, en 1874, desde el gobierno, los móviles del "presunto general" Ricardo López Jordán, que ha asesinado a Urquiza, 'su patrón, protector, gobernador y general en jefe', y ha hecho degollar a dos de sus hijos', 'nada más, como dicen los pícaros que lo secundan, que para ayudar a elegir un presidente constitucional' ".

El tirano de Buenos Aires ha corrompido el vocabulario moral y político. Ya no se sabe qué significan expresiones como *elegir, reelegir, renunciar, aceptar* la renuncia, *no aceptarla, retirarla*... Ahí están las sucesivas renuncias de Rosas, que su dócil Sala de Representantes nunca acepta, de suerte que el tirano debe resignarse cada vez, con doloroso sacrificio, a conservar el poder en sus manos. Rosas es "el monstruo de las *renuncias,* la víctima inmolada ante las aras de la patria". La broma aumenta de tensión por la calma con que Sarmiento acumula sus datos y resume la información oficial argentina, y por la metronómica alternancia de "Renuncia el Ilustre Restaurador" e "Insiste la Sala...". Al cabo de doce renuncias y otros tantos rechazos, la Sala nombra a Rosas por cinco años "con toda la suma del poder público en la persona del gobernador" y —¡admirable congruencia!— estableciendo que "el ejercicio de este poder extraordinario durará por todo el tiempo que a juicio [de Rosas] fuese necesario". Pero a través de los años, de muchos años, siguen sucediéndose en vano las renuncias. El sarcástico resumen llega así hasta esos mismos días de 1849 en que Sarmiento escribe. Rosas, invocando una vez más sus fatigas, sus tristezas y sus quebrantos de salud, ha presentado su trigésima cuarta renuncia, y Sarmiento concluye:

> La Sala de Representantes, no obstante haberle [Rosas] degollado su presidente [el Dr. Maza], tiene la audacia de mirar en poco los quebrantos de su corazón, reírse de sus principios republicanos y mofarse de su quebrantada salud... El Restaurador renuncia esta vez, y jura que no

> continuará más en el doloroso mando supremo, en despecho de la crueldad de los representantes. Entonces principian las peticiones del pueblo; los gobiernos confederados citan en sus respectivas provincias al pueblo para que elija gobernador para Buenos Aires [!] y juramos que esta vez, no sólo es nombrado gobernador y compelido a continuar, sino que se muere en el puesto y sigue su ánima gobernando con la suma del poder público, a no ser que la Sala de Representantes le decrete ochenta años más de vida, que después de reiteradas renuncias se verá forzado a aceptar!

El dictador burócrata pervierte el alma de su pueblo inoculando en ella, sistemáticamente, una como normalidad de amenaza y de incitación a la violencia. No otro efecto puede tener el "¡Muera...!" estampado en todos sus documentos. La muchedumbre de los que nada perciben ni piensan por sí mismos reproduce cuanto dicterio le trasmite la máquina gubernamental, y llega a hacerse, de este modo, cómplice inconsciente del crimen "que desciende de lo alto". Los grotescos agentes de Rosas repiten sus fórmulas sin contacto ya con seres humanos concretos. En ese triste montón de autómatas incluye Sarmiento aquel "señor Gobernador y Capitán General de la provincia de San Luis", Lucero, persona de tantas luces, en efecto, "que por poco fusila a un ciudadano por haberse llamado, en una petición, *el infrascrito*. "—¡Cómo! —dijo el señor gobernador Lucero, montando en cólera. —¿Quién lo ha hecho infrascrito a él? Aquí no hay más infrascrito que la autoridá... Vaya a traerme preso a ese que se arroga los títulos de la autoridá". Sarmiento sabe muy bien de ese señor Gobernador, que, tan informado como siempre, preguntaba a un viajero: "¿Conoce usted o ha visto en Chile a aquel bandido, aquel salvaje, aquel...? ¿Cómo se llama, secretario? Busque en la *Gaceta*".

No es que Sarmiento se proponga aquí divertir a sus lectores con anécdotas y chascarrillos. El retrato es alegato; la narración es alegato. Un Rosas y un Quiroga, o un sórdido instrumento popular de terrorismo como la "Mazorca" o "Más-Horca", o un grotesco funcionario como el gobernador-jayán de San Luis alcanzan su significación plena y justa en un vasto contexto histórico. Las viejas formas mentales no han acabado en 1810; la Inquisición sobrevive en la América española actual. Quien, como Sarmiento, combata a Rosas no será solo un salvaje y bandido, ni solo un unitario inmundo

y asqueroso. Frente a los países al día y en marcha —países de civilización y ley que, por serlo, no necesitan de "Restauradores de la ley" armados de látigo y cuchillo "y de una banda de miserables para gritar y hacer efectivo el *mueran los salvajes unitarios*"—, los caudillos de hoy y sus regímenes bárbaros y suicidas hacen revivir en sus procedimientos y en su fraseología condenatoria el espíritu de la Inquisición. El "católico rancio" se prolongará en el "godo empecinado" y el "federal neto". Al propio Sarmiento han llamado "judío", sin más verdad ni propósito que el de "adular al inquisidor argentino".

No son solo míseros criollos los que el inquisidor seduce y pone a su servicio. Inolvidable se nos aparece la estampa física y moral del francés Tandonnet, compañero de viaje de Sarmiento a bordo de *La Rose*. Unos pocos renglones bastan para describir la noble fisonomía del discípulo de Fourier, y unos párrafos para relatar el encuentro, el diálogo, el profundo desacuerdo entre "Tandonnet, el rosista, y yo, el salvaje". Pues un período de no fácil permanencia en Montevideo y, por el contrario, los agasajos de Rosas y su hija en Buenos Aires, han convencido al amigo de los disciplinados falansterios: la salvación, para estos díscolos países rioplatenses, sólo puede venir del dictador y no de la anarquía "unitaria". Entonces es cuando se traba Sarmiento en combate con el credo falansteriano, en páginas que a la vez lo exponen y lo ridiculizan (quizá a base de caricaturas ya corrientes en Francia, me sugiere Paul Bénichou). Sin negar el genio de Fourier, Sarmiento se demora sobre todo en lo absurdo e hilarante de un sistema fraguado en el gabinete del solitario pensador, sin contacto alguno con los hechos. Es muy natural que la simpleza y credulidad de Tandonnet hayan cedido a las explicaciones de Rosas como antes a las sublimes construcciones de Fourier.

Y así se trate de este ocasional interlocutor de Sarmiento como de aquel joven legitimista de sus paseos por Italia que, "bello como un Adonis, noble de origen, pasablemente acomodado, francés e ignorante como un niño americano", besaba convulsivo el medallón del pretendiente al trono, Enrique V, y juraba "que lloraría de dicha cuando tuviera el placer de hincarse de rodillas en su presencia"; ya nos muestre a Santiago Arcos persuadiendo a la viajera norteamericana de que Sarmiento, ahí presente, es sobrino de Abd-el-Kader, y exagerando cuanto puede, para hacer indudable el parentesco hispano-arábigo, la pronunciación de la *j* en las frases españolas

que dirige a su incógnito e ilustre amigo; ya haga desfilar tantos otros personajes y personillas, Sarmiento estira en mil formas el hilo de la obsesión social y política, aunque sin olvidarlo. Pasa y salta de la anécdota a la tesis, de la silueta biográfica a la argumentación, así como va y viene, imprevisible, a lo largo de amplísima escala que lleva desde la desmesura a las más leves ondulaciones de humor, desde la polémica borrascosa hasta la evocación serena, embebida en un gracejo benévolo y feliz, desde el chiste que, solo verbal y externo en apariencia, resulta cáusticamente "interno" (como cuando Sarmiento explica a sus compatriotas —y lo recordaba muy en particular Leopoldo Lugones— que la palabra *argentino* es anagrama de *ignorante*) hasta los más directos y devastadores sarcasmos personales de *Las ciento y una.*

Todo anda, en Sarmiento, entrelazado, y la grandeza y belleza del todo se desharían sin esa radical densidad. El lector atento debe contar con el móvil "prisma sarmientino", con sus refracciones de pensamiento y sentimiento y con el peso contextual de cada rasgo de humorismo. Debe tener presente que, por lo general, "Sarmiento no trabaja en miniaturas, sino en grandes espacios", como ha dicho Enrique Anderson Imbert. No es un escritor de los que buscan en su libreta de apuntes la palabra justa, el giro particularmente ingenioso o magnético, la imagen vistosa anotada años antes para cualquier uso eventual. No es de los que calculan, uno por uno, sus efectos retóricos, ni de los que tienden a tallar su amargura en epigramas de rigurosa geometría, como los que sí hallaremos tantas veces en pesimistas elegantes, a lo Manuel González Prada o a lo Franz Tamayo.

"Demasiado complejo...". Tanto más necesario el referir cada aspecto y cada instante del humor de Sarmiento al fluir uno y proteico de su obra íntegra. Y tanto más deseables, por consiguiente, los atentos estudios de detalle que no pierdan de vista el conjunto y que ayuden así a enriquecer —no a inmovilizarla en radiografía ni en catálogo ni en monumento— nuestra imagen del gran héroe civil y de su espléndida obra escrita.

RAIMUNDO LIDA

Harvard University.

LA POLEMICA INCONCLUSA

A Fryda

Varias polémicas importantes acontecen en el siglo pasado entre altas figuras de la política nacional. Ninguna de la envergadura de la que enfrenta a Alberdi y Sarmiento en las vísperas de la Constitución. Lo que es obvio, desde luego por la talla de los émulos, pero sobre todo por la trascendencia del pretexto, aunque hoy en día la posteridad, siempre superficial en el miraje refróptico, haya perdido de vista el pretexto por detenerse en dicha talla, no del todo sin razón porque el caso comprometió a las dos figuras máximas del pensamiento político del siglo. Pronto harán cien años de la muerte de ambos émulos, nacidos dentro de la misma década del siglo, la segunda —la de la Revolución— y muertos dentro de la misma década, la penúltima —la de la "consolidación" nacional, o sea de la capitalización de Buenos Aires. De "Las 101", el volumen que reunió las arremetidas de Sarmiento y "Las Quillotanas", con las contestaciones de Alberdi, bien podría decirse que sobreviven, para el interés general y aún historiográfico, más por valores estilísticos, o sea de forma y tono, dentro de su género, que por el significado trascendente de su contenido. Anudadas en choque eliminatorio, de una agresividad confusa y despiadada de una parte, y un rigor discursivo implacable —de su "calma infernal" habló Sarmiento— de la otra, ambas traducen las agonías de una misma pasión patriótica tramada a trance histórico decisivo. Las alternativas discursivas de la polémica hoy poco importan al fin. Lo que en ella importa en definitiva es el sentido trascendente, que solivia el espectáculo del combate singular entre titanes del pensamiento político, al plano virtual de la historia del espíritu de la forma nacional, vale decir de la filosofía de la historia argentina. El discurso polémico quedó allí agotado; pero en el fondo de la disputa ardía

una brasa viva que quedó allí latente, y quién sabe hasta cuándo todavía...

Hoy vemos a ambos émulos recortándose con perfiles de grandezas recíprocas irreductibles. Personificaron —encarnaron— con relieves arquetípicos absolutos los dos polos dialécticos de la pasión nacional, que por cierto está lejos todavía de haber logrado su síntesis. El amor propio se sirvió en ambos de las rudas demasías del ánimo combativo usuales en la política. En la alternativa temporal, Sarmiento terminó formalmente derrotado. Abandonó el campo como llorando: "¿No siente Alberdi, toda la atrocidad de sus injurias, más atroces todavía por la calma infernal con que son vertidas?" Hubo exceso de susceptibilidad de su parte. En todo caso las injurias, algunas atroces, o insidiosas, habían escapado de su pluma...

Dictada la Constitución, faltaba todavía lo fundamental para tener por resuelto el problema constitucional. Quedaba el rabo por desollar: "la cuestión capital", la capitalización, o no, de Buenos Aires. Treinta años tomó la tremenda brega, que terminó allí de hecho con todo, aunque de un modo que algo tenía de sarcástico; pues venía a devolver las cosas al punto de partida. Hoy, problema mucho más grave que hace cien años. La capital ha crecido devorando la conciencia constitucional. Hoy el grandor de la ciudad impide pensar en la gravedad de la cuestión constitucional que ella cifró desde el principio, y aún continúa cifrando.

Ambos émulos se parecían —o coincidían— esencialmente en un punto: en que, no creyendo en el hombre de su país, creían en las ideas, en las suyas desde luego (a partir de esa de su descreimiento total en el hombre de su país); y creían en el poder de sus ideas, sobrentendido éste como el poder de verse "convertidas en hechos"; pero mientras Sarmiento que parece sentirse propietario de sus ideas, sólo parece concebir esa trasmutación fiada a sus manos ("dadme patria y convertiré en hechos cada sílaba de mis palabras"; "yo sólo pido a mis compatriotas que me dejen la libertad de hacer un gobierno sabio..."), Alberdi, en cambio, más consecuente con dicho descreimiento en el hombre, pensaba en aparatos objetivos, en estructuras, en "máquinas", encargadas de obrar por las ideas lo que él, o los hombres en general, no sabrían o no podrían obrar por sus manos...

Ambos amaban tremendamente lo mismo: la patria. La amaban como ama el amante verdadero, para poseer; pero mientras Sarmiento, presente "in situ", pensaba en una posesión personal, *manu*

maritalis por así decir ("le voy a hacer un hijo macho a la patria"), Alberdi, el ausente inamortizable, pensaba desde su cada vez más remota distancia, platónicamente, en una posesión por la forma, desde afuera, en cierto modo delegada, la más terrible quizá...

Implícita en los transportes verbales de Sarmiento, valía también para él la representación alberdiana de la posesión de la patria como un "himeneo inmortal". Ambos tuvieron en un momento la impresión —la ilusión— de poderlo alcanzar: Alberdi con "su" Constitución, Sarmiento desde el gobierno...

Parece ley o regla normal de genética humana la esterilidad biológica del genio, o su venida a menos en el fruto carnal. Sarmiento, genial hasta ser capaz de antojos teogónicos como ese de hacerle un hijo macho a la patria, no lo obtuvo suyo de vientre de mujer, y debió remitir su anhelo a un hijo adopticio, bien elegido por él sin duda, pero ya antes por los dioses que así se apuraron a quitárselo, según el modo divino de comportarse con quienes ellos aman. Le dedicó *un libro!* que en su mente debió representar el pasaporte a la gloria. ¿Habrá que ir a buscar el hijo macho de sus sueños patrióticos en sus obras, las de gobierno o las literarias? ¿Cómo reconocer en ellas el sexo anhelado por él en el fruto, bajo figura biológica tan categórica?

Alberdi, en cambio, él, que también soñaba en que, si pudiera convertir en hechos sus palabras no escribiría una línea; que también soñaba con la posesión de la patria, pero que no pedía como Sarmiento que "se la dieran" para tentar la transmutación, que se había propuesto dar él el crisol adecuado a ese fin; que soñaba en otros maridos para la matriz patriótica, él, Alberdi, él sí tuvo un hijo de su propia simiente. Nadie aclaró hasta hoy cómo, en qué circunstancias, fruto natural ese, acaso tenido por fortuito o imprevisible, secretamente abjurado para siempre, si bien reconocido decorosamente por el padre, que le concedió el uso de su apellido, pero manteniéndolo siempre alejado, física y aún afectivamente. Cabe en rigor decir que, de hecho, con su conducta paterna condenó a su hijo carnal a una "poquedad" desoladoramente desproporcionada a la talla del progenitor. ¿Habrá que ir a buscar, también en el caso de Alberdi como en el de Sarmiento, el fruto legítimo del "himeneo inmortal" en su obra, la de legislador moisíaco (la Constitución) y la literaria?... Los procesos en la dialéctica histórica son más oscuros que los de la biología animal. Alberdi no manejó con sus propias manos, el gobierno de la patria que él dio a sus com-

patriotas para que lo manejaran con las suyas. No tuvo tiempo de verificar si el fruto acarreado por "la mudanza de la masa o pasta de nuestra población" por inseminación inmigratoria de la matriz patriótica propugnada por él, configuraba esa nueva "población para el sistema" (el suyo), soñada por él, acaso correspondiente al hijo macho soñado por su émulo...

¿No parecería discernirse hoy, a más de un siglo de la polémica famosa, en la realidad de los productos del "himeneo inmortal" de la pasión patriótica, cierta coincidencia, un si es no es irónica entre los dos planos, el de unas ansias genesíacas doblemente burladas o frustradas en plano biológico o personal y en plano histórico o constitucional?...

Mística y erótica del patriotismo

Patriotismo quiere decir "amor a la patria". Amor. La palabra obliga. Impulso posesivo, conlleva ansias de consubstanciación con el objeto.

Antes de que cundiera el psicoanálisis nuestra lengua poseía el fonema "mor" para designar lo que los psicoanalistas llaman "pulsión". "Por mor de" decíase aludiendo a esa tendencia latente del alma, susceptible de polarizaciones. Cuando debía significársela orientada hacia el propio sujeto, se le aparejaba el prefijo "A", y así se compuso el nombre del "A-mor"; cuando debía significársela orientada hacia afuera, a un Ello mayor, soberano o supremo, Dios por antonomasia, se substituía el prefijo "A" por "Te", relativo a Theos, y así resultaba "Te-mor", única forma de relación primitivamente concebible con los dioses. Primitivamente era inconcebible la idea de "a-mor a Dios"; fue temeraria originalidad del cristianismo posibilitar esta forma de relación entrañable con la divinidad, para lo cual le fue necesario obligarlo a Dios a meterse primero en vientre de mujer de carne y hueso, para resurgir de allí in-mor-tal, o sea infundido de esa inmanencia polarizable absoluta del ser encarnado.

Desde el cristianismo es ya imposible separar la mística de la erótica. De "divino erotismo" calificó Menéndez y Pelayo el lenguaje de la lírica de los místicos. El siglo pasado, que entendía el patriotismo como "amor a la patria", lo sintió también como "religión de la patria", asociando las dos fórmulas de modo que pudiera llegar a pensarse en un "erotismo patriótico" semejante al "divino erotismo" del místico.

En las confrontaciones usuales de las máximas figuras de la historia nacional suele omitirse la consideración de esa faz esencial del pathos político funcionando en el foco de aquellas almas en combustiones de amor a la patria. Lo mismo que en área religiosa, en esta patriótica las señas de ese erotismo místico es de rigor ir a pulsarlas ante todo en la poesía, sea la formal de los poetas en verso, sea la infusa en los trasfondos pasionales de la prosa de los doctrinarios. ¿Cómo se nos revela —o creemos entreverla— envuelta en la prosa ejemplarísima de aquellos dos máximos émulos del espíritu argentino del siglo pasado, enredados en la polémica más trascendente de esa centuria?

Ambos amaron igualmente con todo el ser la patria, una sola y la misma para ambos. La amaron ansiando lo mismo, lo propio del a-mor verdadero, dondequiera apunte: poseer, poseerla. "Amo a la patria como a la mujer, para poseerla", había proclamado Alberdi. "Le voy a hacer un hijo macho a la patria", pretendería Sarmiento.

Sin embargo había una diferencia abismal entre ambos aprontes. Abreviando y en última síntesis diré que, lo que en el erotismo patriótico de Sarmiento está modulado en (su consabido) YO, egotista, activo, fálico, en el de Alberdi surgía modulado en NOS, receptacular, pasivo, matricial: "Abramos de par en par las puertas... que la América abra sus entrañas... de fuera deben entrar los manantiales de vida". Desbordes poéticos testimonian la instancia de consubstanciación mística alcanzada —o anhelante— en el transporte de amor a la patria. La esencia poemática manifiesta en la desmesura misma de los arranques alberdianos tramados al rigor doctrinario, lleva a aproximar el lenguaje del gran pensador argentino al de su contemporáneo el mayor poeta norteamericano, Walt Whitman, en extraña correspondencia de opuesta polarización, como la que hemos señalado entre Sarmiento y Alberdi.

Alberdi: "Aceptad el progreso invasor y absorbente de razas viriles y emprendedoras de origen septentrional...".

Whitman: "Yo, el poeta de los cantos adámicos, desbordante de vida, fálico, poseedor de potentes riñones.../ahora recorro el nuevo Edén.../ofreciendo estos cantos, ofreciéndome yo mismo/bañado en el sexo de mi ser y mis himnos, retoño de mi semen".

Y Sarmiento, ¿qué en este plano? "¿No habéis advertido en ellas (en sus prosas) un inconfundible parecido con las letanías líricas del barbado Walt Whitman? —se pregunta un apologista del maestro genial—. "Este gigante poético de la democracia —prosigue

el panegirista– enumeró en versos sin precedentes la pródiga copia de un sistema fundado a la medida del hombre... Nuestro Sarmiento, a quien se le ha reprochado cierta insensibilidad lírica, entonaba sin proponérselo, genuina, genial, irreprimiblemente, en prosa de hacha y tiza, un canto de fe en la democracia, en la libertad, en la dignidad del hombre, en el respeto de todo cuanto haga a la vida digna de ser vivida" (M. R. Durán, en Boletín del Museo Sarmiento, 1964/65). La aproximación del "Profeta de la pampa" al vate norteamericano, no tiene en verdad mucho de sorprendente en la común referencia al "arquetipo humano de la democracia", que señala el panegirista, punto en el cual la coincidencia era poco menos que unánime en todo el continente. Pero lo hondo de la correspondencia, la que valía la pena señalar estaba en otra parte, en la que hace esencialmente al "canto", explícito en el verso estentóreo de Whitman, infuso en la prosa caliente de Sarmiento. Estaba en el remonte fálico del preferimiento, entre ese descarado "Yo, poseedor de potentes riñones, bañado en el sexo" de su ser y sus himnos, del canto adámico del vate norteamericano, y el "voy a hacerle un hijo macho a la patria" del profeta atropellador.

El parangón, pues, bajo la faz poemática, que contraponía en correspondencia inversa, diré, a Alberdi-Whitman, se probaba paralelo con la misma polaridad en Sarmiento-Whitman. Explosiones del mismo pathos patriótico, en instancia mística, se revelaban fálicas, dativas en Whitman-Sarmiento, matriciales, receptivas en Alberdi. ¿La diferencia tenía acaso que ver con la situación de relación personal con el suelo de la patria (el country del yankee): relación de presencia in situ por así decir, para Sarmiento y Whitman, y de "ausente" inamortizable para Alberdi?...

Para fijar totalmente la singularidad de la imagen de hombres de destino en cada uno de ambos émulos, no basta la confrontación mutua, si bien en cada uno de ellos parece brindarse, concentrada, la totalidad de rasgos –intelectuales, temperamentales– que definen al arquetipo genial dentro de cada comunidad nacional. Habría que extender la confrontación a otras grandes figuras civiles, Moreno, Rivadavia, Echeverría... –dejando de lado las uniformadas de máxima jerarquía, San Martín, Belgrano, el general Paz, Urquiza, Mitre y algunas del clero, que bien valdría ciertamente convocar al parangón... Todos aquellos –Moreno, Rivadavia, Echeverría...– poseídos de la necesidad acuciosa, angustiosa, de comprender el país, de aliviarlo de sí mismo, de acomodarlo a un "orden" de justicia y

libertad, todos comprendiéndolo a su modo y aventurando el sueño de un proyecto salvador... Todos soñando patria, anhelando y proponiéndose "poseerla". Sólo a Sarmiento le estaría concedido lograrlo...

Padeció como todos (como el que más cada uno), la misma realidad del duro siglo a que habían sido convocados por el destino. Ansiando todos lo mismo, sobre el mismo terreno, con el mismo afán, que distinta empero la incidencia del destino sobre la suerte de cada uno. Menos cruel con Sarmiento que con todos los otros, sin embargo sólo él se quejó de la suerte casi hasta lloriquear. Los demás habrían podido sentirse con sobra de motivos para llorar a gritos; sin embargo, nunca ni el menor lamento. Junto a ellos, hasta podría incluso vérsele como el único entre todos los esclarecidos que habría conocido la felicidad, o haberla tenido más cerca. Todos los otros dan hoy la impresión de haber nacido señalados a la desventura y el fracaso, o si a la gloria, a una gloria meramente póstuma. Él alcanzó en vida todo lo que podía ambicionar una vocación política en su siglo; lo que no obtuvo fue lo que no habría podido de ninguna manera alcanzarse. (Acaso Mitre constituya la segunda excepción memorable, a nivel de pasiones y experiencias homólogas). Ninguna naturaleza más sana de cuerpo que la suya; no hay noticia de crisis penosas de infancia o adolescencia, como las padecidas por Alberdi; de alguna enfermedad de grave pronóstico, crónica o transitoria, como, por ejemplo, la que dejara grabados para siempre sus estigmas en el rostro de Moreno. Se le llamó "el loco" por antonomasia, aunque Ramos Mejía no lo incluyó en su magno fresco de "la neurosis de los hombres célebres de la historia argentina". En todo caso, de habérselo por implícito en el cuadro, habrá que reconocer sin parangón ese ejemplo de una locura remontada como ninguna otra a mejor estado físico e intelectual. Fue el único entre los esclarecidos de su siglo a quien no parecía costarle el menor esfuerzo vivir, escribir, pelear; se sentía llamado a su juego sobre todos esos terrenos. Pródigo consigo mismo, se concedió todo antojo sensual (digno, por supuesto), llegando incluso en este campo a excesos notablemente cándidos como ese de disfrazarse de general nada más que para hacerse retratar y mostrarse a sí mismo que a él, civil por excelencia, el uniforme le sentaba mejor que a muchos militares, prueba nada difícil entonces en que no existía todavía el Colegio Militar, que él fundaría, sin duda para —entre otras cosas—

que nadie en adelante se consintiera de nuevo aquel antojo sensual impunemente.

A estar a todas las biografías, y a su propio testimonio, habría que concluir que fue poco menos que el único argentino de su siglo nacido de madre, o que la tuvo por más tiempo y jamás perdió de vista o se desprendió de ella ni aún después de muerta. Sarmiento-padre de hijo adopticio, se desdibuja ya junto a la nítida silueta de un Sarmiento-hijo de Madre, que enternece a biógrafos y apologistas, y contrasta violentamente con la de todos sus contemporáneos que a su lado dan la impresión de no haber tenido madre, o poco menos... pues ¿quién las recuerda hoy? La de Alberdi murió al nacer él, "y por causa de mi nacimiento" gemía él, sombríamente, quizás sin saber que repetía literalmente un gemido de Rousseau. Y todos ellos, menos él, cómo murieron...! Lejos, a una hora espesa de la noche, en el mar (Morenito); al otro lado de un río, ancho como el mar, en un desmantelado cuartucho montevideano, una noche sitiada por los canes aullantes de la tiranía (Echeverría); al otro lado del mar, en la noche de un sucio tugurio gaditano (Rivadavia); o en la medianoche de una helada clínica del suburbio de París (Alberdi)... Todos, lejos de la patria, con la agonía vuelta al Poniente, hundida en las tinieblas de la noche. Todos, menos éd... Diríase que hasta en la muerte el destino le fue pródigo.

Murió en el Paraguay —allí donde la Muerte había elegido ya a su hijo adoptivo. Allí donde podía de nuevo unirse a él, reasumir en el trasmundo sus ansias de paternidad, biológicamente burladas. Ya de tener que morir, puede concebirse nada más dulce que morir en el Paraguay, abandonarse a esas tierras sonrosadas y tibias que acaso a él le llevarían a pensar en la piel de la mujer añorada? Murió una madrugada, y no en la cama, sino en una mecedora... ¡una mecedora, el único artefacto que el hombre ha urdido en forma de regazo! ¿Podría él haber imaginado muerte más dichosa que en una mecedora, que a él, en aquel trance, debió parecerle el regazo mismo de misia Paula...? y mirando al Naciente, de cara al Alba, en el preciso instante en que el coro de los pájaros tropicales rompe en el himno de las resurrecciones prometidas al Espíritu con cada Aurora...

BERNARDO CANAL-FEIJÓO

SARMIENTO Y LA FICCION

Aunque Sarmiento no cultivó géneros tradicionales –poesía, novela, drama– algunas de sus páginas pertenecen a la literatura porque expresan intuiciones personales. *

La Literatura se diferencia de la Filosofía, la Ciencia, la Historia, la Política, la Oratoria en que es, esencialmente, ficción; y Sarmiento, por mucho que se apoyara en la realidad, fingía un mundo propio, todo iluminado con imágenes de su fantasía.

De Sarmiento sabemos, ante todo, lo que él mismo nos ha contado. Sus escritos, siendo siempre actos políticos, tienen un peculiar tono autobiográfico, y en el modo con que nos cuenta su vida está la clave de su obra: le rebosa el sentimiento de ser algo más que un individuo, de ser nada menos que una fuerza histórica. Tanto insistió en el valor de su personalidad y en el sentido misional de su conducta que el vulgo lo llamaba Don Yo. Pero la egolatría de Sarmiento es sólo una vista exterior, superficial, de esa íntima plenitud con que vivía. Sus exageraciones son convincentes porque de un hombre nadie espera *la* verdad sino *su* verdad, y la verdad de Sarmiento aparecía en una óptica de vidrios de aumento y juegos de espejos: Sarmiento se veía en el centro, agrandado y favorecido por la luz. Era, sí, Don Yo: "Yo no conozco, en los asuntos que son personales, otra persona que el "yo" (III). Esa persona, en el momento de actuar, se veía a sí misma ya inscripta en la Historia. Sus vuelos al futuro hacían que mirase el presente como un pasado. Ya se sabe que el pasado es el tiempo de la ficción. De ahí que algunos pasajes de *Facundo* puedan leerse como cuentos. Dentro del esquema dinámico con que Sarmiento dio sentido a su

* En las citas el número romano indicará el tomo de las *Obras Completas de D. F. Sarmiento.* Véase Enrique Anderson Imbert, *Genio y Figura de Sarmiento,* Buenos Aires, Eudeba, 1967.

percepción del país —"civilización contra barbarie"— la sombra terrible de Facundo cobró una pujante figura artística porque era una patética presencia en sus entrañas, no un tema tomado de una realidad exterior. Facundo vivía en él como un personaje de ficción. Después de describirnos el escenario, los personajes y las situaciones del drama político argentino, comenzó su capítulo quinto hablándonos de un hombre y un tigre. No nos dice quién es el hombre: durante varias páginas lo vemos atravesar el desierto a pie, estremecerse ante el bramido de un tigre "como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte", correr, treparse a un algarrobo, balancearse sobre las ramas ante cada salto del animal, esperar, ya extenuado y a punto de caer, hasta que llegan unos amigos y lo salvan. El relato termina con estas líneas: "*Entonces supe lo que era tener miedo,* decía el General D. Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso. También a él lo llamaron *Tigre de los Llanos*". La descripción se había inflado, había levantado vuelo; y es una sorpresa descubrir al final que esa descripción era un globo cautivo: un cabo, en la última línea, amarra la visión del tigre a la visión del hombre-tigre. La inclusión definitiva del tigre en el Tigre de los Llanos crea la metáfora. Todo ha sido, pues, un juego alegórico, aunque ese "Tigre de los Llanos" no era mera metáfora literaria: se decía de veras que Facundo y su escolta eran "capiangos", hombres capaces de convertirse en tigres, como en el mito indígena del *runa-uturunco.* Sarmiento fue testigo de cómo el real Facundo se había transformado en el legendario Facundo y era ya asunto de romances y vidalitas.

Los trazos exagerados con que Sarmiento nos pinta la criminalidad, lascivia, coraje y primitivismo de Facundo no responden al único propósito político de denigrarlo, sino a que, de veras, para el romántico Sarmiento la naturaleza toda, Facundo incluido, estaba estremecida por algo fascinante, tremendo, catastrófico; y al sobrecogerse Sarmiento ante el horroroso misterio de la barbarie dio a sus evocaciones un trémolo de melodrama. El cuento de Facundo y la Severa Villafañe, por ejemplo. Y las figuras del rastreador, del baquiano, del gaucho malo y del cantor, ¿no se mueven como si estuvieran dentro de un cuento? Como que están creados con la simpatía del cuentista por sus personajes. "Soy gaucho civilizado", dirá Sarmiento (XLV). Pero no era sólo el gaucho, sino también el romántico que llevaba dentro lo que lo hacía simpatizar

con las costumbres rústicas. La luz de la civilización, al atravesar un prisma nacional, se descomponía en los colores del folklore. No había contradicción, pues, entre el desprecio político a las masas gauchas y el aprecio artístico con que las describía. Sarmiento luchaba contra la barbarie porque detenía con su peso la marcha de la historia, pero aplaudía las peculiaridades de la vida en América.

Cuando Sarmiento habla de sí se complace, estéticamente, en organizar el espectáculo de su esfuerzo rehaciéndose sobre ruinas, fracasos, dificultades y trampas. Al embelesarse ante su vida, por momentos le cosquillea la sospecha de que acaso alguien piense en que eso es tan falso como las ficciones de Walter Scott, donde el héroe triunfa sobre el villano o sobre el destino. Entonces Sarmiento se cura en salud: "No es una novela, no es un cuento", dice (III). Nadie negará, sin embargo, el valor de los rasgos novelísticos, cuentísticos de sus autobiografías.

En *Facundo* reveló Sarmiento su talento literario. Fue todavía más visible en el libro que le siguió: *Viajes*, porque en éste el placer de contar pudo más que el móvil político. Viajes de 1845 a 1848 por Europa, Africa y ambas Américas. Desde cada punto de su itinerario envió a sus amigos cartas tan imaginativas que figuran entre la mejor prosa española de su época. En ninguno de sus otros libros se abre tan a lo ancho y a lo hondo el alma de Sarmiento con sus entusiasmos y depresiones, su solemnidad de profeta y su humorismo. Se siente actor del mundo que describe: sus cartas son, pues, fragmentos de una novela virtual.

Y también la *Campaña en el Ejército Grande* es un libro ameno como el diario íntimo de un novelista: el perro Purvis que seguía a Urquiza; la risa de Ortiz a punto de ahogarse en el río; el retrato de Urquiza y sus mujeres en los bailes; el pasaje del río Paraná por el ejército; Sarmiento, su uniforme y pertrechos europeos en medio de las tropas de chiripá; el extraño caso del cataléptico Aldao; la pampa de noche, de día, con espantadas de caballo y domas de potros; la descripción de las ciénagas de Palermo y el recuerdo de Rosas, "presuntuoso sapo, habitante de pantanos"; y así por el estilo.

En otras páginas de otros libros, en vez de meter la realidad nacional en moldes de cuentos la explica con cuentos ya conocidos. Un ejemplo. El país se había dividido en una Confederación —presidida por Urquiza— y el Estado de Buenos Aires —en el que Mitre

ejercía una influencia decisiva—. Cuerpo sin cabeza, cabeza sin cuerpo, que Sarmiento describe en dos cuentecillos: "¡Insensatos todos nosotros! La Confederación sin Buenos Aires es como aquel jinete que durante el bombardeo por los ingleses, seguía galopando y blandiendo la espada por las calles de Buenos Aires mucho tiempo después que una bala de cañón le había volado la cabeza. El Estado de Buenos Aires sin las provincias es como las cabezas de los guillotinados que continúan pensando y sintiendo largo rato: la cara de Carlota Corday se puso, dicen, colorada de indignación cuando el verdugo que la enseñaba al pueblo le dio por escarnio una bofetada" (XVI).

Antes de indicar la preferencia de Sarmiento para ficciones extravagantes recordemos que era un repentista. Escribía de prisa, a raja tabla, sin volver a leer lo escrito, sin numerar las páginas y a veces perdiéndolas. Hasta escribía dormido. En "Curioso fenómeno fisiológico" ha contado cómo una noche, mientras componía un artículo, se durmió y por hábito continuó formando con letras claras frases absurdas: "He aquí, pues, un fenómeno singular del desvarío o sueño en que la voluntad no alcanza a dirigir movimientos espontáneos del espíritu, en que la influencia nerviosa anda como un chiquillo tocando las teclas de un piano, sin armonía, ni concierto, haciendo saltar ideas, palabras, que vienen a colocarse en un escrito como en una pieza de música algún compás embrollado y sin relación con el resto" (XLVI).

Pasemos ahora al centro de donde irradiaban sus ficciones.

Según sus más añejos recuerdos, Sarmiento debió de ser un niño nervioso, sensitivo, fantasista, impresionable, exaltado. De noche salían de los rincones enanitos que danzaban frente a su cama (XLV). Se metamorfoseaba en perro. Se maravillaba si le personificaban las fuerzas naturales, como cuando una amiguita le explicó que "las nubes van al mar a alzar el agua" (XXIII). Sus juegos y travesuras infantiles se prolongaban como gestas épicas porque él, con su iniciativa, les daba formas de aventura. Creyó en cuentos de bruja, tropezó con fantasmas, oyó que una pariente concurría a aquelarres nocturnos en el camposanto, sintió el terror de la muerte, la presencia del ángel custodio, el poder de la magia; y su tío José de Oro tuvo que exorcizarlo obligándolo a entrar en un recinto en tinieblas donde se hinchaba un cadáver hidrópico (III). De las primeras supersticiones le quedó siempre un fondo de fe en lo extraño y sobrehumano. Fe, no en la Religión —su Dios no es el

Dios definido por las Iglesias—, sino en fuerzas metapsíquicas y metafísicas: premoniciones, telepatía, relaciones misteriosas, coincidencias fatales, raptos visionarios, certeros pero ilógicos. "Yo no se si creo o no en estas cosas pero mil veces necesito admitirlas como explicación de hechos inexplicables" (XIII). Su explicación a veces era natural pero para los fenómenos de la parapsicología solía recurrir a la de una Providencia que se comunica con nosotros a través de un flúido de signos eventualmente descifrables: "Empieza a hacer lugar la ciencia de lo increíble. (...) Hoy creemos en el teléfono, que es más increíble que la comunión de las almas que nos empeñamos en negar. (...) Hanse empezado a recoger escritos sobre visiones, apariciones, avisos (...); mi práctica de hombre crédulo, sin gazmoña y sin partido tomado, me hace persistir en mi teoría de un mar de algo en que vivimos y nos penetra. ¿Dios ve lo que pasa dentro de nosotros? Luego ya estamos en camino de creer que algo nos ve, y se ve, y se deja ver a un tiempo". (XLV) Y experimentaba sensaciones raras: voces interiores, sinestesia, alucinaciones, sonambulismo, memoria involuntaria despertada por un estímulo sensorial, sueños con vuelos mágicos, adivinaciones, transmisión del pensamiento, maldiciones y signos ominosos que se cumplen, libros que portentosamente se abren en la página que no se buscaba pero se necesitaba, días fastos y nefastos, almas que se desprenden de la tumba en forma de mariposas.

Sería fastidioso citar las declaraciones de Sarmiento sobre una realidad diferente de la lógica y la práctica. Se creía habitado por un demonio que, como el de Sócrates, lo asistía en los momentos de necesidad. "Soy como el andaluz que se tenía miedo a sí mismo. Tengo segunda vista (carta a Mitre). "¿Se ha embriagado con opio alguno (de ustedes)? Pues yo sí, que todo lo he probado (XLII)". "Para mí hay un mundo aparte en que las cosas andan al revés de lo que a todos" (XXIX).

Solía analizarse y, como los artistas, multiplicar sus adentros en perspectivas metidas unas en otras: un yo mira a otro en el acto de mirar por la ventanilla del tren el paisaje en fuga de los Estados Unidos, y este yo, a su vez, ve a otro que, en el plano más profundo del sueño, inventa otro viaje ideal: "Más tarde, en sueño, en las horas de contemplación en este vivir la vida interna, estos depósitos de imágenes se iluminan de por sí, se mueven y avanzan al frente y la imaginación les da vida volviendo a viajar gratis sin que ningún importuno le diga al oído: *Your ticket* (*Correo del Domingo*, 1866).

Se regodeaba contando experiencias curiosas, como aquella en que después de asistir a una función de teatro sueña que está dentro del drama, sale a la calle sonámbulo y creyéndose actor en un escenario de calles y estrellas pintadas conversa con el sereno. ("Reminiscencias literarias", I).

Ahora bien: a este gusto por lo sobrenatural, por los intensos contrastes, por el misterio, por las rarezas, vino a estilizarlo la literatura gótica, melodramática y truculenta del romanticismo. Ya en 1839, en *El Zonda,* Sarmiento escribe un cuento —"La Pirámide"— con un espectro que en la noche, entre ruinas, maldice a su hijo: "primera vez que las fantásticas ficciones de la imaginación me sirvieron a encubrir la indignación de mi corazón" (III). Aun en los pasajes aparentemente más objetivos de su obra hay invenciones de tipo romántico: Sarmiento elige ejemplos que sacuden el ánimo, les da una vuelta para que la realidad se parezca al arte, exagera, despierta la curiosidad del lector y luego juega con ella llevándola a un clímax o a un anticlímax inesperados, ilustra con caprichos coloreándolos con violentos brillos o esfumándolos con vagos grises crepusculares, a la fluidez de la vida la hace correr en arabescos o la corta y endurece en posturas grotescas, acentúa las emociones del miedo o del asombro. Sarmiento entretenía a sus amigos con fábulas, consejas de espanto, sucedidos prodigiosos y relatos de desenlace sorprendente. Como muestra he aquí una escena de su viaje por la Mancha en que Sarmiento se nos aparece oyendo y contando cuentos:

"En fin, otro llegó de afuera, asustado, aterrado.

—¿Saben ustedes lo que ha sucedido en Moral ahora poco? Cosa horrible. Hay una familia compuesta de la madre y dos hijas: la una, casada, vive en un paraje no distante, y un hermano que salió niño para América volvía con una buena fortuna en doblones. Llega a casa de la hermana casada, se hace reconocer y le cuenta la buena nueva, anunciándole que va a casa de su madre, de quien no se hará reconocer para darle un chasco. Al día siguiente la hermana va a la casa materna, y signo ninguno exterior le indica la presencia del hermano. "¿Y el viajero?", pregunta. "¿Qué viajero?", le contestan madre e hija, despavoridas. "El viajero que vino a alojarse". "No ha venido nadie", contesta la madre, pálida. "Se fue esta mañana", contesta al mismo tiempo la hija. "Pero, madre, era Antonio, que venía de América, rico". ¡Antonio, mi hijo! ¡Mi hermano!", exclaman me-

sándose los cabellos, "y el corazón no me había dicho nada". ¡Madre y hermana lo habían asesinado en la noche por apoderarse del saco de onzas!

La compañía que estaba en torno del brasero se quedó pasmada y yo veía parárseles a todos de horror los cabellos, excepto a mí, que dije con tono autoritativo:

—Es falso, señores. Eso es un cuento.

Todos se volvieron hacia mí, mirándome de hito en hito.

—Este cuento lo he oído en América hace doce años; la escena tenía lugar en la campaña de Córdoba, el mozo venía de Buenos Aires. (...) Son ciertos cuentos antiguos que corren entre los pueblos. (...)

Y contando algunas (anécdotas) logré distraer los ánimos porque la verdad sea dicha, ya nos moríamos de miedo". (V)

Cuento popular, pues, que andaba por tierras americanas (y que Albert Camus recontará en *Le malentendu*). Cuentos como ése pasaron a *Facundo* y están esperando que investigadores del folklore y de la tradición literaria los cataloguen. Además, a Sarmiento le encantaban las crónicas espeluznantes. El mismo año en que Edgar Allan Poe escribe "The premature burial", Sarmiento está contando casos parecidos: "Un enterrado vivo" (I-XI-1844). Era la sensibilidad de la época. Y a lo largo de toda la obra de Sarmiento hay anécdotas, cuentecillos, tradiciones, curiosidades, ocurrencias con situaciones fantásticas o absurdas o paradójicas o poéticas.

A continuación van unos pocos tipos diferentes de inventiva, siquiera para despertar en alguien el deseo de completar una antología, ya que aquí no disponemos de espacio para ello.

El jinete que, perdido en la pampa, describe un círculo completo, de pronto descubre unas huellas y sin advertir que son las de su propio caballo, "¡gracias a Dios!", exclama, "por aquí anda gente, sigamos", y a la segunda vuelta ve dobles huellas y se alegra más, "ya vamos por una sendita transitada", y así a medida que pisa el mismo círculo y ve que las huellas aumentan cree que ya ha encontrado el buen camino (XV).

A un español ignorante le dicen que el sol, después de ponerse, desanda todo el camino, cruza otra vez el mismo cielo, regresa sigilosamente al oriente y así puede volver a salir al otro día; pero como cuando el sol vuelve es de noche, no lo vemos. El español se queda pensando un rato, pide que le repitan la explicación, la sopesa, medita y al fin duda (XLIX). (Si Sarmiento cuenta este sucedido es porque la imagen de un nocharniego sol-pájaro era una de las formas de su fantasía: "...como las aves nocturnas cruzan el cielo en el silencio de la noche sin que nadie se fije en ellas" (I).

Una loca que se cree doble. Un día en que el amante la galantea, ella le dice: "Tú no eres más que uno, pero yo soy dos". ¡Y el amante de repente ve a los dos! (X)

Unos brahamanes han estado haciendo que las mujeres se quemasen vivas junto con los cadáveres de sus maridos en la creencia de que cierto libro sagrado de la India así lo prescribía. Un buen día un inglés descifra ese texto sánscrito: resulta que en ninguna parte se prescribía "tal barbaridad".

Imagínese lo que sería la vida si Dios nos hubiese encargado de tener en movimiento el corazón de que ella depende. Nos moriríamos a la menor distracción (XIX).

Si un día desaparece la luna del cielo, seguro que algún pícaro audaz de los Estados Unidos se la ha guardado para su peculiar y exclusivo uso (XXIX).

Como los árboles muertos no se entierran, sus cadáveres están todavía tendidos largo a largo a la sombra de sus hijos, los árboles que viven (XXIX).

Al fin de uno de los canales se ve Olinda, la vieja ciudad, sentada sobre un collado, abanicándose con sus palmeras (XLIX).

Imagínese que un hombre atacado de catalepsia y enterrado como muerto está oyendo a los que lo entierran, y los terrones de tierra y las palabras de los que lo están enterrando retumban en sus oídos (XX).

Lo cierto es que Sarmiento tenía una complejísima idiosincrasia. Era un razonador inteligente, capaz de penetrantes análisis, de ágiles síntesis y de rigurosa dialéctica; pero también era un energúmeno todo estremecido por efluvios de la naturaleza, ramalazos de la subconciencia, golpes de sangre y apetitos urgentes. Era un soberbio, celoso de su importancia personal, jactancioso, autoritario; pero también era consciente de sus limitaciones, se burlaba de sus propios defectos, aun los exageraba, rechazaba la ínfula, el coturno y la farolería y, olvidado de sí, se entregaba a la vida sencilla y a la contemplación de la belleza de un jilguero o de un alhelí. Era un soñador, un quimerista, un arquitecto de utopías y castillos en el aire, pero su sentido de la realidad era infalible. En sus discursos era enfático, elocuente, torrentoso, opulento, pero su retórica era personal, no académica, más conversada que solemne. Era viril pero propenso al llanto; robusto pero delicado y nervioso; agresivo pero tierno y cortés; intransigente pero comprensivo; sañudo y magnánimo; estudioso e improvisador; truculento y humorista; egocéntrico y excéntrico, con ciclos de euforia y depresión. Serio en sus propósitos pero histriónico en sus procedimientos. Disciplinado por principios sociales pero en el fondo un individualista que desconfiaba de la sociedad. De mente sutil en el modo de aprehender las cosas pero de tremenda rudeza en el modo de franquearse. Elemental en los impulsos del amor, de la valentía, de la acción afirmativa pero complicado con estrambóticas contradicciones. Se sentía superior e inferior, perseguidor y perseguido, solitario y partícipe en la vida de su pueblo. No hacía caso del qué dirán y sin embargo era tan susceptible que se ofendía hasta creerse víctima de conspiraciones y, por lo menos en una ocasión, pensó en el suicidio. Un hiperemotivo que acababa por someter sus emociones a un voluntarioso modo de argüir. Tenía una extraordinaria memoria en el aprendizaje, pero con negligencias y olvidos despampanantes. Se despreocupaba de la literatura, pero así y todo resultaba ser un buen narrador y aun poeta de la prosa. Capaz de vociferaciones, desplantes terribles, ademanes vehementes, puñetazos y puntapiés a sus enemigos; y también capaz de asumir, en los actos oficiales, la circunspección de un padre de la patria. Persona profundamente congruente y, sin embargo, con un desequilibrio interior causado por tantos talentos combinados.

Esta difícil psicología, entrevista en palabras y gestos sueltos, le crearon desde temprano fama de loco. Y hasta el final de su vida

fue "el loco Sarmiento". Él mismo se divertía con esa leyenda y contribuyó a formarla. Loco, no; pero en su alma vivía, sí, una loca, "la loca de la casa", la imaginación, que fue la que urdió su personalidad pública. El tapiz fue tejido con un solo diseño que difería según se lo viera por el revés o por el derecho. Los fisgones que inspeccionaban el tapiz desde atrás con perspectiva de sabandijas pegadas a la pared, sólo veían toscas hilachas y groseramente lo motejaron de loco. Quienes contemplaron ese tapiz de frente vieron su color, sentido y belleza. "La loca de la casa", al urdir su tela, había dibujado una imaginativa teoría de la historia. Locura megalomaníaca para unos, filosofía historicista para otros; concepción providencial de la historia que acaso Sarmiento se hubiera inventado de todos modos, tal fue la intensidad con que la vivía, pero que de hecho la urdió "la loca de la casa" con ovillos de hilo tomados al Romanticismo.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Harvard University

COSTUMBRISMO Y AMERICANISMO EN LA OBRA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Sarmiento y Alberdi fueron los escritores "costumbristas" más conocidos de su tiempo. Pero no fueron los únicos, y si buceamos en la prensa de la mitad del siglo XIX, encontramos una cantidad apreciable de textos que evidencian la propensión argentina a la pintura crítica de las costumbres.[1] Digamos que dicha tendencia se manifiesta desde los albores del periodismo. Así, en el *Telégrafo Mercantil* del 17 de enero de 1802, podemos leer una "satirilla festiva" cuyo autor se escandaliza en la forma siguiente ante el espectáculo que antaño ofrecía la orilla del Río de la Plata cuando porteños y porteñas se bañaban juntos para combatir el calor veraniego:

Que Doncellas y Casadas
se pongan a desnudar,
a presencia de mil hombres,
cuando se van a bañar,
lindo exemplar!

Que Porcia impida a su hija
el que se pueda sentar
junto a Gil, y que en el Río
se entre abrazada con Blas,
lindo exemplar!

[1] Hay más pormenores sobre los albores del costumbrismo argentino en mi trabajo, inédito en castellano, *Domingo Faustino Sarmiento, éducateur et publiciste,* Paris, Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, 1964.

Que Isabela y Ludovico,
cual Eva ella, y él Adán,
se presenten con lisura
y tal deshonestidad
lindo exemplar!

Que Fátima chille, y brinque
si algún pescadito va
a picarla, y que enmudezca
cuando la pellizca Juan,
lindo exemplar!

Finalmente, que en el Río
(cual si fuese un lupanar)
hombres, mujeres y niños
se echen juntos a nadar,
lindo exemplar!

Escritores como Addison, Jouy (L'Hermite de la Chaussée d'Antin), Mercier a quienes imitaron los primeros costumbristas españoles, fueron también conocidos en Buenos Aires al mismo tiempo. De manera que, cuando los artículos de Mesonero Romanos o Larra se publicaron en la prensa porteña (1833 y 1834), el terreno se hallaba muy bien abonado y había criado ya algunos frutos locales, como la muestra anteriormente citada, o el airado poema "Abajo, peinetas", de la *Gaceta Mercantil* (28 de enero de 1833), verdadero artículo de costumbres, arremetida en regla contra el adorno monumental que llevaban en la cabeza las beldades de aquellos tiempos. La moda fue uno de los caballos de batalla de los costumbristas. También existen ejemplos en prosa de este tema, como las cartas de Emilia P., en el *Observador Americano* (7 de octubre de 1816), o las epístolas del *Constitucional,* de 1827.

La mayor parte de estos artículos son anónimos y muchos son meras copias o traducciones de textos sacados de la prensa española o extranjera; otros describen los usos y costumbres de Europa o de otras partes del mundo, hasta de la China, es cierto, pero a menudo se viene insinuando el tema criollo, como lo acabamos de ver. Esta última afirmación será más convincente si recordamos que corrieron ríos de tinta para denunciar el escándalo de las corridas, hasta su prohibición, en 1819, y de las fiestas de Carnaval, denunciadas

cada mes de febrero, durante años, como una vergüenza nacional. En nuestro artículo sobre "Corridas y Carnaval en la prensa argentina antes de 1833" (*Caravelle*, nº 10, 1968, Université de Toulouse) hemos recogido algunos ejemplares sabrosos entre muchos artículos que se podría reunir para constituir una verdadera antología de la literatura anticarnavalesca de la época. Nada más que para insinuar que el famoso dilema "civilización o barbarie" estaba en el aire mucho antes de que Sarmiento lo formulara, copiaremos el final del artículo publicado en *El Pampero* del 28 de febrero de 1829:

> "Quiera el cielo que cuanto antes veamos lejos de nosotros, de este pueblo que ha hecho adelantamientos en la carrera de la civilización, este monstruo espurio de tales elementos, y que desde el primero hasta el último de los ciudadanos, nos empeñemos en extinguir la barbarie y vileza del funesto Carnaval."

Desde el principio, al pintar las costumbres, los escritores pretenden escribir con un fin moral. *El Duende de Santiago*, en 1818 (notemos de paso que este *Duende* es anterior al *Duende satírico del día*, de Larra), afirma que su crítica de las costumbres presta servicios a la sociedad y que, por lo tanto, es una acción patriótica. En un diálogo publicado en *El Duende de Buenos Aires* (16 de agosto de 1826), uno de los interlocutores le participa al otro su intención de denunciar los males de la patria. Esa voluntad de criticar las costumbres para ser útil al país es uno de los rasgos fundamentales de los costumbristas del siglo XIX.

Si bien la prensa argentina, chilena o uruguaya recoge muchos artículos de los españoles Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, El Estudiante (Antonio María Segovia), y sobre todo fray Gerundio (Modesto Lafuente), el que tuvo más influencia entre los jóvenes intelectuales que empezaron a escribir alrededor de 1837 fue Larra, como es sabido.

Sarmiento lo menciona por primera vez en su reseña de la obra teatral del madrileño, "Un desafío" (*Mercurio*, 22 de julio de 1841). Un mes más adelante, el 31 de agosto, le dedica un artículo muy elogioso. Pero lo conocía antes, y son patentes las reminiscencias del madrileño en *El Zonda* (1839). Además, desde 1834, el *Mercurio*, de Valparaíso; *El Monitor, El Imparcial, El Diario de la Tarde*, de Buenos Aires; el *Telégrafo*, de Montevideo, habían propuesto a

sus lectores varios artículos de Larra. Se debe quizás al celo de Pedro de Angelis la primera publicación de "En este país", de Larra, en *El Monitor*. Sin mencionar al madrileño, el autor anónimo se había contentado con poner "americanos" cada vez que Larra escribía "españoles", aplicando a los argentinos las críticas que el verdadero autor hacía a sus compatriotas. Ese hurto pasó completamente desapercibido.

La ocurrencia de Alberdi, quien declaró, en *La Moda*, de 1837, ser "hijo de Fígaro", evidencia la fama temprana del madrileño en el Río de la Plata.

En él los jóvenes del 37 no veían sólo al denigrador de la España rutinaria cuyas influencias políticas, culturales (¡y hasta lingüísticas!) pretendían extirpar, sino al campeón de una sociedad nueva. "Cervantes de la España regenerada", lo llama Sarmiento (*Mercurio*, 19 de febrero de 1842). El mismo año, en unas páginas apasionadas, el sanjuanino celebra la actitud patética de Larra, comprometido en el camino del progreso y la democracia. A sus ojos, Larra es el símbolo de la lucha que él mismo emprendiera en su país y en el destierro. No huelga recordar lo que Sarmiento ve en la *Colección de artículos*, del madrileño, que Rivadeneyra acababa de publicar en Valparaíso (después de la edición de Montevideo, 1837-1838). Para él, Larra no es el escritor atrabiliario que goza sacándoles el cuero a sus compatriotas, sino el representante de la juventud patriota, sea americana o española. Con este artículo, se revela Sarmiento uno de los que definieron con más perspicacia —y también antes que otros— la originalidad del "costumbrismo" de Larra, su valor social y político. La mayor parte de los continuadores de Larra imitaron, sobre todo, el carácter anecdótico y jocoso de dichos artículos. De modo que no es exagerado decir que Sarmiento —y también Alberdi de cierta manera— fueron tal vez los únicos auténticos hijos espirituales de Larra en la América de lengua española.

Al referirnos a la América de lengua española, por asociación de ideas, pensamos en la polémica que sostuvo Sarmiento acerca del idioma, y cómo utilizó retazos de varios artículos de Larra, sin que ninguno de sus contrincantes olfateara el ardid, para defender la libertad en el idioma —como lo había hecho el madrileño— lo mismo que en la política. De este modo, inspirado por un firme sentimiento americano, Sarmiento agregó unas páginas, propias por la intención y ajenas porque todo venía de Larra, a la historia de la

emancipación de la lengua, cuyas primicias dieran los jóvenes del Salón Literario, algunos años antes. Denunciaba la impotencia de una lengua demasiado vieja para expresar ideas nuevas. Además, en el *Mercurio* (27 de abril de 1842), se preguntaba si había que desterrar del idioma los giros o vocablos americanos, y sólo dar acogida a los que empleaban los escritores españoles. En su afán de americanizar el idioma, es sabido que Sarmiento abogó por una reforma ortográfica que tuviera en cuenta una pronunciación distinta de la usual en la Península. Andrés Bello, entonces rector de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago, firmó *Acuerdos* sobre ortografía, que reproducían más o menos el proyecto de Sarmiento, muy similar al que propusieran el mismo Bello y García del Río, en 1823, en la *Biblioteca Americana*. En su *Gramática castellana al uso de los americanos* (1847), Bello aceptaba la introducción en el idioma hispánico de locuciones, formas verbales y vocablos propiamente fraguados en América. Por lo tanto, el sanjuanino y el venezolano, salvando diferencias al fin y al cabo de poca monta, tuvieron una misma concepción americana del idioma. Concepción moderna y actual, ya que hoy día, desde el Río de la Plata hasta México, los escritores renuevan y enriquecen continuamente el idioma común apelando a sus numerosas peculiaridades nacionales o regionales. La afirmación de una identidad pasa por la reivindicación de un idioma propio.

Si bien hemos llamado la atención sobre un género que nace con la prensa argentina, hay que reconocer, sin embargo, que ésta se interesa principalmente, al principio, por lo extranjero, y escasea la pintura de costumbres argentinas cuando Echeverría publica su "Apología del matambre" en *El Recopilador de Buenos Aires*, en mayo de 1836, reproducido el 30 del mismo mes en *El Republicano* de Montevideo. Mucho más tarde, al publicar las obras de Echeverría, su amigo J. M. Gutiérrez, en 1874, agrega el siguiente subtítulo: "Cuadro de costumbres argentinas". Este artículo ilustra muy bien una de las intenciones esenciales del poeta que aconsejaba una literatura original inspirada en temas locales, como lo declara sin ambages en la "Advertencia" con la que encabezara "La Cautiva", en 1837, un año después de la publicación de "Apología del matambre". Si queremos restablecer la cronología, pues, Echeverría fue el primer costumbrista argentino de nombre conocido, y se le puede adjudicar este título con más razón aún si traemos a

colación su pintura de las costumbres indígenas, en el poema recién mencionado.

Sarmiento se acordará de esta lección en las escenas campestres de su *Facundo*. Pero no hay solución de continuidad entre uno y otro. En 1837 y 1838, *La Moda* ofrece a sus lectores una copiosa serie de artículos de costumbres, no sólo los de Alberdi-Figarillo, sino también otros, algo olvidados hoy, como "El hombre hormiga", de J. M. Gutiérrez, pintura satírica del hombre medio. Y cuando *El Iniciador* toma el relevo en Montevideo, Miguel Cané y el uruguayo Andrés Lamas siguen la tradición. En los años siguientes, los diarios de Montevideo *El Constitucional*, *El Duende*, *El Paquete de Buenos Aires*, *El Talismán*, publican un sinnúmero de artículos de costumbres, muchos emparentados con las "fisiologías" o "fisionomías", puestas de moda en Francia por Balzac y otros escritores. Estos medallones aparecen ya en la *Gaceta Mercantil*, de 1837 (nº 4167), y el *Diario de la tarde*, de 1841 (nº 2951). Nuestro sanjuanino, al tanto y al acecho de todas las novedades, dibujó con una gracia *sui generis* una sabrosa "Fisiología del paquete", en el *Progreso* del 14 y 15 de noviembre de 1842.

El desterrado encontraba en el mismo lugar de su exilio las manifestaciones de un género importado de Europa, que se afincó en Chile al mismo tiempo que en el Río de la Plata, y con tan buena suerte como en Buenos Aires o Montevideo. El *Mercurio* reproduce directamente de la *Revista Española* o de *El Español* varios artículos de Larra, y la fama del madrileño alcanza tales proporciones que salen artículos apócrifos firmados "Fígaro".[2] Pululan los artículos anónimos y firmados con seudónimos. A partir de 1841, el género toma cuerpo gracias a un escritor que firma El Duende, seudónimo que encubre al español Rafael Minvielle cuyas "Visitas" son una serie de auténticos cuadros de costumbres, que hacen de él el primer costumbrista chileno de nombre conocido y sucesor de Larra. Otro discípulo del madrileño puede verse en José Victorino Lastarria, quien vapuleó de lo lindo a sus compatriotas. Los dos fueron ora amigos, ora enemigos de Sarmiento. Pero si es justo saludar de paso el mérito de ambos, reconoceremos con el sanjuanino la superioridad de Jotabeche, a quien definió aquél: "escritor de costumbres, y como tal sin rival en el país" (*Progreso*, 20 de mayo

[2] Cf. mi contribución a *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, París, 1966: "Apropos de certains articles signés *Fígaro* parus dans le *Mercurio* entre 1834 et 1837".

de 1845). A pesar de la polémica que los opuso, Sarmiento supo ver en él al hombre de talento, que pintó con benevolencia las costumbres de sus compatriotas, observando con agrado las actitudes de muchachos y muchachas en un baile, o la actuación de los mineros que, después de la expulsión de las mujeres decretada por el gobierno, barren el piso, lavan la ropa, hacen las camas y bailan juntos.

Así que, si bien Sarmiento había ejercitado ya su pluma para zaherir a sus compatriotas, en San Juan, antes de su destierro, se encontraba en Chile en pleno hervor costumbrista. Y el joven de armas tomar entra en la lid periodística con una pirueta. Su casi primera contribución a la prensa chilena es un artículo de costumbres de título muy criollo "Avíos y monturas" (*Mercurio*, 7 de diciembre de 1841). Para que esta sátira de las vestimentas locales resulte más cómica, el autor toma el seudónimo de Pinganilla, nombre de un mono desembarcado en Valparaíso en 1840, con una casa de fieras que sentó sus reales en el jardín del Recreo. Eso era sacar partido de la actualidad, ya que ese mono se había granjeado cierta celebridad entre los chilenos, y los lectores del *Mercurio* sabían muy bien de qué se trataba cuando Sarmiento les hace un guiño al final de su artículo, diciendo: 'Me despido con una mueca". Pero, como siempre, si Sarmiento sabe reirse como cualquier hijo de vecino, y le gusta bromear, no suele gastar pólvora en chimangos, y con ese artículo empieza su manía de oponer civilización europea y barbarie americana. Para comprenderlo mejor conviene recordar la significación particular que tenía para él entonces la lucha entre los principios republicanos democráticos y la tiranía de Rosas, como aparece en este trozo:

> "El argentino que sigue a grandes pasos, gracias a su gobierno, la cultura de sus vecinos los pehuenches, usa cueros, caronas de vaca, bolas. En sus espuelas nazarenas, como si dijéramos crucificadoras, con enormes ralas y agudas púas, se descubre de leguas, su gusto favorito de derramar sangre; en sus miniaturas de estribos que no le aprisionan sino un dedo, su amor a la *libertad;* en todo su sencillo aparato, su sencillez republicana y sus hábitos *democráticos,* su odio a la dominación francesa, su nacionalidad *pampera,* su gobierno *federal;* en fin, su admiración por el ilustre Restaurador de las leyes, que es el mejor *jinete* del mundo, en lo que debe hacérsele justicia."

Cuando el odio al dictador de Buenos Aires no lo ofusca, el contradictorio Sarmiento es capaz de describir con admiración y orgullo argentino el instinto prodigioso del "rastreador", la ciencia instintiva del "baqueano", las hazañas del "gaucho malo", o las habilidades del "cantor". Olvidando que estos hombres son los representantes de la odiada barbarie, los observa con simpatía. En el *Facundo*, al principio del capítulo dedicado a la sociedad y a la pulpería, sin una palabra de vituperio, el escritor celebra la valentía del gaucho que maneja el cuchillo y la destreza del jinete que salta al río con su caballo para huir de la policía. Cuando se da cuenta de que se ha dejado llevar del entusiasmo, ya es tarde: ha despertado en el lector más cordialidad que reprobación. Estas escenas, sobre las cuales se cierne la vaga nostalgia de la vida natural y libre, preludian las grandes novelas argentinas, en prosa o verso, de fines del siglo XIX, en las que el gaucho es un perseguido que inspira compasión y se transfigura en símbolo del valor humano frente a la civilización mecánica invasora, visión anticipada de nuestro siglo.

Al viajar por Europa y Estados Unidos, Sarmiento se dará cuenta de que todo no es allí color de rosa. En Francia admira la cultura que se manifiesta hasta en el hipódromo, donde presencia un espectáculo que considera civilizado porque se trata mejor a los caballos que en la pampa; queda maravillado por la libertad de la mujer, por el respeto que el hombre manifiesta hacia ella, en los bailes, en las diligencias o en el ferrocarril, y sueña una vez más con educar al hombre americano; lo que más le encanta tal vez es lo que se le ocurre libre desarrollo del individuo en un país donde se admiten, según cree, todos los sistemas, las ciencias y las creencias. Pero, en alguna circunstancia, tiene de compañero de viaje a un joven conde de Vendée cuya mentalidad atrasada, llena de prejuicios trasnochados, le hace decir que es "ignorante como un niño americano". Con este francés antiprogresista tenía Sarmiento un tipo pintado de la "barbarie" que detestaba. También escribe: "La aldea francesa o chilena es la negación de Francia o Chile. y nadie quisiera aceptar ni sus costumbres, ni sus ideas, como una manifestación de la civilización nacional".

En España, el español que dormita en el viajero se deja embriagar por el espectáculo excitante de una corrida, y hace de ella una descripción magistral; pero el educador reacciona:

Este pueblo así educado, es el mismo que se ha abandonado a

las espantosas crueldades de la guerra de cristianos y carlistas en España, el mismo que a orillas del Plata, se ha degollado entre sí con una barbaridad, con un placer, diré más bien, que sobrevive hoy en la raza española".

Entre las dos Españas, Sarmiento había optado por la de Larra. Unamuno reconocería más adelante el profundo españolismo de Sarmiento, a quien le dolía la Argentina, como al vasco le dolía España.

Sarmiento quedó muy impresionado por la guerra de Argelia y dedicó algunas páginas interesantes al espíritu religioso de los árabes; y, con una intuición segura, eligió entre las profecías musulmanas las que pronosticaban la retirada final de los franceses, aunque lamenta que no triunfen "los pueblos civilizados". El tono cambia cuando, con una verba que no tiene par en la literatura costumbrista de la época, describe sus andanzas por Argelia, a caballo, envuelto en un albornoz, y la comida típica que le sirven en una carpa del desierto, ocurriéndosele comparar la vida de los beduinos con la de los indios pampas.

Italia es el país de las artes, dice, pero, en Nápoles, ve "el último grado a que puede descender la dignidad humana bajo cero".

Si bien se mira, la admiración que siente Sarmiento por Europa, se mitiga con la observación de la realidad.

En Europa hay reyes, clases privilegiadas, máquinas humanas hechas para obedecer, en la América hispánica dominan los déspotas y las castas; en cambio, en Estados Unidos, el viajero ve la aplicación de dos principios que han echado raíces en su corazón: igualdad y libertad. En la multiplicidad de las sectas religiosas, encuentra un motivo de discusiones que mantienen el espíritu alerta. La libertad de la mujer, dice, hace de ella un "hombre de sexo femenino" (curiosa anticipación de cierta modalidad del feminismo actual y del "unisexismo"). Sarmiento ve en el flirt, tan ajeno entonces a las costumbres hispánicas, una "propaganda del matrimonio" favorable, según él, a la "propagación de la especie" (otra versión del lema "gobernar es poblar"). Canta loas de la instrucción pública gratuita que permite al ciudadano adquirir el sentido de la política y ser un auténtico republicano. Esta libertad desarrolla las aptitudes para los descubrimientos científicos y su aplicación industrial. En resumidas cuentas, Sarmiento proclama que el pueblo de Estados Unidos es "el único pueblo culto que existe en la tierra, el último resultado obtenido de la civilización moderna". Pero su espíritu

observador sabe ver también el reverso de la medalla. El principio de su carta a Valentín Alsina, escrita una vez terminado su viaje por Estados Unidos, dista mucho de ser un panegírico:

> "Al mismo tiempo que en Norte América han desaparecido las más feas úlceras de la especie humana, se presentan algunas cicatrizadas ya aun entre los pueblos europeos, y que aquí se convierten en cáncer, al paso que se originan dolencias para las que aun no se busca ni conoce remedio." (...) "Aquella república, libertad y fuerza, inteligencia y belleza; aquella república de nuestros sueños para cuando el mal aconsejado tirano cayera (...) es un desideratum todavía".

Cosa muy grave, al descubrir "vicios repugnantes", se pregunta: "¿dependerá esto de una peculiaridad de la raza sajona? ¿Vendrá de la amalgama de tantos pueblos diversos? ¿Será fruto de la libertad y de la democracia?" El más horrendo vicio de todos, según Sarmiento, es la avaricia, "hija legítima de la igualdad, como el fraude viene ¡cosa extraña al parecer! de la libertad misma". En su lucha por la vida, el hombre de Estados Unidos se endurece, no piensa más que en el provecho, y si la moral se le cruza por el camino, la pisotea. El sistema lleva al imperio del dinero; todo se compra y se vende; y:

> "Si hubiera de formar su presupuesto anual de gastos —calcula el viajero— diría 100 en comer y vestir, 20 en propagar las buenas ideas religiosas, 10 para filantropía, 50 para fines políticos, 30 para civilización de los bárbaros. Así distribuida la inversión del fruto del trabajo, se permite la libertad de mostrarse egoísta, duro e interesado".

El sanjuanino condena la ley de Lynch, que llama "crimen civil", y echa en cara a los yanquis la explotación de los negros. El observador de buena fe no podía silenciar los defectos de un país, al que admiraba a pesar de todo, porque a su parecer, era el que más se acercaba a su ideal de civilización, es decir el país del que se podía sacar más reglas de conducta para el desarrollo social y material de la Argentina.

Equivocado o no —pero en aquel entonces, en 1846, ¿quién supo definir el porvenir del mundo? Sarmiento es tal vez el primer via-

jero americano de habla española que describe las costumbres europeas, argelinas y norteamericanas y las observa con espíritu crítico. Este testimonio es por lo tanto sumamente valioso.

Volvamos a Chile, donde el costumbrismo de Sarmiento se aplicó a varios temas. Inspirándose en sus recuerdos de minero, evoca la vida penosa de sus ex compañeros, que hace de ellos seres indomables y corrompidos, y lamenta que nadie, ni siquiera los sacerdotes, se tome el trabajo de ir a la mina a llevarles la caridad y la ayuda de la religión (*Nacional,* 14 de abril de 1841). Más adelante, propone la figura de un cateador, ya muy anciano, que seguía buscando minas en la sierra (*Progreso,* 1 de julio de 1845). En el *Mercurio* del 21 de abril de 1841, Pinganilla nos invita a descubrir una manifestación del espíritu democrático en una zapatería, donde se codean clientes de todas clases, y las distinciones sociales no humillan al pueblo. En el *Progreso* de los días 14 y 15 de noviembre de 1842, bosqueja una jocosa "Fisiología del paquete", narrando en un texto salpicado de galicismos graciosos, como "dandynarse", mezclados con giros criollos, las andanzas y dengues de un pisaverde.

En esta revista costumbrista no faltan los pasatiempos populares, siempre observados con ironía. Así, dedica dos artículos a la Noche Buena (*Mercurio,* 26 de diciembre de 1841, *Progreso,* 24 de diciembre de 1842), indignado por la batahola, las borracheras, la "prostitución" con que la gente conmemora el nacimiento del Niño Jesús. Hoy, cuando "la alegría cristiana ha desaparecido", tales manifestaciones están fuera de lugar. 'Así se transforma lentamente el espíritu de las naciones, así cambian las costumbres (...) Hay una ley dada por Dios a las sociedades humanas (...) ley de progreso". Con el mismo cartabón mide las fiestas de Carnaval, y para vituperar ese alarde de grosería popular, agrega sus sarcasmos a las quejas de la larga lista de costumbristas que cada año arremeten con tesón contra ese vestigio del paganismo. Notando que el Carnaval ha decaído algo en Santiago, ironiza:

> "Buenos Aires ha sido más feliz que nosotros en este punto, pues libre de innovaciones y novedades, gracias al buen sentido de la restauración, y persuadida por el conducto de su ilustre restaurador, que es el conducto legal y natural por donde se manifiesta la persuasión y la voluntad del pueblo, que el Carnaval es una necesidad imperiosa, una santa costumbre, un goce sabroso de que no debe

> defraudarse a la sociedad, le ha dado fuerza de ley, y se le han impuesto reglamentos y condiciones que lo hacen la cosa más cómoda y agradable al mismo tiempo (...) Las canastas de huevos, de aguas olorosas o hediondas, según las pida el marchante, proveen a todos de certeros misiles y las jeringas y las bolsas de papel de cañones y metralla. Desgraciado el paquete, el magistrado, el tirano mismo, si intentasen cruzar las calles, con fraques a la parisiense, o con vestidos de gala. El pueblo soberano, el pueblo degollador, no gusta de estas modas y esos fraques que se quieren elevar sobre el pueblo de chaqueta, y el pueblo compadrito."

Y el relato sigue con el mismo tono de chacota, en la mejor tradición de las acibaradas críticas de Larra, con su pizca de sal criolla. Tampoco le parece convincente la celebración del día de Cuasimodo en una aldea chilena, donde el párroco lleva a caballo el Santísimo Sacramento entre jinetes borrachos:

> "Esta muchedumbre desenfrenada corre en todas direcciones, y sin miramiento a la cosecha del pobre cuyo cercado destruyen, cuyas sementeras pisotean; y en medio de la algazara general, cayendo los unos, levantándose los otros; escapando a la muerte mil veces casi todos, gracias a su rara destreza en el manejo del caballo, el párroco visita las extremidades de su parroquia llevando el viático a los enfermos, dejando en su tránsito una ancha huella de irreverencia y de inmoralidad" (*Progreso*, 9 de abril de 1844).

Nadie como Sarmiento para sugerir al lector el ritmo endiablado de la cueca:

> "Un baile popular comprendido de todos, que suscita simpatías, que trae recuerdos gratos, que se liga con nuestra vida y nuestras afecciones, que hace vibrar todas nuestras fibras, que llena el alma de las más dulces emociones, y nos hace sentir la nacionalidad, la patria, el pueblo, la existencia en fin" (*Mercurio*, 19 de febrero de 1842).

Si no fuera por el curioso sanjuanino, a lo mejor no sabríamos que se representaban todavía "misterios" en Santiago, en 1845. No se contenta con hacer de la función al aire libre una descripción rebosante de chispa, sino que, de paso, pide al intendente municipal que haga lo necesario para que el pueblo tenga un teatro como la gente donde pueda ilustrarse y divertirse al mismo tiempo (*Progreso*, 8 y 9 de enero de 1845). Con el mismo prurito de "educar al soberano", después de describir la fiesta nacional chilena, hace votos para que esa fiesta tenga "un objeto de utilidad pública", que se establezcan premios para que el pueblo progrese en las letras, o en las artes (*Mercurio*, 25 de setiembre de 1842). En cambio, la lucha, como la corrida, le inspira reflexiones contradictorias. Por una parte, entusiasmado con el espectáculo siente en el alma que el aficionado Soto, chileno, no consiga tumbar al francés M. Charles, y por otra parte, le parece absurdo deificar "la fuerza bruta", "en este siglo en que la inteligencia, por medio de los estudios sedentarios, puede encerrar en una caldera de fierro la fuerza de setecientos caballos, es decir, la pujanza de cinco mil hombres como Charles o como José Soto" (*Tribuna*, 25 y 26 de noviembre de 1850). No sabemos si antes de Sarmiento, muchos escritores se interesaron por una demostración de lucha, con tanta pasión y espíritu crítico a la vez.

En otros artículos, Sarmiento protesta por la falta de cortesía de la juventud (*Mercurio*, 11 de abril de 1842), o por los prejuicios de una señorita que confiesa a su compañero que no le parecería decoroso bailar con un músico; a lo cual replica el muchacho que en Europa las personas de la buena sociedad se sienten muy honradas cuando reciben artistas (*Mercurio*, 20 de diciembre de 1841). En otra parte, el sanjuanino imagina un intercambio de cartas entre dos señoritas que saben burlarse con gracia del mundo en que viven (*Progreso*, 16, 18, 22 de noviembre y 29 de diciembre de 1842; 2 de enero de 1843), refiriéndose con sorna a una supuesta libertad de cultos que no impide que la gente se ría mucho al ver, en un espectáculo, cómo queman a los judíos; y, precursoras del feminismo, se quejan de la educación que se da a las mujeres y las obliga a "alimentarse con quimeras". Compitiendo con Bacle, el célebre litógrafo de *Trajes y costumbres de la Provincia de Buenos Aires*, Sarmiento se esmera en la descripción de la moda femenina, siempre a través del intercambio de cartas entre sus dos intérpretes, Rosa y Emilia. No parecerá superfluo subrayar la originalidad del sanjuanino, quien renueva el consabido tema costumbrista de la

moda, hablando por boca de dos señoritas. Era una novedad, y Sarmiento sale del paso con el brío acostumbrado. No vacila tampoco para opinar acerca del traje de las bailarinas, juzgado indecente por el intendente municipal. Lo que es decente en Italia o Francia, arguye, no puede ser indecente en América. Pero, por supuesto, no se puede comparar la sensualidad de bailes populares como la "resbalosa" o la "zamacueca" con la belleza espiritual de la escuela clásica:

> "La aparente desnudez de las bailarinas, explica, desnudez que disipa una nube de gasas que el arte ha inventado para fascinar y confundir las miradas, o eclipsar las formas, pertenece a otra cuestión importante que afecta más directamente a las bellas artes" (*Tribuna*, 30 de diciembre de 1850).

Todos los costumbristas han criticado los medios de transporte y los malos caminos. Sarmiento también. Viajando desde Santiago a Valparaíso, en "birlocho", ve con horror carretas empantanadas desde hace varios días, pernocta en una posada de mala muerte y llega al término de la etapa después de peripecias tan múltiples como desagradables (*Mercurio*, 2, 4, 6, 7 de setiembre de 1841). En otra oportunidad quiere ir a Peñaflor en diligencia, pero ésta le inspira tanta desconfianza que la apoda *negligencia*, y prefiere irse a caballo (*Progreso*, 23 de febrero de 1843). En otro artículo comprueba con satisfacción que el "birlocho" ha sido sustituido por un coche de cuatro ruedas, y celebra este progreso ("Correos, caminos, pavimento", en *Obras Completas*, t. X). En la *Crónica* del 1º de abril de 1849, el blanco de su sátira es el atrasado sistema de servicio de correos. En un artículo de *Sud-América*, del 9 de abril de 1851, a propósito de temblores en Chile, lamenta que, en lugar de adobe, no se utiliza los ladrillos para la edificación de las casas. Todo le interesa y en todo mete baza. En un artículo del *Progreso*, del 2 de julio de 1844, tiene una vez más la oportunidad de deplorar el "triste ejemplo de la fuerza irresistible de los hábitos", dibujando un cuadro poco apetitoso de los mataderos de Santiago que, por lo visto, nada tenían que envidiar, en cuanto a falta de higiene, a los de Buenos Aires descritos por Echeverría algunos años antes. Más adelante, comprobamos por su artículo del *Progreso* del 1º de noviembre, que no se trataba mejor a los hombres que a los animales,

si hemos de dar fe a lo que nos dice respecto de varios enfermos que fueron llevados al cementerio vivos aún. El tono medio bromista de Sarmiento no quita nada al horror del caso.

El costumbrismo campea hasta en los grandes libros de la primera época, *Facundo, Viajes, Recuerdos de viaje,* como lo hemos visto. Y se puede averiguar la presencia del género a lo largo de toda la vida literaria de Sarmiento. En los *Anales de la Educación,* por ejemplo, introduce un artículo titulado "El tirador del paisano". En la biografía de Francisco J. Muñiz explica cómo la gente de campo caza ñandúes con boleadoras; y en sus *Memorias,* vuelve a las boleadoras recordando que con ellas los hombres hacían prisioneros y las utilizaban para manear los caballos de sus enemigos. En *conflicto y armonías de las razas en América,* cuenta la vida de las mujeres que acompañaban a los soldados en campaña, o cómo los indios de Lima honraban a San José. En *La Educación común,* retrata del natural a un niño que recorre las calles de las ciudades pregonando los diarios, y aprovecha la oportunidad para proponer que los capitalistas vayan creando escuelas destinadas a la educación de estos desheredados. Si a estos ejemplos, añadimos textos de la misma índole dispersos en diarios como el *Censor* o el *Nacional,* tendremos una cosecha tan copiosa de artículos de costumbres que se podría hacer con ellos un volumen impresionante, de verdadero valor literario y documental.

Desde sus años mozos, pues, cuando peleaba en *El Zonda,* Sarmiento ha dedicado gran parte de sus actividades literarias a la pintura de las costumbres. Una de sus preocupaciones más acuciosas fue la interpretación del fenómeno americano, y como vio una relación directa entre el hombre, la tierra y sus hábitos, lógicamente, sintió la necesidad de comentar las costumbres para explicar la sociedad de su tiempo con la intención de mejorarla. Lo cual no estaba reñido con la fórmula clásica *castigat ridendo mores.*

PAUL VERDEVOYE

París.

EN LA LINEA DE SARMIENTO: JUAN MANTOVANI

Pocos seres entre los que me ha tocado conocer alcanzaron a asumir con tal plenitud de compromiso vital el paradigma del educador, como Juan Mantovani. Sabemos que educar es el acto por el cual un ser se inclina sobre otro para indicarle el camino de la fidelidad a sí mismo y a su comunidad. Este gesto de *inclinación* sobre los demás, de apertura al prójimo, esta disposición para oírlo, reconocer su presencia y desatarle las manos en una dinámica liberadora, definen el estilo de su propia vida y el de su obra toda.

Cuando en estos últimos meses releía obras como *Educación y plenitud humana* (El Ateneo, Bs. Aires, 1933), *La educación y sus tres problemas* (El Ateneo, Bs. Aires, 1943), *Educación y vida,* (Losada, Bs. Aires, 1954), y *La educación popular en América* (Nova, Bs. Aires, 1958), me atraían no sólo sus ideas sino el *modo* en que las asumía. Había allí un fervor, una definida claridad en sus desarrollos y un singular poder de comunicación. Manejaba las distintas corrientes filosóficas, las examinaba y enjuiciaba con el tono levantado del que busca *persuadir* mucho más que *demostrar.* Sus ideas estaban movidas por una pasión comunicante mucho más que por un cerrado ejercicio dialéctico. Ellas se sucedían con la ordenada persistencia de un maestro que quiere trasmitir un principio encarnado, despertar el alma ajena, indicar el camino del comportamiento autónomo. Quiero decir que más que de *filósofo* la suya me pareció obra de *educador.* El filósofo, por lo general, dialoga mucho más con sus ideas que con el lector; el educador en cambio suprime la distancia que lo separa del lector, dialoga con él, instaura una complicidad activa, quiere tocarlo y conmoverlo con su mensaje. La obra de Mantovani nos habla de un tema que no sólo es objeto de su pensamiento sino el compromiso de su vida toda. Su

valor perdurable radica en el hecho de que es *filosofía de la educación* pero, sobre todo, *prédica educativa.* Es *teoría,* pero también un modo de *acción.*

Nosotros los argentinos sabemos bien a quien perteneció originariamente este tono predicativo, este fervor militante por la educación: perteneció a Domingo Faustino Sarmiento. Mantovani guardó fidelidad a la tradición iniciada por el propulsor de la Educación Popular, se incorporó a su empresa civilizadora y le otorgó continuidad. La obra del gran sanjuanino pervive en la de Mantovani y la alienta como un fuego secreto. Ambos unieron la teoría con la práctica pedagógica, y a esta última la identificaron con la pasión ciudadana. Sarmiento –escribió Mantovani– "ha sustentado una pedagogía de carácter político tendiente a dar estructura y desenvolvimiento a una nación democrática".

Este modo sarmientino de entender la educación hizo de Mantovani una figura destacada del liberalismo argentino, con toda la grandeza de este estilo de vida hoy en discusión. Como nuestros liberales, tuvo un hondo sentido humanista, una fe en la razón como instrumento capaz de reglar el comportamiento individual y colectivo, y la confianza en que el progreso social podía cumplirse mediante cambios graduales y no por saltos catastróficos. Rechazó una concepción apocalíptica de la historia: esperaba muy poco de los grandes estallidos de violencia multitudinaria. Como educador sabía que ella cambia la superficie de las cosas pero no las almas. Diversas experiencias en nuestro país y el resto de América le habían enseñado que con frecuencia se apela a la violencia revolucionaria no para transformar la realidad sino para dejarla intacta. Mantovani tenía esa rara virtud de los liberales para alcanzar un equilibrio entre términos opuestos, esa movilidad de la conciencia que no se detiene en posiciones rígidas sino que sabe definirse en el momento respondiendo al desafío de las circunstancias: a veces se es tradicionalista y otras progresista, unas reformista y otras revolucionario. Este rechazo de las actitudes extremas, de los purismos dogmáticos, de las intransigencias sangrientas, de las intolerancias, es cualidad peculiar del liberalismo: "¡Ay de los hijos que se están educando en la escuela de los *muera* y de la violencia!", escribió Sarmiento, en frase que recuerda Mantovani en *Epocas y hombres de la educación argentina,* uno de sus libros fundamentales (p. 165).

Su teoría de la educación bebió también las principales corrientes filosóficas de su tiempo. El vitalismo, la axiología, la antropología filosófica y el existencialismo dejaron una fuerte huella en su obra.

Pero él sabía retener y asimilar aquellos componentes que se integraban en su imagen personal del quehacer educativo. Es cierto que al cabo del tiempo transcurrido desde su muerte algunas de sus ideas perdieron actualidad y otras se incorporaron al trabajo intelectual de sus continuadores y discípulos. Pero hay algunas nociones sobre las que Mantovani trabajó y que han quedado en pie con fuerza vigorosa; ellas han echado raíz en nuestro pensamiento y constituyen un acervo de valor perdurable en la pedagogía del Continente.

Me refiero, en primer lugar, a la idea de *singularidad individual.* Esta idea se desarrolla y reitera a lo largo de su obra como un supuesto inamovible. Su peculiar búsqueda del equilibrio, su afán por superar las antinomias en una visión unitaria, llevó a Mantovani a insistir en la necesaria complementación entre el individuo y la sociedad. Decía que educar implicaba armonizar las dos tendencias intransferibles que se agitan en todo ser humano: la de la *diferenciación* singular y la de la *integración* en un todo colectivo. Formar equivale a encontrar un punto de convergencia entre la *soledad* y la *comunidad,* entre el *yo* y el *nosotros,* entre la *fidelidad a sí mismo* y la *pertenencia* a los demás.

Pero también advierto una línea de reflexiones por la que Mantovani se muestra celoso de los riesgos de la integración social y más bien prefiere un proceso educativo que culmine en el despertar y desarrollo de la peculiaridad individual. Educar, en este caso, sería preservar la singularidad del educando, hacerla crecer, diferenciarla, que sea ella misma una totalidad, un cosmos, un orden que emerge de sus propias profundidades. Más que una pedagogía de *adaptación* sería de *creación.* Educar, nos dice Mantovani en *La educación popular en América,* "no es conversión del ser en otro diferente del que es, sino formación de sí mismo, desenvolvimiento y elevación" (pág. 56). Esta misma intuición reaparece en *Educación y vida:* "La educación, a la vez que actúa en interés de la comunidad, cultiva lo *peculiar humano del individuo,* como *valor propio, irrenunciable,* e *intransferible,* que también interesa a la sociedad para su avance" (pág. 56). Obsérvese aquí la preeminencia que Mantovani otorga al individuo en su dialéctica con la sociedad. El individuo no debe renunciar a sí mismo para el progreso social, sino al contrario: la sociedad sólo avanza si el individuo "cultiva lo peculiar humano como valor propio, irrenunciable e intransferible". De la fidelidad

del individuo a su singularidad es que depende el desarrollo comunitario.

Mantovani sabía que diversas doctrinas pedagógicas que gozan de prestigio se oponen a este énfasis puesto en el desarrollo individual. El colectivismo, la ascética del renunciamiento, el profesionalismo, el adoctrinamiento totalitario y el igualitarismo uniformante, se expresan en otras tantas pedagogías negadoras del individuo. Por eso concluye reclamando una "pedagogía del autorrespeto" que afirme en el hombre la voluntad de diferenciación y de fidelidad a sí mismo. Que el hombre no ceda ante los reclamos enajenantes que muchas veces vienen legitimados por la ideología, la técnica o la religión. "El más arduo e inaplazable problema contemporáneo de la filosofía de la educación —escribe en *Educación y vida*— es el de fundar, en medio de los obstáculos que hoy lo circundan, una pedagogía que enseñe al hombre el respeto de sí mismo, la educación del autorrespeto. Ella le permitirá también tomar libremente los caminos de la solidaridad con los demás, vivir en la integración" (pág. 38). Es, también, la lección de Sarmiento: "lo que quería Sarmiento era una educación del respeto, tal como lo entiende Goethe, porque, en qué otra cosa consiste la barbarie —y así lo distinguía el poeta de Weimar— más que en no reconocer las cosas eminentes" (*Epocas y hombres de la educación argentina*, pág. 165).

Sólo el hombre que es fiel a sí mismo encuentra *libremente* el camino de la solidaridad con los demás. Este énfasis en el momento de la decisión individual no se apoya en una concepción aristocrática del hombre, ni en una filosofía "elitista", ni en el culto a la voluntad solitaria. Se fundamenta en el amor a los hombres concretos y en el reconocimiento de que en cada uno de ellos late un universo: un microcosmos que es preciso levantar desde el silencio o la nada y por la práctica de una libertad que se entiende a sí misma como *libertad creadora.*

Otra idea clave del pensamiento de Mantovani es la de *democracia.* Se trata de algo más que de un modelo político o una forma de gobierno: para él es un estilo de vida, el ideal de la educación colectiva, la realización plena del organismo social. Es cierto que Mantovani acentuó dramáticamente el valor de esta idea en virtud de los largos años en que la democracia se había eclipsado en nuestro país. Pudo vivir en carne propia y en la de su patria los expe-

rimentos de la educación totalitaria. Conoció una escuela convertida en fuente de delación, en campo de exaltación idolátrica de los gobernantes de turno y donde la lección se impartía de acuerdo a las consignas y los slogans de la ocasional propaganda política. El núcleo de esta pedagogía era el *adoctrinamiento*. Se trataba de formar al ciudadano en las pautas de una *doctrina nacional* que hiciera posible la uniformidad dócil de las conciencias.

Frente a esta pedagogía de la opresión, Mantovani insistió en una "pedagogía liberadora" que echara abajo las doctrinas únicas, que restaurara la práctica de la libertad, el ejercicio del disentimiento y el derecho a la pluralidad de los proyectos educativos. Sabía que reconocer la variedad infinita de lo humano no es compatible con la aceptación colectiva de verdades absolutas. Lo absoluto aceptado como intuición individual puede ser un principio liberador; pero exigido colectivamente es una imposición tiránica y aberrante. Todo mesianismo político degrada lo humano. "De ningún modo —escribe— es educación la que se empeña en imponer, hasta humillar, en *adoctrinar*, mediante juicios dictados y consignas ideológicas. Esto es opuesto al sentido clásico de la educación, entendida como un *despertar* de sí mismo" (*La educación popular en América*, pág. 130).

Mantovani define así la dicotomía entre la educación totalitaria y la democrática: *adoctrinar* o *despertar*. O se trata de uniformar, "lavar cerebros", adaptar, acondicionar conforme a la voluntad del Estado o de una minoría de ideólogos, plasmar *desde fuera* una imagen del hombre o, por el contrario, elegimos una pedagogía que despierte en el hombre su imagen más propia y que, *desde dentro*, ascienda en un movimiento de libertad y de creación. Mantovani veía en la democracia el ideal formativo que permitía este sagrado respeto por la variedad infinita de lo humano y concebía a cada criatura concreta como una posibilidad, un misterio, una promesa de redención. No es el Estado el redentor, tampoco sus líderes carismáticos. Los líderes carismáticos de nuestra América atan las manos con su popularidad, convierten a sus seguidores en rebaño y no en hombres libres; contribuyen a una pedagogía de la opresión. En cambio, el maestro de una sociedad democrática desdeñosa de líderes providenciales y doctrinas absolutas, es un verdadero liberador: elimina trabas y permite que desde el fondo del ser se levante una imagen intransferible, una voz que no será confundida con ninguna otra. Esta grandeza de la labor educativa democrática hace que Mantovani recuerde a Sarmiento, para quien la proyección del maes-

tro en el enfrentamiento de los males sociales se eleva por encima de la del juez, el militar y el sacerdote. "Sarmiento sentía, en lo más profundo de su espíritu, que el ideal democrático, si quiere ser un alto ideal político debe convertirse en un problema moral, en un problema de educación" (*op. cit.*, p. 131). Y recordaba la frase de Jean Jaurés: "La democracia es un acto de confianza en la persona humana" (íd. 167).

Otra noción decisiva de sus trabajos teóricos es la de *plenitud humana*. Ella aparece como la meta última del proceso educativo. Del hombre fragmentado y unilateral es preciso culminar en la realización del *hombre pleno, total*, el *todo-hombre*. En su libro *Educación y plenitud humana* de 1933 acuña ya una fórmula que recorrerá toda su obra como un *leit-motiv*. "La pedagogía actual —escribe— es un esfuerzo claro y efectivo por pasar de la parcialidad a la totalidad, de lo unilateral a la plenitud humana. Se quiere restituir sus derechos a la *vida plena*. Tales son los valores y el ideario de la nueva educación" (pág. 228).

Mantovani se resistía a aceptar aquellas expresiones de un ascetismo formativo que terminaban exaltando un ideal del hombre realizado a costa del sacrificio y la mutilación de otras potencias de su ser. Concebía al hombre en la cabal aceptación de sus contenidos contrapuestos, en la multiplicidad de sus modelos culturales. Se sabía empeñado en la aventura de ordenar un universo humano que armonizara los distintos arquetipos que encarnaron en altas cristalizaciones históricas. He aquí la posibilidad auténtica del *hombre nuevo*. Atrás han quedado el hombre de la razón clásica, el religioso de la Edad Media, el humanista del Renacimiento, el hombre estético, el hombre de la técnica: todos estos paradigmas son momentos *parciales* de la realización humana. En adelante la meta formativa no puede ser otra que la del hombre pleno, total: ninguna de sus potencias quedarán postergadas.

Pero este principio de la plenitud humana se vincula estrechamente, en la obra de Mantovani, con la idea de América hispana entendida como unidad de destino y como la posibilidad de una aventura cultural inédita. El educador argentino, como otros grandes americanos, había sido tocado por la esperanza, entre mesiánica y utópica, de que en el suelo de América se realizará el experimento

del hombre total. Fue un caballero de esa "americanería andante" de la que nos habló Alfonso Reyes a propósito de aquellos hombres que llevaban a América no sólo en la inteligencia sino también en la pasión. "América es el ámbito –escribió en *La educación y sus tres problemas*– donde la persona humana se prepara para el desenvolvimiento de una nueva etapa de sus privilegios y dignidad" (pág. 103).

Mantovani sostenía que las guerras emancipadoras generaron, conjuntamente con las nacionalidades, un fuerte sentido de "nacionalidad continental". No hay hecho relevante en la historia de nuestros pueblos que no se haya vivido con proyección americana. "Debemos recordar –escribe en *La educación popular en América*– la inspiración americanista de nuestra Revolución de Mayo, reflejada en el pensamiento de sus grandes promotores –Moreno, Belgrano, Monteagudo–. Consolidada la liberación política de los diferentes países, surgieron los que afirmarían esa unidad y las singularidades de América, como Bello, Sarmiento, Lastarria y Bilbao desde Chile; en México los precursores y propulsores espirituales de su reforma: Mora, Ramírez, Altamirano, Barreda. En otros países hombres de acción individual y de doctrina esclarecida: Vigil y Prada en el Perú; en el Ecuador, Montalvo; Núñez en Colombia; Cecilio Acosta en Venezuela; Hostos en Puerto Rico y Rodó en Uruguay. Otros nombres debieron mencionarse: entre ellos los de Cuba aún no emancipada: pensadores como Caballero, Varela y José de la Luz; sobre todo, el de ese patriota de América que fue José Martí" (p. 11).

La educación de nuestros pueblos no puede separarse de esta vocación continental. Ella debe continuar la labor iniciada por los libertadores, contribuir a la gestación de una cultura de valores propios abandonando los hábitos de la colonización mental europea. Es preciso que América deje de considerarse una "mera prolongación" apendicular de culturas mayores, que asuma su tarea según una pedagogía de creación y no de imitación. Sin resentimiento antieuropeo, Mantovani sostuvo la necesidad de que el americano no cayera en las trampas de un complejo de marginación y menorvalía cultural. Creyó en la tarea de una *liberación mental* en términos próximos a los formulados por Sarmiento desde sus primeros escritos.

Por eso Mantovani concibió a los creadores de cultura de América, sus pensadores, sus artistas, sus estadistas y poetas, como los protagonistas de un grandioso proceso educativo mediante el cual el Continente iba modelando su fisonomía propia. Con ideas, colores,

formas, gestos y resonancias tomados del paisaje, de los espacios abiertos, de nuestra piel, de la tierra o del contorno inmediato, aquellos pensadores y artistas eran verdaderos educadores: estaban haciendo con sus pueblos lo que el maestro con el alma del niño. Despertar la imagen propia del niño, trabajar desde dentro la imagen cultural de América: estas dos figuras se confundían en la visión de Mantovani. Por eso reconocía en nuestros pensadores y artistas, aun cuando no siempre hayan sido hombres de acción, una dignidad equivalente a la de los guerreros de la Independencia. Los llamaba "hombres de la creación interna". "El problema de los países hispanoamericanos —escribe— no era sólo el de su emancipación de dominios extraños, sino también el de su interna creación. Para esto había que dotarlos de instituciones que permitiesen el desarrollo de su propia originalidad, de su autonomía espiritual. El proceso de independencia y formación histórica de estos países tuvo dos tipos de promotores: libertadores como San Martín, Bolívar e Hidalgo, que lucharon sobre todo con la espada, y hombres de la creación interna, de la formación nacional, que se esforzaron con el pensamiento, como Sarmiento, Alberdi, Bello, Lastarria, Bilbao, Montalvo, Martí, Hostos, que son organizadores de instituciones y forjadores de la nacionalidad. Unos y otros, además del sentimiento de la emancipación política, prohijaron el anhelo de una fuerte emancipación espiritual" (*La educación popular en América*, pág. 33).

Una vez cumplida la independencia de "dominios extraños", era preciso iniciar la gesta de la "independencia interior", la hazaña de los civilizadores. Había que comenzar la "creación interna". No bastaba con enfrentar al dominador extranjero; ahora el americano debía enfrentarse con la opresión que llevaba dentro de sí bajo la forma del caos caudillesco, los hábitos mentales heredados, la falta de instituciones adecuadas, la anarquía. Además había que terminar con el marginamiento de las culturas autóctonas, integrar las tradiciones diversas, crear la fisonomía verdadera del americano en la plenitud de sus potencias y posibilidades. La mayor tarea histórica de América se identifica, en el pensamiento de Mantovani, con el ideal supremo de toda formación educativa: la realización del *hombre total.*

Esto quiere decir que al proponer una pedagogía de la plenitud humana, Juan Mantovani entroncaba coherentemente en una tradición de pensadores y visionarios que intuyeron como genuina tarea de América la búsqueda de una *síntesis* de ideales opuestos y la expresión sin trabas de contenidos culturales silenciados. Frente a

una Europa desgarrada por ideales unilaterales del hombre, minada de dualismos irreductibles como cuerpo y alma, lo profano y lo sagrado, lo angélico y lo demoníaco, razón e instinto, por un lado; y frente a una América, por otro, amenazada de localismos cerriles, afirmaciones alternantes de lo autóctono, o lo hispánico, o lo moderno como si se trataran de instancias excluyentes, se levantan aquellos pensadores visionarios empeñados en concebir y soñar una América movida por una voluntad de síntesis cultural dispuesta a poner en marcha las latencias de lo indígena, lo español, lo europeo y lo aluvional, comprendiéndolas en el seno de un hondo esfuerzo integrador. Ellos afirmaron que el sentido de la historia americana se halla comprometido en la formación del hombre pleno. Pienso en José Martí, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, Antonio Caso, Saúl Taborda, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.

José Martí nos habló de "hombres enteros" para definir un tipo humano que representara la superación de la América caudillesca y la intelectualista. El portorriqueño Hostos acuñó la fórmula del "hombre completo" entendido como equilibrio entre la razón y la vida impulsiva. El uruguayo Rodó puso en boca de Próspero esta lección a los discípulos: "Debe velar, en lo íntimo de vuestra vida, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo sea, ante todo y sobre toda otra cosa, un ejemplar no mutilado de la humanidad, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa... Aspirad, pues, a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de vuestro ser... Vuestro lema en la vida debe ser mantener la integridad de vuestra condición humana. Ninguna función particular debe prevalecer jamás sobre esa finalidad última..." (*Ariel*).

Pedro Henríquez Ureña había escrito: "El hombre universal que soñamos, al que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y ésa será su mejor preparación para gustar de todo lo que tenga sabor genuino, carácter propio. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones; pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos esté-

riles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos" (*Ensayos en busca de nuestra expresión*).

Finalmente, para señalar hasta qué punto caló hondo en nuestra historia el ideal del hombre pleno, recuerdo unos fragmentos correspondientes a tres grandes maestros mexicanos: Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes. Caso había escrito en su obra *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, este significativo testimonio contra el espíritu de unilateralidad: "El error estriba en creer que la razón es todo lo humano. No, lo humano es razón e intuición, fe y evidencia, ciencia y arte, religión y moral... ¿No sería bochornoso que la inteligencia, destructora de todos los fanatismos, se erigiese en el último y más formidable de todos?". José Vasconcelos escribió en *La raza cósmica*: "El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado... En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes... Y se engendrará de tal suerte, el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la historia, para dar la expresión al anhelo total del mundo...". Resonancia de este generoso utopismo quiliasta, puede encontrarse también en Alfonso Reyes. Hacia 1941 escribió: "Los que se criaron dentro de una lengua que aún sostenía su fuerza imperial, por eso mismo han vivido limitados dentro de ese orbe o de esa cultura. Nosotros, en cambio, hemos tenido que buscar la figura del universo juntando las especies diversas en todas las lenguas y en todos los países. Somos una raza de síntesis humana... Soñamos, como si nos acordáramos de ella (Edad de Oro a la vez que Tierra Prometida), en una América coherente, armoniosa, donde cada uno de los fragmentos, triángulos y trapecios, encaje, sin frotamiento ni violencia, en el hueco de los demás. Como en el juego de dados de los niños, cuando cada dado esté en su sitio tendremos la verdadera imagen de América" (*Ultima Tule*).

Pensemos en todos estos términos: *hombres enteros, hombre completo, lo humano no es solo razón, hombre universal, plenitud del ser, expresión del anhelo total del mundo, raza de síntesis humana.* Obsérvese la reiteración del mismo sentido dentro de los contextos intelectuales e ideológicos más variados. Se trata del sueño de América, el que ronda sus noches como la más alta estrella.

Juan Mantovani se incorporó a esta familia de visionarios con voz propia, con un ajustado pensamiento y una profunda pasión americana. Toda su obra no fue otra cosa que la traducción teórica de aquel proyecto, la cartografía verosímil que nos guiará hacia aquellas tierras de Utopía que esperan ser descubiertas dentro de nosotros mismos. Caballero de una "americanería andante" recorrió el Continente, estudió sus problemas, trabajó en planes de reforma educativa y recordó constantemente a nuestros pueblos la promesa de la *plenitud humana*. Fue él mismo hombre de síntesis espirituales, de armonías.

Fue un educador en la línea de Sarmiento. Acaso el último representante de las cualidades creadoras del liberalismo. Sobre él podrían repetirse con justicia, estas expresiones suyas sobre Sarmiento: "Vivió apasionadamente en el campo de las humanidades y su vida no fue sino una dramática lucha por defenderlas y elevarlas. Pero defendía humanidades históricas, reales, vivientes, reflejo de su pueblo, no meras abstracciones o desenvolvimientos intelectuales" (*Epocas y hombres de la educación argentina*, pág. 121).

VICTOR MASSUH

París.

DOMINGO F. SARMIENTO Y JOSE P. VARELA
HACIA LA EDUCACION POPULAR

"La materia prima de todo desarrollo es la instrucción". — *Sarmiento.*

En un trabajo por nosotros publicado hace más de una década [1] decíamos que es Sarmiento el primer pensador latinoamericano que tiene una visión precisa y fecunda de la importancia de la educación como parte integrante del proceso de desarrollo de la sociedad de nuestros países. Esto en modo alguno excluye ni subestima la existencia de precursores, algunos de ellos de altos merecimientos; pero casi todos ellos estuvieron bajo la influencia de las ideas de la "Ilustración" (aunque a veces morigerada por resabios tradicionales), vale decir que dentro de esa concepción un tanto esquemática, la educación desempeñaba el papel de una variable que poseía relativa independencia.

Sarmiento, en cambio, bajo la influencia de las corrientes del romanticismo social, que en él se adiciona a las "ilustradas", aporta un conocimiento preciso de la especificidad de los procesos nacionales. Además, a las concepciones políticas y jurídicas del momento anterior se añade en los románticos el descubrimiento de la dimensión social. Y uno de los nuevos y más ricos ingredientes de esta dimensión social estará constituida por la educación, que, de esta manera, se convierte en un elemento inextricablemente ligado a los restantes del quehacer nacional. Es decir, que cuando Sarmiento for-

[1] Gregorio y Félix Weinberg, "El pensamiento sarmientino sobre educación y desarrollo socioeconómico y político latinoamericano", ponencia presentada a la Asamblea Latinoamericana de Educación, realizada entre el 10 y el 25 de setiembre de 1965, y de la cual hay separata.

mula los supuestos de una política educativa, ellos se acuerdan con los otros factores necesarios para el cambio; no se retrasa con respecto a ellos sino que, antes bien, quizás se anticipa. Fue aquí, como en muchos otros respectos, un adelantado. La educación, por tanto, como la política demográfica, económica y social, para él, no pueden ser abordadas en forma aislada.

Dejando de lado los antecedentes de su juventud —de sobresaliente interés humano— su obra comienza a adquirir una verdadera proyección continental cuando en Chile empieza a publicar algunos de los artículos periodísticos luego reunidos en los dos primeros tomos de sus *Obras Completas*. La inquietud pedagógica y didáctica se va enriqueciendo y ampliando hasta convertirse en una verdadera doctrina que sistematiza todos los elementos requeridos para el quehacer educacional, sin perder jamás de vista, y esto es importante, el carácter peculiar del hecho educativo. Y desde otro punto de vista, es muy sugestiva una reflexión suya cuando destaca la singularidad del proceso de la historia de la educación institucionalizada, que muestra que, contrariamente a lo que podría suponerse, primero aparece la enseñanza superior, vale decir, la limitada a un grupo reducido, mientras que la gran masa continúa siendo abrumadoramente rural y analfabeta. Y sólo la necesidad de ampliar aquella clase dirigente recomendó, en diversos momentos, una política de ampliación de la enseñanza secundaria. La primaria, en cambio, muéstrase con toda evidencia como una conquista del siglo XIX, pues responde a las nuevas *necesidades* provocadas por la *Revolución agrícola e industrial*, que implicaba la participación activa de grandes masas de la población en la vida económica, cuyo centro de gravedad se estaba desplazando del campo a la ciudad, y aquí las actividades hoy llamadas terciarias planteaban nuevos requerimientos al productor, como más tarde lo harán con el ciudadano cuando comiencen a organizarse siquiera formalmente las democracias políticas. "El progreso de las sociedades humanas —escribe Sarmiento— ha creado en estos últimos tiempos una institución desconocida a los siglos pasados. La instrucción pública —que tiene por objeto preparar las nuevas generaciones en masa para el uso de la inteligencia individual, por el conocimiento aunque rudimentario de las ciencias y hechos necesarios para formar la razón—, es una institución puramente moderna".

No es casualidad que el germen de la comprensión del proceso en toda su profundidad y riqueza se haya dado durante su permanencia en Chile, por entonces uno de los países mejor organizados

y políticamente estables de América Latina. Súmese a esto la experiencia que posteriormente adquirirá con sus viajes a Europa y Estados Unidos, cuyas políticas y realidades educativas analiza en líneas generales en algunos de sus trabajos, y profundiza notablemente en sus grandes libros sobre el tema específico: *Sobre la educación común* y *De la educación popular*. El reconocimiento de los altos niveles alcanzados en los países recorridos no lo impulsa a postular sin más su mecánico traslado a estas tierras sino que estimula su inteligencia e imaginación para elaborar métodos y herramientas a fin de entender los procesos y proponerse metas por alcanzar cuando nuestras estructuras socioeconómicas se hayan transformado, y a cuyo logro la educación debe contribuir.

Los instrumentos conceptuales con que se fue pertrechando y su vivencia de los problemas le permitieron penetrar profundamente en la entraña de los mismos. En aquellos momentos la experiencia de la emancipación política del Nuevo Mundo constituía un hecho inédito por su profundidad y magnitud; debía ser comprendida no sólo sin preconceptos sino también con categorías que debían forjarse entre nosotros; y a veces, aunque parezca paradójico, contra nosotros mismos, esto es, enfrentando las inercias y los prejuicios.

Nuestros problemas, es decir los de toda la América Latina de la segunda mitad del siglo XIX, tenían notas distintivas que los singularizaban de la historia europea. Sólo la aventura histórica de los Estados Unidos quizás tenía cierto parentesco con nuestra experiencia aunque muchos de sus elementos fuesen diferentes. Vastos territorios casi desiertos, población dispersa, sectores numerosos de la población marginados de la vida nacional (los indígenas); desmesuras geográficas que agigantaban la escasez de medios de comunicaciones; actividades económicas fundamentalmente primarias (esto es, extractivas), con poca mano de obra y sin calificaciones, además de falta de capital; todo esto planteaba un complejo desafío. La respuesta al mismo debía buscarse en una política inmigratoria y colonizadora; y una política educativa que realizase la "nacionalización" de esos inmigrantes, para adecuarlos a la idiosincrasia de estos países pero, sobre todo, para capacitarlos y ponerlos en condiciones de asimilar los nuevos conocimientos que permitiesen ir modificando esa estructura por un quehacer más complejo y moderno. La instrucción —afirma por entonces Sarmiento— "puede desenvolver riqueza, crear nuevas industrias, improvisar nuevos medios de vivir".

En uno de sus numerosos trabajos sobre el tema, insiste en que la educación difundida en la masa de la población hará que cada

uno se convierta en "elemento y centro de producción, de riqueza, de resistencia inteligente contra los bruscos movimientos sociales..." Y en otra ocasión es más terminante aún, si cabe, pues muestra cómo el desarrollo de la educación nacional, "como el porvenir del país, como su tranquilidad, su libertad y riqueza dependen de esta única cuestión: dar la mayor suma de instrucción posible al mayor número de habitantes..., en el menor tiempo que sea dado a la acción combinada del Estado y de los ciudadanos".

I [2]

Hace casi ciento veinticinco años, el 12 de julio de 1853, el gobierno de Chile llamó a concurso para premiar los mejores trabajos que respondiesen a las siguientes preocupaciones e interrogantes: "1º Influencia de la instrucción primaria en las costumbres, en la moral pública, en la industria y en el desarrollo general de la propiedad nacional; 2º Organización que conviene darle, atendidas las circunstancias del país...", etc. Los ensayos entonces premiados fueron, como es sabido, el primero de Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui [3] y segundo el de Domingo Faustino Sarmiento [4]. En ambos se advierte una concepción del mundo coherente y un modelo de desarrollo implícito; un optimismo cabal y una notable capacidad de iniciativa tanto desde el ángulo de la política educativa como de la pedagogía. Se considera, en los dos, la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza; la inutilidad de los certificados de "moralidad y capacidad"; la organización de escuelas permanentes, temporales y ambulantes, escuelas para adultos, escuelas normales, etc.

[2] Las páginas que siguen constituyen una versión reducida y modificada del capítulo "Hacia la educación popular" de nuestro trabajo *Modelos educativos en el desarrollo histórico de América Latina*" que, con introducción de Cermán W. Rama, publicaron UNESCO, CEPAL y PNUD, como parte integrante de su Proyecto conjunto "Desarrollo y educación en América Latina y el Caribe", Buenos Aires 1977 (DEALC-5).

[3] *De la instrucción primaria en Chile, lo que es, lo que debería ser...*, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1856.

[4] *Memoria sobre educación común presentada al Consejo Universitario de Chile*, Imprenta del Ferrocarril, Santiago, 1856. Véase, además, del mismo Sarmiento, *De la educación popular*, Imprenta de Julio Belín y Cía., 1849; entre sus varias reediciones: Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1949, con prólogo de Gregorio Weinberg. Aunque muy posterior, cabe recordar por su significado *Las escuelas base de la prosperidad y de la República en los Estados Unidos*, [Edward F. Davidson], Nueva York, 1866.

Por su parte, el de Sarmiento, en especial, es un notable anticipo de los actuales estudios de desarrollo y educación, donde no faltan por cierto las variables demográficas, económicas y ocupacionales, etcétera.

Las ideas educativas de Sarmiento, en su intento posterior por imponerlas en su país, estaban indisolublemente ligadas a una concepción que la integraba con una política inmigratoria y colonizadora; o expresado con otros términos, propiciaba el pasaje de una Argentina ganadera a otra agropecuaria; uno de los elementos esenciales para lograr esa transformación, tal como se la acaba de enunciar, era la educación que, por entonces y a nivel primario, permitiría la formación de hombres que pudieran ser productores y, simultáneamente, partícipes de ese proceso de cambio. Tenía por tanto la educación una función tanto política como económica y social. Por supuesto que como educación popular hoy debe entenderse algo mucho más amplio. Y el mismo Sarmiento, estamos cierto, lo habría comprendido así, sobre todo frente al 'impacto' tremendo de la ciencia y de la técnica, convertidos en factores dinamizadores esenciales de la sociedad contemporánea. Una institución que fabrique hombres productores —escribe en 1856, en *Educación común*—, debe hacer pasar a los jóvenes de la escuela primaria a la escuela secundaria, "donde empiezan a incrustárseles rudimentos de ciencias de aplicación". Pero retornemos ahora al punto de partida. La difusión de las primeras letras posibilitaría el acceso a la lectura, y por ende, al conocimiento de las "cartillas" a través de las cuales se difundirían las conquistas, asombrosas para la época, de la Revolución Agrícola e Industrial que conmovía a Estados Unidos y Europa Occidental.[5] Ahora bien, la preocupación por el nivel primario era correcta, pues educación elemental y educación popular podían considerarse por entonces poco menos que equivalentes. Desde luego que la efectiva alfabetización siguió un ritmo menos intenso del previsto (es el supuesto fracaso que le reprocharon sus críticos más severos). Pero ello quizá admita otra explicación: al no alcanzar la propiedad de la tierra (que estaba en manos de un sector reducido adueñado de gran parte de la pampa húmeda y que paulatinamente

[5] La bibliografía sobre Sarmiento educador es abrumadora; e incluye trabajos valiosos como los de Juan Mantovani, Américo Ghioldi, Héctor Félix Bravo, etc., pero desconocemos se haya publicado ningún estudio orgánico sobre la formación y desarrollo, a través del tiempo, de sus ideas sobre la materia.

se iría apropiando de sus ampliaciones sucesivas como resultado de la llamada "conquista del desierto", concentración de la propiedad explicable sobre todo por el franco éxito de la economía pecuaria exportadora y que, por entonces, excluía al agricultor),[6] al impedírsele también el usufructo de los derechos de ciudadanía y el ejercicio efectivo del sufragio, el factor educativo no desempeña en este plan el carácter de una variable *cambiadora* tal como se desprendía del "modelo" sarmientino inicial, sino que pasa a ser una variable *modernizadora*. Pero de todos modos, y hechas las salvedades del caso, jugó un papel fundamental como una ley de educación nacionalizadora de la inmigración e integradora del país. Gran parte de la reciente bibliografía histórica, quizás por excesos de economicismo, desconoce o subestima su importancia en tal sentido.

Para un país ganadero como era entonces la Argentina, con escasa densidad de población, los requerimientos en materia ocupacional, como es lógico, también eran sumamente reducidos. La generación, llamémosla sarmientina por darle un nombre abarcador, que postula la modificación de esa estructura ganadera para alcanzar una etapa superior agropecuaria, es la que predica la educación popular, que en aquel momento se define, como acabamos de señalar, como equivalente a primaria. Y no se requiere demasiada perspicacia para comprender que detrás de ese proyecto está la incorporación del país al mercado internacional —con todas las ventajas y los riesgos consiguientes— proceso que pudo verse favorecido por la asimilación de la Revolución Agrícola e Industrial a nuestro medio, y por la consiguiente modificación de la estructura social del país con la aparición o fortalecimiento de nuevos sectores. Para corroborarlo basta recurrir a testimonios tan significativos y elementales como son las cartillas que se hace traducir y luego publicará Appleton en Norte América, los manuales de física para hijos de artesanos,[7] etc. Para ese objetivo sí era satisfactorio establecer el

[6] Para este momento del proceso véanse: Horacio C. E. Giberti, *Historia económica de la ganadería argentina*, Ed. Solar, Buenos Aires, 2ª reimpresión, 1974; y James R. Scobie, *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino*. 1860-1910, trad. de Floreal Mazía, Ed. Solar, Buenos Aires, 1968.

[7] Por ejemplo los *Principios elementales de física experimental y aplicada, incluso la meteorología y la climatología para el uso de los colegios, escuelas superiores y liceos hispano-americanos, y de las personas estudiosas. Conteniendo todos los últimos descubrimientos y aplicaciones recientes a la industria, artes, etc., y a los usos y objetos de la vida común. Y una numerosa colección de grabados explicativos e interesantes, intercalados en el texto, por Pedro P. Ortiz...* Appleton y Cía., Nueva York, con 507 páginas y 366 grabados.

centro de gravedad del sistema en la enseñanza primaria. Y la argumentación podría volverse del revés y preguntarnos ¿qué habría ocurrido en la Argentina, y en los restantes países que estaban en su misma situación y sufrieron la influencia sarmientina en materia educativa, si las ideas del autor de *Facundo*, y los supuestos económicos, políticos y sociales que las informan, se hubieran concretado? La respuesta hubiese sido, a nuestro juicio, ampliamente satisfactoria. Porque la educación, recuérdese, era concebida no como una variable independiente, sino como una variable interviniente, integrada con otras y que constituía un verdadero "modelo de desarrollo". Y llevando más lejos este razonamiento, cabría interrogarse acerca de cuál era la alternativa en materia de política educacional que, frente a ese programa, podían presentar los grupos identificados con un país desierto, con una monoproducción cuyo mayor mercado eran las sociedades esclavistas.

Torcuato S. Di Tella ha intentado rastrear en las posiciones encontradas que cree advertir entre el pensamiento de J. B. Alberdi y el de Domingo F. Sarmiento, las "raíces de la controversia educacional argentina", las que intenta explicar en gran parte por la diferente extracción social de J. B. Alberdi ("... de clase acomodada, conservador, abogado con una sólida posición económica en el foro, y exitoso en las reuniones sociales, comprensivo, moderado...") y la de Domingo F. Sarmiento (de clase media empobrecida, que nunca pasó de la escuela primaria, dependiendo para vivir de los empleos en diarios, ministerios, amargado y solitario; extremista, intransigente..."). [8] Sin rechazar algunas observaciones agudas, y por momentos originales, que aparecen en el trabajo, esta interpretación psicologista de Di Tella no parece demasiado convincente, sobre todo si se toman en consideración las serias contradicciones que pueden advertirse a través del tiempo en las ideas educativas del autor de *Bases*, lo que en cierto modo, invalidaría esa argumentación, y esto sin entrar en impugnaciones más decisivas. Quizás fuese una vía más adecuada pensar en los "modelos de desarrollo" implícitos que pueden hallarse en cada uno de ellos, lo que tampoco podría hacerse ciertamente fuera del tiempo. Sin pretender encontrar una fórmula explicativa simplista, parecería más satisfactorio, por lo menos como primera aproximación, señalar que el "modelo" sarmien-

[8] Torcuato S. Di Tella, "Raíces de la controversia educacional argentina", en *Los fragmentos del poder* (recopilación de T. S. Di Tella y T. Halperin Donghi), Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1969, págs. 289-323.

tino fue de inspiración norteamericana, esto es, con crecimiento predominantemente hacia adentro; y en cambio el de Alberdi, que con los años fue haciéndose cada vez más europeo, vale decir, con signo opuesto: crecimiento hacia afuera, con todo lo que esto significa. Pero no parece ser éste el momento de profundizar el análisis y comparar el pensamiento de dos hombres que dedicaron tantos desvelos a la comprensión y búsqueda de soluciones para los problemas que planteaba el desarrollo durante la segunda mitad del siglo XIX.

Sarmiento, deslumbrado por las ideas de Horace Mann [9] y fascinado por los métodos de expansión de la frontera en Estados Unidos, se convenció pronto de la posibilidad de colonizar y, como consecuencia, constituir una clase media de pequeños agricultores. Pero la estructura ganadera del país lo impidió; las razones del fracaso de dicho plan de colonización deben rastrearse, como ya se ha dicho, en esa misma estructura ganadera del país, y en la estructura de poder que la expresaba, factores que impidieron el asentamiento de los agricultores. El desarrollo agrícola, posteriormente, se verá posibilitado cuando el ferrocarril permita internarse tierra adentro y asentarse en nuevas áreas de la pampa húmeda. Pero entretanto, ¿qué pasa con la educación? La educación constituía parte de un plan, de una concepción integrada con otros dos elementos: la inmigración y la colonización; desvirtuadas éstas, la educación quedaba como una variable poco menos que independiente.

Es justicia reconocer que, pese a todos los obstáculos y retardos, la ley 1420, evidentemente inspirada en el ideario del autor de *Facundo*, tuvo efectos positivos porque permitió la nacionalización del país, nacionalización que sus habitantes no podían alcanzar a través de la propiedad, cuyo acceso les fue dificultado tanto a los inmigrantes como a los grupos criollos marginados, y porque tampoco la pudieron obtener a través del derecho de votar. [10] Por un lado se entorpeció de mil maneras la colonización, impidiendo el asentamiento permanente de criollos, indios e inmigrantes, y después,

[9] Véase el ya mencionado libro de Domingo F. Sarmiento, *Las escuelas base de la prosperidad y de la república en los Estados Unidos;* además: Horace Mann, *La crisis de la educación*, textos seleccionados por L. Filler, traducción de R. J. Walton, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

[10] *Debate parlamentario sobre la ley* 1420 (1883-1884), estudio preliminar, selección y notas de Gregorio Weinberg, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1956; y entre los antecedentes más significativos de esta ley debe recordarse la ley 888 de la Provincia de Buenos Aires, promulgada el 26 de setiembre de 1875, y cuyo artículo 1º ya establecía la obligatoriedad y gratuidad de la enseñanza primaria.

en el plano de la participación política, se aplicó el fraude. En suma, la educación primaria tal cual estaba concebida, jugó de todas maneras un papel ampliamente constructivo, y sus efectos se proyectaron durante largos decenios.

En vísperas de la Exposición Continental de la Industria, y por sugestión del mismo Sarmiento, se convocó un Congreso Pedagógico Internacional Americano, el que se reunió durante los meses de abril y mayo de 1882, con un amplio temario:

"1º Estado de la educación común en la República y causas que obstan a su desarrollo, independientemente de la extensión del territorio y de la densidad de la población. 2º Medios prácticos y eficaces de remover las causas retardatrices, impulsando el progreso de la educación. 3º Acción e influencia de los poderes públicos en su desenvolvimiento y rol que en la educación les corresponde con arreglo a la Constitución. 4º Estudio de la legislación vigente en materia de educación común, y su reforma", al que se añadirían otros temas: "De los sistemas rentísticas escolares más convenientes para la Nación y las provincias. De la reglamentación del ejercicio del derecho de enseñar, y de la formación y mejoramiento de los maestros. ¿Cuál sería el medio más eficaz para difundir la educación común en las campañas? ¿Cuál sería el programa para nuestras escuelas comunes? ¿Cuál sería el mejor sistema de educación, atenta nuestra aptitud intelectual y las instituciones que nos rigen? Medios eficaces de hacer cumplir a los padres o tutores la obligación de educar a sus hijos o pupilos". Esta nómina no agota, ni mucho menos, los problemas abordados.

Constituyó el Congreso Pedagógico un notable acontecimiento, en el que participaron eminentes personalidades nacionales y extranjeras; sus levantados debates permitieron ofrecer un valioso diagnóstico de la situación, exponer doctrinas, métodos, y, sobre todo, proponer soluciones. Muchas de aquellas ideas se incorporaron a la ya citada ley 1420. Excede al propósito de este trabajo estudiar con detenimiento sus ilustrativas discusiones. [11]

Del espíritu de los debates y conclusiones de este Congreso como así de las apasionadas polémicas que registra el periodismo

[11] En el Nº 738, junio de 1934, del *Monitor de la Educación Común*, revista del Consejo Nacional de Educación, se publicaron con motivo de la "Conmemoración del cincuentenario de la Ley de Educación Común, Nº 1420", las intervenciones más importantes acompañadas de una glosa, incompleta, de los debates. Las deficiencias advertidas en el capítulo de "Conclusiones" fueron señaladas por Alfredo D. Calcagno, quien ofrece su texto completo y

de la época,[12] pero sobre todo de la legislación positiva resultante, puede afirmarse que, para aquellos hombres, la educación primaria a la sazón equivalente, se insiste, a popular, parecía suficiente para formar la mano de obra que requería esa transformación, y satisfactoria para su función "civilizadora", con todas las implicaciones políticas que el concepto trae aparejadas.

Para los niveles superiores bastaba una *élite* dirigente, una minoría que no sólo no pensaba trabajar sino que tampoco tenía demasiada vocación por el trabajo; pero también aquí la historia jugó una mala pasada a estos grupos, pues la temprana formación de una clase media constituyó un factor imprevisto que modificó paulatinamente los esquemas iniciales.

Esta política permitió una cobertura bastante temprana de un sector muy importante de la población en edad escolar; es decir, se cumplió en gran parte el propósito de universalizar la educación primaria. Y de este modo el centro de gravedad del sistema se mantuvo en la educación primaria —equivocadamente asimilada más tarde a popular—, y por otro lado se concebía la secundaria sólo como paso a la universidad, y ésta para formar la clase dirigente y los profesionales que el desarrollo requería.[13]

Este trabajo, que en modo alguno pretende ser exhaustivo, po-

---

depurado en el *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, t. XVIII, Nº 5, 1934, págs. 87-93.

Un "Informe acerca del Congreso Pedagógico... por los doctores D. Carlos M. Ramírez, D. Carlos M. de Pena y D. F. A. Berra", quienes concurrieron al mismo como delegados de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular del Uruguay, aparece en *Anales del Ateneo del Uruguay*, Nº 11, Imprenta y Encuadernación de Rius y Becchi, Montevideo, 1882. El interés que ofrece este "Informe" es doble; por un lado, la autoridad y personalidad de sus autores, y, por otro, sus observaciones y espíritu crítico.

[12] Es bien conocido que una parte sustancial de dichos debates y polémicas reflejan el ruidoso enfrentamiento entre los grupos liberales y católicos por su distinta actitud asumida con respecto al problema de la enseñanza laica que propiciaban los primeros y la defensa de la enseñanza religiosa en las escuelas por parte de los segundos. Un análisis de los argumentos sustentados por los contendientes —y los intereses que cada uno de ellos representaba— nos apartaría del tema. Entre las publicaciones más recientes, véase el trabajo de Néstor Tomás Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1975, escrito desde el punto de vista católico.

[13] Gregorio Weinberg, "Cultura y época", Seminario organizado conjuntamente por la Sociedad Argentina de Escritores y la Fundación Bariloche, San Carlos de Bariloche (Río Negro, Argentina), agosto de 1972.

dría verse sugestivamente enriquecido si se señalasen las influencias de Sarmiento allende las fronteras argentinas, pero en la imposibilidad de analizar siquiera las más significativas, nos limitaremos a subrayar su impronta sobre el uruguayo José Pedro Varela, con quien culminó probablemente esa corriente de pensamiento y de acción que tuvo como preocupación mayor la educación popular, considerada herramienta para la transformación de la sociedad latinoamericana; sus inadecuaciones y rezagos ya los conocían y no cesaban de denunciarlos.

Discípulo de Sarmiento en muchos sentidos, la decisiva influencia del sanjuanino de ninguna manera puede subestimarse como alguna vez se ha pretendido hacerlo sin mayor prueba. Numerosos son, en cambio, los testimonios que la confirman, desde las menciones que aparecen en la *Correspondencia literaria y crítica*, 1867-1868 (así, leemos, en la 11ª carta del 14 de enero de 1868, escrita desde Nueva York: "...uno de los primeros hombres de la América del Sur, que por su talento, por su ilustración, por su infatigable constancia es acreedor al aprecio de todos los que aman la América, Sarmiento, en un libro poco conocido en el Plata y lleno sin embargo de enseñanza y de mérito, atribuye a la educación popular el crecimiento tan rápido como feliz de los Estados Unidos..."; [14] y las referencias podrían multiplicarse espigando en las mismas obras de José P. Varela. Mas para no insistir sobre el punto recordemos con Diógenes de Giorgi, que "...la vida de José Pedro Varela se divide en dos partes, la de antes de conocer a Sarmiento, y la de después de Sarmiento...". [15]

Como Sarmiento en muchos sentidos, y como éste admirador de lo que se ha llamado aquí "modelo" norteamericano de desarrollo, la ideología de Varela, impregnada por un racionalismo espiritualista se transforma paulatinamente hasta convertirse en un franco positivismo, cuya influencia resultaría en adelante decisiva para toda la vida cultural y educativa del Uruguay. [16] Su producción escrita conserva una sorprendente vigencia y constituye quizás la

[14] Citamos según la versión reproducida en *Impresiones de Viaje en Europa y América*, Ed. Liceo, Montevideo, 1945, págs. 93-94. Por su parte, Jesualdo, en *Diecisiete educadores de América*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1945, recoge además plurales referencias del mismo Sarmiento en idéntico sentido.

[15] *El impulso educacional de José Pedro Varela*, Impresores A. Monteverde y Cía., Montevideo, 1942, pág. 19.

[16] Dos libros de Arturo Ardao, *Racionalismo y liberalismo en el Uruguay*, Universidad de la República, Montevideo, 1962, y *Espiritualismo y positivismo*

expresión más coherente de una reflexión honda sobre el significado de la educación dentro de un determinado "modelo de desarrollo", que él plantea con toda lucidez luego de la severa crítica realizada al existente. [17]

Según Ardao, en el ya citado prólogo a las *Obras pedagógicas*, integran el pensamiento vareliano "dos grandes corrientes educacionales del siglo XIX, de naturaleza y proyecciones muy diferentes: la de la *educación popular* y la de la *educación científica*" (pág. XXI), y "colocado en la confluencia histórica de ambas, realiza sobre la marcha su síntesis". Y prosigue Ardao señalando que la *educación popular*, o educación común, o educación del pueblo, o instrucción del pueblo, o ilustración del pueblo, deriva del caudaloso movimiento de la Ilustración del siglo XVIII que se interna en el siguiente estimulado además por la civilización industrial y la democracia política. "Ese movimiento alcanzó su culminación institucional tanto como doctrinaria en Estados Unidos, resumido allí en el nombre y la obra de Horacio Mann en las décadas del 30 y el 40... Heredera... de los ideales de progresismo, filantropismo y democratismo, condensados en un concepto que llega entonces, entre las revoluciones del 30 y el 48, a su clímax histórico: *el pueblo*". (*Ibídem*). La otra corriente, la *educación científica*, "lo era en un doble sentido, en cuanto a educación por la ciencia y en cuanto a ciencia de la educación".

En "De nuestro estado actual y sus causas", primera parte de

---

en el Uruguay, Universidad de la República, Montevideo, segunda edición, 1968, favorecen la comprensión del clima espiritual del momento.

[17] José Pedro Varela, *La educación del pueblo*, Montevideo, 1874 —"escrita en carácter de informe a la directiva de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular"— y la *Legislación escolar*, Montevideo, 1876 —"escrita para fundamentar un Proyecto de Ley de Educación Común, formulado durante el gobierno de Latorre"—, reeditadas ambas obras por la Dirección General de Instrucción Primaria, Montevideo, 1910, bajo el título genérico de *Obras Pedagógicas*, que conserva la edición efectuada por la Biblioteca Artigas, de la Colección de Clásicos Uruguayos (volúmenes 49-50-51 y 52), con prólogo de Arturo Ardao, Montevideo, 1964. (*De nuestro estado actual y sus causas*, con nota preliminar de Manuel Claps, "Actualidad del pensamiento de Varela", Ed. Arca, Montevideo, 1969, es reedición de la primera parte de *La legislación escolar*).

La famosa polémica entre José P. Varela y Carlos María Ramírez, se publicó bajo el título *El destino nacional y la universidad*, también con prólogo de A. Ardao, en la citada Colección de Clásicos Uruguayos (vols. 67-68), Montevideo, 1965.

La legislación escolar, como se lleva dicho, muestra el vuelo que es capaz de imprimir a su pensamiento, de una admirable profundidad, y donde obtiene una brillante caracterización de los problemas socioeconómicos esenciales del Uruguay, que en gran parte eran los de América Latina. Para Varela los gobiernos son la resultante, no la causa de las condiciones en que se halla una sociedad; por eso carece de sentido pretender "cambiar el estado actual de la sociedad cambiando los gobiernos, que son efecto de ese estado, en vez de transformar las condiciones de la sociedad para que cambien como consecuencia los gobiernos" (pág. 60 de la citada edición de Clásicos Uruguayos de *La legislación escolar*). Por su parte, "los Estados Unidos realizan el milagro, casi único en el mundo, de una república democrática que vive tranquila, libre y feliz. Sus escuelas explican su tranquilidad, su libertad y su grandeza" (pág. 27). Persigue el propósito de averiguar "las causas radicales del estado en que nos encontramos", para obtener así elementos de juicio que le permitan opinar sobre "los medios de combatir los graves males que nos aquejan". Hay, advierte, una deficiente estructura productiva: "¡Tenemos millones de vacas en nuestras estancias y necesitamos importar jamones, carne y leche conservada, manteca y queso!" (pág. 35). Faltan los agricultores que conviertan a la República en el granero del Plata, libertándonos de esa manera del tributo que pagamos a los Estados Unidos y a Chile, cuyas harinas vamos a buscar, para recibirlas recargadas con el flete excesivo de larguísimos viajes" (pág. 37). Señala la falta de hábitos industriales y la necesidad de crear una industria de transformación. Tenemos, acota Varela, "una fuerza escasa, muy escasa para una nación independiente, y todavía conservamos nuestras poblaciones en la ignorancia, utilizando sólo una parte de esa fuerza; y todavía aun, la malgastamos devorándonos constantemente los unos a los otros" (pág. 43).

Más adelante se ocupa Varela de los hábitos de consumo y de trabajo: "Así hemos ido desarrollando en una proporción geométrica nuestra actividad consumidora, por la adquisición de gustos, placeres y costumbres que son posibles a las sociedades europeas, porque las alimenta una capacidad industrial superior... En contacto diario con los grandes centros de población europeos y norteamericanos hemos querido ser como ellos, y hemos copiado sus consumos excesivos, sus placeres opulentos, su lujo fastuoso, sin copiar a la vez los hábitos de trabajo, la industria, la capacidad productora que los hace posibles sin que sean causa de ruina" (págs. 63-65). Y para

no extender demasiado las referencias que podrían espigarse en un texto tan sustancioso, quizás baste completar las citas con algunas de sus ideas educativas vinculadas con otras dimensiones del quehacer nacional: "La instrucción es, pues, el único de los servicios cometidos a la administración pública que no consume el capital invertido en él, sino que lo incorpora, bajo una nueva forma, al capital que representan los individuos a quienes instruye" (pág. 90; éste es el concepto contemporáneo que considera la educación como una inversión y no como un gasto). "De tiempo atrás nuestros males hanse atribuido por unos a lo que se ha dado en llamar el caudillaje de la República, mientras que se atribuían por otros a lo que se ha dado en llamar también los doctores. Para los que participan de la primera opinión, todo el mal está en los caudillos: no ven o no quieren ver que los caudillos son efecto, pero no causa de un estado social. Para los que sostienen la segunda de esas ideas, el mal está en los principios y las doctrinas, y como hacen sinónimo de doctor y hombre de principios, el mal está en los doctores; no ven o no pueden ver que sin principios y doctrinas no es posible gobernar a una sociedad cualquiera, pero sin que de ahí resulte que todos los principios que se proclaman sean exactos, ni que todas las doctrinas sean verdaderas" (pág. 109). El razonamiento, intenso y riguroso, llega a resaltar que "un doble esfuerzo es necesario realizar, pues, para destruir las causas fundamentales de nuestra crisis política; el uno para destruir la ignorancia de las campañas y de las capas inferiores de la sociedad; el otro para destruir el error que halla su cuna en la Universidad y que arrastra en pos de sí a las clases ilustradas, que intervienen directamente en la cosa pública" (pág. 111); además débese recordar que "el error no es peculiar de la Universidad de la República, sino de todas las Universidades privilegiadas" (pág. 114).

La fecha de la muerte de José P. Varela, el 24 de octubre de 1879 –había nacido el 19 de mayo de 1845– semeja un símbolo, pues parece coincidir con el término de una época y el inicio de otra; el nuevo momento estaría signado por la "fiebre del progreso" y las contradicciones implícitas, e ideológicamente coloreado por el positivismo que pronto iría desvirtuando los principios liberales a los que estaba emparentado. Una frase, repetida de uno a otro extremo del Continente con ligeras variantes, "la educación es la locomotora del progreso", vincula entre ellos tres conceptos muy caros para los hombres de los últimos dos decenios del siglo: *educación, locomotora, progreso.*

III

Es posible que, para terminar, sean necesarias algunas consideraciones adicionales sobre las ideas de Sarmiento y Varela.

La evolución ideológica del argentino, tal como lo destaca Arturo Andrés Roig, "tuvo sus comienzos bajo la influencia del romanticismo social, que pronto fue abandonando por un liberalismo, haciendo siempre de fondo un racionalismo deísta un tanto vago y moderado. Una apología del trabajo al estilo de Franklin, una filosofía de la historia muy próxima a Tocqueville, una política educacional emparentada con las miras de Horacio Mann, un entusiasmo por la historia de las religiones dentro de la moda impuesta por Renan, un elevado interés por las ciencias naturales, en contacto estrecho con las doctrinas eclécticas de Burmeister, y finalmente, una aguda visión sociológica, hacen de Sarmiento un anticipador de una serie de temas que heredará más tarde el positivismo argentino". [18] En rigor puede considerarse al autor de *Facundo* un protopositivista, ya que en su madurez él mismo advirtió notables coincidencias entre sus ideas y las formuladas por el positivismo. "Con Spencer, escribió, me entiendo, porque andamos el mismo camino". [19]

En Varela, como se ha dicho, al primer momento de un cierto racionalismo espiritualista seguirá el positivismo spenceriano, pero por lo que aquí interesa, las influencias decisivas serán las de Sarmiento, desde el punto de vista de las ideas educativas, y la sociedad norteamericana como experiencia social no sólo teórica sino como vivencia personal. [20]

Ahora bien, ambos, es decir Sarmiento y Varela, postulan un ordenamiento social que permitiese superar el atraso económico y cultural (sobre todo de la población rural que seguía siendo la abrumadora y postergada mayoría) y la inestabilidad política, por ello son partidarios de un *orden fundado en la educación y en la participación*, que significaba algo muy distinto al orden que luego tratará de imponer el positivismo, sobre todo cuando éste se vaya apar-

[18] Arturo Andrés Roig, *El espiritualismo argentino entre* 1850 *y* 1900, Ed. Cajica, Puebla, (México), 1972, pág. 176.

[19] Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, en *El pensamiento argentino*, estudio preliminar de Gregorio Weinberg, Ed. Nova, Buenos Aires, 1961, pág. 188.

[20] A. Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay, op. cit.*, págs. 86 y ss.; sobre la primer etapa: Jesualdo, *Formación del pensamiento racionalista de José Pedro Varela*, Universidad de la República, Montevideo, 1958.

tando de su inicial entronque con el liberalismo. Además, como carecieron de las fuerzas sociales indispensables que respaldaran su programa transformador, estos "visionarios" quedaron, en cierto modo, en el vacío, pero sus planes de todas maneras adquirirán sentido y tendrán comienzos de realización cuando los hagan suyos los nuevos grupos urbanos, en particular cuando surjan las clases medias; es decir, las propuestas no encontraron sus "actores-agentes" en el sentido indicado por Jorge Graciarena; "la 'viabilidad' del estilo depende de las fuerzas sociales que pueda movilizar para superar 'obstáculos y resistencias' que, como conflictos, se oponen a su realización o continuidad". [21] Por consiguiente, de ese "modelo" podría decirse que si bien era una "virtualidad", apuntaba en última instancia a una sustancial modificación de las condiciones de vida en el campo. Asimismo, cabe destacar que fue la primer propuesta sistemática de educación de los sectores rurales concebida en función de ese cambio; pero por diversas y complejas razones, algunas de las cuales ya antes se intentó explicar, así la falta de una clase media agrícola (los "pequeños propietarios" por los cuales clamaban) neutralizó todos sus esfuerzos. No pudieron por tanto transformar los peones en campesinos en momentos que la modificación de la economía ovina en vacuna fortalece la oligarquía ganadera; y los agricultores arrendatarios mal podrían convertirse en propietarios, toda vez que el designio de los dueños de la tierra era aprovechar sus esfuerzos para que les aprestasen nuevas extensiones de campo para las pasturas que requería la expansión ganadera.

Mas también hay otros factores que obstaculizaron el logro de los objetivos perseguidos por Sarmiento y por Varela; entre ellos debería mencionarse la inexistencia en América Latina de grupos educativos autónomos (como los religiosos o las asociaciones de vecinos en los Estados Unidos) que lograsen la participación efectiva de la comunidad para suplir, impulsar o complementar la acción del Estado. En 1867 Sarmiento ya lo había percibido con toda lucidez: "Los gobiernos, empero, nada harían de por sí, si la sociedad no les ayudase con su cooperación eficaz. En los Estados Unidos es el pueblo y no los gobiernos, quien ha creado la educación pública: eminentes ciudadanos, asociaciones voluntarias han formado la opi-

[21] Jorge Graciarena, "Poder y estilos de desarrollo. Una perspectiva heterodoxa", en *Revista de la CEPAL*, Santiago de Chile, 1976, Nº 2, pág. 180; y Germán W. Rama, "Dos casos de desarrollo periférico" (trabajo inédito). Buenos Aires, julio de 1977.

nión que sostiene aquélla, preparando además los sistemas que la hacen eficaz. Los ciudadanos han impelido al Estado a generalizarla y dar al hecho la sanción de la ley. Hoy los Estados donde ya predominan estos principios inducen al Gobierno Nacional a llevarla a los más remotos, en que todavía no se ha verificado la imprescindible preparación del ciudadano para las libres instituciones que le rigen.

"Todos pues, y cada uno de los ciudadanos y de los habitantes de la América española están llamados a dar impulso a la obra cuyos beneficios refluirán sobre todos y cada uno de ellos...". [22]

Si el liberalismo difundido por muchos países latinoamericanos descreyó de la universidad de origen colonial (o en casos excepcionales, como ocurrió en Buenos Aires, estuvo en condiciones de erigir una de inspiración diferente), por considerarla una institución identificada con los valores tradicionales y, por tanto, perpetuadora de sus pautas de prestigio, en el momento que ahora se está estudiando, y por motivos que en el fondo son muy semejantes, cuando se proyectan grandes reformas educativas, éstas no serán "elitistas", ya que serán más bien antiuniversitarias. Esto es comprensible si se recuerda que la universidad (por la extracción social de los estudiantes, por las carreras que en ella se cursaban y por la función profesional y cultural de sus graduados), que seguía siendo de signo minoritario cuando no francamente oligárquico, mal podía entender y mucho menos expresar los intereses y aspiraciones de los nuevos grupos, cuyo "modelo" de desarrollo no se asentaba ni mucho menos sobre la educación superior, sino que, antes bien, reclamaba una amplia cultura de masas con un doble signo *político* y *utilitario*. Los actores de esta propuesta revolución educativa aspirarán a llevarla a cabo con sujetos de fuera de la universidad (recuérdese, por ejemplo, que Sarmiento y Varela no fueron universitarios), con gente que ambicionase dar una educación popular para las grandes masas, como un efectivo aporte a la democratización de la sociedad.

GREGORIO WEINBERG

Buenos Aires, julio de 1977.

[22] *Ambas Américas, revista de educación, bibliografía y agricultura, bajo los auspicios de D. F. Sarmiento,* volumen I, Nueva York, 1867. (Se cita según la reimpresión efectuada por la Asociación de Difusión Interamericana, Buenos Aires, 1943, pág. 5; además, aquí hemos retocado la particular grafía sarmientina).

SARMIENTO Y LOS FUNDAMENTOS DE SU POLITICA CIENTIFICA

Se ha escrito que la obra de Benjamín Apthorp Gould al frente del Observatorio Astronómico de Córdoba, junto con el decidido apoyo otorgado a Germán Burmeister y la fundación de la Academia Nacional de Ciencias, constituyen los más notables ejemplos que brinda la Argentina del siglo XIX, en materia de política científica planeada.[1]

La afirmación es harto plausible y frente a ella es lícito preguntarse por las razones últimas de este desarrollo científico y, en especial, por la *ideología de la ciencia* bajo la cual esa política emprendida fundamentalmente durante la presidencia de Sarmiento, fue llevada a cabo.

Conviene distinguir dos vertientes en el análisis de este problema. La primera, más remota y genérica, responde a una formulación científica fundada en la ideología misma del iluminismo europeo. El neto predominio de las ciencias naturales que implica esta orientación parece alcanzar su plenitud en el caso de la astronomía. No es difícil percibir en ello, a través de la revolución newtoniana, el estruendo del *affaire* Galileo, modelizado por la Ilustración como un conflicto ejemplar entre la razón científica y el oscurantismo acrítico. En la base de esta actitud se halla, sin duda, la adhesión

[1] Leticia Halperín Donghi, *El aporte de los hombres de ciencia extranjeros que actuaron en Argentina en el siglo XIX*, en el Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, 1970, t. LXVIII, Entregas 1ª-4ª, p. 110. Para el caso de Gould, v. Marcelo Montserrat, *La introducción de la ciencia moderna en Argentina: el caso Gould*, en *Criterio*, Buenos Aires, XLIV, 1971, nº 1632, pp. 726-9. En el presente trabajo, desarrollamos algunas de las hipótesis allí planteadas. Para Burmeister, v. Max Birabén, *Germán Burmeister* (Su vida, su obra), Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentina, 1968.

al sistema inaugurado por Copérnico concebida como una ruptura con la cosmovisión aristotélica medieval y como principio de una nueva y definitiva intelección de la realidad. [2]

Aun a riesgo de interpretar anacrónicamente a Galileo como un iluminista, Geymonat ha escrito: "La concepción copernicana tiene para él un valor de punto de convergencia de todas las nuevas investigaciones científicas –de la matemática a la astronomía y a la mecánica– de modo que aceptarla o rechazarla significa aceptar la metodología que hace posibles estas ciencias o permanecer ligado, en cambio, a todos los viejos prejuicios". [3] Quizás nadie mejor que Comte haya expresado, al cabo, esa fe devota en la potencia secularizadora de la ciencia y, en especial, de la astronomía: "Esta necesaria preponderancia de la ciencia astronómica en la primera propagación sistemática de la iniciación positiva es plenamente adecuada a la influencia histórica de tal estudio, principal móvil hasta ahora de las grandes revoluciones intelectuales... Finalmente, el desarrollo sistemático del positivismo moderno, que tiende abiertamente a un nuevo régimen filosófico, es, en esencia, el resultado de la gran renovación astronómica comenzada por Copérnico, Kepler y Galileo". [4]

Una y otra vez repetirá Avellaneda en la discusión parlamentaria acerca de la creación del Observatorio Astronómico de Córdoba que "la astronomía marcha al frente de las ciencias naturales" y que "como todos saben, es la primera de ellas". Años más tarde volverá a empuñar el ariete secularizador, al recordar los claustros de aquella Universidad de Córdoba donde se había formado y en los que

[2] Es claro que el pensamiento racionalista de la Ilustración pasó por alto ambigüedades y matices que hacen de sus héroes científicos figuras bastante menos "modernas" que lo pretendido. Cf. Hugh Kearney, *Orígenes de la ciencia moderna* (1500-1700), Ed. Guadarrama, 1970, cap. 1, y su crítica a una concepción *whig* de la historia de la ciencia. Cfr. Marcelo Montserrat, *Copérnico y la modernidad*, en *Criterio*, Buenos Aires, XLVI, 1973, Nº 1679, pp. 606-10.

[3] Ludovico Geymonat, *Galileo Galilei*, Barcelona, Ed. Península, 1969, Cap. IV. T. S. Kuhn, *The Copernican Revolution* (Planetary Astronomy in the Development of Western Thought), Cambridge, Harvard University, 1957, esp. cap. 7. Alexandre Koyré, *La révolution astronomique*, París, Hermann, 1961.

[4] Auguste Comte, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Buenos Aires, Ed. Aguilar, 1971 (6ª ed.), pp. 175-6. Este *Discurso*, que se publicó en 1844, servía de introducción a un *Tratado filosófico de astronomía popular*.

"se sostenía apenas como hipótesis probable el sistema de Copérnico". [5]

Sea o no del todo justa la imputación de Avellaneda, es de todos modos estimulante hallar en el rico anecdotario de Sarmiento, una situación análoga. En 1842, Sarmiento fue designado primer director de la Escuela Normal para Maestros de Chile; enseñaba allí, además, los que denominaba cursos "científicos". En una oportunidad, uno de los alumnos de la clase de cosmografía en que se analizaba la estructura heliocéntrica del sistema planetario, interrumpió la explicación, objetando sus fundamentos:

> "—Yo no creo lo que usted está diciendo. Cuando más lo admitiré como una hipótesis.
>
> —Muy bien. ¿Sabe usted cuánta distancia hay de la Tierra al Sol?
>
> —Sí, señor.
>
> —¿Y de la Tierra a las estrellas?
>
> —Inmensa.
>
> —Fije usted una cifra de millones de leguas. Si la Tierra no gira en torno del Sol, las estrellas giran en veinticuatro horas en torno de la Tierra. Esa distancia es el semidiámetro de un círculo; luego, multiplicando el diámetro o el semidiámetro por seis, obtendré aproximadamente el espacio que usted hace recorrer a las estrellas por día, por hora, o por minuto; es decir, muchos millones de leguas por minuto; mientras la teoría contraria le da 6 1/2 leguas por

[5] Nicolás Avellaneda, *Escritos y discursos,* Buenos Aires, Ed. Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910, t. IV, p. 297. La afirmación de Avellaneda ha sido estimada como "una manera de decir" por Telasco García Castellanos en su ensayo *La Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Significado de su creación,* publicado en el *Boletín* citado en (1), p. 15.

José María López Piñero ha mostrado, en el caso de España, que el sistema copernicano era postulado como una "hipótesis" hacia 1760, en su obra *La introducción de la ciencia moderna en España,* Barcelona, Ed. Ariel, 1969, p. 153. Mayores precisiones arroja el trabajo de Juan Vernet Ginés, *El quinto centenario del nacimiento de Copérnico e Hispanoamérica,* en *Cuadernos Hispanoamericanos,* Madrid, XCV, Enero 1974, Nº 283, pp. 24-46. Según el autor se debe a Pedro Antonio Cerviño (1782-1816), ingeniero español quien fue miembro del Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810, Director de la Escuela de Náutica y de la Academia de Matemática (1812) y colaborador del *Semanario de Agricultura,* la plena introducción del sistema copernicano en el Virreinato del Río de la Plata, tal como José Celestino Mutis lo había hecho en el de Nueva Granada.

> minuto de marcha de la Tierra en torno del Sol, lo que hace una parte de la distancia que recorren los ferrocarriles. Así, pues, la verdad es verosímil, mientras que el sistema de usted es absurdo e inútil. ¿A qué fin han de dar esta inconcebible vuelta y hasta lo infinito de velocidad en los extremos, en torno de nuestro globo todos los días...?". [6]

La astronomía se presentaba, pues, en este contexto genérico de influencia iluminista, como una suerte de ciencia-piloto destinada a rebasar su significación científica, para convertirse en un agente eficaz de cambio ideológico-social, papel que compartirá después, en pleno auge positivista, con el evolucionismo biológico.

La segunda línea de análisis se ciñe al más persistente modelo global del ideario sarmientino: el norteamericano. "América del Norte es nuestro modelo", había declarado ya en 1841 en *El Mercurio* y para esa misma época Sarmiento se complacía en equiparar la europeización de España que Mariano José de Larra predicaba, con su propio ideal de la norteamericanización de América Latina.

En noviembre de 1847, en plena navegación por el golfo de México, Sarmiento escribía con entusiasmo a Valentín Alsina: "Salgo de los Estados Unidos, mi estimado amigo, en aquel estado de excitación que causa el espectáculo de un drama nuevo, lleno de peripecias, sin plan, sin unidad... Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre... No es aquel cuerpo social un ser deforme, monstruo de las especies conocidas, sino como un animal nuevo producido por la creación política, extraña como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aún sobre la superficie de la tierra. De manera que para aprender a contemplarlo, es preciso educar el juicio propio, disimulando sus aparentes faltas orgánicas, a fin de apreciarlo en su propia índole, no sin riesgo de, vencida la primera extrañeza,

[6] Augusto Belín Sarmiento, *Sarmiento anecdótico*, Saint Cloud, 1929, p. 32. El alumno reconsideró, tras la explicación de Sarmiento, lo que hasta entonces había sido para él una cuestión teológica, según acota Allison Williams Bunkley, en su excelente *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, EUDEBA, 1966, p. 167. Este tipo de discusiones, tan características del clima intelectual decimonónico, están ilustradas por un copioso anecdotario. V. para el caso del darwinismo en la Argentina, Marcelo Montserrat, *Holmberg y el darwinismo en Argentina*, en *Criterio*, Buenos Aires, XLVII, Nº 1702, pp. 591-8.

apasionarse por él, hallarlo bello, y proclamar un nuevo criterio de las cosas humanas...".[7]

Tiene razón Bunkley cuando afirma que, más allá de la exactitud de los juicios de Sarmiento, lo cierto es que los Estados Unidos sustituyeron a Europa, y a Francia en especial, como su modelo de civilización. De la Francia de Luis Felipe, Sarmiento salió, al parecer, penosamente "desafrancesado" tras sus conversaciones con Dessage, Mackau, Guizot y Thiers. No hay que extrañarse, pues, de la vigorosa metáfora astronómica con que saludó a los Estados Unidos, una "República, en fin, fuerte, ascendente como un astro nuevo en el cielo", donde "se eslabonan entre sí, la libertad y la tierra abundante, el hierro y el genio industrial, la democracia y la superioridad de los buques", mientras que, por el contrario, "en las monarquías europeas se han reunido la decrepitud, las revoluciones, la pobreza, la ignorancia, la barbarie y la degradación del mayor número".[8] Este aguafuerte aparece apenas matizado en otro texto: "Vengo de recorrer la Europa, de admirar sus monumentos, de prosternarme ante su ciencia, asombrado todavía de los prodigios de sus artes; pero he visto sus millones de campesinos, proletarios y artesanos viles, degradados, indignos de ser contados entre los hombres... Imagínese usted, ahora, en contraste, veinte millones de hombres que saben lo bastante, y leen diariamente lo necesario para tener en ejercicio su razón, sus pasiones públicas y privadas, que tienen qué comer y vestir; que en la pobreza mantienen esperanzas fundadas, realizables, de un porvenir feliz... que llevan cartera y mapa geográfico en su bolsillo; que vuelan por los aires en alas del vapor... y sentirá usted lo que he sentido yo, al ver esta sociedad sobre cuyos edificios y plazas parece que brilla con más vivacidad el sol, y cuyos miembros muestran en sus proyectos, empresas y trabajos una virilidad que deja muy atrás a la especie humana en general".[9]

Este entusiasmo que la nación norteamericana provocó en Sarmiento —pocos años después que Alexis de Tocqueville publicara la

[7] Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, Africa y América,* Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1922, tres volúmenes, p. 193. V. las acertadas acotaciones de A. W. Bunkley en su *Vida de Sarmiento* citada en (6).

[8] *Ibídem,* pp. 225-6.

[9] Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas,* Buenos Aires, Ed. Luz del Día, 1948-1956, tomo V, p. 386. Cfr. José C. Campobassi, *Sarmiento y su época,* Buenos Aires, Ed. Losada, 1975, tomo I, cap. 9.

primera parte de *La democracia en América*— [10] no fue, sin embargo, un fruto exclusivo de su visita.

Hay que rastrear en plena adolescencia de Sarmiento algunas de las raíces de esta actitud. Él mismo se ha encargado de señalarlo con magistral transparencia, al enumerar sus lecturas de aquella época: "El segundo libro fue la *Vida de Franklin* y libro alguno me ha hecho más bien que éste. La vida de Franklin fue para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mme. Roland y tantos otros. Yo me sentía Franklin, ¿y por qué no? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, y dándome maña y siguiendo sus huellas, podía un día llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, y hacerme un lugar en las letras y en la política americanas". El Franklin en quien Max Weber personificara la ética puritana y el espíritu del capitalismo, y Sombart el emprendedor estilo de la burguesía moderna, [11] se explica para Sarmiento de manera tocquevilleana, en el contexto social de la igualdad de condiciones, o de oportunidades, como hoy diríamos. Se trata, en suma, del "joven que sin otro apoyo que su razón, pobre y destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia dirección, se da cuenta de sus acciones para ser más perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria ayudándola a desligarse de sus opresores, y un día presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, y puede vanagloriarse de redimir millones de vidas con el preservativo con que dotó a los hombres, este hombre que debe estar en los altares de la humanidad...". [12]

No es menester mezclar al psicoanálisis con la historia para advertir que Sarmiento halló en la *Autobiografía* de Franklin un atrayente modelo de conducta para un universo racionalmente ordenado, en el cual el lugar supremo debería pertenecer de pleno derecho a

[10] Conviene releer los capítulos VIII, IX y X del segundo volumen de *La democracia en América,* México, Fondo de Cultura Económica, 1963 (2ª ed.), pp. 413 a 425.

[11] Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Madrid, Ed. Revista de Derecho Privado, 1955, cap. 2. Werner Sombart, *El burgués,* Buenos Aires, Ed. Oresme, 1973, cap. 8. Está casi demás señalar el acento fuertemente crítico con que Max Weber se enfrenta al trabajo de Sombart.

[12] Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de provincia,* Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1966 (7ª ed.), dirigida por M. H. Lacau, pp. 215-7 y p. 270. Sarmiento deseó escribir él mismo una biografía de Franklin, pero debió conformarse con hacer traducir por Juan M. Gutiérrez la obra que Francisco Mignet realizó por encargo de la Academia Francesa.

este "hombre nuevo" ideal, que "sin otro apoyo que la razón", fuese científico, inventor, reformador político y organizador social, y desplegase su personalidad fáustica hasta "robar al cielo el rayo y a los tiranos el cetro". [13]

Es necesario destacar que esta confluencia de la temprana admiración por Franklin y la madura por el modelo social e institucional norteamericano, constituyen en el proyecto vital y cultural de Sarmiento una elección de notable coherencia objetiva. Creo que para comprender adecuadamente la naturaleza íntima de esta opción, conviene seguir el magnífico análisis que Ralf Dahrendorf ha hecho de los fundamentos históricos de la sociedad norteamericana. [14] Es precisamente a partir del examen de las *Political, Miscellanous and Philosophical Pieces* publicadas por Franklin en Londres durante 1779, que Dahrendorf escruta con notable agudeza los rasgos que Sarmiento captó intuitivamente. Las *Philosophical Pieces* son un documento de chispeante riqueza, donde se enlazan desde los primeros proyectos de ayuda a países subdesarrollados de que se tenga noticia, hasta las irónicas *Rules for reducing a Great Empire to a small one,* en las que su autor elabora la tesis de que un gran imperio, lo mismo que un gran pastel, se reduce más fácilmente por los bordes. Pero más allá de la racionalización del idioma inglés o del invento del pararrayos que allí también se exponen, campea en toda la obra un concepto matriz: el de *rules, scheme* o *plan.* Pero esta racionalidad concreta poco tiene que ver con la abstracta, exaltada por la Ilustración europea. Para Franklin, la razón no es una diosa sino un instrumento; estamos, en su caso, frente a una *racionalidad de la ilustración aplicada.* Los *schemes* de Franklin poco tienen en común con el concepto moderno de planificación; se trata de proyectos razonados y experimentables. Como dirá William James, a su turno, *Truth is what works.*

Así se configura la imagen de una realidad esencialmente manipulable, tanto en el plano del cosmos natural, por medio de la ciencia aplicada, como en el del hombre y la sociedad, a través de la educación. Esta síntesis inescindible de racionalidad pragmática ya

[13] En carta a Alberdi escrita desde San Juan el 6-VII-1838. Juan B. Alberdi, *Escritos póstumos,* Buenos Aires, 1900, t. XV, p. 217. La expresión será repetida por Sarmiento en su discurso de homenaje a Darwin, cuatro décadas después, donde calificará a Franklin de "compatriota". Puede leerse en *Obras,* ed. Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1899, t. XXII, pp. 104-133.

[14] Ralf Dahrendorf, *Sociedad y sociología* (La Ilustración aplicada), Madrid, Ed. Tecnos, 1966, cap. 2.

había sido advertida lúcidamente por Tocqueville. Basta enunciar los títulos de algunos capítulos de la segunda parte de *La democracia en América* para advertir su conexión lógica, siempre admirable: "Cómo la igualdad sugiere a los norteamericanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre" (cap. VIII); "Por qué el ejemplo de los norteamericanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto para las ciencias, la literatura y las artes" (cap. IX), y "Por qué razón los norteamericanos se aplican más bien a la práctica de las ciencias que a su teoría" (cap. X).[15]

Tal nos parece la disposición de Sarmiento hacia el mundo de la cultura: la creencia en la moldeabilidad del cosmos natural por la ciencia, y del cosmos social por la educación. Cotéjense las intenciones con las obras que Sarmiento impulsará y se advertirá siempre una equilibrada síntesis entre lo que hoy llamamos ciencia pura y aplicada, y entre la investigación y la difusión de los conocimientos científicos, como clave de la educación.

Si se analiza con cuidado el discurso de inauguración del Observatorio Nacional, y se lo contrasta aún con el de Avellaneda cuya formación universitaria lo vincula más bien a la tradición puramente europea, podrá rastrearse una dimensión más pragmática, un apetito de racionalidad aplicada.

"Los que hallan inoportuno un observatorio astronómico, nos aconsejan lo que Rosas practicaba, lo que Felipe II legó a sus sucesores, y nos separa por fin de la especie humana, en todos los progresos realizados por las ciencias naturales, desde el Renacimiento hasta nuestros días, en el resto de Europa y en los Estados Unidos, pues con Franklin y Jefferson contribuyeron desde su origen a los progresos de la física y la geología, y en sus aplicaciones a las necesidades de la vida con Morse y Agassiz, se han adelantado a veces en la marcha general. Es una cruel ilusión del espíritu creernos y llamarnos pueblos nuevos. Es de viejos que pecamos. Los pueblos modernos son los que resumen en sí todos los progresos que en las ciencias y en las artes ha hecho la humanidad, aplicándolas a la más general satisfacción de las necesidades del mayor número".[16]

[15] Edición citada en (10), pp. 413 a 425. Para una opinión más matizada, v. Daniel S. Greenberg, *The Politics of American Science*, Penguin Books, 1969, pp. 82-7.

[16] En *Obras Completas*, ed. Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1899, t. XXI, págs. 324-8.

La réplica de Gould, el acuerdo con Sarmiento para impulsar estudios aplicados como los que culminaron en la creación de la Oficina Meteorológica Nacional en octubre de 1872, las numerosas consultas prácticas que Gould debió evacuar al tiempo que preparaba su *Uranometría Argentina* (1879), la verificación, comparación y normalización de las diversas pesas y medidas que las provincias habían enviado a la Exposición Nacional de Córdoba, y hasta la dedicatoria al sabio norteamericano de un invento de Carlos E. Pellegrini, padre del futuro presidente, se encuentran en la línea ideológico-científica que hemos bosquejado en segundo lugar. Quizás los desentendimientos de Gould con científicos como Kurt S. Sellack, contratado, entre otros, por el gobierno nacional para la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, y que condujeron en 1874 a su separación de la cátedra, se debieron al choque entre dos concepciones de la ciencia: una, más aplicada o difusionista, otra, más básica. En todo caso —y el tema requiere análisis que aquí sólo se esbozan atrevidamente— todavía en 1887, Gould se refería irónicamente en una carta escrita desde Cambridge, en Estados Unidos, a Thome, su sucesor al frente del Observatorio, acerca de *the Cordobese German sabios*... [17]

En cualquier hipótesis, es importante destacar la originalidad de la visión sarmientina, lo que no le ahorró acerbas críticas. En *La Nación* del 22 de febrero de 1870, firmado por Nicomedes Antelo y bajo el título de "Los yankes y la educación", podía leerse: "...Es la idolatría del yanquetismo. El señor Sarmiento debe tener el órgano de la *yanquetividad*, y es sensible que Gall ya no viviese para que aumentara su ciencia con novísimas observaciones... Tenemos vicios, es cierto. Pero también tenemos inteligencia para corregirlos. Si los norte-americanos plagian a pensadora Europa, ¿quién nos impide a nosotros tomar el producto de primera mano... Déjese pues el señor Sarmiento y sus discípulos con educaciones yanques: no queremos gato por liebre. No queremos sabios, que vengan a disimular su ciencia en la muy conocida capa de no saber castellano...". [18]

Cuatro años después del discurso con que Sarmiento inaugurara el Observatorio, Juan Bautista Alberdi escribía en Normandía una biografía de William Wheelwright, otro norteamericano como Gould.

[17] Cfr. Marcelo Montserrat, ensayo citado en (1), p. 728, nota 11.
[18] *La Nación*, Buenos Aires, Año I, Nº 41, del 22-II-1870.

La obra comienza destacando la "acción civilizatriz de la raza sajona en la América latina" e ironizando sobre una Sud América que "más teme al país de Fulton que al de Felipe II". Pero a poco comienzan las prevenciones antinorteamericanas y Alberdi concluye que "el ejemplo de los Estados Unidos no es la panacea del mal de Sud América", siguiendo a Spencer en su análisis de la violencia y el racismo. [19]

Entre el "yanquetismo" de Sarmiento y el "somos europeos en América" que Alberdi había proclamado altaneramente en las *Bases*, la generación del ochenta elegirá las admoniciones del segundo, y Vicente G. Quesada y Roque Sáenz Peña —para citar dos ejemplos cimeros— serán intérpretes fervorosos de este primer "antiyanquismo" argentino.

El postrer Sarmiento parece haber sentido este aguijón; el modelo seguiría intacto pero ahora oscilaría ciclotímicamente entre el desafío eufórico y cierta moderada depresión: "Alcanzaremos a los Estados Unidos, seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos" y "No esperemos nada de Europa, que nada tiene que ver con nuestras razas. Algo puede venirnos de Estados Unidos, de donde nos vinieron nuestras instituciones". [20]

•

Tal nos parece, en síntesis, la doble orientación ideológica que sustentó la política científica llevada a cabo durante la presidencia de Sarmiento.

Naturalmente, por debajo de ambas, subyace la vigorosa creencia decimonónica en el progreso indefinido de la humanidad, elevada a categoría general del pensamiento y la acción. El último Sarmiento recurrirá abiertamente a Spencer para legitimar esta fe

[19] Juan Bautista Alberdi, *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright en la América del Sud*, París, Garnier Hnos., 1876, p. 23. El tema ha sido estudiado brillantemente por Gustavo Ferrari en *El arquetipo de Alberdi para el ochenta; "Criterio"*, Buenos Aires, L, 1977, Nº 1763, pp. 224-7. Sin embargo, conviene precisar —ya que la historia es el reino de los matices— que el mismo Alberdi se preguntaba en las *Bases* si el hombre de Sud América podría ser alguna vez instruido en "esa fiebre de actividad y de empresa que lo haga ser el *yankee* hispanoamericano". *Bases...*, Buenos Aires, Ed. Sopena, 1957, cap. XIII, p. 60.

[20] Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas*, ed. Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1900, t. XXXVIII, p. 421, y t. XXXVII, p. 323.

secular, mientras Alberdi lo hará para criticar a los Estados Unidos. El sanjuanino escribía a Francisco P. Moreno en 1883, a propósito de ese "*Facundo* envejecido" que le parecía ser *Conflictos y armonías*: "Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer que he proclamado abiertamente en materia social, dejando a usted y a Ameghino las darwinistas, si de ello los convence el andar tras de su ilustre huella. Yo no tengo la pretensión ni el derecho de serlo. Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino".[21] Un año antes, en su famoso discurso en homenaje a Darwin, pronunciado a un mes de su deceso, ya lo había afirmado rotundamente, en un contexto salpicado de humor y melancolía: "Yo, señores, adhiero a la doctrina de la evolución así generalizada, como procedimiento del espíritu, porque necesito reposar sobre un principio armonioso y bello a la vez, a fin de acallar la duda, que es el tormento del alma".[22] Newton ha ordenado según el espacio, Darwin según el tiempo, Spencer ha encontrado la clave universal que da razón de la realidad toda: tal parece la convicción final de Sarmiento, mientras Alberdi meditaba, menos de una década antes, también sobre el tiempo y el espacio, los "dos tiranos naturales" del hombre.[23]

Un siglo después, en un mundo que parece temer más los excesos que las virtualidades del progreso —ese símbolo ambiguo—, los argentinos solemos recurrir a un ochenta mitológico para calmar nuestro actual desconcierto. Pero la historia difícilmente nos brinde fórmulas mágicas que alivien la fatigosa tarea de construir el presente, a partir de nuestra propia e inédita situación. Sí, en cambio, quizás nos otorgue una lección: la del insobornable entusiasmo creador con que Sarmiento abrió una vía hecha de aciertos y errores, de atajos y escollos, pero camino, al cabo, por el que transitó la Argentina moderna. Sorprendente ejemplo de un estadista con cuyo nombre tres sabios agradecidos bautizaron una mariposa, un caracol y al oloroso palo santo: así lo hicieron Berg con el *Sarmentoia Faustinus*, Kayser con el *Maclurea Sarmienti* y Lorentz con el *Bulnesia*

[21] Carta del 9 de abril de 1883, en *Obras Completas*, ed. Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1900, t. XXXVII, p. 322. Toda la carta es de sumo interés para conocer el pensamiento final de Sarmiento sobre estas cuestiones.

[22] En *Obras Completas*, ed. Belín Sarmiento, Buenos Aires, 1899, t. XXII, pp. 104-133. Para la temática general que encierra la cuestión del progresismo decimonónico, v. John Bury, *La idea del progreso*, Madrid, Alianza Ed., 1971, esp. cap. 19, y Sidney Pollard, *The Idea of Progress*, Penguin Books, 1971, capítulos 3 y 4.

[23] Juan Bautista Alberdi, *ob. cit.* en (19), p. 9.

Sarmientii, y no nos parece una mala manera de entrar en la inmortalidad.

Quizás sea fácil para muchos resbalar irónicamente sobre sus contradicciones vitales, sobre el progresismo exaltado que nutría su poderosa voluntad de acción; los historiadores del siglo que se aproxima dirán si nosotros habremos hecho algo mejor que ironizar. Porque en el terreno de nuestra cultura, como en todos, vale aquello que Antonio Machado ponía en boca de su ilustre doble, don Juan de Mairena: "Los hombres que están siempre de vuelta en todas las cosas son los que no han ido nunca a ninguna parte...".

MARCELO MONTSERRAT

SARMIENTO Y LA INDUSTRIALIZACION

Aún antes de Caseros los líderes del liberalismo argentino coincidieron en términos generales en la formulación de un programa para la reconstrucción del país. En este sentido los exiliados antirrosistas habían desbrozado el camino puntualizando los aspectos esenciales que debían caracterizar la nueva etapa: organización institucional, educación pública, inmigración, agricultura, transportes, y comercio con Europa. Las presidencias de Urquiza, Mitre y Sarmiento fueron p'asmando en modo sensible esas urgencias nacionales. La generación siguiente, la del ochenta, prosiguió con euforia ese rumbo, aunque la situación interna del país y la coyuntura internacional mostraban una nueva realidad que exigía rectificación del camino original. La experiencia de tres febriles décadas de progreso confirmó el acierto general del programa, pero puso al descubierto serias imprevisiones y graves yerros e insuficiencias que amenazaban finalmente con distorsionar todo el proceso.

Sólo unos pocos, los que sabían observar con perspectiva y en profundidad, exteriorizaron su alarma ante las contradictorias facetas del florecimiento económico que embriagaba fácilmente a la mayoría. Sarmiento, uno de esos pocos, hizo oír su palabra de perplejidad, de desánimo, y finalmente de exaltada protesta. Consecuente consigo mismo, era imaginable que el viejo luchador se definiera señalando la necesidad de una reacción frente a la crisis que inexorablemente se avecinaba. Él, que fue uno de los artífices del despegue del progreso argentino, dejó entrever más de una vez, en la década del ochenta, el temor con que avizoraba el futuro inmediato del país.

Queremos destacar que Sarmiento, uno de los ideólogos más sólidos y agudos del desarrollo económico nacional en la etapa inmediata a 1853, tuvo una visión más amplia y abarcadora de lo que

esa etapa debía comprender. No se contentaba con promover el fomento intensivo de la agricultura, la mestización y expansión de la ganadería y la estrecha vinculación mercantil y financiera con el viejo mundo. Ese era el programa generalmente admitido, cuyas limitaciones, en el transcurso de unas pocas décadas, incidirían en una desfavorable situación económica del país ante una Europa que levantaba arrogante la política de la división internacional del trabajo. Sarmiento se planteó, entre los primeros de su generación, la necesidad de establecer industrias que elaborasen aquí nuestras propias materias primas, estimulando la producción, creando nuevas fuentes de trabajo y alentando una temprana independencia económica. Y ateniéndonos a los prerrequisitos socioeconómicos que implica la industrialización, esta no era un tramo más en la modernización del país sino un salto audaz hacia el futuro por medio de un oportuno y sólido cambio de estructuras. Agricultura, ganadería, transportes y comercio eran pilares de la prosperidad, pero la industrialización nos introduciría en una nueva sociedad.

Desde sus años de proscripto, Sarmiento mostró siempre sostenida preocupación por el establecimiento de plantas fabriles modernamente equipadas. A medida que transcurrían los años fue adentrándose en el meollo de esta nueva problemática y apreció las múltiples consecuencias que derivarían del fenómeno tanto en lo económico y lo social como en lo político. Y tal como lo veremos más adelante, es en la década del ochenta, la última de su vida, cuando su prédica en este terreno alcanzó sugestiva madurez. Alentó y criticó con igual fervor los diversos y contradictorios aspectos que la industria iba mostrando en aquellos tiempos precursores. Pocos repararon entonces en la trascendencia de esas ideas; contaba más lo circunstancial deslumbrante que la discusión de lo que la mayoría seguramente estimaba vanas preocupaciones.

Naturalmente la situación argentina estaba condicionada por el proceso ascendente y expansivo de la revolución industrial, que va a signar con características muy definidas la historia económica y política de los pueblos latinoamericanos durante el siglo XIX. En grado creciente el nuevo mundo fue mercado propicio para la gran industria y fuente proveedora de materias primas y productos alimenticios. La impresionante acumulación de capitales en la Europa industrializada se canalizó hacia el exterior en forma de empréstitos y luego como capitales en empresas, especialmente de transportes y bancos. Y las difíciles condiciones de vida en el viejo mundo provo-

caron una inmensa oleada de migraciones transatlánticas orientadas a ciertas regiones de América, entre ellas nuestro país.

Sarmiento había visitado Europa en vísperas de la crisis de 1848 y luego los Estados Unidos. Pudo observar entonces personalmente el ímpetu fabuloso de la revolución industrial, con todas sus implicancias civilizadoras y aún sus derivaciones sociales momentáneamente negativas. Las fábricas de Birmingham y Manchester, de Lowell y de Pittsburg, eran la exteriorización audaz de un mundo cambiante que surgía quebrando estructuras y prejuicios, que modelaba una nueva cultura y que abría cauces insospechados e ilimitados a la fuerza creadora del hombre.

La abigarrada conglomeración de máquinas y de chimeneas impresionaron vivamente el espíritu abierto y ansioso de novedades de nuestro compatriota. Comprendió que la Argentina debía prepararse para la nueva época que anunciaba la industrialización.

Él ya había pregonado desde su exilio chileno la positiva trascendencia de la máquina aplicada a la industria. Al regresar de sus viajes ultramarinos se encargó en Chile de no dejar escapar oportunidad alguna para reiterar su prédica con nuevos entusiasmos. Mas su agudeza crítica tuvo que valorar la realidad social americana y concluir que aquí faltaban indispensables factores que promueven la industrialización. No había capitales adecuados, no había suficiente población, no había mano de obra capacitada, no había tradición industrial. Ciertos ramos de la producción local estaban atendidos por talleres de manufactura de alguna importancia. La artesanía gravitaba decididamente en esos sectores y Sarmiento se coloca en actitud de defender esas artesanías pero con vistas —cuando las circunstancias lo hicieran factible— a una ulterior transformación en verdaderas fábricas modernas.

Sarmiento —en aquella época— fue partidario del proteccionismo. Merced a él —dijo— "ha penetrado la industria fabril en todos los países donde actualmente descuella". Puntualizó al respecto que "los introductores de una industria benéfica y acarreadora de bienestar y de riqueza" necesitan de apoyo hasta tanto logren consolidarse. El tiempo y el aumento de la producción harán factibles el abaratamiento de los productos protegidos "para asegurar a los consumidores —añade— beneficios directos, proporcionándoles dichos artículos al más cómodo precio posible".

En otra ocasión, 1842, había sostenido: "Los descubrimientos modernos y los progresos de las ciencias y las artes que se sirven

de sus datos, no se contentan ya con mandarnos desde Europa sus producidos, sino que estableciendo entre nosotros mismos sus talleres nos hacen partícipes de sus ventajas, iniciándonos en sus secretos y enseñándonos a producir. El ejemplo de los buenos resultados que todas estas empresas obtengan, estimularán a nuevos ensayos industriales, y el país se enriquecerá diariamente con la importación de todos aquellos ramos de industria europea que convenga a nuestras necesidades y costumbres".

La creación de un mercado interno era de por sí una meta ambiciosa. Pero a Sarmiento no se le escapaba que esa meta, a su vez, era un medio para pasar a una etapa ulterior de desarrollo. La industrialización recién podría advenir cuando estuvieran sólidamente echadas las bases que la condicionan. El mercado interno —masa homogénea y numerosa de productores y consumidores— junto a eficientes medios de transportes y comunicaciones alentarían el acceso de capitales extranjeros. El establecimiento de nuevas y diversificadas fuentes de trabajo contribuiría también a la consolidación definitiva de la paz interna e incluso de la unidad nacional, cuya fragilidad habían demostrado tantos ingratos episodios del entonces reciente pasado. El acceso fomentado de los sectores populares a la enseñanza primaria, secundaria y técnica coadyuvaría sólidamente al desempeño más eficiente de las actividades productivas, aún las más modernas y avanzadas.

"La educación común universal hace de cada hombre un foco de producción", dijo. El medio más sencillo de "promover la prosperidad nacional —insiste— es formar el productor, tomando niños o todos nuestros actuales seres ineptos para ella y destructores de los productos y capitales, para convertirlos en artífices de la prosperidad general".

Realmente asombra que Sarmiento, preocupado por las mil facetas del desarrollo económico inmediato de un país en que todo había que empezar a hacer, pusiera también los ojos en la posibilidad de la ulterior industrialización. Lejos de desecharla hizo todo lo posible por apresurar su advenimiento, pero no como planta exótica sino como lo que realmente es, una etapa superior de desarrollo. Acotamos de paso, que Sarmiento utilizó frecuentemente en sus escritos y con sentido similar al actual, la definitoria expresión "desarrollo", que, como es notorio, corresponde a una nomenclatura económico-social que se ha impuesto recién en nuestros días.

Precisamente porque había muchas urgencias nacionales, la industrialización no debía perderse de vista ya que si se apresuraba

el ritmo de transformación de nuestra economía, aquella se haría presente antes de lo que muchos escépticos suponían.

No se trataba, de acuerdo al punto de vista sarmientino, de aguardar el espontáneo establecimiento de fábricas –lo cual aunque en modestas proporciones ya venía ocurriendo desde la caída de Rosas– sino de crear anticipadamente las condiciones propicias para su fomento y protección, es decir lograr su efectiva y sólida integración en la economía argentina.

Materias primas contábamos con relativa abundancia y sin mucha fatiga de sus productores. Pero –decía– debía tratarse de dominarlas, de elaborarlas, de imprimirles formas, de hacerlas circular, de lograr su consumo. "Tal vez –advierte– entramos en una lucha en que vamos a ser actores y corremos riesgos de ser víctimas". Por ello, escribe en su personalísimo estilo, "el oro y la plata son como las viejas aristocracias; pero el carbón, el hierro, la cal, son riquezas plebeyas e ilimitadas, destinadas a producir el bienestar de todos".

No hay que imitar sino adaptar. En países como el nuestro, afirma Sarmiento, donde apenas están iniciados los progresos de la industria, "no es siempre lo mejor atenerse a las reglas adoptadas en otros países".

La industria supone la presencia de un excedente de mano de obra que las tareas del agro no logran absorber. Requiere también técnicos extranjeros que auxilien con su oficio el armado y funcionamiento de los nuevos equipos mecánicos. La transmisión de conocimientos técnicos a los obreros del país facilitaría la definitiva superación de lo que él llamó "talleres imperfectos que aniquilan la fuerza de nuestras pobres mujeres, en el empeño de producir ponchos y cobijas burdas...". Esta puntualización hace evocar de inmediato la imagen de su propio hogar y de su propia madre, que legó a la posteridad en las emocionadas páginas de *Recuerdos de provincia*. Sarmiento era hijo de artesanos y vivió en su niñez la cotidiana angustia de las limitaciones productivas del telar materno.

La industria, en definitiva, se propone crear prosperidad y elevar los niveles de vida, pues "lo primero a que debe atenderse en todo país –observa Sarmiento– es a proporcionar a la clase más numerosa y menos acomodada los medios de llenar sus primeras necesidades y particularmente aquellas que tienen directa influencia sobre la higiene y la salud". O dicho con otras palabras del mismo autor, los pueblos se encaminan a "la adquisición de la mayor suma

de bienes materiales e intelectuales, que es el grande objeto de la sociedad y el blanco a que se dirigen las buenas instituciones y hacen práctico o aceleran los buenos gobiernos". ¿Puede sorprender entonces que el viejo maestro afirmara que "el buen salario, la comida abundante, el buen vestir, la libertad ilimitada, educan a un adulto más que la escuela a un niño?"

La cada vez más estrecha relación entre las naciones había originado una inesperada interdependencia y ésta —ya lo advirtió Sarmiento— podía derivar, como en efecto ocurrió, en una inquietante división internacional del trabajo. La política económica de algunos estados europeos determinó que el proceso de industrialización quedara reservado exclusivamente a ellos, destinando a Sud América a simple proveedora de carnes. Sarmiento rechazó airado eso que calificó de grotesco destino de estancia. América, dijo, no puede ser un criadero de vacas. La solución está en crear un mercado interno y entonces, reiteró, "tendremos millones de habitantes humanos en los campos que hoy habita el ganado, y sin disminuir éste, valdrá cuatro veces más y dejará de hacer cuenta llevar sus carnes a Europa habiendo quien las consuma aquí, como sucede en los Estados Unidos".

Al asumir la presidencia de la República, en 1868, tuvo la oportunidad de poner en práctica una larga serie de medidas, cuya enumeración no haremos aquí, que implicaban aliento y protección a los primeros vagidos de la industria argentina. Pero hay una iniciativa industrialista que se destaca con perfiles singulares. No habían transcurrido dos meses de ejercicio del gobierno nacional cuando Sarmiento dictó un decreto mandando organizar una "Exposición de artes y productos nacionales", primer certamen de esta índole realizado en el país.

Al inaugurarla en Córdoba, en 1871, pronunció un meduloso discurso. Esta Exposición de nuestra industria, afirmó, puede ser "el comienzo de una regeneración social". Agregó en otra parte de su disertación: "Agrupamos aquí por la primera vez los elementos que revelan nuestro modo de ser presente, y los que mediante el trabajo, prometen medios de subsistencia para millones de habitantes en lo futuro. ¡Lección instructiva para todos! Instructiva por las riquezas que el suelo encierra y aún no han recibido forma y valor por el trabajo; instructiva por los artefactos en que se ensaya nuestra tímida industria; instructiva, en fin, por su deficiencia misma". Más adelante hizo estas otras sugestivas consideraciones: "Cuando he oído el grito siniestro de ¡mueran los salvajes unitarios!, o el estré-

pito de caballos en la Pampa, o el clamor de los que quedan arruinados, o el gemido de las víctimas, me ha parecido oir en esos desahogos de las pasiones, en esos lamentos de las desgracias, un grito más noble, más justo: ¡dadnos educación y dejaremos de ser el azote de la civilización, dadnos un hogar y dejaremos de vagar por la inculta Pampa; dadnos una industria cualquiera y nos veréis a vuestro lado creando riqueza en lugar de destruirla!".

Nuestra industria, con los tropiezos imaginables, había comenzado seriamente su marcha. En 1875 los empresarios de Buenos Aires se agrupan para defender sus intereses comunes en un Club Industrial Argentino. Esta entidad organizó dos años más tarde una nueva Exposición Industrial, que funcionó ante el asombro de propios y extraños y que conmoviera a la opinión pública. Superando la indiferencia, los prejuicios y desde luego la competencia extranjera, la industria argentina fue conquistando adeptos. Vicente Fidel López, Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Lucio V. López, José Hernández, Estanislao Zeballos, entrarían en una larga y porfiada polémica para defender el derecho del país a su industrialización e independencia económica. El ya citado Club Industrial, en reconocimiento a su infatigable acción industrialista, tanto desde el gobierno como desde el llano, nombró socio honorario a Sarmiento en 1877.

En su último mensaje de gobierno, de 1874, pudo afirmar con legítimo orgullo, que la fisonomía del país estaba cambiando de aspecto diariamente. "El paisaje a lo largo de las grandes vías de comunicación y de las márgenes de nuestros grandes ríos, se accidenta con las chimeneas de fábricas de reciente establecimiento y todos los signos de cultura e industria que recuerdan y repiten las escenas rurales de los países más avanzados". Y ello fue logrado a pesar de las serias crisis financieras y políticas porque tuvo que atravesar en su gestión presidencial, además de los levantamientos de caudillos provincianos, la epidemia de fiebre amarilla y la guerra del Paraguay. De todos modos admitía que el suyo era apenas un jalón en el largo camino que habían de recorrer las industrias. "Representan necesidades, aspiraciones y esfuerzos que necesitan satisfacerse y realizarse en un porvenir inmediato", éstas son sus propias palabras.

Es del mayor interés consignar otro aspecto del pensamiento sarmientino en relación con la industria y sus proyecciones sociales. El no consideraba el problema del salario como expresión de "una lucha de clases", según textualmente escribió en 1849. Como en América no se había llegado al estadio del desarrollo industrial estimaba inexistentes en ella las disidencias entre ricos y pobres, pues

aquí no podían aparecer las perturbaciones que agitan a otras sociedades. A los enfrentamientos ocasionales entre patrones y obreros no puede dárseles un carácter social que no tienen, afirmó. La cuestión del salario, añadía, no ha tenido en Europa solución alguna y sólo se han limitado allí a reducir la jornada de horas de trabajo "con el sólo fin de garantir la vida de los trabajadores, amenazada por el trabajo excesivo". "Todo mancomunamiento de los obreros —sigue diciendo— traerá por única consecuencia la perturbación momentánea de los trabajos y la vuelta al orden natural de las cosas". Y en otra ocasión: "Las huelgas en Europa son simples disentimientos entre obreros y patrones, pidiendo aquéllos aumento de sueldo y dejando de trabajar para obtenerlo. El obrero es dueño de trabajar o no; y por eso las huelgas acaban por un arreglo. O bien —agrega— son manifestaciones socialistas para cambiar el régimen social". Aclara, empero, que en la Argentina "no tenemos socialistas ni partidos políticos" de esa tendencia. Sarmiento erraba en esta última afirmación pues en la década del setenta surgieron en Buenos Aires varias agrupaciones desde donde comenzó la prédica de las ideas socialistas y anarquistas.

En 1877 se organizó en Buenos Aires el primer sindicato, la Unión Tipográfica. En setiembre del año siguiente, tratando de obtener reivindicaciones salariales, declaran los tipógrafos la primera huelga realizada en la Argentina. Sarmiento, desde las columnas del diario *El Nacional* afirmó que el movimiento de fuerza no tenía razón de ser, que era un plagio de Europa y una perturbación inútil. Por encima de todo Sarmiento era un hombre de orden y mal podría imaginársele en otra posición.

Sarmiento siguió, por años, bregando desde la prensa siempre fiel a sus convicciones. Ya septuagenario, se trasladó a Rosario de la Frontera para tratar de recobrar su quebrantada salud. Ese viaje al norte argentino, en 1886, fue acaso el último servicio que él prestó al país. A través de correspondencias que publicaba en Buenos Aires el diario *El Censor*, fue relatando con la certera agudeza de siempre las observaciones y experiencias que recogía en el camino.

Al llegar a Córdoba señala la transformación que allí venía operando el ferrocarril, que demarca —dice— "el antiguo modo de ser de lo que principia a ser la novísima Córdoba", que promete convertirse en "el taller de la industria argentina, en la elaboración de sus materias primas y en el cultivo de las ciencias naturales".

Luego, desde Tucumán, sus notas reflejan la fascinación que le produce el espectáculo de las industrias nacidas en pocos años al

influjo del ferrocarril que él promoviera durante su presidencia: "gigantescas y gloriosas columnas miliarias que se levantan a largas distancias, pero en todas direcciones, indicando cien ingenios de azúcar, con su penacho de humo que revela el movimiento de las máquinas dando vida y animación a todo el valle de Tucumán". Él, que había admirado en los Estados Unidos —son sus propias palabras— "aquellas poderosas máquinas que hacen la gloria y el orgullo del hombre, porque ponen a su disposición poderes como el de los volcanes, como el de los torrentes y como todas las grandes manifestaciones de la fuerza de la naturaleza, pero sometidas aquí a la inteligencia humana", había llegado al corazón mismo de la Argentina y veía repetida la escena a instancias de la pujanza criolla.

Sarmiento se encuentra ahí con "el extraño espectáculo de una maquinaria complicadísima en sus evoluciones sucesivas, obrando a un tiempo sobre una extensión de media cuadra y sobre dos pisos, manejada al parecer por indios tobas, tales como los han traído del Gran Chaco".

"El cultivo de la caña —dirá en otra oportunidad— con la irrigación, con la poderosa maquinaria del ingenio por instrumento, da ocupación a las masas pobres e ignorantes que habitan el país, reunidas en los alrededores de las fábricas, en ranchos agrupados sin orden, hechos del despunte de la caña, lo que les da una apariencia de destitución y de pobreza salvaje". Esto da lugar a que el hombre sensible a los problemas sociales formule estas reflexiones: "El resultado es que los cuarenta ingenios de azúcar están precedidos por tolderías improvisadas, para que duerman gentes allegadizas, atraídas por el trabajo, sin formar sociedad ni villa, ni requerir ni crear propiedad. No hay espectáculo más afligente que éste, para quién se preocupa del lugar que en adelante van a ocupar esos seres que pululan, que se multiplican como un hormiguero humano, al pie del cañón de chimenea que lanza al aire un penacho de humo, de distancia en distancia en toda la extensa llanura. ¿Cuánto tiempo va a durar este estado provisorio, este campamento de ranchos de hoja de caña, suficientes apenas para detener la irradiación del sereno de noche o los rayos del sol los días sin trabajo?... Todo, pues, es normal y duradero en esta industria, el riego y el plantío, la maquinaria y el propietario. Sólo los trabajadores están apiñados, como de paso, en este tan sistemado trabajo".

En uno de sus artículos periodísticos enviados desde Tucumán inserta un capítulo titulado nada menos que "Legislación obrera", donde formula apreciaciones sobre la necesidad de que la ley pro-

teja a los trabajadores adultos o niños y les provea en cada fábrica de escuelas, penándose "con multas al propietario que no llene este requisito". Elogia, sin titubeos, la actitud comprensiva de empresarios progresistas que espontáneamente estaban abriendo la brecha al proveer de educación a sus obreros. Añade entonces que de Europa y de Estados Unidos "ha venido la práctica generalmente establecida de dar la fábrica misma la instrucción primaria, porque así combina fácil y metódicamente las horas de estudio con las de trabajo, y echa sin proponérselo, o proponiéndoselo, las bases al sistema de educación pública que ya reclaman las necesidades de nuestra época, exigencias que van hasta imponer a la escuela que enseñe a trabajar, pues proporciona medios de vivir. ¡No sólo de pan vive el hombre! –agrega–, lo que demuestra que ante todo es preciso saber ganar el pan de cada día; y como no se gana sino para vivir y a veces menos, no teniendo una habilidad adquirida, el trabajo inteligente viene a hacer parte de la vida misma y el objeto final de la educación".

Las graves cuestiones sociales que suscita la industrialización no le obnubilan ni le hacen perder la fe en el progreso. Las lacras se curarán y las fábricas también serán instrumento del bienestar del hombre. El alborozo con que visita cada fábrica dice de su absoluta confianza en la promoción de mejores condiciones de vida.

"¡Sursum corda!", exclama y agrega estas palabras significativas: "Hubimos de llegar al fin y el espectáculo que nos ofreció el establecimiento es para levantar el corazón y confiar a la industria moderna la dirección de las sociedades, –como los griegos lo intentaron con el cultivo de la belleza, como el cristianismo con los preceptos morales, que en dieciocho siglos hicieron poca mella al mundo, hasta que la mejora material de la condición del individuo y las libertades políticas han venido en nuestro tiempo a prestarle su auxilio".

Nos hemos detenido en estos pormenores de su viaje al norte –realizado cuando contaba setenta y cinco años y sólo le quedaban dos de vida–, porque ellos nos ilustran hasta dónde llegó Sarmiento en su certera comprensión y anticipación de los problemas del industrialismo. El conocimiento personal que sobre ello adquirió en Europa occidental y en los Estados Unidos le llevaron a extraer conclusiones razonables, sin prevenciones ni exageraciones de ninguna índole. La revolución industrial era –es– un acontecimiento fundamental en la sociedad contemporánea, y la Argentina, en su desarrollo, habría de transitarla necesariamente hasta integrarse en

ese proceso. Y los argentinos debían irse preparando para protagonizar aquí su propia y sensacional aventura hacia ese mundo nuevo, de insospechados horizontes. Un hombre como Sarmiento, que vivió con toda intensidad y en toda su hondura el siglo XIX no podía dejar de ser, como lo fue, un pregonero de estos tiempos nuevos que a nosotros nos toca vivir.

FELIX WEINBERG

SARMIENTO: SU LUGAR EN LA SOCIEDAD ARGENTINA POST-REVOLUCIONARIA

¿De dónde venía Sarmiento? Sobre este punto el interesado no fue escaso en respuestas; le obligó a ellas el salvaje tono polémico que había alcanzado el periodismo hispanoamericano post-revolucionario. Pero a esa obligación se sometió con gusto: le gustaba contar su propia vida; además parece haber sentido él mismo alguna perplejidad frente a la cuestión malignamente planteada por sus adversarios. Sobre su origen social dio Sarmiento dos versiones extremas, destinadas a reaparecer luego atenuadas a lo largo de sus obras.

La primera de ellas la encontramos en *Mi defensa*, escrita en 1843, durante su segundo destierro chileno, en respuesta a los ataques de quienes le achacaban un pasado turbio: "He nacido en una provincia ignorante y atrasada, no como cree don Domingo S. Godoy, en el barrio de San Pantaleón, sino en el más oscuro todavía, llamado El Carrascal, nombre equivalente a Huangalí. He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad muy vecina de la indigencia, y hasta hoy es pobre en toda la extensión de la palabra. Mi padre es un buen hombre que no tiene otra cosa notable en su vida que haber prestado algunos servicios en un empleo subalterno, en la guerra de independencia... Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepción más pura, la confianza en la Providencia fue siempre solución a todas las dificultades de la vida".

"Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes todo me ha estado subordinado, y esta dislocación de las relaciones naturales, ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamás he reconocido otra autoridad que la mía, pero esta subversión se funda en razones justificables. Desde esa edad el cuidado de la subsistencia de todos mis

deudos ha pesado sobre mis hombros, pesa hasta hoy, y nunca carga alguna ha sido más gustosamente llevada". [1]

Ocho años después, en *Recuerdos de provincia,* los mismos elementos aparecen organizados de manera profundamente distinta. De nuevo, el estímulo declarado es la necesidad de defenderse, ahora de una campaña de propaganda orquestada por Rosas en el Río de la Plata y Chile. Frente a ella, Sarmiento vuelve a responder contando su historia: "He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la Iglesia, y honraron con sus trabajos las letras americanas, he querido apegarme á mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas, sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los náufragos, pero que me dejan advertir a mí mismo, que los sentimientos morales, nobles y delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mío en los que me precedieron, en mi madre, mis maestros y mis amigos. Hay una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera, la del patriotismo y el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Argentina y tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria, que me muestran el noble camino que ellos siguieron". [2]

El hijo de sus obras se ha transformado en el heredero de una nobleza democrática, pero no por eso menos encarnada en un linaje. Las razones de ese cambio son complejas; algunas se relacionan con la situación del autor: entre 1843 y 1850 ha hecho carrera, en Chile y en su patria, donde *Facundo* le ha dado celebridad no sólo literaria: la campaña de prensa contra él desencadenada desde Buenos Aires muestra hasta qué punto ha emergido de la turba de famélicos emigrados. Por otra parte esa campaña misma, más rica en improperios que en imputaciones precisas, no podía tener nada de particularmente inquietante; *Recuerdos de provincia es,* más bien que una defensa en buena parte innecesaria, la presentación que de sí mismo hace quien ya ha recorrido los primeros trechos de su carrera, y prepara los que van a seguir. Si en 1843, oscuro entre los oscuros, Sarmiento, para defenderse de acusaciones vagas pero in-

[1] *Mi defensa,* en Obras Completas de D. F. Sarmiento, editorial Luz del Día (en adelante O. C.), III, Buenos Aires, 1948, pp. 6-7.

[2] *Recuerdos de Provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, p. 27.

quietantes, reivindicó tan sólo un pasado de honrada pobreza, ahora podía exhibir sin riesgo su orgullo ante una tradición familiar que mostraba que el periodista y educacionista no era de ningún modo un advenedizo.

Mientras cambiaba la situación de Sarmiento, cambiaba también el mundo en que le tocaba vivir, y su manera de verlo. Entre *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* está el viaje a Europa y Estados Unidos; el descubrimiento de las secretas quiebras de la civilización europea (incapacidad —diría Sarmiento, súbitamente moralista— de alcanzar una alta civilización sino al precio de la corrupción; incapacidad sobre todo de vencer sus propios desequilibrios, el de riqueza y miseria en la nueva civilización industrial, el que opone a ésta y una más arcaica pero inesperadamente vigorosa civilización rural); el descubrimiento de ese camino hacia el futuro que los Estados Unidos han inventado, a través del cual esta tierra —que sigue siendo en tantos aspectos marginal y provinciana— logra esquivar los conflictos en que la tanto más brillante Europa parece cada vez mejor hundida... Ese doble descubrimiento agrega nuevos matices a la vieja contraposición entre civilización y barbarie; permite sobre todo valorar de modo nuevo una tradición local cuyo provincialismo, cuya extrema simplicidad de ideales de vida están lejos de ser vistos como puros defectos. Esa nueva manera de ver las cosas hace que la provincia antes descrita sumariamente como "pobre y atrasada" se transforme ahora en ese refugio —lleno de nobleza pero existente sólo en la memoria— al que el desterrado ha querido apegarse...

Entre *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia* hay también algo quizá más importante: la revolución de 1848 y su fracaso. Desde la perspectiva predominantemente francesa con que la siguió, la revolución pareció mostrar súbitamente el abismo al que conducía el avance de Europa hacia la democracia: la revolución social (presentada en *Educación popular,* como el equivalente de los triunfos hispanoamericanos de la barbarie) es un espectáculo que ha despertado en Sarmiento un sentido nuevo de la prudencia. Precisamente en el prólogo de *Educación popular* (1849) muestra en el Huangalí —el barrio de ranchería de Santiago en que se acumulan los residuos humanos de la miseria urbana y campesina— el campo de reclutamiento del nuevo ejército bárbaro que amenaza en Chile el orden civilizado del mismo modo que en junio de 1848 un ejército prole-

tario lo desafió en Francia.[3] Es entonces muy comprensible que en 1850 esté Sarmiento menos dispuesto a presentarse —sin aclaraciones adicionales— como el hijo del equivalente trasandino de ese Huangalí; la pobreza se había hecho de pronto sospechosa. Para ubicar su propio origen, Sarmiento recusa —como criterio de separación entre los sectores sociales— la sola oposición entre riqueza y miseria; a ella se superpone otra que retoma a su modo la oposición entre civilización y barbarie: ahora la cultura urbana con la que desde el comienzo Sarmiento identificó a la civilización se ha descubierto un pasado inesperadamente rico; es la lealtad a ese pasado, muy viva entre los herederos de quienes en él sobresalieron, la que sirve de criterio discriminatorio.

Esa lealtad no excluye una reelaboración profunda del legado colonial; pero ésta está ella misma incluida en la tradición de la que Sarmiento se proclama heredero; su huella está marcada en la historia de su linaje, que comienza con conquistadores y clérigos y continúa con los servidores de la república revolucionaria. Sin duda esta imagen demasiado apacible de un proceso que no se había dado sin desgarramientos se relacionaban con uno de los propósitos que llevaron a Sarmiento a escribir *Recuerdos de provincia*: el de presentarse no como un revolucionario desarraigado sino como el heredero de una larga tradición de servicio público, en que la orgullosa conciencia del pasado había sabido combinarse con una prudente apertura hacia el porvenir. Pero por detrás de todo oportunismo, la continuidad que Sarmiento proclamaba era muy real: a ella se debe acaso que no haya podido ubicarse nunca con claridad frente a las nuevas opciones que iban a plantearse dentro de la sociedad argentina en la primera etapa del progresismo; en efecto, esa tradición de la que Sarmiento se proclamaba heredero estaba menos remozada de lo que gustaba de suponer, y cuando finalmente ella se renovó, adaptándose al marco proporcionado por el nuevo clima nacional, Sarmiento se negó a reconocerla como el legítimo original del retrato idealizado que durante treinta años había venido perfeccionando.

En la Argentina de mediados del siglo XIX un nuevo criterio de diferenciación social era impuesto a la vez por el clima intelectual y por las cosas mismas: el de la riqueza. Sólo en la medida en que ese criterio fuese universalmente aceptado la modernización

[3] *Educación popular*, O. C., XI, Buenos Aires, 1950, p. 47.

económica del país se haría posible. La aceptación de ese ideal significaba —por parte de los guías intelectuales de la nueva nación— la renuncia a aspiraciones muy viejas; de esa renuncia tenemos un ejemplo particularmente claro en los escritos de Alberdi: el liberalismo político y un cierto aristocraticismo intelectualista son juntamente repudiados: la solución del problema nacional estará dada por un poder político que imponga con su dura autoridad la paz interna en que las fuerzas económicas puedan por fin luchar libremente. Este ideario de intelectuales de vuelta de sus ilusiones era ávidamente recogido por los dirigentes político-militares surgidos entre los terratenientes del Litoral, de riqueza demasiado nueva para poder disimularse bajo el prestigio de otros signos de superioridad que ella suele traer consigo.

Con ese nuevo sistema de soluciones Sarmiento no iba nunca a estar totalmente de acuerdo. Sin duda iba a definir el sentido de su lucha contra Rosas como el de un combate en favor de las clases ricas e ilustradas, a su juicio oprimidas por el dominio federal. Pero al mismo tiempo proclamaría —en plena exaltación de la lucha individual por la prosperidad— su desdén por "el camino que sólo conduce a la riqueza" y su solidaridad de pobre con los otros pobres, opuesta a la solidaridad que une a todos los ricos en la defensa de sus bienes. La historia está contada en *Recuerdos de provincia*: a Sarmiento le toca defender a una "pobre mujer, a quien un propietario había asesinado al hijo ebrio, en una tentativa de robarle una oveja"... "un personaje federal y mi amigo, me escribió diciéndome que yo defendía el crimen contra la propiedad, y que él era desde entonces el defensor del homicida. Contestéle que le sentaba bien a él, que era rico, defender la propiedad, que yo defendía el derecho a conservar la vida que teníamos los pobres". [4] Esta reacción no es aislada: una de sus objeciones más firmes al orden impuesto en Entre Ríos por el vencedor de Rosas iba a ser la ferocidad con que la propiedad era allí defendida; ello dio motivo a que Alberdi, en nombre del nuevo evangelio que unía al autoritarismo político la defensa intransigente de la libertad económica, reprochara a Sarmiento tendencias comunistas, reveladas en su protesta porque en Entre Ríos el robo de un cerdo se castigara con la pena de muerte. [5]

[4] *Recuerdos de Provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, p. 184.

[5] J. B. Alberdi: *Cartas sobre la prensa y la política militante en la República Argentina,* en *Obras Completas,* IV, Buenos Aires, 1886, p. 34.

Pese a esas correcciones poco fraternas, Sarmiento iba a seguir exponiendo con una anacrónica libertad de todo sus dudas sobre la bondad del orden social impuesto en la Argentina: en 1857, a propósito de los conflictos entre propietarios de tierras y cultivadores de Chivilcoy, en la campaña de Buenos Aires, evocará el duro destino que en la pampa ganadera está reservado al hijo del país, expulsado de la tierra por los ganados de los terratenientes. [6]

Esa perplejidad honradamente expuesta no basta para hacer de Sarmiento —no digamos el comunista en él descubierto por su malévolo adversario— ni aun un crítico sistemático del orden cuyos puntos flacos percibía sin embargo con lucidez entonces excepcional. Revela tan sólo que Sarmiento se negó obstinadamente a creer que la diferenciación entre ricos y pobres fuese la esencial en la sociedad argentina, que frente a ella fuese su deber, como el de sus compatriotas, definirse sin ambigüedades.

Sin duda se había proclamado —se ha recordado ya— el defensor de las clases ricas e ilustradas. Notemos sin embargo que aquí el segundo término limita al primero. Sería tentador —pero erróneo— creer que la invocación a la ilustración no hace en Sarmiento (como en más de uno de los teorizadores europeos de la soberanía de la razón) sino enmascarar en parte la pretensión de otorgar la soberanía política a los dueños de la riqueza: en la situación argentina de la década de 1840 la identificación entre riqueza e ilustración es imposible; en el Interior las clases ilustradas han perdido su viejo predominio económico; en el Litoral una alta clase ganadera se enriquece más rápidamente de lo que se ilustra... Estos hechos los conoce bien Sarmiento; sabe por ejemplo que ahora Benavides es el hombre rico de San Juan, y algunos años después no se cansará de evocar la inmensa fortuna de Urquiza. Pero si los conoce no saca de ellos conclusiones que vayan más allá del plano individual, salvo para comprobar que la situación argentina se ha hecho totalmente aberrante; para Sarmiento la riqueza no es sino uno de los derechos que las clases ilustradas tienen porque son ilustradas; otro es el de gobernar a los iletrados.

Sería igualmente tentador, igualmente erróneo, ver aquí una reivindicación sólo individual del intelectual Sarmiento. Sin duda hay en *Recuerdos de provincia* textos que parecen justificar esta inter-

[6] Artículo de *El Nacional*, Buenos Aires, 25 de septiembre de 1856, O. C., XVII, Buenos Aires, 1951, p. 318.

pretación; acaso el más significativo sea el que abre el capítulo *Los hijos de Jofré*: "De dónde descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras y prensa? De la masa de la humanidad. ¿A dónde se encontrarán sus hijos más tarde? En el ancho seno del pueblo. He aquí la primera y última página de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos. Aquellas antiguas castas privilegiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel nombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orleans, ha desaparecido ya por fortuna". [7] Pero el sentido general del libro rechaza esta imagen de la aristocracia del talento: la que Sarmiento nos presenta en una obra cuyo resumen está dado por un árbol genealógico no puede sino ser hereditaria.

¿Pero precisamente qué es esa hereditaria nobleza "del patriotismo y del talento"? En *Recuerdos de provincia,* mediante una suma de toques dispersos y nada sistemáticos, Sarmiento termina por trazar un retrato bastante complejo de ella (hasta qué punto parecido al original se ha sugerido antes y se verá más extensamente luego). Se ha señalado que es hereditaria; y si Sarmiento acumula menciones sobre la continuidad de los caracteres familiares a lo largo de los tres siglos de historia sanjuanina (cargando los negativos en la cuenta de una cierta extravagancia aristocrática que le merece la máxima indulgencia); si agrega otras que muestran cómo junto con esa herencia psicológica de temperamentos se da una más preciosa herencia cultural —esa tradición de ilustrado servicio público con la que Sarmiento se identifica— no deja de decir en *Recuerdos* —aunque más discretamente— que la garantía última de esa continuidad estaba dada por la riqueza también ella trasmitida por herencia. Precisamente el punto de partida de la crisis que vive la sociedad sanjuanina es el empobrecimiento de las viejas familias, aspecto de una decadencia económica más general en la que ve Sarmiento la culpa primera del régimen federal.

La opulencia colonial está representada por esa antepasada de Sarmiento, doña Antonia Albarracín, cuya magnífica vestidura de gala "zarcillos enormes de topacio, gargantillas de coral... rosario de venturinas... divididas de diez en diez por limones de oro torneados en espiral y grandes como huevos de gallina" es evocada para vergüenza de la miserable San Juan de tiempos federales; cuya

[7] *Recuerdos de Provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, pp. 39-40.

regalada vida tiene a los ojos de su remoto pariente caracteres igualmente señoriales: "en la dorada alcoba de doña Antonia, dormían dos esclavas jóvenes para velarla el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violines y arpas, compuesta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festín de sus amos; y en la noche dos esclavas, después de haber entibiado la cama con calentadores de plata, y perfumado las habitaciones, procedían a desnudar al ama de los ricos faldellines de brocato, damasco o melania que usaba dentro de casa". [8] Detrás de esa riqueza tan despreocupadamente ostentada se escondía otra aún más sustancial: la madre de Sarmiento pudo aun ver al patio de doña Antonia en el asoleo anual de su tesoro monetario, "cubierto de cueros en que tendían al sol en gruesa capa pesos fuertes ennegrecidos, para despojarlos del moho; y dos negros viejos que eran los depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo el sonoro grano". [9]

Son esas enmohecidas monedas de plata las que sostienen la curiosidad intelectual de los Albarracín, las que dan un marco enaltecedor al genio mercurial de los Oro. Esa riqueza, cuya falta de empleo económicamente productivo Sarmiento señala con indulgencia ("fue la manía de los colonos atesorar peso sobre peso, y envanecerse de ello") se ha disipado para siempre. ¿Por qué? Sin duda Sarmiento sabe que el modo de emplear la riqueza por él tan nostálgicamente evocado ha hecho ya su tiempo, y si observa que "las colonias españolas tenían su manera de ser, y lo pasaban bien, bajo la blanda tutela del rey" sabe también que los tiempos coloniales han terminado, y ahora las que fueron colonias abrigadas del viento del mundo deben sobrevivir a una más dura intemperie. ¿Pero por qué San Juan no ha logrado hacerlo? Porque no ha encontrado lo que en el siglo XIX es la clave para la conquista y conservación de la riqueza: "caminos de hierro, vapores, máquinas". Pero éstas son a su vez fruto de la "inteligencia cultivada"; a los ojos de Sarmiento es ella —antes que la riqueza— lo que da a la aristocracia sanjuanina su derecho a gobernar: su alejamiento del poder significa una catástrofe no porque sus reemplazantes sean menos ricos, sino porque son más ignorantes: "¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que el de Cobden, el sabio reformador inglés, Lamartine, el poeta, o los de Thiers y Guizot, historiadores, y siempre por

[8] *Recuerdos de Provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, p. 53.

[9] *Recuerdos de provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, p. 54.

todas partes, en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño" [10]

¿Pero qué hay de común entre Cobden y doña Antonia Albarracín, o aun su algo extravagante pariente, fray Pascual Albarracín, cuyo mérito fue haberse anticipado a Lacunza en sus profecías basadas en discutibles textos apocalípticos? He aquí un punto que Sarmiento se niega a examinar de frente: a través de imágenes parciales vemos, sin embargo, que la discontinuidad entre la tradición señorial sanjuanina y el mundo moderno se la hace evidente. Es en este sentido reveladora la versión que nos proporciona del intento de renovación político-social encabezado en 1825 por el joven gobernador Salvador María del Carril. Hijo del hombre más rico de San Juan, el joven del Carril revelaba "en sus modales elegantes y altaneros, la cultura de la época, y la hidalguía de su familia". Una y otra se combinan también en su estilo político, pero para Sarmiento no tiene duda que es el hijo del rico hombre de San Juan el que orienta aquí decisivamente la acción, dando un estilo algo inesperado al secuaz de las ideas democráticas del siglo: "Su palabra era breve, precipitada, como la del jefe que se excusa de explicarse ante sus subalternos, acompañada de movimientos rápidos, y gesticulaciones desdeñoras e impacientes. Era del Carril el generoso aristócrata que, otorgando instituciones a la muchedumbre, parecía estar de antemano convencido de que no sabrían apreciar el don, y se cuidaba poco de hacerlo aceptable. Sed libres, les decía en la carta de mayo, que sois demasiado inhábiles para que os tome por esclavos". Y su popularidad se apoya antes en su abolengo que en sus ideas; si la población en masa tenía fe "en su talento y en sus ideas, y todas las reformas que adoptó, eran de antemano apoyadas y sostenidas por el sentimiento público", Sarmiento ya ha vinculado esa adhesión masiva a que "los colonos españoles han mostrado el mismo sentimiento que los negros viejos emancipados, que prefirieron la esclavitud a la sombra del techo de sus amos, desechando una libertad que habría exigido que pensasen por sí mismos". [11]

Esta experiencia renovadora es entonces el último florecimiento del San Juan tradicional, la última empresa dirigida por su aristo-

[10] *Recuerdos de provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, p. 55.
[11] *Recuerdos de provincia,* O. C., III, Buenos Aires, 1948, pp. 61-62.

cracia colonial, y está aun marcada por la conciencia de la propia superioridad a la vez social e intelectual que acompañó toda la trayectoria de este grupo (y está tan viva en las páginas en que uno de sus hijos pródigos lo evoca póstumamente). Sarmiento ve con claridad cuáles son las causas de su fracaso (¿cómo podría no verlas si —aunque no guste ahora de recordarlo— su adhesión había ido a los adversarios del gobernador amigo de novedades?). Se niega, sin embargo, a sacar conclusiones precisas sobre la caducidad de la tradición que a través de ese fracaso revela su agotamiento.

Esa tradición sigue viva como exigencia: pese a todos sus reveses, la ilustración y la inteligencia tienen derecho a gobernar; esta fe obstinada es el legado que no puede morir de un pasado muerto. Con lo que volvemos al punto de partida. ¿Por qué esta aristocracia, en la que aparecen ocasionalmente hombres talentosos, y algo extravagantes, pero que es más frecuentemente rica que instruida, nos es presentada como la del "patriotismo y el talento"? Aquí es la sucesión de los términos la reveladora: el patriotismo designa en rigor la vinculación entre riqueza y participación en la vida administrativa y luego política del rincón sanjuanino. Una vinculación en que sería erróneo ver en la riqueza la causa y en el poder público la conciencia; la versión que Sarmiento prefiere, si es excesivamente embellecedora, traduce una secuencia igualmente frecuente en esas Indias gobernadas por una burocracia local duchas en el arte de sacar ventajas económicas a su poder político, y laxamente controlada por una administración central ella misma vulnerable a la corrupción. En términos técnicos, la "aristocracia del patriotismo y el talento" es una aristocracia de oficio; su preeminencia es necesariamente sacudida por el derrumbamiento del aparato administrativo cuyos abrigados rincones ha prosperado; antes que del orden federal, la aristocracia sanjuanina es víctima de la crisis de independencia; y un eco de su discreta nostalgia del pasado, de "la blanda tutela del rey" llega hasta las páginas de *Recuerdos de provincia*. Pero el entero grupo elude sistematizar esa nostalgia en una adhesión política a una causa muerta; por su parte Sarmiento rehusa quedar en la pura nostalgia: de ella quiere extraer enseñanzas utilizables para el futuro. Tanto la "aristocracia del patriotismo y el talento" como su heredero literario encuentran que en medio de tanta ruina el grupo tiene aun una inexpugnable causa de orgullo —y un arma para la supervivencia— en su superior inteligencia e ilustración. No se advierte por qué no habrían de creerlo así: cuando las necesidades

de la vida obligan a más de uno de sus integrantes a ponerse al servicio de sus rústicos vencedores encontrará que también éstos reconocen esa superioridad: Benavides, el gobernador federal de San Juan, corre muy conscientemente los riesgos que implica organizar una legislatura integrada por unitarios a los que sólo disciplina el temor; es que quiere tener un cuerpo legislativo no totalmente desprovisto de prestigio intelectual...

Lo que Benavides reconocía y buscaba en la arruinada aristocracia sanjuanina no era, sin embargo, lo mismo que Sarmiento esperaba de ella: era la competencia técnica en los laberintos del estilo administrativo legados por tres siglos de colonia, del no menos riguroso estilo político que era herencia de la revolución. Sarmiento pretendía mucho más: una conversión interior que hiciera de los herederos de la cultura colonial los abanderados de la cultura moderna. Lo que era más inquietante: daba por fácilmente factible —a ratos parece que por hecha— esa renovación, sin embargo, tan difícil. Sin duda el desengaño iba a ser duro; antes de que él llegara, Sarmiento construyó su propio proyecto de construcción de una Argentina nueva: en él está presente la huella de su reverencia por el idealizado San Juan al que gobernó durante tres siglos una aristocracia del saber.

Es decir, que en la primacía de la educación como elemento renovador se escondía mal un cierto arcaismo, denunciado despiadadamente por Alberdi (que por cierto no lo vinculó a la adhesión de Sarmiento a esa tradición prerrevolucionaria de la que se había proclamado heredero —aunque muy libre— en *Recuerdos de provincia*). Para Alberdi la difusión de la instrucción era un progreso peligroso si no se tenía de antemano conciencia clara de para qué se quería educar; puesto que el progreso económico era el objetivo la educación técnica debía necesariamente ocupar el primer lugar. Aunque Alberdi demostraba haber alcanzado una imagen algo estrecha de los contenidos de esa educación técnica (creía posible, por ejemplo, que un sistema de adiestramiento formara operarios dotados de capacidad e iniciativa suficientes para actuar en el marco nuevo de la industria moderna y prosperar en él, sin poner el acento en la alfabetización), la denuncia contra un sistema de educación liberal cuya consecuencia involuntaria sería engrosar las filas —a su juicio ya demasiado nutridas— de los que, por no encontrar modo de emplearse de manera económicamente productiva, debían buscar

un pasar en la política o en actividades con ella conexas no deja por eso de tener fundamento. [12]

El evangelio renovador de la educación se vincula entonces con el deseo de restaurar –en el marco aportado por las revoluciones del siglo XIX– esa soberanía de la inteligencia en la que Sarmiento ve el legado duradero del orden colonial. La conducta de los arruinados aristócratas en quienes esperaba encontrar a los herederos de esa tradición prerrevolucionaria le fue lentamente mostrando algunas de las dificultades que encerraba este proyecto. De allí que las relaciones entre Sarmiento y los sobrevivientes de esa aristocracia (que en San Juan y algunas otras de las provincias andinas formaron después de Caseros en las filas de ese heredero del unitarismo que fue el partido liberal) fueran cada vez más tensas. Sarmiento retorna a la política de su comarca andina luego de 1861, gracias al triunfo de la disidencia porteña en Pavón. La causa triunfante se proclama vengadora de Aberastain, efímero gobernador liberal de San Juan, amigo de juventud de Sarmiento, ejecutado por un jefe federal agente del presidente Derqui. Sarmiento será en San Juan y La Rioja el vocero más extremo de esa interpretación de la victoria porteña; para él los vencidos incluyen a la entera plebe rural, adicta a la barbarie, cuyo exterminio proclama ahora necesario en fórmulas que se han hecho célebres por su ferocidad algo delirante.

Si su política es algo más moderada que esos encendidos llamados a la matanza, no hay duda de que Sarmiento se siente aún identificado con la aristocracia demasiado tiempo oprimida; en ella piensa apoyarse no sólo para vencer a los retornos ofensivos de la barbarie política, sino también para modernizar la vida sanjuanina.

Los hechos no justifican estas esperanzas; a partir de ahora Sarmiento estará menos seguro de cuál es el lugar de esa aristocracia y el de la plebe del interior en el nuevo orden que busca construir en la Argentina. A la aristocracia pagada de su prestigio tradicional se referirá a menudo con una dureza nueva: recientemente se ha sugerido que esa dureza traduce la constante ambivalencia de los sentimientos de Sarmiento hacia un grupo en el que ocupaba lugar sólo marginal, del mismo modo que su ferocidad hacia la plebe esconde mal el temor de terminar confundido con ella. Esta interpretación no parece totalmente justa, e implica un cierto anacronismo.

[12] J. B. Alberdi: *Bases*, en Obras Completas, III, Buenos Aires, 1886, pág. 417.

Sin duda Sarmiento es por su origen una figura marginal dentro de la aristocracia sanjuanina; este grupo demasiado numeroso incluía desde su origen una ancha franja pobre, pero en una sociedad en que los criterios de diferenciación eran en parte de casta y en parte estamentarios, no parece que ese sector de "pobres decentes" haya vivido, ya en la primera década revolucionaria, las angustias que iban a caracterizar su existencia cuando otros criterios más estrictamente vinculados a la economía se impusieron. En todo caso puede verse en la insistencia con que caracteriza Sarmiento a la vieja clase alta sanjuanina como una aristocracia "del patriotismo y el talento" una huella de su ubicación en el sector de ella menos dotado de ese otro signo de superioridad que ya entonces era la riqueza. Pero no por eso es necesario concluir que en este punto su nostalgia lo engañaba: pese a su pobreza, Sarmiento creció protegido por su pertenencia a las clases altas, y no parece haber tenido nunca conciencia de lo que para hombres formados en contextos más modernos podía tener de humillante el patronazgo que hizo menos difíciles las primeras etapas de su vida. Y no era por otra parte el momento en que retornaba a San Juan como representante del poder nacional que iba a rescatar a la humillada gente decente luego de decenios de opresión aquel que aprovechasen los aristócratas sanjuaninos para desengañar brutalmente a quien durante esos decenios habían tratado como uno de los suyos. La oposición que Sarmiento encontró en San Juan se dirigía contra su política más bien que contra su origen social; la aristocracia heredera de la tradición de inteligencia e ilustración evocada en *Recuerdos de provincia* se negaba a reconocer en ella su propia política. ¿Por qué? En este punto la realidad no ahorró a Sarmiento muy duras lecciones: he aquí que no todos los aristócratas se habían empobrecido durante el dominio federal; los civilizados ricos de riqueza vieja se sentían solidarios con los más recientes y por hipótesis bárbaros en la repulsa contra la política de impuestos altos que para llevar adelante sus planes de fomento había adoptado Sarmiento como gobernador de San Juan. Los pobres decentes tenían por su parte una imagen muy tradicional de cuáles eran los deberes del estado: antes que difundir enseñanzas nuevas, que gastar fondos públicos en la prospección de la riqueza minera del territorio, era su obligación mantener en tareas adecuadas para personas distinguidas a esos mismos pobres decentes. Y unos y otros comulgaban en un apego a la tradición de servicio público que, vista de cerca, era de menos compleja raigambre que la versión

de ella propuesta en *Recuerdos de provincia*: implicaba la pretensión de monopolizar los beneficios que daba el control del poder político, justificada con argumentos de casta capaces de ignorar altivamente que no siempre el talento y la capacidad estaban reservados por la providencia a los miembros de esa casta. En el que debía ser su partido —el liberalismo sanjuanino— Sarmiento podía ahora redescubrir todo el misoneísmo, el hueco orgullo oligárquico que caracterizaba más allá de los Andes al sector conservador extremo de Chile. A la vez, en el tardío federalismo montonero estaba ahora más dispuesto a reconocer un fermento de vida: frente al orden chileno, un orden de tumba, fruto de la mansedumbre de la plebe bajo el cerrado dominio oligárquico, la rebelión dirigida por Varela mostraba que las masas de las provincias andinas de la Argentina tenían una fibra más dura, y que sabrían conquistarse un porvenir libre.

Ese porvenir iba a ser, sin embargo, menos tormentoso y menos renovador de lo que Sarmiento parecía ahora vaticinar. El triunfo de la política del general Roca, heredero en parte de la militarización que la lucha contra los últimos caudillos había impuesto en el interior argentino, en parte de la tradición federal que había aprendido, luego de tantas violentas lecciones, a acomodarse a la estructura del estado nacional fundado por Mitre, ese triunfo que Sarmiento vio sin optimismo volvía a encontrar a buena parte de los sobrevivientes de la vieja aristocracia provinciana entre los ávidos beneficiarios del botín. El orden roquista sabría darles lo que Sarmiento les había negado en el más limitado escenario sanjuanino: al lado de la prosperidad de algunos pocos, enriquecidos en la gran política, para los más, un honrado pasar al abrigo de la cada vez más frondosa burocracia provincial y federal.

Ese nuevo desengaño ensombrecería para siempre la imagen que Sarmiento iba elaborando del grupo del que se sabía integrante. Este grupo era culpable de una traición colectiva, o acaso víctima de una decadencia que lo había afectado tanto como a la plebe cuya recaída en la barbarie, si más visible, era quizá menos profunda. ¿Esta conclusión pesimista era necesaria? Una visión más sobria del pasado de este grupo habría revelado acaso que su historia no era la de una decadencia, sino de una continuidad esencial. Esta visión más sobria nunca iba a alcanzarla nítidamente Sarmiento; si en los escritos de la vejez iba a dar de la cultura y la sociedad coloniales una imagen más negativa que la de *Recuerdos de provincia*, aun

entonces seguiría considerando una irremediable catástrofe la ruina de un grupo en el que en un momento había visto el abanderado del reino de la razón y del saber. Al no renovar sus ideales cuando cayó en pedazos la imagen de la realidad hispanoamericana por él elaborada bajo el signo de esos ideales, Sarmiento se condenaba a un pesimismo cada vez más radical: de él queda el desolado testimonio que es *Conflicto y armonías de las razas en América;* puede medirse allí, a través del hueco dejado por la desaparición de la fe en esas clases ilustradas que habían guiado a la América española en tiempos coloniales y cuya restauración sería el punto de partida de la edificación de una Hispanoamérica republicana, un signo de la adhesión que Sarmiento obstinadamente conserva al ideal político-cultural de su juventud.

TULIO HALPERIN DONGHI

University of California, Berkeley.

SARMIENTO, HOMBRE DE ACCION

Sarmiento no es un personaje fácil ni accesible a la primera impresión. A medida que al extinguirse la memoria transmitida por cuantos lo conocieron se va perdiendo la tradición oral, su figura aparece ante la posteridad alternativamente velada por una doble leyenda, fasta y nefasta, que lo envuelve en una inquietante algarabía. Fue uno de los argentinos más característicos, esto es, más humanamente representativos por su robusta genialidad. Esto quiere decir que hasta sus extravagancias, sus originalidades no eran las de un solitario puesto que reflejaban con vibración patética la índole del temperamento nativo, la traza de la estirpe y los usos adheridos a una sociedad. Su inteligencia notable no estaba, sin embargo, a la altura ciclópea de su genio. Este desequilibrio entre su talento discursivo y su poder de expresión es un factor que desconcierta y contribuye a que se vuelva inagotable la perplejidad que suscita su obra. En última instancia, no es maledicencia afirmar que su pensamiento —como peso específico— acopiaba una producción rudimentaria por la relativa vulgaridad de las ideas expuestas. Pero esas ideas vulgares reeditadas en la cabeza y en la prosa de Sarmiento cobraban una originalidad imprevisible y se transformaban en elementos y unidades para la acción.

Sarmiento que no era, por cierto, estilista, practicaba la alquimia de gran estilo que hace proezas con la frase imantada por el don de la palabra. Hay en su prosa argentinísima, en su lenguaje coloquial, una enorme riqueza argumental y literaria. No se conoce entre nosotros un caso semejante —y este nosotros incluye a todas las canteras intelectuales de Nuestra América— no existe nadie que se haya adueñado con tanta soltura del idioma hasta fundirlo y vaciarlo en el molde de su personalidad. Para ello no utilizó alambiques o cedazos externos a sus fueros de creador. El español de vena castiza

que echa el sanjuanino en su caldera es la materia combustible cuya llama pone en movimiento las formas orquestales y el vendaval de colores de un lenguaje que no tiene rival ni admite parangón.

Sarmiento hace suyo el idioma en un acto de descubrimiento y de conquista. No respeta, en verdad, ninguna regla objetiva que trace límites a esta enérgica toma de posesión. Con la inconciencia de un rapsoda se apropia del continente de la lengua castiza y con palabras y giros, cuya lozanía preservaban hondas raíces, sobre la superficie de su prosa deposita, como una lava, toda suerte de desafíos gramaticales. Es una prosa versátil, expansiva, que se resiste a la rigidez de la letra estereotipada y que estalla como una sinfonía pluvial. Parecería que el instrumento más adecuado a su instinto creador no fuese tanto la pluma que tiene algo de estilete sino el martillo y el escoplo. Sarmiento es un escultor que da forma viviente a la palabra escrita que moldea como si fuera un pedazo de mármol. De esta suerte, en sus manos la lengua castellana de los antepasados fundadores que se conservaba en los hogares sanjuaninos con la pasiva pujanza de una tierra virgen se convierte en el lenguaje más atrevido, msá osado, menos fósil, menos convencional de los argentinos y de los españoles americanos.

Una hazaña imperial

No basta para que una lengua viva que se utilicen vulgarmente sus palabras como signos de transmisión sonora entre los miembros de una familia o tribu, o entre los habitantes de una aldea o una provincia. Es preciso que la lengua hereditaria trasponga los círculos concéntricos de las tradiciones restringidas, el radio de lo lugareño y de lo puramente verbal. Es preciso que esa lengua recibida vuelva a ponerse en circulación más allá del paisaje o del folklore y echando a correr por el ancho mundo sea instrumento viable para formular ideas y transmitirlas. Toda lengua es lengua muerta para un pueblo que no la siente como suya, como órgano de comunicación creativa, y no la puede utilizar para expresarse. Por eso no es lo mismo lengua que lenguaje. Aquélla es el idioma potencial que se recibe en herencia y éste es el idioma activo que se renueva y renace. Es preciso que esa lengua soterrada, en estado potencial, sea permeable y sin alterar su identidad resucite del cementerio de los lexicones y de las academias en un lenguaje de simiente y de espiga, capaz de desplegarse armoniosamente con un toque de creación cultural.

Así Sarmiento es un administrador de la lengua y un creador del lenguaje. Emplea el poder potencial pero yacente del idioma y lo vuelca en un organismo vivo. Sarmiento es quien realiza la hazaña imperial de convertir la lengua recibida de España en el lenguaje de los argentinos que asciende al rango de cabeza del idioma español americano. No es otro el perdurable significado de su faena de escritor con que inicia en Chile su carrera pública. Y bajo esta perspectiva adquiere la fecundidad de un símbolo el encuentro y la polémica entre el joven Sarmiento y el ilustre Bello. Sarmiento que acaba de tentar sus primeras armas en el periodismo se atreve a medirse con el venezolano que lo dobla en edad y ejerce a justo título el papel de arconte máximo de la República de las Letras. Bello, experto filólogo, conservador de los tesoros de la lengua, advierte el peligro de la invasión de los bárbaros del neologismo y no descarta la posibilidad de que el castellano degénere en un dialecto de olla podrida. Pero Sarmiento con increible atrevimiento insiste en que las palabras nacen en el pueblo atribuyendo a la palmeta rutinaria de los gramáticos y sus normas la falta de una literatura en Chile. Para Bello y los puristas lo que importa es hablar con corrección la lengua española. Y para Sarmiento *nuestra lengua española* se acrisola, se procesa y se abre al mundo nuevo en el *lenguaje español-americano*. Es curioso que, al margen del juicio de valor en torno a las razones esgrimidas, no se haya señalado la formidable revelación y la fuerza de presagio que la actitud de Sarmiento contiene. Bello, que viene de un país donde se habla un español correctísimo, representa la defensa en pulcritud de la lengua académica. Sarmiento reclama la formación del lenguaje español-americano e intuye el proceso de introspección y renovación que recrea la lengua y enriquece el lenguaje. Parece increible, pero el sanjuanino, solo, pobre y desconocido, se impone por la originalidad desafiante de sus escritos; y parece todavía más increíble que sin otros saberes que los adquiridos en el trato con los suyos, en la enseñanza de los Oro y trasegando libros a su memoria, Sarmiento se haya atrevido a plantarse de igual a igual frente al célebre venezolano cuya obra merecía la estima general y cuyo renombre era el de una figura consagrada. Todavía no ha producido "Facundo" ni sus "Recuerdos de Provincia" ni "Argirópolis". Todavía no existe como Domingo Faustino Sarmiento. Es sólo un cuyano de San Juan que a poco de iniciarse en la prensa de Santiago ya ha sentado plaza y fama de mentor.

Es, pues, un error —un espejismo habitual— suponer que en Chile sólo se ocupó de agredir a Rosas. Está claro que sus primeras campañas las hace sobre el terreno de las cuestiones generales y sus primeros triunfos los obtiene ante la audiencia dirigente en Chile. Poco antes de su polémica con Bello, a los 30 años que no resultaban tan escasos sino respetables en las biografías de aquella época, ha escrito por primera vez en su vida —11 de febrero de 1841— para los demás, para muchos, para todos; es, valga la redundancia, un escritor público. Se trata de una evocación del Paso de los Andes y del Gran Capitán con motivo del aniversario de la batalla de Chacabuco. A partir de ese éxito de celebración cualitativa, que los franceses llaman de estima, Sarmiento inicia su empresa política.

Ahora discurre con banderas al viento como un batallón que avanza en día de parada. Sarmiento que es un entrometido, un curioso impertinente, al poco tiempo logra una notoriedad que lo sitúa en la vanguardia del diarismo trasandino. Su opinión que no pide permiso ni acepta excusas por su condición de extranjero; que se prodiga sin matices, sin aguardar consecuencias; que asciende de sus entrañas y desciende ligera y recia como las aguas de un río embravecidas por la inundación; que es a ratos alevosa, siempre tajante, no siempre persuasiva pero nunca tibia, mezquina o indiferente, desafía todas las contradicciones. Entre los emigrados argentinos no hay en Chile quien alcance la estatura y la resonancia de Sarmiento. Es el argentino más difundido y discutido y puede afirmarse que bajo su influencia volcánica Chile conoce una especie de sacudimiento, un verdadero temblor en el área intelectual. En menos de dos años al contacto con los argentinos la inteligencia de Chile —según dice Isidoro Errazuriz, citado por Gálvez— "extendió sus alas y apresuró el vuelo".

Sarmiento, ese curioso impertinente, es por cuenta propia el autor principal de tales revoltijos que alteran el paso de la juventud chilena en las modosas querellas de las letras. Entonces como no ocurriría después, la cordillera volvió a ser vencida por otro argentino que ¡ay!, combatía sin la Argentina, a la manera de un condotiero. Como San Martín después de Rancagua, Sarmiento es un argentino cuyos triunfos en el exterior no son de la Argentina, cuya gesta no acrecienta la grandeza de su Estado, cuyas victorias no son las de su Nación. Pero, sea de ello lo que fuere, no cabe arrebatar a Sarmiento el mérito de haber ganado, desde su estada en Chile y hasta el día de hoy, el primer puesto entre los escritores y formu-

ladores de nuestra América. Era y es —con la excepción de Lugones— entre sus contemporáneos y sucesores, los Martí, los Montalvo, los Lastarria, los Isaac, los Rodó, el único cuya prosa se empina sobre el escenario imponente de la naturaleza para mostrar cómo son y cómo divagan los genios de la ciudad y del desierto; es el único que arranca a los titanes hijos de la autoctonía y del paisaje el secreto de su indomable arrogancia; es el único que se transfiere a sí mismo la calidad de hombre representativo.

Así el mito Sarmiento, estimulado por la apologética subsidiaria que lo entroniza como un oráculo de la educación popular, no tiene antecesores ni sucesores en las letras hispánicas. Todavía hoy es una de las fuentes que alimentan el prestigio del nombre argentino en el continente. El espíritu de facción y la perseverante discordia que nos enervan y a cuyo reinado, por lo demás, Sarmiento tanto contribuyó, no ha querido distinguirlo con ese galardón. Todos los que ayer y hoy, en vida de Sarmiento y después de muerto, se ensañaron con él, como lo hizo la prensa de Mitre antes que la actual crítica revisionista, no reparan en la extravagancia que implica el intento de disminuir la talla de Sarmiento como mito argentino, como fundador de un lenguaje que vino después a heredar el verso de Darío.

Pero Sarmiento no obtuvo esos laureles en un certamen entre profesionales de la literatura sino en una guerra despiadada que libró como un poseso o un orate a quien fulmina el demonio de la inspiración. En Sarmiento este demonio socrático lo perseguiría con furiosa constancia y vehemencia desde el mismo instante en que descubrió su vocación y se vio reflejado de cuerpo entero en sus obras y trabajos de escritor. Cuando contrajo el hábito de escribir descubrió su personaje y ese "don yo" apoplético de su egolatría. Sarmiento no sabía quién era Sarmiento hasta que comprendió de una vez por todas que había nacido para *pensarse escritor*, para hacerse Sarmiento a través del don de la palabra escrita que le devolvía y le completaba su imagen, que lo representaba ante los demás y era para él su íntima representación teatral. Este fenómeno de vocación egolátrica, por el cual la personalidad del escritor se vierte por entero en la obra que lo proyecta, explica quizá que Sarmiento descubriera su potencia de fuego al mismo tiempo que la descubrieron los demás. Fue, pues, una revelación simultánea. El escritor salió hecho y derecho, de una sola pieza y para siempre, sin aprendizajes, sin albricias, sin remilgos, como salta un toro del redil a la arena.

Un Quijote por el camino de Damasco

Hasta acercarse a la edad perfecta no había intuido quién era, pero oscuramente preparaba y presentía su destino. Entretanto, su vida se deslizaba sobre el tiempo como la de un aventurero que busca su aventura. En 1831 había realizado su primera salida de la Mancha sanjuanina que lo lleva a las minas de Copiapó —su cueva de Montesinos— de donde regresa a San Juan después de haber sido fulminado con un rapto de locura. Como el Quijote, pues, a quien por lo extremoso se le parece desde las antípodas, era un hidalgo de aldea que había enloquecido por los libros y que tenía a su vera dueñas, curas, parentelas, sin faltar tampoco un Sancho Panza. La dueña era su madre, rezadora y fidelísima guardiana de los santos patronos y de los manes hogareños; el cura por antonomasia, de cuantos los había entre los eclesiásticos de su familia, se llamaba José de Oro cuya personalidad fabulosa, cuya talluda arrogancia inspiran al muchacho reconcentrado y ávido de mundo; el papel de la sobrina hallábase compartido entre sus hermanas y el escudero no resulta otro que su padre. Quiroga Sarmiento es el pícaro de la picaresca provincial colmada de fabulaciones embusteras que lo acompaña en sus primeras trashumancias, en sus primeros lances de hacha y tiza: lo protege del fraile Aldao y le cubre la retirada a Chile cuando Facundo aparece en el dintel de la cenicienta Travesía y, desde La Rioja, se deja caer sobre San Juan. Es extraño que nadie —salvo una alusión accidental y fugaz de Ricardo Rojas— haya reparado en esta analogía quijotesca con que se arranca Sarmiento de su vida de introspección y toma por los caminos del trotamundos.

Sarmiento vuelve a la tierra de sus mayores triste, molido, doliente; sin el amor de Dulcinea y sin el yelmo de Mambrino. De ahora en más su etapa formativa, su universo de creencias, su cosmovisión han virtualmente concluido, se han cerrado; y toma el partido de sus libros de caballería que lo alejaban y lo enajenaban de la realidad local trasladándolo a ese otro mundo de ideas claras y distintas promulgadas por el siglo. Y en plan de decidir entre esa patria sencilla y primitiva, cuya debilidad adjudicaba a su extensión, y las estructuras mentales de la época; entre las tendencias de ese país feraz y feroz y las corrientes del tiempo, el autodidacta sanjuanino se pronunció a favor de las ideas generales cuya frecuentación exuberante lo había seducido. Pero en el caso de Sarmiento esta opción fue más allá: no sólo puso en tela de juicio la tradición de

sus mayores, sino que los impugnó y rechazó con la impiedad y la burla del hijo de Noé.

No cabe duda: Sarmiento fue el más violento, el más irrascible, el más frenético detractor intelectual de su patria. Esta conducta pertinaz y nunca abandonada plantea un enigma. No se puede establecer a raíz de qué arritmias o desniveles psicológicos, Sarmiento que pertenecía a una gens federal en una provincia entre cuyos notables predominaban los federales; cómo este hombre cuya sangre y cuya linfa, cuyo temperamento y cuyo espíritu eran los de un puro español, cuyas cuerdas cordiales vibraban bajo la atracción del paisaje, cuyo verbo transmitía latido tras latido las pulsaciones de su tierra tan ancha y tan larga como la bóveda del cielo; por qué Sarmiento fue respecto de esa Argentina que sintió y expresó en lenguaje indeleble su acérrimo contrincante y su irreconciliable enemigo en la acción política. El mismo Sarmiento se refiere a su "camino de Damasco", esto es, al momento en que lo sobrecoge la realidad circundante y se convierte para siempre al mesiánico liberalismo. Una tarde de 1825, dice, vio venir las hordas de Facundo entre nubes de polvareda alborotando con la grita de sus francachelas y el estrépito de sus caballerías la paz aldeana de las calles de San Juan. Esa imagen nítida, quintaesencia de la barbarie, que deshauciaba cualquier proyecto de porvenir, se fijó obsesiva en su retina hasta llegar a obnubilarlo.

Y sin embargo, ¿a qué atribuir esta reacción? ¿Se trata de la manifestación de una sensibilidad y un temperamento que detestaban la anarquía de las turbas, la orgía miliciana de la guerra gaucha, el desorden involucrado en esa escena de salvajismo primitivo? ¿O comenzaba a despertar en Sarmiento la premonición de su destino? ¿Sarmiento se hizo unitario por puro espíritu de contradicción o porque le sublevaba, como dijo, la ortodoxia de un Castro Barros? No lo sabremos nunca. Pero desde ese entonces la vida de Sarmiento se orientó en una dirección determinada, se dejó guiar por una sola estrella. Fue unitario, liberal, pragmático, positivista. Fue racista contra su raza y nacionalista según otro modelo de nación. Predicó una especie de vaciamiento de la patria conocida en sus gentes, en su espíritu, en sus fuentes primordiales. Procuró suplantarla por otra nueva, distinta, con otros hábitos, instituciones, usos y costumbres, con otras creencias y otras formas de vida; hasta con otra psicología y otros hombres venidos de otros rumbos.

Este *liberalismo de fines* de que habló Vicente Fidel López

requería para cumplir sus objetivos una *política de medios,* una fórmula de acción política de cuño dictatorial. Sarmiento, como Mitre y Roca, la concibió bajo la especie de un despotismo ilustrado, versión teorética traducida, en su caso, por un autoritarismo arrebatado, virulento, fratricida.

El dios bifronte

¿Cuáles son las ideas-fuerza que Sarmiento enarbola al tope de su liberalismo de fines? Como Alberdi, propicia la inmigración europea, la educación pública y lo que hoy con un neologismo despiadado llamamos la "institucionalización" mediante un código constitucional escrito. Pero esto es sólo el repertorio de su política de medios para acceder a los fines, para imponer la política prospectiva cuyos supuestos articulan sus convicciones en el plano de la acción. Sarmiento, acaso mucho más romántico que historicista y sin duda mucho más iluminista que romántico, cree según las influencias de su tiempo en un modelo de sociedad, nación y estado cuya traza corresponde a la civilización y cuyo ejemplo más cabal y más vigente lo protagonizan los Estados Unidos. Este deber ser o imperativo categórico de la civilización es una tesis que reconoce una antítesis en la barbarie. Así la civilización que admira y con la que comulga y por la que se bate Sarmiento son cosas ajenas, se insertan en otro mundo, con otros hontanares y otras raíces de cultura, al paso que la barbarie es fruto de nuestra tierra y nuestra raza, de nuestra propia cultura. Sarmiento propugna una revolución generatriz de otra nación argentina y suramericana, un cambio raigal en cuya virtud el país existente sería arrasado y sustituido por otro, por una nueva Argentina generada a imagen y semejanza del modelo foráneo. Y para que la revolución del siglo progresista prospere contra las fuerzas vernáculas es menester exterminar la fauna bárbara, engendro del matrimonio entre el gaucho y el desierto; es menester levantar ciudades, sembrar la tierra y poblar el desierto con el trabajo y la sangre de los hijos de la inmigración.

En Sarmiento el iluminismo de la Independencia abandona el empíreo de las ideas generales sobre la naturaleza de la sociedad y los derechos del hombre y se recorta en una versión doctrinaria que exalta la política de medios a cuya eficacia supedita el orden de los fines. Para Sarmiento la educación popular, la inmigración europea y las instituciones del Estado de Derecho no sólo significaban los enunciados de un plan de acción sino que eran además las bases

operativas del proceso de transformación y cambio; los agentes de una dialéctica revolucionaria, de la metamorfosis que nos permitiría enterrar el estadio de la barbarie y engendrar un pueblo distinto incorporado a la civilización.

Y puesto que definía la barbarie como un estado de cosas decididamente incompatible con los hábitos de progreso y al margen del ritmo de la historia es obvio que la relación de causa a efecto entre nuestras raíces –religión, idioma, sangre, usos, hábitos– y tal barbarie exigía en sentido estricto la erradicación de nuestra cultura, la exoneración de nuestras convicciones fundamentales, la expulsión de los hijos de la tierra. Sarmiento que consideró a España como una causa perdida, como una nación en trance de definitiva decadencia, inepta para vivir a la altura de los tiempos, concibió su lucha por el progreso como una guerra contra los dioses lares, contra los atavismos y propensiones de la patria que lo vio nacer. A la luz de tales conceptos, la civilización no significaba el conjunto de valores que calificaba un nivel de vida nacional y universal sino una divisa mesiánica, una nueva fundación, una recreación de la Argentina consagrada al progreso y levantada sobre las ruinas de la patria antigua.

En el fondo, para Sarmiento el acceso a la modernidad implicaba el exterminio de nuestro ser de cultura; era una empresa para iconoclastas: la pugna se desarrollaba entre la tesis progresista y la antítesis de la cultura retrógrada; entre el proyecto –tesis y la realidad– antítesis, antitética. Sarmiento, gran maniqueo, el primero en la dilatada lista del maniqueísmo argentino, creyó, tozudamente, disparatadamente, en la bondad y eficacia "per se" de los elementos materiales, de los factores externos de civilización en tanto factores de cultura. Por eso, en un alarde de inteligencia práctica que resultaba, en rigor, una mesiánica utopía, llegó a propiciar la aplicación lisa y llana, pura y simple, de las estructuras constitucionales y hasta de la jurisprudencia de los Estados Unidos.

He aquí el extraño dualismo, el desdoblamiento con que se configura la genialidad morbosa o, si se quiere, la monstruosidad del sanjuanino. Sarmiento y su obra se levantan, se erigen en el dios Término que muestra dos fronteras de la antinomia argentina. Por un lado, es el creador del máximo mito literario de la Argentina. Por el otro, es el protagonista, por acción y doctrina, de la guerra

a muerte contra el estado de cosas que engendró a Facundo. Entre su patria —tal como era— y su tiempo, un presente totalmente lleno de pasado, prefirió a su tiempo como propuesta de futuro. En tanto, nuestro liberalismo creció sin raíces bajo esa dependencia intelectual que lo subyugaba a los modelos externos, con una connotación de antipatía pesimista respecto de su propio medio que lo condenaba a la perpetua incomunicación.

Quizás esto explique cómo el liberalismo argentino desde su aparición con el siglo XIX se adosó y se entregó a una escuela de descreimiento respecto del país. Más que una doctrina económica, más que un credo político, fue una filosoía de los valores según la cual poco, casi nada y nada de la heredad humana, de la historia transmitida y de los hechos presentes del país real armonizaba con las tendencias progresistas. Para el liberalismo de los liberales argentinos el país real, la Argentina hasta entonces conocida, condensaba una serie de antivalores cuya extinción o desaparición plantean como un reclamo, como un postulado del programa civilizador. De esta suerte, la "intelligentzia" en todas sus gradaciones generacionales —y con la *teórica excepción* del historicismo de Alberdi o de Echeverría— menospreciaba ese país real aún cuando como Sarmiento lo sintieran por compenetración genial y supieran describirlo en sus hombres y sus cosas.

Pero esta compenetración por el lado del sentimiento artístico de Sarmiento, que era un hijo del país de los mismos kilates de Facundo, hallábase interferida en el orden conceptual por la primacía de sus connotaciones ideológicas. La vertiente de la inspiración del arte, alimentada por el romanticismo en boga, le inspiró su creación perdurable de escritor, sus páginas de epopeya que saltan por sobre la verdad histórica y echan a volar con las alas de la leyenda. Y, sin embargo, Sarmiento prisionero de la "intelligentzia" no discierne que la leyenda de Facundo surgida de sus "inexactitudes a designio" es mucho más verdadera, aprehende mucho mejor los hechos vivos, abarca mucho más realidades que la historia divorciada de su musa, reducida al racionalismo conjetural de las historiografías.

Contrapunto

Quizás no hay otro caso semejante en la relación entre un escritor y su obra, al de Sarmiento y la suya. El sanjuanino sin saberlo ha concebido, ha fundado, la leyenda nacional donde se instala para

reconocerse en el sentimiento de la patria la mayor emoción del pueblo argentino; desde donde arranca el culto de los héroes nativos. El destino de Facundo como mito legendario creado por Sarmiento se desprende y se hace independiente de la tesis de su autor; a pesar de Sarmiento, crece en una dimensión contraria, hostil, al panfleto político que lo motivó y arroja las semillas que fecundan el romancero de Martín Fierro y la literatura de Lugones, Borges, Marechal, Güiraldes y Larreta.

Es desconcertante que entre los numerosos —y algunos de ellos muy calificados— biógrafos de Sarmiento, no haya habido, que yo sepa, quien señalara el notorio, y sobre notorio irrebatible, parentesco de *Facundo* con *Martín Fierro*. Este hereda el escenario, el asunto y los protagonistas de aquél. Es tan íntima la semejanza y tan directa la relación, que si Sarmiento no hubiese escrito Facundo, Hernández no hubiera compuesto Martín Fierro, al menos con esa su concepción agonal. No se trata sólo de analogías inevitables en tanto referidas a una descripción de ambiente o de lugar. Se trata de coincidencias sustanciales excluyentes de la mera banalidad.

Hernández antes de contradecir a Sarmiento y coronar con el laurel, en Fierro la descendencia de Facundo, debió de haber sido el lector más penetrante, más penetrado, de Facundo. Abona tal conjetura la minuciosa reiteración de los personajes pintados por la paleta de Sarmiento que reaparecen en el cántico de Fierro posesionados del argumento y de la acción. Dejemos a un lado al rastreador Calíbar —tan inmortal como Fierro— y veamos asomarse en el poema, sobre el fondo sin confines de la pampa, propenso a la infinita melancolía, al gaucho malo, al cantor, al juez de paz, al comandante de campaña trasvasado en los milicos. Todo ese mundo de pulperías, fortines, partidas, malones y cautivas, cuyo rey es el Centauro, cuyo dominio es la pampa, cuya medida es la legua, evocado en la prosa descriptiva de Facundo vuelve y se recobra en los versos elegíacos de Fierro. El héroe epónimo de Hernández es un gaucho anónimo, perseguido y pobre, mientras que el de Sarmiento es el caudillo, señor de vidas y haciendas. La diferencia estriba en que Sarmiento escribió Facundo durante el gobierno de Rosas y, casi treinta años después, Hernández hizo el relato de Martín Fierro cuando ya la era de los caudillos había concluido.

Fierro, vencedor por el coraje, es vencido por la adversa suerte. Facundo es, como en la Ilíada, el héroe que sucumbe y se transfigura presa de su destino. Y no encierra un hecho baladí sino un raro

símbolo en torno a dos vidas paralelas la circunstancia de que haya correspondido a Sarmiento, en ejercicio de la presidencia, la responsabilidad de sofocar el levantamiento de López Jordán, el último caudillo en cuyas filas habíase alistado José Hernández. Sarmiento, que es en política un triunfador, escribe antes del triunfo, y Hernández, que en ese terreno es un infortunado, escribe después de la derrota. Pero, ahora, cabalgando los sucesos sobre lo contingente de la historia, ocurre que Hernández crece inseparable de Fierro, encarnado en su personaje, mientras Facundo toma distancia, se separa y se venga de su creador-antagonista destrozando el invento del panfleto político en cuya celda Sarmiento pretendió encarcelarlo. Hoy, Facundo y Fierro se ciernen en el cielo argentino con las alas de la leyenda y la elegía.

Sarmiento en su prosa de Facundo cuyas notas —como las sinfónicas de la Pastoral y de la Heroica— transmiten las vibraciones del paisaje y de la guerra, es el genuino inspirador de Hernández. No se puede negar que Martín Fierro es el eco y la réplica de Facundo en cuyo mundo hállase inmerso. Los que se detienen en el anecdotario y no descubren nada más allá del horizonte de las animadversiones políticas, se sorprenderán ante esta aproximación entre estos hombres y sus obras que no desmiente pero sí trasciende la intención enemiga que los singularizó en vida.

La opción maniquea

Conviene ahora que intercalemos una precisión. Es innegable y es obvio que los liberales tenían sobrados motivos para reclamar un cambio en el sentido del progreso y no es menos innegable y obvio que no se equivocaban en la enunciación de la política de medios. ¿Cómo disentir con la necesidad de poblar, de atraer capitales, de levantar industrias, de navegar los ríos, de multiplicar los ganados y las mieses, si todavía tales consignas conservan o han acrecentado su vigencia? Sólo un revisionismo demasiado ñoño podría atribuir a la política liberal, en sus rasgos universales y genéricos, los fracasos materiales y morales cuya secuela ha impedido, según hoy lo comprobamos, que se erigiera en esta parte de América la nueva y gloriosa Nación cantada en el presagio del Himno. Para una república de este continente, escindida de España por la decadencia de la metrópoli, cuyos primeros ensayos de diplomacia debieron disimular su voluntad de independencia ante la Europa de la Santa Alianza, no hubo ni podía haber otras maneras de con-

cebir el poder y organizar el gobierno que las construídas por el pensamiento y por los hechos de la política liberal entonces en su apogeo.

Lo que sí resulta objetable para quien inquiera la verdad acerca de la problemática del ser y el deber de la Argentina y, consecuentemente, de nuestro proceso de poder y desarrollo, es que esa política de medios se considerase algo inseparable y dependiente de una concepción de fines cuyo primer mandamiento era la destrucción del país real. Pues lo que imprime carácter al liberalismo argentino es su inserción en una dogmática de los valores fundada en el convencimiento de que el sustrato de la patria hispano-criolla no podía jamás por ineptitud atávica alcanzar la meta de la civilización: *antes que hijos del "país", los liberales argentinos se sintieron hijos de su tiempo.* En un rapto tenaz y persistente proclamaron esa opción entre el bien y el mal, entre civilización y barbarie: o quedarse con ese país inerte del atraso o metamorfosearlo en algún otro a la medida de ese tiempo. Si el mal era la patria de Rosas, de Facundo y del desierto, el bien era la patria futurible del "pueblo innumerable" de las luces, de la libertad en la riqueza y el poder de la civilización.

No cabe duda que la caída de Rosas al desplomarse con él su "sistema americano" –fórmula que elevaba al rango de una política exterior la conducción interna del federalismo y de la dictadura porteña– precipitó la opción maniquea. Como lo demostraría la derrota política de Urquiza y su Confederación frente al liberalismo porteño la alternativa de una síntesis del país real con la "intelligentzia" progresista, la posibilidad de una confluencia de las sociedades telúricas y de las minorías ciudadanas quedó atrás, relegada. Los hijos del tiempo, vencedores en la guerra civil internacional librada contra los hijos del país atrajeron a su polo, para sí, el poder de la dictadura derrotada sobre cuyos cimientos levantaron la república constitucional. La patria de los hijos del país fue abatida en sus últimas montoneras y caudillos mientras emigraban a Buenos Aires las familias tradicionales de las provincias para incorporarse a la nueva estructura dirigente, para compartir la carrera de los honores y de la riqueza montada por la Organización Nacional. Y así desde la sede porteña, junto al estuario, comenzó a elevarse el país progresista proyectado por los hijos del tiempo. Buenos Aires, la gran aldea de las primeras presidencias

sería pronto la Babilonia del Plata que con irreflexivo entusiasmo preconizó Sarmiento.

Paradójicamente la unidad impuesta por la Organización significaría el acceso al poder sin restricciones de esa corriente separatista originada en el unitarismo porteño y trasegada a sus epígonos generacionales, los cuales abrumados por la inmensidad del territorio vacío y por una suerte de opresión telúrica, pudieron creer que la extensión era, de suyo, retardataria, enemiga del progreso. Este es el inicio, primero psicológico, mental, y después, positivo, vigente en su traslación a los hechos, de las deformaciones actuales del país. La unidad nacional de los secesionistas dio espaldas, excluyó, a las regiones interiores en que territorialmente se localizaban, por sus tipos atávicos, por la influencia del paisaje y por su aislamiento lugareño, las propensiones de la patria federal.

En resumen, hoy subsisten dos Argentinas: la Argentina fácil y fértil donde arribaron la inmigración y el capital extranjero, que *progresó sin desarrollo;* y la Argentina árida y difícil, pegada a los Andes, de donde emigraron, lentamente, hacia la metrópoli versátil poblaciones enteras en busca de trabajo. Entretanto, nuestro país sigue siendo una mitad de sí mismo, un territorio vulnerable y desnivelado cuyos límites externos no coinciden con sus fronteras. Estas encierran espacios abandonados y no hay dominio efectivo —por la plenitud del rendimiento— de nuestros recursos naturales.

Sarmiento y Alberdi

Desde luego, la virtud de Sarmiento, hombre de acción, residía en su formidable instrumento idiomático. Si Sarmiento no hubiese sido escritor parece claro que su acción habría carecido del vigor extraordinario que cobró por el ministerio de la palabra escrita. Más aún, es muy posible que ni siquiera se hubiese registrado su entidad política. En cualquier caso, Sarmiento comienza a cobrar existencia visible sólo cuando empieza a escribir. Sarmiento fue un fenómeno de la naturaleza, un hecho compacto, una breña, que se encarnó en un hombre de acción. Pero este hombre de acción esgrimía por singular providencia ese don de la palabra escrita, era de modo indivisible un escritor nato. El hombre de acción y el escritor constituían, pues, algo inseparable. Es entre los hombres de su generación el único que debe su carrera política exclusivamente a lo que llamaremos su capacidad de transformar en energía, en factor de poder militante, la potencia y el vigor corajudo de su garra de

escritor. Todos o casi todos, sin embargo, escribieron sobre el país —Alberdi, Mitre, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez— pero eso no significa que como Sarmiento, unieran el pensamiento a la acción y lo manejaran hasta hacerlo descender al campo de la disputa a la manera de una incitación dinámica llamada a operar sobre la realidad.

Alberdi, que a la par de Sarmiento integran la fórmula mayor de la doctrina liberal, constituye su contrafigura: la labor de Alberdi, tan intensa, persistente y prolongada, se desenvuelve en un plano teórico a pesar de su contenido programático; y la asepcia temperamental que lo distingue aleja a su autor de la arena política. Alberdi, incisivo, cauteloso, penetrante, es un *teórico de lo práctico*. Sarmiento, destemplado, desalmado y tonitruante, es un *práctico de lo teórico*. La prédica de Alberdi no le reportó derechos de autor en el campo político al revés de Sarmiento, que los cotizó muy altos. *Alberdi pensaba el programa, Sarmiento pensaba la acción*. Alberdi establecía distancias entre su prédica y su persona, por lo que la posición de Alberdi podía ser aceptada o no con abstracción de su persona. En el caso de Sarmiento, su prédica era el vértice más alto de su acción; la manera de poner de manifiesto su presencia y su persona. Alberdi era una inteligencia voluntariosa, tenaz, pero sin el eje del carácter. Sarmiento era personalista por la desmesura de su carácter, por la arrogancia de su temperamento que inundaba su entidad espiritual y enriquecía por la intuición de lo sensible los dones de su inteligencia. Para Sarmiento escribir equivalía a estar en una posición de combate, era su forma de diseminar el reguero de sus "ideas-fuerza" que dispersaba con una especie de lanzallama. Es el propio Sarmiento quien confiesa el mecanismo con que monta guardia su belicoso proceso intelectual: "Soldado con la pluma y con la espada, combato para poder escribir; que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento".

La teoría y la parábola

La vida y obra de Sarmiento no se entienden sin el auxilio de la paradoja. La verdad es que como hombre de acción equivale, casi, casi, a un puro ideólogo, mucho más víctima que victimario de sus ideas-fuerza. Nunca fue un realista sino más bien algo semejante a un visionario: obseso, poseído por el espíritu de la época, absorto por sus lecturas y desconcertado por el desencuentro o de-

sajuste entre su país y sus visiones. Pero las visiones iconoclastas de Sarmiento estimuladas por su estridencia temperamental lo impelían a despojar la realidad y a suplantarla por otra más amable pero ajena. Sólo un ideólogo, nunca un político, puede elaborar un dilema entre los valores de su tiempo y su medio, optando, finalmente, por su tiempo; y sólo un ideólogo, de la raza de los energúmenos infatuados por el desequilibrio de la diosa razón, osaría emprender el intento de exorcizar la barbarie con los fetiches de la civilización. Como exorcista, Sarmiento celebró liturgias crueles, ofrendó sacrificios humanos y así predicó con el ejemplo sus alegatos constantes a favor del genocidio de la raza criolla. Por eso si se escrutan *los porqué* de Sarmiento, las motivaciones de su doctrina de la educación, se comprenderá que entrañaba una operación de amnesia a efectuar en la conciencia colectiva de las próximas generaciones argentinas; amnesia que borraba hasta los vestigios de la cultura conformada por los hechos de la historia y el escenario de la naturaleza.

Este hombre de acción era un ser impulsado y dominado por la ideología, por la dogmática intransigente, por una suerte de mesiánico fanatismo conceptual. No importa que en la escala de valores de Sarmiento los fines y los medios apareciesen confundidos en el plano precisamente de la acción bajo la urgencia insaciable de progreso. Porque, en resumen, toda esa ansiedad de acción, esa copiosa lista de objetivos para el cambio se hallaba orientada por una inteligencia tan abstracta y generalizadora como la de los viejos unitarios. Sarmiento pensaba en términos prácticos, mediatizados, pero no actuaba con realismo *porque en tanto práctico de lo teórico, no era práctico de lo práctico*. Por eso fue el brazo secular de las ideologías liberales y también curiosamente por eso la acción de Sarmiento enseñorea un pensamiento enciclopédico de la civilización y del progreso que malogra nuestra enseñanza y la divorcia de nuestra cultura.

Veamos con qué caudal de energía y cuánta fe en el propio vaticinio, Sarmiento asocia, inserta su "don yo" en el proceso que adviene, en vísperas ya de los Idus de Marzo (que fueron en Febrero) y cuya vigilia es una tensa y ardiente velada de armas. La carrera de los honores de Sarmiento cubre una larga y parabólica teoría que, de improviso, asciende al cénit. Produce una sensación de retroactivo asombro asistir a este curso espectacular cuyos pro-

legómenos comienzan en el retablo hogareño de los Recuerdos de Provincia y prosiguen con las escaramuzas del precoz guerrillero —agresivamente acoplado a los levantamientos de las mesnadas unitarias— hasta su primera fuga a Chile. Sólo después del regreso de San Juan, en 1836, tiene lugar la segunda y perdurable salida. Por entonces culmina, repentinamente, la etapa de la insaciable formación y suena la hora de los encuentros y desencuentros de la política: Sarmiento abandona su soledoso aislamiento y a través de distintos contactos se comunica con sus incipientes pares de la generación del 37. Para conformar su biografía romancesca conoce la cárcel, breve y bonancible, con que lo protege de mayores agravios el paternal gobierno de Nazario Benavídez y retoma la ruta trasandina del accesible exilio. Y desde Chile y de a pie, como en la frase del Chacho, el hijo de doña Paula Albarracín se vuelve notorio y se convierte en Domingo Faustino Sarmiento.

Sería ocioso reseñar aquí sus trabajos y sus días, sus peripecias, sus angustias, sus andanzas. Lo que importa señalar nadie lo ignora: es esa quizá fortuita hazaña, ese golpe de la fortuna, ese milagro de nuestra política, que lo arrancó de su doctorado en Michigan y de los didácticos desvelos de la viuda de Horace Mann para transportarlo a través del Océano —tripulante de una alfombra mágica— y sentarlo en el "sillón de Rivadavia". Que Sarmiento, el argentino más singular, imprevisible, excesivo, temerario y extremista, haya sido Presidente en un país donde hoy, como ayer, todos son facciosos y todos se disfrazan de moderados; que tal doctor insólito cuya breve experiencia de mandatario en San Juan dejó alevosos rastros de violencia y sangre haya sobresalido entre una minoría bien pensante y filistea gobernando esta República, cuya máxima institución no escrita se representa por una guillotina horizontal con cuchilla que troncha parejo a nivel de mediocridad, es un episodio excepcional, y si bien se mira, reconfortante.

Desde luego, Sarmiento debió su elección a una fortuita pero no arbitraria concurrencia de circunstancias negativas. En primer término, las imprevisiones de su antecesor que no pudo ni supo sostener su propio candidato. Y, sobre todo, la providencial estancia diplomática de Sarmiento en el exterior que se prolongó, sabiamente, hasta su consagración como Presidente electo.

La verdad es que gravitó también un factor de otra índole cuya influencia decisiva suelen velar con púdicas reservas sus panegiristas: en rigor, Sarmiento avanzó como tercero en discordia gracias al

apoyo militar. Sólo Mansilla, con su imaginación cínicamente entretenida hasta un grado lindero a lo burlesco, pudo lanzar esa candidatura en apariencia tan difícil, y sostenerla, enseguida por el consenso de una calificada nómina de oficiales, ratificado luego por el apoyo de los jefes de las principales guarniciones del interior. Así, el Sarmiento de la imagen civilista que circula en las litografías escolares carece de mayor asidero habida cuenta del trámite que lo enramó en la presidencia, y de la porfiada afición del viejo alférez de la milicia urbana sanjuanina a revistar en la jerarquía militar. No fue, pues, casual que, ya en ejercicio de la primera magistratura, por su iniciativa se fundaran el Colegio Militar y la Escuela Naval. Y que, como lo dijo el almirante Betbeder, correspondiere a aquél como presidente, "la gloria de haber iniciado la formación de una verdadera Marina de Guerra en una época de completa declinación en la que hasta el recuerdo de los días de Brown se hallaba oscurecido".

Sarmiento-Presidente procura en sus primeros pasos transgredir la diplomacia argentina, "*vanidosa, bisoña y desarmada*", según la certera expresión de Zeballos. Con su ministro Tejedor rectifican la renuencia ante el Brasil cuyas fuerzas como un acto de conquista prolongaban, unilateralmente, la ocupación del Paraguay y de la isla del Cerrito. Envía tropas a Villa Continental sobre el Chaco y ordena a Mitre que abandone las negociaciones en Asunción. Poco después, en 1872, Brasil, a pesar de las protestas de Sarmiento, viola el tratado de la Triple Alianza y firma por separado la paz con el Paraguay. Mientras, ha vuelto a ventilarse en Chile la disputa sobre límites. Sarmiento, que promoviera en los años del destierro una incalificable campaña a favor de los derechos de Chile sobre Magallanes, ahora se apresura a otorgar concesiones de tierra y propiedades en Santa Cruz y en la Isla de los Estados. Simultáneamente, organiza la creación de dos territorios nacionales: el de la Patagonia, que linda con el río Santa Cruz, y el de Magallanes, que se extiende desde ese río hasta la Tierra del Fuego.

¿Qué puede hacer el megalómano llamado Sarmiento que reduce toda la realidad a energía si sobre los seis años de su presidencia se abaten las plagas del Egipto? La guerra y la paz mal cerradas del Paraguay, el asesinato de Urquiza con los levantamientos de López Jordán, la fiebre amarilla, las invasiones de indios que se cuentan por centenas y, como epílogo, para colmo, la revolución de Mitre? Funda colegios nacionales, escuelas normales; inaugura el telégrafo entre Buenos Aires y Córdoba; acelera los trabajos del

ferrocarril de Córdoba a Tucumán y... entrega a los ingleses el Ferrocarril Oeste. Y también –otrosí digo– adquiere los famosos *Remington,* pone a precio la cabeza de López Jordán, multiplica los estados de sitio –mal que le pese al senador Nicasio Oroño– y consagra por bando la ley marcial.

Pero, en último análisis, este político a quien apasiona el poder, este empecinado capaz de los mayores atropellos, se declara insólitamente pacifista. Considera que la guerra debe desaparecer, como sucedió con la esclavitud. En su mensaje al Congreso a propósito de las dificultades pendientes con Brasil y Chile discurre en términos de ingenuo e insoportable principismo acerca de cuál sería la misión más gloriosa de América; y después de afirmar que desde el norte del continente "salió el principio de libertad", lanza como un tiro al aire esta pregunta sin respuesta posible: "¿por qué no podría salir de la América del Sur la supresión de la guerra en las relaciones recíprocas entre los nacientes Estados?"

Evocación y nostalgia

Para reconocerlo a Sarmiento evoquemos su fisonomía, su silueta, su ademán. He aquí al viejo Sarmiento, "el gran viejo de la patria", que escribe de pie su Oración a la Bandera. Tiene los ojos duros y las mejillas blandas y anchas orejas de Buda sabio; un cráneo de troglodita y una cabeza de beduino. Su cuerpo es curvilíneo, macizo, desgarbado. Viene desde su procerato borrascoso a medirse en esa ordalia póstuma con que, intensamente, lo acomete el tránsito y fuga de las generaciones.

Hay que desbastar a Sarmiento de sus demasías, sus tosquedades, sus obsesiones y sueños de la razón y devolverlo a la condición de hombre representativo de una época del tiempo argentino. Sonaría a falso que con la insípida indulgencia del Dr. Pangloss lo absolviéramos de sus culpas capitales, del daño probable o cierto que su paso por la vida pública nos infligió. Pero aunque estuviese demostrado que los errores tendenciales de Sarmiento contribuyeron a la deformación de la Argentina, no por eso dejaría de ser quien fue: "condensación más alta de una atmósfera de creencias, anhelos e impulsos generales". Entendamos de una vez que Sarmiento es tan nuestro como Rosas; y que las pasiones de Sarmiento se tejen con el telar y la tela de las acciones de Rosas. Si esto lo hubiésemos

comprendido, ellos en vida —y nosotros después— quizás otro fuera el rumbo de la nave argentina.

Es preciso que no insistamos en descubrir o redescubrir nuestra historia sólo con el ánimo de exhumar la otra versión de chivo emisario al cual le endilgaremos las responsabilidades del pasado en función de las del presente que, indeclinablemente, nos pertenecen. Procuremos desentrañar la verdad aunque duela y cueste descifrarla; no para impugnar los sepulcros blanqueados ni para arrojarla los unos contra los otros, sino para repasar juntos las deformaciones subsanables, desprender la lección de solidaridad —o la prueba de su ausencia— y discernir la empresa política pendiente.

MARCELO SANCHEZ SORONDO

UNA CEREMONIA MAGICA EN LA COMPOSICION DE "FACUNDO"

Civilización y barbarie; Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina, de Domingo Faustino Sarmiento, se abre con una "Introducción", cuyo párrafo primero avanza en tres núcleos hasta la denuncia política propuesta por el autor. [1]

> ¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! Tú posees el secreto: ¡revélanoslo! Diez años después de su trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: "¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡El vendrá!" —¡Cierto! Facundo no ha muerto: está vivo en las tradiciones populares, en la política y revoluciones argentinas: en Rosas, su heredero, su complemento; su alma ha pasado a este otro molde más acabado, más perfecto; y lo que en él era sólo instinto, iniciación, tendencia, convirtióse en Rosas en sistema, efecto y fin; la naturaleza campestre, colonial y bárbara, cambióse en esta metamorfosis en arte, en sistema y en política regular capaz de presentarse a la faz del mundo como el modo de ser de un pueblo encarnado en un hombre que ha aspirado a tomar los

[1] Las cifras se han tomado de Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*. Edición crítica y documentada. Prólogo de Alberto Palcos. La Plata (Rep. Argentina), Universidad Nacional de La Plata, 1938. Se han modernizado la ortografía y la puntuación.

> aires de un genio que domina los acontecimientos, los hombres y las cosas. Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión, y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo... (págs. 9-10).

En el núcleo inicial, la sombra de Facundo —equivalente al alma en la nominación popular argentina— es invocada por la primera persona del narrador. Habiendo aceptado la muerte del caudillo, recurre a este expediente en reclamo de una explicación de la vida social y las convulsiones que agitan a la Argentina. Esa alma es la poseedora del secreto; de ahí el imperativo con que se reclama su revelación. La exhortación romántica, de antiguo origen retórico, también es fiel a las ceremonias de las adivinas que el expositor pudo conocer en el ambiente cuyano en el cual pasó su infancia y su adolescencia. La invocación concilia así dos estímulos, uno literario y otro popular lugareño. El núcleo segundo informa sobre una situación histórica, recordando un hecho generalizado entre los hombres de la ciudad y entre los gauchos de los llanos: el rechazo de la muerte de Facundo. Esta actitud se relaciona con el desierto, morada simbólica del caudillo, y se confirma en la serie de exclamaciones corroborantes, atribuidas a los viajeros: la negación del asesinato, la afirmación de que Quiroga sigue vivo y la constancia de su retorno. El tercer núcleo se apoya en las ideas comunales para adelantar la tesis sarmientina con el esbozo de la relación Quiroga-Rosas, que demostrarán los capítulos del libro. Sobre las constantes populares y políticas, el autor insiste en que su requisitoria se dirigirá en instancia final a Rosas, heredero y complemento de Facundo; la clave del conflicto denunciado está en el maquiavélico gobernador de Buenos Aires. En el trasvasamiento de uno a otro caudillo la barbarie se ha perfeccionado, pasando de lo instintivo a lo sistemático. Juan Manuel de Rosas, condicionado por las tensiones entre ciudad y provincia, política organizada y barbarie colonial, se diferencia esencialmente de Facundo en que ejerce el mal sin pasión.

El acto mágico que está en el origen de la invocación sostiene el avance del texto: éste no se desprende de las referencias populares que aseguran la validez de las informaciones primeras. En el proceso sarmientino, Facundo continúa siendo el medio de comunicación con el misterio de Rosas, y también con su grandeza. El

predicado último se refuerza en relación con la desventura del país: "grande y muy grande es para gloria y vergüenza de la patria" (p. 10).

Las caracterizaciones de Rosas, personaje excepcional en la dimensión de sus crímenes, desembocan en el símil mitológico de la tarea emprendida por el denunciante, enfrentado al "monstruo que nos propone el enigma de la organización política de la República": "Un día vendrá, al fin, que lo resuelvan; y el Esfinge argentino, mitad mujer por lo cobarde, mitad tigre por lo sanguinario, morirá a sus plantas, dando a la Tebas del Plata el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo" (p. 10). El anunciado Edipo es el autor de *Facundo;* si la revelación del misterio concluirá con el monstruo devorador, también comprometerá a quien resuelva su clave; al salvador de la Tebas del Plata lo aguarda un destino trágico, que él mismo no se atreve a predecir.

Junto al planteo simbólico de la función asumida por el expositor, se ansía una investigación científica de la sociedad nacional, apoyada en el conocimiento hondo de las teorías filosóficas e históricas. El arquetipo propuesto es el estudioso francés que caracterizó la democracia de los Estados Unidos del Norte: "A la América del Sud en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que (...) viniera a penetrar en el interior de nuestra vida pública, como en campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia..." (p. 11). Misión destinada a descubrir a los europeos, en especial a los franceses, la originalidad social de la Argentina, "este nuevo modo de ser que no tiene antecedentes bien marcados y conocidos" (p. 11). El método de esa investigación ideal explicaría "el misterio" de la lucha que destroza a la república: clasificaría los elementos contrarios enfrentados: asignaría su parte a "la configuración del terreno, y los hábitos que ella engendra; su parte a las tradiciones españolas, y a la conciencia nacional, plebeya, que han dejado la Inquisición y el absolutismo hispano; su parte a la influencia de las ideas opuestas que han trastornado el mundo político; su parte a la barbarie indígena; su parte a la civilización europea; su parte, en fin, a la democracia consagrada por la revolución de 1810..." (pp. 11-12).

El autor de *Facundo* reconoce no estar todavía en estado de hacer ese estudio, por "falta de instrucción filosófica e histórica"; este distingo señala sus distancias con respecto al tratado de Alexis de Tocqueville, de cuyo plan abarcador acepta algunos principios.

A las diferencias de formación científica entre Tocqueville y Sarmiento se suman los puntos de vista divergentes con que cada uno sitúa sus reflexiones. El observador de los Estados Unidos estudió los fenómenos democráticos con la seguridad de su perspectiva europea, desenvuelta por una escritura controlada; Tocqueville no se compromete con los hechos descritos, por mucho que lo entusiasmaran sus resultados. Sarmiento se sitúa en la lucha, declarando de entrada su antirrosismo; su defensa de la civilización no toma distancia ni con respecto a sus opositores, ni en relación consigo mismo. Aunque el expositor buscara un sistema demostrativo, sus impulsos personalísimos lo abren, modifican y contradicen al calor de una mentalidad sudamericana que abarca las notas discordes de un fenómeno incomprensible para los europeos. La audiencia y la asunción de lo popular, hasta en sus manifestaciones sobrenaturales, será uno de los vehículos de la realidad argentina desplegada por el apasionamiento sarmientino.

Rosas es la clave del "enigma" que el texto trata de alcanzar a través de la trayectoria de Quiroga; Tocqueville, el modelo inalcanzable de un método de investigación que Sarmiento desfigura al calor de sus emociones. Atraído por esos dos polos, el autor procura su sistema; para conseguirlo, contradice y desmesura las referencias ilustrativas, según lo revelan las equilibradas observaciones de Valentín Alsina (pp. 364-426). En los tanteos sistematizadores vuelven las consideraciones de origen popular recogidas por la "Introducción"; pasajes del texto reiteran la relación con el alma de Facundo invocada imperativamente en adelanto de todo el libro.

El capítulo II, "Originalidad y caracteres argentinos" (pp. 57-63), muestra al autor muy leal a temas que ilustran la "lucha imponente en América", alimento inexcusable de la originalidad expresiva: "Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandes escenas naturales, y sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia" (p. 47). Para comprender esa sociedad en batalla, oye las voces de los opositores y las suma a la suya; de esta amplitud surge su atención a las versiones populares, tan reveladoras como las que formula desde su posición de civilizador a la europea. Los arquetipos de la vida rural argentina —"El rastreador", "El baqueano", "El gaucho malo" y "El cantor"— incorporan al texto rasgos de las tradiciones lugareñas que manifiestan

elementos del misterio; tales datos coinciden con los estímulos de la poesía, tan natural en el hombre como el sentimiento religioso. El poeta "necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal" (p. 49). El escritor Sarmiento pudo expresarse por la incitación del desierto y la barbarie; por los espectáculos y los hombres que movían su imaginación y le hacían debilitar sus resguardos de civilizador. La realidad mágica de la América del Sur lo estremeció hondamente en la composición de *Facundo.*

El entusiasmo frente a lo que escapa de lo vulgar aparece en las versiones que reconstruyen con mente apasionada la vida íntima de Juan Facundo Quiroga. El capítulo V (pp. 89-102) comienza con una anécdota desarrollada por un narrador omnisciente, sobre el recurso de la suspensión. El lugar es un "dilatado desierto" entre las ciudades de San Luis y San Juan, yermo que por la falta completa de agua recibe el nombre de *travesía;* el protagonista, un gaucho prófugo, que huye a pie y con la montura de su caballo al hombro; el contendente, un tigre *cebado* en la caza de hombres —la fiera y el hombre en disputa por el dominio de la naturaleza. "La extraña escena", según se la clasifica, se centra en el enfrentamiento del gaucho y el tigre; el primero encuentra refugio en la copa de "un pequeño algarrobo", donde pasa dos horas mortales, fascinado por la mirada sanguinaria del carnicero, inmóvil a la espera de que ceda el acosado; esta tensión es rota por la llegada de dos amigos del prófugo. El final de la "escena" se concreta con rapidez decisiva: "La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía, lo traspasó el que iba a ser su víctima. 'Entonces supe lo que era tener miedo', decía el general D. Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso" (p. 91). El escritor ha trasladado el hecho al nivel de su escritura, pero en el cierre del mismo deja la voz al protagonista, confirmando que el narrador ha sido sólo el intérprete de ese recuerdo personalísimo. Esta consustanciación se repite en numerosos episodios de la vida de Facundo, como si el autor afirmara su absorción del alma del héroe maldito.

Los símbolos concentrados en la anécdota inicial del capítulo V apoyan la definición abierta por el párrafo siguiente, en que la

intención sistemática sostiene el comentario: "También a él le llamaron *Tigre de los Llanos*, y no le sentaba mal esta denominación a fe. La frenología y la anatomía comparada, han demostrado en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales, entre la fisonomía del hombre y la de algunos animales a quienes se asemeja en su carácter" (p. 91).

El paso de la anécdota decisiva, casi siempre de origen popular, a la explicación psicológica, sociológica o histórica, es característico del capítulo V. En su desarrollo abundan las preguntas (pp. 93, 94, 95, 101); otras tantas llamadas de atención a los lectores, para que éstos se consustancien con el protagonista y comprendan los juicios del evocador: "Facundo es un tipo de barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género": "en todos sus actos mostrábase el hombre gestial aún, sin ser por eso estúpido, y sin carecer de elevación de miras" (p. 100).

El resumen de la vida privada de Quiroga engloba los hechos ilustrativos de ese carácter y los instala en la aceptación popular: "al paso que descubren un hombre superior, han servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre hombres groseros, que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales" (p. 102). El balanceo valorativo —"hombre superior", "hombres groseros"— ilustra las tensiones entre las cuales se mueve el expositor, atraído y rechazado alternativamente por su personaje. El procedimiento contrapuntístico se debilita en los apartados que comentan las campañas militares de Quiroga, y reaparece en el capítulo XIII, "¡Barranca Yaco!", intensificando la compenetración del narrador con su protagonista. Ya no son únicamente los sucesos, sino la urgencia por penetrar el pensamiento del héroe frente a la situación clave de su destino. Estos elementos prolongan la solicitud de la exhortación de apertura.

Al ir adentrándose en el espíritu de Facundo, Sarmiento se siente cerca del destino último de su texto: la revelación del enigma de Rosas en relación con la sociedad argentina. Lo prueban las diferencias de actitudes frente a los dos caudillos. Al presentar a Rosas, el autor busca el enfriamiento de su pasión para encontrar el tono acusador adecuado al maquiavelismo de su oponente. Lo certifican los capítulos que cierran el libro, "Gobierno unitario" y "Presente y porvenir" (pp. 251-307).

El desarrollo complejo de *Facundo*, adelantado por la "Intro-

ducción", se impone en las identificaciones asumidas por el autor. Por una parte la relación Quiroga-Rosas; por la otra, Tocqueville-Sarmiento; a través de esas relaciones surge el sistema flexible que gira sobre la antítesis civilización-barbarie. El autor ha tomado partido antes de desenvolver sus explicaciones: está con la civilización europea, pero trata de comprender la barbarie americana, con todos los rasgos de fatalismo impuestos por el desierto nacional. Su responsabilidad se prolonga hasta las consecuencias últimas: tenía que proponer su tesis como un arma de ataque y una exaltación del poder del periodismo.

A pesar de la parcialidad con que van avanzando las demostraciones,el texto no acalla la fascinación que le producen al autor los protagonistas de su ataque: Quiroga más que Rosas. Este movimiento de adhesión radica en el hecho de reconocer en ambos aspectos esenciales de la vida argentina y por tanto elementos de los cuales no escapa la configuración moral del decidido acusador. Con tal conciencia sumo a los predicados de su personalidad los de sus contendentes ideológicos. La originalidad de la interpretación sarmientina crece de un planteo nuevo en las versiones de la actualidad hispanoamericana.

Si la busca de la expresión del Nuevo Mundo se ha dado como duelo entre europeísmo y americanismo, los dos libros centrales del destierro chileno de Sarmiento —*Facundo y Recuerdos de Provincia*— ejemplifican de manera apasionada una solución de ese conflicto. A pesar de la invocada relación con Tocqueville, el denunciante de *Facundo* sabía que sus pasiones lo distanciaban hondamente del historiador francés. Ajeno a las posibilidades de un método objetivo, el argentino abrió su sistema en relación con los hechos expuestos y sus actores; por esta apertura, muchas conclusiones aparecen superpuestas a los sucesos que comentan: pero no son niveles de la escritura alternantes en el texto; se mezclan, se entretejen y se confunden. Este tipo de desarrollo impide reducir las antinomias a términos extremos.

En los planos abiertos por ese precipitado trabajo, según lo clasificó su autor, se reconoce el enriquecimiento de las dos partes de la división propuesta: "la una en que trazo el terreno, el paisaje, el teatro sobre que va a representarse la escena; la otra en que aparece el personaje con su traje, sus ideas, su sistema de obrar; de manera que la primera está ya revelando a la segunda sin necesidad de comentarios ni explicaciones" (p. 22). En quien fue admi-

rador entusiasta de los dramas románticos, no es fortuita la comparación con el teatro; el valor representacional de los hechos se juega en los antagonismos humanos elevados sobre un escenario condicionante. Las distintas voces que se oyen en ese drama han luchado antes en la conciencia agitada de su creador; para compenetrarse con su causa, debió elevarlas a un nivel de grandeza que solicita su deslumbramiento emotivo sin cuestionar su compromiso ideológico.

JUAN CARLOS GHIANO

Universidad de La Plata.

SARMIENTO Y CHILE

Hizo Sarmiento varios viajes a Chile. Uno primero de muy joven, del que casi no hay rastros. Otro el de su primer exilio, que comenzó en Los Andes donde se desempeñó como maestro de escuela, pasó después a Pocuro donde instaló un bodegón, y terminó como minero en El Chañarcillo. Estos dos viajes intereran más a su biografía humana que a su condición de hombre público. Fueron muy oscuras sus ocupaciones y sólo le sirvieron para sobrevivir y enriquecer su experiencia vital, moldearse a la aventura y a la lucha en oficios menudos y duros, conocer el infortunio del ostracismo. Es sólo en el tercer viaje, el de su segundo exilio, emprendido en 1841, donde aparece Sarmiento en la vida pública chilena.

Su iniciación es curiosa. Llega pobre y desconocido porque nadie recordaba sus peripecias políticas en San Juan salvo los comprovincianos. Lo escrito en el diario que fundó en su terruño, llamado "*El Zonda*", había sido barrido por otro zonda más poderoso y temible, el de nuestras guerras civiles. Venía a Chile corrido por las derrotas, más pobre de lo que siempre fue, porque entonces nada tenía, con pocos amigos de posición a quienes acudir, los más exiliados también y tan apretados como él de recursos. Para otro, ésas hubieran sido razones para reducirse por un tiempo a una existencia quieta, buscando en algún trabajo modesto un medio seguro de subsistencia. Sarmiento prefiere el ensayo audaz.

Obtiene de *El Mercurio* la publicación de su famoso artículo sobre la batalla de Chacabuco, un esfuerzo por levantar en Chile la memoria de San Martín, olvidada o escarnecida desde la caída de sus amigos políticos, O'Higgins el primero de ellos. El artículo era polémico. Punto de polémica había sido, 20 años antes, la gestión de San Martín en Chile y en Perú, y el recuerdo de El Libertador aparecía bastante confuso, por cierto. Había escuelas en Chile en

las que se enseñaba que el vencedor de Maipú era Manuel Rodríguez. No obstante, el llamado de Sarmiento a la gratitud de los chilenos despertó en algunos sentimientos nobles. El artículo resultó aplaudido y el autor quedó consagrado. Mejor que consagrado: consiguió con él, en *El Mercurio,* el empleo de redactor permanente, del que empezó a vivir.

Quizás este primer golpe maestro lo estimuló a expresarse con franqueza. Si no había sido imprudencia recordar el paso de Los Andes por el Ejército Argentino y los servicios que había prestado a Chile, lo fue sin duda la olvidadiza atención en que tuvo a la sensibilidad de sus naturales. Pero Sarmiento entendía poco de fronteras en punto a pensamiento, y aún en punto a soberanía, y no creía tampoco que los sentimientos nacionales fueran en todos los casos, por ser nacionales, siempre respetables. Aludía a veces a las cosas de Chile de modo que molestaba. Decía por ejemplo, muy suelto de cuerpo: "En ningún estado de Sudamérica hay un espíritu nacional más peludo, más hediondo, más monstruosamente abultado que en la República de Chile". En otra ocasión se refirió a una "especie de encogimiento y cierta pereza de espíritu de la juventud chilena". Y así, de tanto en tanto, aparecían en sus colaboraciones observaciones y juicios arriesgados para un extranjero.

Pero, es claro, Sarmiento no se sentía extranjero. Pensaba y sentía, como los hombres de la independencia, en americano. Tenía la idea de que estas provincias de la monarquía española se habían sublevado ante todo contra un régimen de gobierno, contra un sistema político, sólo para darse otro más liberal. Y actuaba como si esas provincias aún no fueran naciones. En todas se comportaba como en su propia casa, con el desparpajo de quien está en familia. Fuera de su país no escondía sus males; le hubiera parecido una hipocresía fútil. A veces decía "nosotros", hablando de los chilenos. Era naturalmente una necesidad periodística en artículos anónimos que publicaba un diario chileno. Pero lo decía con perfecta naturalidad, y su interés por las cosas de ese país era tan vivo como el de cualquiera de sus hijos. Es notable observar, en quien dedicó con pasión su vida a su patria, esta misma pasión por una patria que no era suya.

Semejante confusión de nacionalidades no fue del todo entendida. Empezaron entonces algunas críticas que al principio recayeron sobre las ideas de Sarmiento, sobre sus afanes de reformas. que chocaban con una sociedad conservadora pero que, poco a poco,

a medida que se trabaron las discusiones, empezaron a develar su fondo, a alcanzar a la persona de Sarmiento y a la nacionalidad argentina. En el debate que sostuvo con Bello y con su discípulo José María Núñez sobre cuestiones de idioma, que diríamos académico por naturaleza, comenzaron a vérsele las patas a la sota. Bello le deja caer a Sarmiento como al descuido: "En un pueblo americano, otro tiempo tan ilustre, en cuyos periódicos se va degenerando el español en un dialecto español-gálico...". Desde luego el pueblo que había dejado de ser ilustre era el argentino. Sarmiento contestó con una fuerte andanada, y Bello que no tenía gusto ni temperamento para las discusiones embravecidas, se retiró del combate. Pero dejó a su discípulo Núñez, quien lanza a Sarmiento la bruta parola: le endilga "haber ofendido el honor nacional siendo extranjero". Sarmiento se asombra; no entiende nada sobre esto del honor nacional en asuntos literarios. Menos concibe lo de extranjero, él que se creía un connatural en Chile. Pero no escarmienta. Sigue dejando andar su pensamiento tan espontáneo como en rueda de íntimos, y no advierte las resistencias que va levantando, o si las advierte no puede creer que sean serias. Así se traba la otra polémica, la de la cuestión literaria, donde cada vez más claramente se perciben los recelos contra los emigrados argentinos.

Y a esa sigue otra más, la que no tardó en anudarse con José Joaquín Vallejo, quien firmaba Jotabeche. Jotabeche, aunque contaba con muchos amigos argentinos —su seudónimo eran las iniciales de Juan Bautista Chenaud, coronel de nuestro ejército exiliado en Chile— de todos modos la emprendió sin rodeos contra los argentinos. Era un escritor liviano pero ingenioso y sutil. Tuvo el éxito de sacar a Sarmiento de sus casillas. Aunque por la fama del prócer puede pensarse que éste era un éxito fácil, quizás no lo fuera tanto. Bien que irritable y de arranques bruscos, Sarmiento sabía a la vez dar a sus arrebatos la expresión perfecta. Pero en esta ocasión, cuando Vallejo le dice que no se ha encontrado en la Argentina el hombre de valor civil suficiente para empuñar el puñal que acabe con el tirano que la oprime, Sarmiento se ofusca. No advierte que esto era o una astracanada, o una artimaña para cuestionar lo incuestionable. Y muy a lo serio recuerda que Jotabeche nunca desenvainó la espada: que los exiliados son legión y que casi todos vienen del último campo de batalla posible. Más sereno hubiera contestado con una sonrisa. De exceso de valor civil y del uso inmoderado del puñal la Argentina

padecía hacía 25 años y habría de padecer muchos más; si es que todavía de ello no padecemos, habiendo sustituido sólo el puñal.

Escritores chilenos han descripto ese ambiente en el que se desenvolvieron las polémicas de Sarmiento. Dice Guillermo Guerra, en su biografía premiada, que: "la lucha no provenía sin duda alguna de la cuestión de ideas literarias, en la cual los contendores estaban casi de acuerdo, sino en las odiosidades que se habían producido entre la juventud aristocrática de Santiago, por una parte, mimada de la fortuna y envanecida por su ilustración y los emigrados por la otra, casi desconocidos, pero no menos arrogantes, que la igualaban en ilustración y la supeditaban en ideas de reforma".

Y cuenta Lastarria, testigo de estos lances y contendor a ratos de Sarmiento, —contendor hidalgo. Dice Lastarria hablando de los emigrados: "Las franquezas un poco grotescas de aquellos hombres de guerra les habían concitado la animadversión de todos los partidarios del orden, y como éstos eran los que aquí dirigen la opinión, pronto se levantó a propósito de la polémica literaria, una aversión general contra los argentinos, y la cuestión literaria tomó el carácter de cuestión nacional".

Y en otra parte: "Los escritores argentinos, es cierto, no hacían misterio de su superioridad, pero no es exacto que nos trataran con desdén, ni con provocaciones insultantes".

Y en otros párrafos: "Los argentinos, sin embargo, eran bien recibidos en la sociedad, aunque hacían frente con denuedo a la corriente, pues como siempre en estos odios de pueblo a pueblo, los individuos se escapan de esta aversión que pesa sobre el conjunto. Su ilustración, el desembarazo y elegancia de sus maneras, y su habitual franqueza, que contrastaba con la seriedad nacional, daba a su trato personal cierto encanto, y era frecuente expresar esta simpatía diciendo en elogio de alguno que "no parecía cuyano".

En clima tan inclemente Sarmiento tuvo el valor de defender a sus ideas, de defender a su patria de los ataques injustos, porque, fiel a si mismo ante todo, de los justos no la defendía, y finalmente hubo de defender a su persona. Alguien a quien había herido inadvertidamente levantó contra él cargos tremendos. Las calumnias tomaron cuerpo. Se le imputó deshonestidades en el manejo de los dineros de una colecta. Le llamaron gaucho inculto, de oscuro origen. Le reprocharon, ya entonces, su ingratitud con Chile. Sarmiento replicó con el folleto llamado *Mi Defensa* y, más adelante, relató en *Recuerdos de Provincia,* para salvar su buen nombre, su vida en

San Juan, sus orígenes familiares, sus intervenciones de joven en la política de la provincia, y sus andanzas por Chile.

De aquellos cargos nada ha quedado en pie. Si reproche fue para la época y para su estilo aristocrático, lo del oscuro origen, Sarmiento mismo y la historia después lo desvanecieron. Sarmiento no era hijo de un arriero como se dijo. Era de familia pobrísima pero bien emparentada y ella misma de las principales de San Juan. Los padres de Sarmiento habían venido a pobres, pero no a menos. Mantenían relaciones familiares y sociales con los Albarracín y los Oro, y toda la primera gente de San Juan. Por eso era la pretensión de don Clemente de criar a su hijo como un señorito, sin que sus manos tocaran una azada; pretensión que alcanzó pero no sin librarlo de tener que tomar después, ya de hombre, herramientas más humildes.

A lo de gaucho inculto, que habría sido hasta que traspuso la Cordillera, contestó él mismo en estos términos: "Así preparado presentéme en Chile en 1841, maduro puedo decir, por los años, el estudio y la reflexión, y los escritos que la prensa ponía a mi vista me hicieron creer desde luego que los hombres que habían recibido una educación ordenada no habían atesorado mayor número de conocimientos ni masticándolos más despacio. No al principio de mi carrera de escritor, sino más tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desdén por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colegios participaban. Yo preguntaría hoy, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del Seminario, si habían hecho realmente estudios más serios que yo. También a mi querían embaucarme con sus seis años de Instituto Nacional? Pues qué! No sé yo, hoy examinador universitario, lo que en los colegios se enseña?"

No era un gaucho inculto. No podía serlo, sin mengua para Chile, aquél que lo había deslumbrado con su primer artículo, escrito apenas instalado en Santiago. Era a lo sumo un gaucho autodidacta.

Mirando a Sarmiento combatir, injuriar, arremeter contra los valores entendidos y atacar con saña a quienes le salían al cruce, algunos han podido pensar que sólo el rencor inspiraba estos excesos. Pero también de este cargo ha quedado redimido. Lastarria lo hizo por anticipado en frase sintética: "Sarmiento era valiente y por lo tanto generoso". Efectivamente no es pasión de valientes ni de generosos, el rencor. De los valientes nó porque lo sacian y se olvidan, y de los generosos tampoco porque no lo sienten.

Lejos de ser rencoroso, Sarmiento era de una mala memoria

estupenda para los agravios que infería y para los que recibía. Dice en un arrebato insensato en plena guerra con el Paraguay: "Hay que borrar de la faz de la tierra a esa abominable raza guaraní", y años después enfermo y viejo elige al Paraguay para ir a morir. Los paraguayos, que por óptimos en la pelea son rápidos para olvidar, reciben a este apocalíptico ex-Presidente con los brazos abiertos, le brindan hospitalidad completa y le regalan la casa donde pasó sus últimos días.

Se encuentra con don Bernardo de Irigoyen después del terremoto de Mendoza. Ambos estaban haciendo una colecta para las víctimas. Don Bernardo había sido diplomático de Rosas en Chile precisamente cuando Sarmiento era el exiliado número uno de Rosas en Chile. Según las mentas, además, don Bernardo había escrito el artículo donde se le llamaba a Sarmiento "traidor a la patria" por su intervención en favor de Chile en la cuestión del Estrecho de Magallanes. Pues bien, ¿qué se le ocurre a Sarmiento?, abalanzarse sobre Bernardo y en medio de un gran abrazo espetarle: "Era necesaria esta catástrofe para que nosotros nos reconciliásemos". Y se reconciliaron.

A Alberdi le dice: "Conejo, cara y alma de conejo, voy a descender a decir inmundicias de usted". Con Alberdi también se reconcilia.

Sarmiento se hubiera reconciliado con el mismísimo Rosas si la oportunidad se hubiera presentado. De estos movimientos generosos de su alma con el enemigo de la víspera proviene la frase magnánima, en la que advierte a los jóvenes que no todo lo escrito contra Quiroga debe tomarse al pie de la letra.

Por esta capacidad de olvido y por esta incapacidad substancial para el rencor es un personaje nieztchiano. Nieztche decía pensando en su superhombre que la condición de la vida plena es la facilidad para el olvido, porque en la vida, que es un cambio y fluir constante la memoria hace de peso y registro muerto. La memoria de Sarmiento es la indispensable para que la inteligencia funcione, casi puramente intelectual, hecha de acopio de datos, pero no aquella que nos renueva incansablemente las experiencias vividas y las vivencias idas; su memoria no lo encadena al pasado, no lo encona con quienes lo insultaron o lo humillaron, ni le recuerda a cada paso sus grandes dolores, de modo de acobardarlo.

Por eso, de tantos episodios tristes vividos en Chile, hasta agresiones personales, nada queda en su espíritu. Vuelve a Chile una y otra vez animado por el recuerdo de los amigos que lo han ayudado

y estimulado en sus luchas, lleno de gratitud por esa tierra, como si de ella sólo hubiera recibido bienes. Y es lógico que sea así: Para Sarmiento, militante de la vida chilena y de su política, los sinsabores y halagos recibidos van en la misma cuenta. Tiene sin embargo, cambiante e impulsivo como es, ratos de amargura belicosa. En uno de ellos lo encuentra Vicuña Mackenna cuando lo conoce en Buenos Aires en 1855, de vuelta del exilio, y escribe sobre él estas palabras desabridas: "El señor Sarmiento nos recibió con gran cordialidad y habló de Chile con todo el enojo de sus desengaños y de sus servicios desconocidos, de su laboriosa dirección no remunerada de la Escuela Normal, de su redacción independiente de El Progreso, de su viaje a Europa, de sus servicios militares estratégicos y literarios el 20 de abril, porque él se batió en La Alameda, él redactó la primera proclama en La Moneda y puso en ella "Hay del que se olvida su deber", que dejó de lado a Santiago aquella mañana, y él propuso en fin abastecer de carne La Moneda para una semana, esto es traer el matadero público de Llano para defenderse sin duda a fuerza de huachalomos y de malayas... y siguió después hablando y soltando hondas quejas y reproches de grueso calibre y sátiras amargas contra los hombres de la política que él había servido, y nosotros lo dejábamos hablar porque había escrito todo esto en los diarios de Buenos Aires y pues nos pedía que lo contásemos nosotros a nuestra vez, vehemente como aquel día en que (y aquí Vicuña transcribe un párrafo de Sarmiento) "su exasperación tocó en el delirio, cuando estaba frenético, demente, y concibió la idea sublime de desacierto de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame, y cargó sus pistolas y aguardó que estallase la mina que debía volarse a sí mismo". Alude con ello Vicuña, siguiendo el propio relato de Sarmiento, a uno de sus raptos de ira y de coraje. Un día, desesperado por las acometidas que enfrentaba en Chile, resuelve publicar un artículo final, como un último desahogo. Va a la imprenta, deja los papeles al tipógrafo, carga sus pistolas, como después contó, decidido a todo, así el suicidio si fuera preciso. El tipógrafo, que lee el brulote, se alarma. Advierte a un amigo de Sarmiento y éste a Manuel Montt. Entre los dos lo calman, y lo suavizan con mil precauciones y gestos. Finalmente el artículo *in artículo mortis*— no se publicó.

Sin embargo, este mismo hombre, a quien describe Vicuña Mackenna, vociferando y gesticulando contra Chile, ha de volver a Chile por dos veces más. En una de ellas trayendo una misión diplo-

mática que le encarga Mitre, en la que se excede en sus atribuciones y contraría instrucciones diplomáticas casi expresas, por solidaridad con Chile en el conflicto frente a España. En esa gestión le ocurrió el divertido episodio conocido. Presenta credenciales y, en el discurso de protocolo, saliendo de formas, aprovecha para lanzar un llamado a los países americanos contra España. El Presidente chileno, interesado directo en el asunto porque tocaba a su patria, que ella sí estaba en guerra, contesta con medida y circunspección y no recoge nada de la fogosa proclama de Sarmiento. Sarmiento, empero, sale encantado. Por cierto que ya estaría olvidado de lo escrito en Buenos Aires y de lo dicho a Vicuña Mackenna, con encargo de que lo repitiera en Santiago; nada pesaba en su espíritu, sino la carga que llevaba siempre sin esfuerzo y con regocijo: la de la gratitud.

De ahí la suprema injusticia del cargo que más se quiere hacer gravitar contra su memoria entre los chilenos. El de ingrato, "traidor a la tierra que lo acogió" como dijo alguien en *El Mercurio*.* La acusación se apoya en la intervención de Sarmineto como Presidente de la República cuando la adhesión de la dipomacia argentina al tratado de Alianza con Perú y Bolivia. Esta negociación transcurrió en 1873. Bolivia y Perú habían firmado un pacto secreto de ayuda recíproca para caso de agresión por un tercer estado. Perú gestionó la adhesión argentina. A Perú y Bolivia inquietaba una posible guerra con Chile y entendían que la Argentina debía estar también interesada en precaverse, porque el conflicto de límites se había agudizado gravemente. Carlos Tejedor, Ministro de Relaciones Exteriores de Sarmiento, llevó las negociaciones en forma directa con el plenipotenciario peruano, y aconsejó la firma de un pacto defensivo. Sarmiento lo remitió al Congreso para su consideración. Fue aprobado en diputados, pero rechazado en el Senado, de suerte que la alianza no alcanzó a pactarse entre las tres naciones. Quedó vigente solo para Bolivia y Perú, que habrían de sostener unidas la guerra del Pacífico.

Para algunos publicistas chilenos esta gestión de Sarmiento, como Presidente de su patria, constituye delito de lesa patria contra Chile. Bastaría con preguntar, para destruir la acusación, cuál era la tierra de Sarmiento, de qué país era Presidente, con quiénes tenía deberes, qué Constitución había jurado y a qué patria debía lealtad. Pero es más. Se ha presentado este pacto como enderezado contra

* Jorge Inostrosa.

Chile. No hay tal. El pacto en su letra, y sobre todo en el espíritu de los negociadores argentinos, como la correspondencia diplomática de la época lo demuestra, era estrictamente defensivo. No jugaba el compromiso de ayuda recíproca sino en caso de agresión, y Tejedor se esforzó en precisar y definir los casos de agresión posibles para que la Argentina no se viera envuelta en una guerra injusta. Ninguna de sus estipulaciones hería el interés chileno. Todas estaban encaminadas tan solo a resguardarse contra algún ataque a cualquiera de las partes contratantes. Como tal lo envió Sarmiento al Congreso. Dice además Belin Sarmiento, su nieto, que no lo acompañó del mensaje habitual con que va todo proyecto de ley del Ejecutivo al Congreso, es decir el que aconseja su aprobación. Explica que Sarmiento lo hizo porque, acusado en la Argentina de ver con excesiva simpatía el interés chileno, no quería rechazar por si mismo el pacto ni prestarle tampoco su asentimiento. De esta afirmación no existen documentos probatorios. Las sesiones de diputados y senadores fueron secretas y se mantienen secretas. El mensaje, si lo hubo, no se ha conocido. De todos modos la gestión de Sarmiento no podía vulnerar los intereses legítimos de Chile, ni tenía tampoco el Presidente de los argentinos más deberes que con ellos.

Deformado este mismo asunto se ha sostenido que, después de dejar la presidencia, Sarmiento puso todo su empeño en obtener del Congreso la rectificación del voto contra el pacto. Esto es manifiestamente contrario a los hechos. Sarmiento, cuando deja la presidencia y puede expresar sin reservas sus opiniones, emprende una campaña periodística tenaz en favor del arreglo pacífico y amistoso de los problemas limítrofes. La campaña le cuesta disgustos serios. Se le grita achilenado, lo que no era poco en un país al borde de la guerra. Se le recuerdan los artículos sobre los derechos chilenos al estrecho de Magallanes. Se enfrenta con amigos como Félix Frías, ex-ministro plenipotenciario en Santiago durante su presidencia, y compañero de luchas políticas de toda la vida. Se enoja con el mundo entero cuando las cámaras argentinas rechazan por favorable a Chile el arreglo entre Fierro y Sarratea. Se conmueve por la misión Balmaceda que venía precisamente a obtener de la Argentina su neutralidad en la guerra del Pacífico. Y se enciende de indignación contra los argentinos que quieren nuestra intervención en favor del Perú y Bolivia.

No por nada cuando hace su quinto viaje, en 1884, concluida

la guerra del Pacífico, Chile le brinda recepción brillante, cordial y hasta como enternecida, con este joven díscolo que tanto lo había atormentado veinte años antes y que volvía de viejo, por su gusto y voluntad, a recordar los buenos golpes cambiados y el buen tiempo vivido. Este fue su última visita a Chile, que lo despidió con cariñosa y reverente amistad.

Si recapitulando ahora, y para terminar, nos preguntamos sobre las razones de los infortunios de la vida de Sarmiento en Chile, sobre la singular condición de su temperamento, que le creó afectos desinteresados, generosos y tolerantes, como el de Manuel Montt, e inquinas tan hondas como para querer enlodarlo y anularlo por la calumnia, si nos decimos porqué este asendereado destino suyo lo han de sufrir hasta sus monumentos en Santiago, seguramente se nos contestará como se contestaba en el viejo tiempo: "Y güeno, son cosas de Sarmiento". Pero, ¿qué fue de Sarmiento en Chile? Una explicación hay sobre los motivos de sus momentos de desesperación y de euforia en su vida chilena, el fastidio con que a ratos miró a ese país y el cariño de fondo que siempre le guardó y al que siempre volvía, así como el odio con que no pocas veces Chile lo agravió: Sarmiento era la quintaesencia del argentino. Prescindamos por esta vez de sus doctrinas políticas que no pueden apartar irremediablemente a sus adversarios de la admiración de su genio, y tratemos de ver a Sarmiento en la hondura de su ser.

Sarmiento en sí mismo, en su alma, en su persona, —su obra de más talento y la única que tuvo paciencia para perfeccionar— Sarmiento es el retrato y a veces la caricatura del argentino tipo, tal como podrían ser del español las dos figuras que unidas y contrapuestas dan la figura del español eterno, el Quijote y Sancho. Sarmiento resume todas las cualidades del carácter nacional y tiene hasta el absurdo los defectos de sus cualidades. Es de una fanfarronería insoportable, si no fuera graciosa, la que le nace por veces de la seguridad en su valer y poder presentes y otras sencillamente de una seguridad mayor en su valer y poder futuros. Así en el apogeo de Rosas y cuando todavía no había pasado de escritor distinguido ni salido de luchador derrotado, le anuncia lo que piensa realizar con la Argentina, él que ni pisarla podía, al otro que la mantenía en un puño. Acertó, sin embargo, ese día.

Es desafiante en el combate y no puede emprenderlo sin encrespar inútilmente al adversario, como si lo precisara embravecido

o como si le fuera menester embravecerse a sí mismo para herir o para matar. Cada una de sus batallas políticas viene precedida de bravatas despectivas, al modo del ejercicio de contrapunto antes del duelo a facón. Hubiese sido gaucho malo de saberlo manejar, y gaucho malo del periodismo lo llamaron. Su estilo de polemista era el de compadrón sublimado o sublime. Pega de frente con advertencia previa, y con advertencias mientras pega. Tanto le viene ello del ancestro hidalgo como del gusto juguetón del criollo por la bravuconada. Así se anuncia a López Jordán ametrallando el frente de la escuela de Rosario —defendida por nadie—, "para que vaya sabiendo la que se le viene", como aclaró después. Es impulsivo, irritable, nervioso, eléctrico como el clima, que al decir de Mitre, reina del lado argentino de la cordillera. Feliz se muestra porque —dice— me he ganado en Chile el derecho a hablar de mi persona. Chile no estaba igualmente feliz ni convencido del derecho que había otorgado.

Estos son algunos de los defectos de sus cualidades. Sus cualidades, en cambio, son tan ricas, extensas e inabarcables, como las pampas que configuran la patria. Y así como esas pampas ganan, en nuestra tierra, hasta las montañas mismas, así Sarmiento, tallado como un montañés, está penetrado esencialmente de la pampa y de su genio. Por eso la intuye y la puede describir como ninguno en el *Facundo*, sin conocerla aún. Se pinta, también, a sí mismo en su *Facundo*: Facundo es él, porque Sarmiento atávicamente era un gaucho, solo que progresista. Vélez Sársfield, con penetración cordobesa llama *El Facundo, El Sarmiento. Sarmiento* es eso, el individuo de la pampa. El individuo al que la naturaleza no impuso límites, y al que le dio como riqueza infinita la libertad de ser lo que quisiera.

Sarmiento tiene del habitante de la llanura, él en grado eminente, todo lo que hace reconocible y distinto al carácter nacional argentino. Sarmiento y el argentino tienen del gaucho el individualismo casi salvaje, la capacidad para bastarse a sí mismo, el sentimiento de la propia fuerza, el valor personal constante y siempre pronto, la mano generosa, ancha y abierta hasta el despilfarro —y no porque todo lo tenga sino porque todo cree poderlo—, la independencia que a nada se ata, y que está siempre lista para la rebeldía, vicio o virtud —según se lo mire— del nómade, el gusto y la condición de sentirse a sus anchas en la grandeza, el desdén por las minucias, la energía vigorosa, aunque inconstante, el empuje para aco-

meter, bien que no siempre la paciencia para proseguir, la indisciplina fecunda del que a cada instante va creando su vida abriéndole campos nuevos y descubriéndole tierras vírgenes, la confianza del rico, aún en la pobreza, y con la despreocupación inconsciente para rodar, el nervio rápido para salir parado.

RICARDO ALBERTO PAZ

VALORACION BIBLIOGRAFICA DE LA OBRA JURIDICA DE SARMIENTO

Los estudios sistemáticos sobre la versación jurídica de Sarmiento no son frecuentes. Si bien en vida se le reconoció autoridad en materia constitucional, no es menos cierto que le fue negada en términos duros por hombres de la talla de Juan Bautista Alberdi.

El ámbito que abarca este trabajo, está ceñido a aquellos que indagaron científicamente su labor en el campo del Derecho, interpretando su quehacer, buceando en las fuentes de su conocimiento y ordenando sus ideas.

Hago esta aclaración, pues, si bien algo se dice sobre el tema en múltiples obras sobre su vida, ello ha sido en forma superficial y a veces anecdótica.

En el sentido antes señalado, hemos de destacar la preocupación que puso en el tema a partir de 1928 el maestro Rafael Bielsa. En ese año publica un artículo en "La Prensa" que titula: "Ideas jurídico-políticas de Sarmiento", que luego amplía en su estudio "La política jurídica de Sarmiento", impreso en 1938 por la Universidad Nacional del Litoral en un tomo de homenaje al prócer con motivo del cincuentenario de su muerte.

Para Bielsa, Sarmiento no fue un filósofo jurista, sino un político del Derecho, señalando que la política jurídica tiene un objeto y un fin distinto de la filosofía jurídica y con mayor razón de la técnica jurídica.

Para el mencionado maestro, si bien no tuvo cultura jurídica, en el sentido de un conocimiento orgánico o sistemático de las instituciones del derecho, en sus *Comentarios*, es decir, en el tronco mismo del derecho público, ha discurrido, comparando y analizando las instituciones con admirable acierto e intuición.

Señala que los problemas de la técnica jurídica sólo los vislumbró Sarmiento al hablar del ejemplo norteamericano y que su ilus-

tración sobre derecho es muy general, criterio que, adelanto, no comparto, con el debido respeto que me merece la opinión del Dr. Bielsa.

Indica como fuentes de los *Comentarios de la Constitución* en donde había adquirido sus conocimientos, la Constitución norteamericana, la obra de Story y a Vivien, en sus *Estudios Administrativos.*

En verdad, estudiosos como el Dr. Orgaz y las investigaciones que venimos realizando desde hace casi treinta años, nos revelan que su cultura jurídica era mucho más amplia, con fuentes muy diversas, las que ya se habían puesto de manifiesto en sus primeros trabajos publicados en Chile a partir de 1841, cuando tenía 30 años de edad.

Los *Comentarios* los escribió y publicó en 1853, es decir, a los 42 años.

Bielsa afirma que en esta obra está ausente la técnica doctrinaria, mas no el sentido jurídico, ni la dialéctica, demostrando lo que postula. Dice que a su juicio sus conceptos o ideas centrales pueden resumirse así:

"1º La Constitución tiene fallas de política jurídica (él no emplea esta expresión, pero ella surge del sentido de su doctrina). El poder central debe obrar por sus agentes jurídicos, auténticos, y no por los llamados "agentes naturales" (los gobernadores). Sarmiento fustiga, por eso, el sistema y la denominación impropia de "agentes naturales".

2º En ese pueblo que va a ser regido por la Constitución hay elementos negativos que pueden enervar la aplicación de ella en lo que tiene de bueno. La Constitución se establece más para los que gobiernan el estado, que para los gobernados, pues para aquéllos la Constitución es un instrumento necesario, y su preceptiva resulta una mera abstracción, cuando los que deben imponer la aplicación de sus preceptos no empiezan por observarlos o respetarlos.

3º La experiencia de la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica debe ser aprovechada por los gobiernos que adoptan una Constitución análoga. Esa experiencia consiste en la interpretación dada a la Constitución al ser aplicada por los tribunales, y al ser explicada por los juristas.

Considera Sarmiento que la obra doctrinaria y jurisprudencial sobre la Constitución de los Estados Unidos evitará los males de un aprendizaje dudoso, lento e incierto, y esto llega a ser en él una

obsesión originada quizá por el mismo concepto cultural que le indujo a traer al país maestros norteamericanos y científicos alemanes. En esto se revela el civilizador.

4º Como la Constitución crea o establece instituciones o reconoce garantías que se justifican –las unas por razón de sistema, y las otras como supervivencia de aquéllas creadas bajo regímenes distintos, pero que perduran en la conciencia jurídica general–, es necesario asignar a cada una de ellas un valor (la política jurídica, sin ser filosofía jurídica propiamente, tiene el mérito de apreciar valores)". [1]

Analiza también la posición de Sarmiento en cuanto a su criterio sobre interpretación constitucional, el que consistía en aprovechar la jurisprudencia ya elaborada en Estados Unidos en relación con nuestro texto. "Como jurista –dice con acierto– su consejo sería desechado; como político no, porque se funda en una preocupación justificable". [2]

Tiene razón Bielsa cuando así alude al político, pues, contradice, a mi entender, su pensamiento historicista expresado en su producción más importante, para actuar como un racionalista.

Hace acordar un poco a Bentham quien tenía el convencimiento de que las Constituciones podían fabricarse, con independencia del país al que debieran aplicarse.

El análisis de Bielsa, de carácter general y más bien imbricado en cuanto a la preocupación jurídica de Sarmiento en las cualidades de su genio, se reduce al análisis de lo que dijo en sus *Comentarios de la Constitución*. Es importante, sin embargo, el juicio con que cierra su trabajo, donde afirma: "Sin una formación orgánica en las ciencias jurídicas, demostró un profundo sentido de la realidad jurídica y una clara visión del fin en el derecho, es decir, una verdadera télesis jurídica. Cuando se escriba nuestra historia de las ideas políticas y jurídicas, Sarmiento, aunque sólo sea por sus Comentarios de la Constitución, figurará dignamente en el cuadro de valores culturales de la ciencia del derecho público". [3]

En un prólogo que en el año 1929 Clodomiro Zavalía pusiera

[1] Bielsa, Rafael, "La política jurídica de Sarmiento" en *Sarmiento*. Homenaje al quincuagésimo año de su muerte. Universidad Nacional del Litoral, año 1938, págs. 45-46.

[2] Bielsa, Rafael, *op. cit.*, pág. 50.

[3] Bielsa, Rafael, *op. cit.*, pág. 57.

a una edición de los *Comentarios de la Constitución,*[4] también centró su análisis en el conocimiento que Sarmiento tenía del derecho público.

Este trabajo es anterior al de Bielsa, pero posterior al artículo de *La Prensa* de aquel maestro, el que data de 1928.

Zavalía, en coincidencia con Bielsa, sostiene que Sarmiento se lanzó detrás de las cuestiones de derecho público a impulso de una determinación casi siempre de enjundia política.

En verdad, este extenso prólogo puesto a los *Comentarios de la Constitución,* más que un análisis sistemático de la obra, es una exposición en torno a los principios de nuestro federalismo, tema en el que Zavalía trabajó extensamente, dejando como fruto de ello su "Derecho Federal", en dos tomos.[5]

Señala las ideas de Sarmiento en la materia, pero, no indaga en las fuentes de su conocimiento, incurriendo en el error común a la generalidad de sus comentaristas, pensando que su versación jurídica se debía más a los chispazos de su genio, que a una auténtica erudición. Afirma —y esto con acierto— que muchas veces, durante sesenta y cinco años, ha sido necesario buscar en la obra múltiple de Sarmiento una guía para la interpretación constitucional.

Además del trabajo de Bielsa, antes reseñado, la Universidad del Litoral publicó en el mismo tomo dos estudios más sobre el tema jurídico en los escritos de Sarmiento. Uno de Salvador Dana Montaño, donde analiza al constitucionalista, y otro de Rodolfo Doglioli, acerca de Sarmiento y la codificación argentina.

En el primero de los trabajos citados[6] su autor no asigna una importancia trascendental a los *Comentarios de la Constitución,* señalando la contradicción entre esta obra y las ideas que informan su *Facundo,* juicio que comparto. Para Dana Montaño, el verdadero Sarmiento como constitucionalista se pone de manifiesto cuando actúa como convencional constituyente en 1860. Si bien esto es verdad, no hay duda de que ello es fruto de una madurez, cuya iniciación se remite a sus primeros trabajos publicados en Chile en

[4] Zavalía, Clodomiro, Prólogo a *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina,* por Domingo F. Sarmiento, Buenos Aires, Rosso editores, año 1929.

[5] Zavalía, Clodomiro, *Derecho Federal,* 3ª ed., Cía. Argentina de Editores, Buenos Aires, 1941.

[6] Dana Montaño, Salvador, "Sarmiento constitucionalista", en *Sarmiento.* Homenaje en el quincuagésimo año de su muerte. Universidad Nacional del Litoral, año 1938, pág. 71 y sgtes.

1841. Creo que fue tan constitucionalista en aquella época como en 1853 o en 1860.

Rodolfo Doglioli [7] al encarar la inclinación de Sarmiento por la codificación de nuestra legislación comercial y civil, señaló la trascendente importancia que cupo a Sarmiento en la sanción del Código de Comercio para el Estado de Buenos Aires, luego Código de la Nación, y del Código Civil durante su presidencia.

Pone de relieve las diversas alternativas que condujeron a la sanción del primero de los códigos citados, donde con razón afirma que a su decidida y tenaz acción se debió su aprobación por la legislatura, señalando el papel que le cupo, influenciando a Vélez Sársfield para que se diera a la tarea de su elaboración, como así también a su acción en el Senado del Estado de Buenos Aires, para que lo aprobara y a la consecuente campaña que hiciera por la prensa.

En el año 1947, en el Instituto de Historia del Derecho Argentino y Americano que fundara y dirigiera aquel inolvidable maestro que fuera Ricardo Levene, leyó el Dr. Fernando F. Mo, un trabajo de investigación, valorando desde el punto de vista jurídico, la obra minera de Sarmiento. [8]

Después de señalar su preocupación y auténtica vocación por los problemas mineros, lo llama el visionario genial de la minería argentina. "Otros hombres —dice— debían realizar posteriormente, en el aspecto legal, muchos de sus sueños. El doctor Enrique Rodríguez, ordenando y codificando. El Dr. Joaquín V. González como notable expositor del derecho minero..." [9]

Analiza en especial, la labor jurídica, al referirse a cuatro decretos dictados por Sarmiento cuando se desempeña como gobernador de San Juan: el que crea la primera diputación de Minas, el que trata de dar estabilidad y garantía a la propiedad de las minas mediante el pago de un canon, el que reglamenta las compañías de minas y el del régimen del certificado de propiedad del mineral que da protección a las actividades mineras.

[7] Doglioli, Rodolfo, "Sarmiento y la Codificación Argentina, en *Sarmiento*, homenaje en el quinquagésimo año de su muerte. Universidad Nacional del Litoral, año 1938, pág. 79.

[8] Mo, Fernando F., "Valoración jurídica de la obra minera de Sarmiento", Instituto de Historia del Derecho Argentino, Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, año 1947.

[9] Mo, Fernando F., *op. cit.*, pág. 22.

El autor de este trabajo afirma que "el ilustre sanjuanino en poco más de dos años de gobierno realizó, en materia legal minera, una obra superior a la realizada por todos los gobernantes juntos que le han sucedido". [10]

En 1949, cuando se hablaba de reformar la Constitución nacional, cosa que como sabemos se llevó a cabo, Absalón Rojas [11] dictó una conferencia en el Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires, en la que se refirió al tema de la reforma y a Sarmiento: "Sarmiento —dijo— no fue un jurisconsulto; no hizo estudios disciplinados de derecho, pero tampoco hizo estudios regulares de nada. Fue un autodidacto inaudito que brilló en todo con la luz de su genio". [12]

Cae él también, sin embargo, en el error de quienes no han estudiado minuciosamente la versación jurídica de Sarmiento, cuando expresa "... a punto que me atrevería a decir que su primera incursión en el derecho constitucional es consecuencia de su fragorosa rivalidad con Alberdi", [13] hecho que no es así y creemos haberlo demostrado en varios trabajo nuestros donde afirmamos que su revelación como constitucionalista data de 1841. Este desconocimiento, hace incurrir a este autor en otro equívoco, cuanto es, en afirmar, que la redacción de sus *Comentarios de la Constitución Nacional* fueron un verdadero prodigio de su voluntad y su talento, si se tiene en cuenta que la obra fue publicada en setiembre de 1853 y la sanción de la Constitución es del 1 de mayo del mismo año, agregándosele a ello la lentitud de las comunicaciones, a través de la cordillera, el tiempo indispensable para leer, meditar y escribir, además de los días necesarios para componer, imprimir y tirar la edición. Es ésta, por otra parte, una afirmación generalizada en cuanto se refiere a esta obra de Sarmiento. Sin desmerecer el esfuerzo de escribirla en poco tiempo, lo que no debe dejarse de tener en cuenta, es el vasto conocimiento que tenía del constitucionalismo y que el mismo le venía desde sus mocedades, lo que queda probado con sólo hojear sus obras completas y comprobar desde qué fecha comienza a publicar trabajos sobre la materia.

Tiene razón Absalón Rojas cuando pone de relieve su versación doctrinaria, su precisión en el léxico y la agudeza del sentido jurí-

[10] Mo, Fernando F., *op. cit.*, pág. 42.
[11] Rojas, Absalón, "Sarmiento y la reforma de la Constitución".
[12] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 7.
[13] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 7.

dico, pero no la tiene, cuando afirma que es una verdadera revelación en este libro, pues, como lo vengo sosteniendo desde hace años, el Sarmiento constitucionalista ya está definido mucho antes, en gran cantidad de artículos publicados en la prensa periódica de Chile.

Lo que es exacto, quizá, es que es la primera vez que cita a los grandes constitucionalistas americanos, a los que tuvo oportunidad de estudiar y leer en su estadía en Estados Unidos, empezando por los redactores de *El Federalista*– Hamilton, Madison y May– hasta los menos divulgados como Hopkinson, Upshuer y McGregor, sin omitir a los notorios Story, Jefferson y Cushing, afirmando con acierto que no sólo recurre a la doctrina americana. "Es Montesquieu –afirma– es Tocqueville, la fuente más remota, más profunda de sus convicciones de filosofía del derecho político". [14]

"Ninguno de nuestros tratadistas –sostiene– ha hecho una exégesis más honda y exhaustiva que Sarmiento de las "cien palabras magníficas, pórtico grandioso de nuestra Constitución, como dijera Joaquín V. González..." [15]

Señala luego la actuación de Sarmiento como convencional de 1860, indicando que está al día en la materia y cita una frase muy suya que caracteriza su suficiencia: "Yo sé bien lo que me digo sobre Constituciones". [16]

Y frente a nuestros desencuentros, termina su trabajo, con este pensamiento de Sarmiento tomado del *Facundo*: "Hay un momento fatal en la historia de todos los pueblos, y es aquel en que cansados de luchar, piden ante todo, el reposo de que carecieron por largos años, aun a expensas de la libertad o de los fines que ambicionaban: este es el momento en que se alzan los tiranos que fundan dinastías y despotismos". [17]

En el año 1952 el Dr. Carlos Mouchet publicó en la Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, un trabajo que tituló: "Sarmiento y sus ideas sobre el municipio indiano y patrio, [18] reproducido, con algún perfecciona-

[14] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 9.
[15] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 9.
[16] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 15.
[17] Rojas, Absalón, *op. cit.*, pág. 23.
[18] Mouchet, Carlos, "Sarmiento y sus ideas sobre el municipio indiano y patrio", en Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, nº 30, año 1952.

miento, en el Boletín "Sarmiento", nº 2, del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, en el año 1965. [19]

Allí afirmó: "Como escritor curioso de la realidad y como gobernante dejó pensamientos sobre el municipio, susceptibles de ser ordenados de manera sistemática, algunos de ellos de índole jurídica y como hombre de acción defendió en los hechos a la institución municipal". [20]

"Aunque no fue jurista —sigue diciendo— razonó muchas veces como si lo fuera o quisiera serlo, escribió sobre problemas legales y libró combates que tenían palpitante sentido de "lucha por el derecho". Sabemos que por gozo y por necesidad se constituyó en numerosas ocasiones en intérprete de la Constitución, mediante el libro, como legislador y desde la función gobernante. Juzgamos que podría ofrecer atrayentes perspectivas un ordenamiento de las ideas jurídicas de Sarmiento, equivocadas o no, que se encuentran dispersas en la selva de su producción escrita". [21]

Mouchet, en este valioso y detallado estudio, ordena las ideas de Sarmiento en torno a los siguientes temas: 1º Concepción del municipio como institución de derecho natural. 2º La influencia de Tocqueville. 3º El Cabildo indiano y su comparación con el municipio patrio. 4º El municipio posterior a 1853 y 5º La fe en el régimen municipal.

Significa una labor esforzada para comprobar cuánto le interesó al lustre sanjuanino y cuánto sabía en torno a las normas que integran el contenido del derecho municipal.

Carlos Heras, en un trabajo publicado en la Revista "Humanidades", de la Universidad Nacional de La Plata, [22] analizó la actuación de Sarmiento en la reforma constitucional de 1860.

Después de hacer el encuadre histórico en que se desarrollaron los debates, analiza algunas de las tantas cuestiones planteadas por Sarmiento y afirma que en 1860, con relación a 1853, había aumentado considerablemente su sentido y erudición en materia constitu-

[19] Mouchet, Carlos, Boletín "Sarmiento", Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, nº 2, Buenos Aires, 1965.

[20] Mouchet, Carlos, *op. cit.*, pág. 179.

[21] Mouchet, Carlos, *op. cit.*, pág. 180.

[22] Heras, Carlos, "Sarmiento en la reforma constitucional de 1860", en "Humanidades", t. XXXVII, vol. 3, Universidad Nacional de La Plata, año 1961; Mosquera, Alberto G., "Sarmiento convencional constituyente", Boletín del Museo Social Argentino, nº 355.

cional. "La trepidante actuación pública le había obligado a estudiar y le había dado perspicacia política, a la vez que actuando no ya solo, como en Chile, sino dentro de una tendencia, tuvo que moderar los arrebatos de su temperamento batallador y adaptar su actividad a los intereses y modos de actuar más convenientes a la fuerza militante a que pertenecía, orientada con serena firmeza por Mitre". [23]

Más adelante agrega: "La recopilación de los discursos de Sarmiento en la Convención, más los fundamentos de las reformas que dio en la Comisión, ocupan más de 140 páginas de las *Obras;* este sólo dato demuestra la importancia que tiene el estudio de su pensamiento expuesto en los *Debates de la Convención* o en el *Redactor;* para interpretar en muchos casos el verdadero sentido de la reforma constitucional". [24]

Edmundo Correas, en trabajo publicado en 1961, se ocupó de reconstruir los hechos del otorgamiento del título de doctor "honoris causa" en Derecho a Sarmiento, por la Universidad de Michigan, [25] y Emilio Carilla, en su trabajo "El embajador Sarmiento", del mismo año, con documentación existente en Estados Unidos, no sólo analizó el otorgamiento del título de Michigán, sino el frustrado título que le iba a otorgar la Universidad de Harvard. [26]

En 1969 el Dr. Alfredo Orgaz publicó en la Revista de la Federación Argentina de Colegios de Abogados, de la que hay separata, su trabajo sobre "Sarmiento constitucionalista", [27] reproducción del texto de una conferencia donde, en prieta síntesis, se logra dar una imagen certera de lo que importó el pensamiento de Sarmiento en esta rama del derecho público.

Los conceptos del Dr. Orgaz son importantes para ubicar a Sarmiento en el campo del Derecho. Después de afirmar que Sarmiento no tuvo estudios sistemáticos de derecho constitucional, se pregunta: "¿Pero quiénes lo tenían entonces entre los hombres que influían sobre la vida nacional? Como figura visible, solamente Alberdi, que

[23] Heras, Carlos, *op. cit.*, pág. 76.

[24] Heras, Carlos, *op. cit.*, pág. 77.

[25] Correas, Edmundo, "El doctor de Michigan", en Revista "Historia", año 1961, nº 23, Buenos Aires; Mosquera, Alberto G., "Sarmiento doctor honoris causa en Derecho", Boletín del Museo Social Argentino, nº 349.

[26] Carilla, Emilio, "El embajador Sarmiento", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad del Litoral.

[27] Orgaz, Alfredo, "Sarmiento constitucionalista", separata de la Revista de la Federación Argentina de Colegios de Abogados.

se había recibido de abogado y profundizado, posteriormente, sus conocimientos en esta rama del derecho.

"En esos tiempos –agrega– y en países en formación, como el nuestro, los hombres que se hallaban a la cabeza de la nación resolvían los problemas de gobierno sin educación técnica previa, a base sólo de información fundamental, inteligencia y espíritu de progreso; ganaban sus diplomas de constitucionalistas, sociólogos, economistas, etc., como ganaban los despachos militares: en el campo de batalla, es decir, trabajando y luchando contra dificultades y el desorden de los elementos circundantes". [28]

Para Orgaz, la obra donde Sarmiento expone en forma orgánica sus conocimientos en derecho constitucional es *Comentarios de la Constitución,* a la que ya hicimos referencia anteriormente.

Después de algunas consideraciones sobre su versación jurídica afirma: "Pero sobre todo se muestra de manera orgánica, en su libro "*Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina,* con numerosos documentos ilustrativos del texto", según reza la portada. El libro fue publicado en Chile, donde él residía en su tercera expatriación, en setiembre de 1853, esto es, cuatro meses después de sancionarse la Constitución en la Asamblea de Santa Fe. Como el libro estudia el texto ya sancionado, y ha de descontarse el tiempo necesario para que fuera conocido en Chile, se admite que los "*Comentarios...*" fueron escritos por su autor en sólo dos meses".

"¿Cómo pudo ser esto posible, tratándose de una materia de examen trabajoso, aun para los técnicos, y que debía ser poco accesible para quien, como Sarmiento, era un autodidacto?"

Para agregar luego: "El mismo lo explicó poco más tarde, al responder a Alberdi a través de una crítica al proyecto de Constitución de éste, en el diario *La Crónica* de Santiago de Chile, en noviembre y diciembre de 1853. Refiriéndose a sus "*Comentarios...*" dice: "No nos atribuimos de esta obrita escrita a prisa, otro mérito, y no es poco, que el de habernos hallado en aptitud de emitirla. En achaques de Federación, un viaje exprofeso a los Estados Unidos es ya un indicio de suficiencia; la posesión del idioma de sus leyes, un elemento indispensable; la familiaridad con sus letras, sus documentos públicos, sus datos estadísticos, la base de todo criterio". [29] A todo esto, como ya señalamos anteriormente, debe agregarse su

[28] Orgaz, Alfredo, *op. cit.,* pág. 3.
[29] Orgaz, Alfredo, *op. cit.,* pág. 4.

dedicación a los temas constitucionales desde que comienza a escribir en la prensa chilena.

Pienso que este estudio del Dr. Orgaz, pese a ser breve, es uno de los más valiosos que se han elaborado para demostrar la versación de Sarmiento en derecho constitucional.

Existe en la Academia Nacional de Derecho un sillón que lleva el nombre de Domingo F. Sarmiento. Lo ocupa actualmente el Dr. Héctor P. Lanfranco, quien al incorporarse públicamente al prestigioso organismo, analizó las vinculaciones del prócer con el tema jurídico. [30]

La estructura de este trabajo tiene la particularidad de seguir la acción del prócer, correlacionándola con su actividad de hombre de derecho, en una síntesis digna de encomio, logrando perfilar la figura del jurista, a la luz del derecho público.

Señala, de esa manera, la influencia que tuvieron en Sarmiento sus viajes por Europa y Estados Unidos y su inclinación definitiva por el sistema institucional de la Carta de Filadelfia.

Cuando se refiere a su actuación como senador por el Estado de Buenos Aires, dice:

"Trabaja allí intensamente, por el establecimiento de normas legales, y su actuación resulta verdaderamente provechosa: después de mucha insistencia consigue hacer sancionar, a libro cerrado, el Código de Comercio proyectado por los doctores Dalmacio Vélez Sársfield y Eduardo Acevedo, que será, más tarde, el código de la nación unificada; afirma la inamovibilidad de la cosa juzgada, garantía de estabilidad de las sentencias; se opone a la concesión de derechos electorales a los extranjeros que no tengan carta de ciudadanía; defiende la facultad del Poder Ejecutivo de decretar indultos; propone, sin conseguirlo, la adopción de un sistema métrico decimal; se preocupa de la publicidad de los fallos judiciales, etc.". [31]

Destaca el Dr. Lanfranco, en este trabajo, una actividad de Sarmiento, la de hombre de consulta en cuestiones jurídicas, lo que revela en cuánta estima se lo tenía en esta faena de su vida.

"Estadistas, políticos, legisladores —dice— del país y del extranjero, requirieron su opinión sobre distintas materias de derecho público. Sarmiento evacuaba siempre esas consultas, con extensión

[30] Lanfranco, Héctor P., "Sarmiento y el Derecho", Anuario Academia Nacional de Derecho, Serie I, nº 11 (separata).

[31] Lanfranco, Héctor P., *op. cit.*, pág. 97.

y prolijidad, adentrándose en los pormenores del problema, como un verdadero jurista. En 1866, por ejemplo, estando aún en Nueva York, el señor Matías Romero, ministro plenipotenciario de México, le pide dictamen sobre la situación planteada en su patria, donde no estaba previsto por la Constitución el cargo de Vicepresidente, y el funcionario señalado para el caso de acefalía —el Presidente de la Corte Suprema— se encontraba, entonces, asilado en Estados Unidos; en el mismo año, evacúa una consulta que le formula don Luis Domínguez, sobre si pueden ser demandadas las provincias; cuando en 1866 se convoca en nuestro país a una convención para efectuar reformas en los artículos relacionados con los derechos de exportación e importación, se apresura a enviar, espontáneamente, un largo informe al Ministerio de Hacienda resumiendo "la idea y práctica americana a este respecto"; todavía en 1883, evacúa una consulta que le formula don Francisco A. Barroetaveña sobre los poderes limitados de las convenciones reformadoras".[32]

Quiero referirme especialmente, en este análisis crítico de la bibliografía específica sobre el tema de Sarmiento y el derecho, al "Tratado de la Ciencia del Derecho Constitucional Argentino y comparado", en nueve tomos, del que es autor el Dr. Segundo V. Linares Quintana, pues entiendo que, con las numerosas citas que hace dicho autor, prácticamente, de ordenarse las mismas en un solo cuerpo, podría iluminarse un nuevo Sarmiento constitucionalista.

La obra se inicia con un pensamiento del ilustre sanjuanino que dice: "Yo creo en la libertad", siendo la filosofía que la inspira esa misma creencia, de donde deduce que la libertad es el sustractum teleológico de la Constitución, del estado constitucional y por lógica implicancia del derecho constitucional.[33]

Al estudiar los métodos de esta ciencia afirma que Sarmiento, al igual que Alberdi, al difundir en nuestro país las instituciones y obras norteamericanas, auspiciaron, en cierto modo, el método comparativo.[34]

Cuando el *Tratado* hace una valoración de la libertad humana cita el siguiente pensamiento de Sarmiento expresado en *El Nacional* el 19 de octubre de 1857: "La libertad se funda en un principio

[32] Lanfranco, Héctor P., *op. cit.*, pág. 110.

[33] Linares Quintana, Segundo V., *Tratado de la Ciencia del Derecho Constitucional Argentino y Comparado*, Ed. Alfa, Buenos Aires, 1ª edición, tomo 1, pág. 34.

[34] Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 1, pág. 451.

eterno de moral, de ilustre albedrío, y la responsabilidad del hombre por sus actos buenos y malos. Sin esta responsabilidad no hay hombre, hay la bestia, hay el peñasco. El edificio que desplomándose sobre cien personas las espachurra, no es responsable ante Dios, ni ante la sociedad, de homicidio. Es la materia inerte que obedeció a la ley de gravedad que la rige, sin cuidarse de saber si habrían seres humanos que serían víctimas". [35]

Al referirse a la valoración de la libertad de pensamiento, transcribe esta opinión: "Prensa periódica quiere decir en derecho, la facultad de hablar en público, todos los días, para formar la opinión de los lectores sobre el gobierno, las leyes, los hombres públicos, las ideas, la política, los partidos...". "El diario —decía— es para los pueblos modernos, lo que el foro para los romanos". [36]

Al hablar de la libertad de prensa en el sistema constitucional argentino se refiere y cita lo actuado en la Convención Reformadora de 1860, donde Sarmiento tanto trabajó y tuvo influencia decisiva. [37]

Hace hincapié, al referirse a la libertad de enseñanza, en las ideas de aquél sobre educación pública, citando especialmente su obra "Educación Popular". Lo mismo cuando estudia al régimen constitucional de la enseñanza. [38]

Al tratar el tema de la inviolabilidad de la correspondencia cita opiniones dignas de ser recordadas como aquélla que al referirse al servicio de correos dice: "Es preciso, además, que los individuos de un país se crean tan seguros en el uso de la estafeta pública, que miren como no emanados de su mente sus pensamientos, mientras los renglones en que los estampan estén bajo el frágil pero inviolable sello de una carta, y no haya llegado ésta a la persona a quien se transmiten". [39]

Al estudiar la ley marcial, transcribe manifestaciones de Sarmiento, de quien dice que en varias oportunidades se ocupó del asunto con apasionados pero poco convincentes argumentos, [40] y en páginas siguientes se refiere a las opiniones de aquél sobre el estado de sitio y a la famosa polémica con Rawson. Es de hacer notar que este tema del estado de sitio apasionó al autor de *Facundo*, escribiendo cantidad de páginas sobre el tema.

35 Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 3, pág. 87.
36 Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 3, págs. 620 y 623.
37 Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 3, pág. 636.
38 Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 3, págs. 743-744, nota 2946.
39 Linares Quintana, Segundo V., t. 3, pág. 852.
40 Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 5, pág. 420.

En materia de Partidos Políticos, transcribe lo dicho por Sarmiento al respecto: "Los partidos existen desde *ab initio* y continuarán por siempre. Los partidos son la opinión asociada, reunida en grupos. Los que no tienen opiniones no forman partidos, ni deben tomar parte en la vida pública, porque no harán sino males, prolongando el malestar, desmoralizando la opinión con sus dudas y su falta de principios que los guíen". [41]

El tema de Sarmiento y el derecho nos interesa y lo indagamos desde hace más de un cuarto de siglo.

En el año 1950 publicamos nuestro primer trabajo sobre dicho apunte en el periódico *La Voz*, reproducido al año siguiente en la revista *Sarmiento* de San Juan. [42] El mismo se refería a los conocimientos de Sarmiento relacionados con la penología o sea "la rama de la ciencia criminal —según Francis Lieber que así la denominara en el año 1834— que trata (o debe tratar) del castigo del delincuente".

Es una rama autónoma que integra la enciclopedia de las ciencias penales, ocupándose de las penas y las medidas de seguridad.

Sarmiento se refirió a este problema en cuatro artículos que publicara en *El Mercurio* de Chile los días 26, 27, 28 y 30 de julio de 1841.

Desde aquel artículo antes citado venimos indagando este aspecto casi desconocido de la vida de Sarmiento.

Nuestra disertación pronunciada en 1973 en el Instituto Popular de Conferencias del diario *La Prensa* [43] difundida más luego por ese periódico y publicada íntegramente por el Instituto Cultural Joaquín V. González, enaltecida por la presentación del Dr. Segundo V. Linares Quintana, que es a la vez un meditado prólogo sobre la versación constitucional de Sarmiento, y sintetiza en parte una labor que venimos realizando desde hace años.

Cuanto más la ahondamos, mayor es nuestro asombro al comprobar lo que podía captar el cerebro genial de Sarmiento.

En el campo del derecho fue procurador, en sus mocedades, en San Juan. Él mismo lo dice en *Recuerdos de Provincia* y allí también

[41] Linares Quintana, Segundo V., *op. cit.*, t. 8, pág. 663.

[42] Mosquera, Alberto G., "Sarmiento y la penología", periódico "La Voz", 24 de mayo de 1950, y Revista "Sarmiento", de San Juan, año VI, nº 23, 1951.

[43] Mosquera, Alberto G., "Vocación jurídica de Sarmiento", Instituto Cultural Joaquín V. González, Buenos Aires, 1974. Ver también diario "La Prensa" de Buenos Aires del 29 de septiembre de 1973.

narra que sintió inclinación por la abogacía después de haber leído la obra sobre la vida de Cicerón por Middleton.

De haber tenido suerte en conseguir una de las becas que Rivadavia había instituido para los jóvenes de las provincias, hubiera ingresado al Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires. Él nos ha contado cuánto dolor hubo en su hogar el día en que por azares de la fortuna, no fue elegido para poder proseguir sus estudios. Sabemos también del otro intento hecho por el padre para que ingresara al Colegio de Loreto, en Córdoba, el que también se vio frustrado.

Pero, este hijo de su propio esfuerzo, se las ingenió para aprender por su cuenta y para ser, como lo quiso siempre, en la historia de su patria, una cosa: Sarmiento.

Muchas de sus lecturas estuvieron encaminadas al estudio de la historia, sobre todo la antigua, la que lo condujo a descubrir el genio jurídico de los romanos y a conocer sus instituciones.

La producción de los autores de los siglos XVIII y XIX entusiasmaron su innata vocación por los problemas del estado, los que fueron formando paulatinamente al futuro estadista.

Los autores de la *Enciclopedia* y sobre todo Montesquieu, están presentes en muchos de sus escritos primigenios sobre derecho público y ciencia política dados a conocer en Chile a partir de 1841.

En su estadía en su provincia natal a partir de 1837 había leído a Villemain y Scheleger, en literatura; Joufroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux en ciencia política, además de la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas y otros cien nombres entonces ignorados por él.

Los trabajos de esta primera etapa denotan un notable conocimiento de los sistemas políticos imperantes principalmente en Francia, Inglaterra y Estados Unidos y están imbuídos de una orientación más que normativa de aproximación a lo que hoy conocemos con los nombres académicos de sociología política y ciencia política.[44]

A esta etapa pertenece *Facundo*, obra que vista a la luz de la ciencia política nos está revelando un análisis de nuestro sistema político, es decir, de lo fáctico, lo real, lo vívido de la sociedad argentina y las raíces de esa realidad proyectadas hacia el futuro, para nuevas indagaciones.

Dentro de este período anterior a 1849, o sea de la influencia francesa, podemos señalar, en el campo del derecho constitucional

[44] Mosquera, Alberto G., "Sarmiento en Chile: sus primeros trabajos jurídicos", en el Boletín del Museo Social Argentino, nº 367.

y la ciencia política, distintos tipos de trabajos, los que a mi juicio pueden clasificarse así: a) los referentes a desarrollo e historia del constitucionalismo; b) los relativos a explicaciones de textos constitucionales, limitados en algunos aspectos a la constitución chilena y c) aquellos trabajos destinados a estudiar la naturaleza y el ambiente de nuestro país, los que tienen especial significado como aportes para elaborar el texto constitucional de 1853.

En el período posterior a 1849, podemos incluir dos tipos de trabajos: aquellos destinados a estudiar la realidad del país, entre los que puede citarse *Argirópolis,* y los que explican textos constitucionales, como los referentes al Pacto Federal de 1831, Acuerdo de San Nicolás y *Los Comentarios de la Constitución.*

Se nota también en la producción jurídica de Sarmiento su predilección, principalmente, por dos autores: Tocqueville y Story.

Pero el conocimiento de Sarmiento en cuestiones de derecho no se detenía en el derecho constitucional.

Sobre derecho administrativo escribió en *El Progreso* del 21 y 29 de mayo y 2 de junio de 1845, definiendo a esta rama del derecho como conjunto de leyes que reglamentan la administración. No iban, por otra parte, más allá de eso por aquellos años, quienes se referían a este tema.

La cuestión, en la que opina Sarmiento, se suscita a raíz de que en la *Gaceta de los Tribunales* y en *El Siglo,* se había propiciado la reglamentación del inc. 7º del art. 104 de la Constitución chilena.

Entre las facultades del Consejo de Estado se establecían las de "resolver las disputas que se suscitaren sobre contratos o negociaciones celebrados por el gobierno supremo y sus agentes".

Este Consejo de Estado, al decir de Victorino J. Lastarria, no era una corporación superflua, sino, antes bien, una parte integrante del Poder Ejecutivo.[45]

Sarmiento entendía que aquella disposición era un error de los constituyentes, por cuanto otorgaba facultades jurisdiccionales al poder administrador, que a su juicio debían estar reservadas a la justicia.

Estos eran sus argumentos, que equivocados o no, indican en quien los emitió, tener conocimientos jurídicos. Decía al respecto: "...desde que esta administración no sea administración, sino jui-

[45] Lastarria, J. V., "La constitución política de la República de Chile", Valparaíso, Imprenta del Comercio, año 1856, pág. 148.

cio, desde que se trate, no de actividad ejecutiva, sino de decisión entre partes, sean estas partes agentes del gobierno, por un lado, por otro ciudadanos, o sean ciudadanos entre sí, ¿puede decirse que hay derecho administrativo? No, sin duda; habrá sí, poder judicial, y poder judicial ejercido por un cuerpo anfibio, cuya idea sólo ha podido ser sugerida a nuestros legisladores por los temores que debieron asaltarlos de constituir un ejecutivo riguroso en un país donde las costumbres republicanas no están aún bien cimentadas". [46]

Más adelante argumenta: "El gobierno, se agrega, administra por medio de reglamentos cuya diferencia esencial de las leyes es el ser variables y algunas veces locales. Pero el Consejo de Estado, cuando decide según esta disposición 7ª, no administra, sino que juzga, no ejecuta reglamento, sino que aplica leyes.

¿En qué sentido, pues, se inauguraría un derecho administrativo en nuestro país extendiendo sus atribuciones a ese respeto? Porque tampoco ha de haber necesidad de arreglar en su conocimiento a leyes particulares las contiendas de los agentes del gobierno con los ciudadanos, y en su decisión a tribunales especiales, creados por una ley particular. ¿Pasa esto de una miserable parodia de los casos de Corte, de un fuero extravagante y antirrepublicano? ¿Y no sería mejor uniformarlo todo; esto es, remitir las tales causas a los tribunales ordinarios para ser resueltas en ellos definitivamente?". [47]

Una de las fuentes de la Constitución chilena de 1833 fue la francesa de 1793. Sabido es que en el sistema francés el Consejo de Estado tiene atribuciones de tipo jurisdiccional, que por ejemplo no se dan en nuestro derecho donde dichas atribuciones radican en el poder judicial.

El planteo de Sarmiento es bien claro. Se opone al funcionamiento de una institución constitucional, por considerarla ajena a la tradición del pueblo para el que se adopta. Su sentido jurídico le da precisa orientación. Sarmiento, como buen hombre de derecho, reveló en múltiples oportunidades su prudencia para manejarse en este ámbito, condición esencial del jurista. Ello se pone de manifiesto, por ejemplo, en su afán de estudiar la institución del juicio por jurados, establecida en nuestra Constitución, la que nunca fue reglamentada. Por considerarla ajena a nuestras costumbres, se de-

[46] Sarmiento, Domingo F., *Obras Completas,* Ed. Luz del Día, t. IX, pág. 324.

[47] Sarmiento, Domingo F., *Obras Completas,* Ed. Luz del Día, t. IX, pág. 325.

dicó a estudiarla y prestarle atención y como dato interesante debo señalar que siendo Presidente de la República mandó traducir obras al respecto y adquirir las que sobre la materia había escrito el Dr. Florentino González, quien también como él, fuera profesor de Derecho Constitucional de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, tal como lo demostramos en trabajo publicado en la revista jurídica "La Ley". [48]

Al hacer, en la primera parte de este estudio el panorama de la bibliografía específica, cité el ensayo de Rodolfo Doglioli sobre codificación de leyes.

Nosotros hemos seguido profundizando el tema, por el que sintió pasión y hemos expuesto, no solamente su participación e influencia en la sanción del Código, como lo hiciéramos en la revista jurídica "La Ley", sino que también hemos encarado el tema de su verdadera versación en la materia, ordenando sus ideas en trabajos publicados en las revistas de la Academia de la Historia de San Juan y del Archivo Histórico y Administrativo de aquella provincia. [49]

De esa manera clasificamos sus ideas en lo referente: a) beneficios de la codificación; b) importancia de la difusión de los códigos; c) técnica legislativa; y d) su posición ideológica frente a la codificación y sus ideas generales sobre la materia.

Sobre quiebras escribió en *El Progreso* el 20, 21 y 22 de junio y 5 y 10 de julio de 1844.

La lectura de estos artículos revela el conocimiento que tenía sobre los principios básicos que hacen a la ejecución colectiva y ponen de manifiesto en quien así expone, al hombre de estado.

"La quiebra —decía— es una consecuencia necesaria de las especulaciones comerciales y no siempre depende de la conducta, malversación o falta de cálculo del comerciante". [50]

Entre las causas qué provocan la quiebra, cita el bloqueo, las revoluciones, las leyes vinculadas con la economía, el interés subido del dinero, etc. Señala, además de las causas normales, las fraudulentas, que provocan los estados de falencia comerciales.

[48] Mosquera, Alberto G., "Sarmiento profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Buenos Aires", Revista Jurídica "La Ley", t. 103.

[49] Mosquera, Alberto G., "Sarmiento y la codificación mercantil argentina", Archivo Histórico y Administrativo de San Juan, Revista núms. 13-14, año 1963, e "Ideas de Sarmiento sobre codificación", Boletín de la Academia Provincial de la Historia, San Juan, nº 6, año 1971. "Sarmiento y la sanción del Código de Comercio", Revista Jurídica "La Ley", t. 107.

[50] Sarmiento, Domingo F., *Obras Completas*, Ed. Luz del Día, t. X, p. 23.

"Casi todas las naciones civilizadas han revisado, entendido y detallado minuciosamente sus disposiciones legales sobre las quiebras, dictando formalidades para todos los actos, a fin de evitar el fraude. La falta de estas precauciones y requisitos exigidos por la ley en otras partes, facilita entre nosotros la aparición de la quiebra fraudulenta, y los jueces encargados de juzgar las cuestiones que sobre acciones comerciales se suscitan, debieran, en desempeño de su deber, ser escrupulosísimos en la indagación de los hechos, a fin de reprimir los abusos que con tanta frecuencia presenciamos, y que alienta a repetir la impunidad que casi generalmente alcanza en los tribunales". [51]

Habla luego de la ausencia del cumplimiento de requisitos legales por parte de los comerciantes, coadyuvantes a facilitar el fraude, como ser los libros exigidos por la ley y la forma de llevarlos.

Señala las maniobras de los comerciantes consistentes en transferir simuladamente créditos para que no entren en el concurso, tercerías de dominio con títulos supuestos, etc.

En el ambito del derecho agrario la sistematización de sus ideas lo colocan como a uno de los más brillantes predecesores en la historia de esta rama de nuestro conocimiento jurídico.

De derecho internacional público comienza a hablar en un artículo publicado en *El Progreso*, en Chile, en el año 1844. Allí se muestra partidario de la conciliación para solucionar conflictos entre los estados; igualmente del arbitraje, para evitar guerras.

En el tomo de sus *Obras Completas* denominado por su nieto "Condiciones del extranjero en América" planteó con autoridad de jurista problemas de derecho internacional privado. Su lectura es recomendable para aquellos que ponen en tela de juicio el patriotismo de Sarmiento, pues, de esa manera, en sus propios escritos, podrán apreciar cómo defendía nuestra soberanía. No sin razón, otro autodidacto como él, Leopoldo Lugones, dijo que en esta rama del derecho podría afirmarse que era un especialista.

El día de su sepelio un estudiante de derecho, Emilio Gouchón, dijo que era doctor de la Universidad de Michigan y agregó: "Las ciencias jurídicas, políticas y sociales le deben un gran número de sus producciones, que llevan el sello de su talento y de su asombrosa actividad intelectual". [52] En nombre del Centro Jurídico lo despidió

[51] Sarmiento, Domingo F., *Obras Completas*, Ed. Luz del Día, t. X, p. 37.

[52] Gouchon, Emilio, "Discurso", en "Sarmiento". Discursos pronunciados en la inhumación de sus restos, Buenos Aires, 1889, pág. 98.

Osvaldo Magnasco, quien después de agregar que Sarmiento conocía la composición de la entidad, afirmó que no podía faltar a esa apoteosis pues dijo "no se combate doce lustros por la patria sin lidiar también por el afianzamiento del derecho que importa en definitiva el triunfo de la justicia y la libertad...". "Paréceme –añadió– que personifica una época, que condensa, que llena, todo un período histórico". [53]

En síntesis, podemos decir que Sarmiento no es un jurista a la manera clásica, si quiere verse en el jurista al hombre sistemático y disciplinado como Alberdi y Vélez Sársfield, pero sí lo es si tras la desbordante figura del creador, se indaga sutilmente en su formación intelectual sin ataduras, en las fuentes que consulta y sobre todo en la forma, verdaderamente genial, con que absorbe los conocimientos y pone sus afanes al servicio de la ciencia del derecho y la justicia.

Desde ese punto de vista, me atrevo a afirmar que sí era un jurista.

ALBERTO GERONIMO MOSQUERA

[53] Magnasco, Osvaldo, "Discurso", *op. cit.*, pág. 85.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Y si habla mal de España,
es español. — BARTRINA.

En cierta ocasión me preguntó un sujeto cuál era el escritor español del siglo XIX que prefería yo entre todos, y aunque la pregunta es demasiado española, quiero decir simplista, porque casi nunca es posible contestar a cuestiones de primero y último, le contesté, sin embargo, diciendo: Sarmiento. Y al ver su gesto interrogativo, hube de añadir: Domingo Faustino Sarmiento, un argentino que murió, ya de edad, el 11 de setiembre de 1888. "¿Argentino? —exclamó mi interlocutor—, entonces no era español". Y hube de responderle: "Más español que ninguno de los españoles, a pesar de lo mucho que habló mal de España. Pero habló mal de España muy bien". Y tuve que informarle de quién era don Domingo Faustino Sarmiento.

Le hablé de la vida fecunda y enérgica de ese maestro de escuela nacido de una antigua familia colonial en San Juan, al pie de los Andes, periodista en Chile, donde estuvo emigrado, peleando con la pluma contra el tirano Rosas, y gran educador de su patria, en que llegó a la Presidencia de la República. Le hablé de la copiosa labor de ese vigoroso polígrafo, de sus obras educacionales y, sobre todo, de sus tres obras capitales, los *Viajes*, viajes por Europa, Africa y América, en que nos narra el que en 1846 hizo a España, y es relato el de este viaje que merece ser reproducido; los *Recuerdos de Provincia*, en que se leen las más sentidas y más vigorosas páginas que un hijo puede dedicar a la santa memoria de su madre, y *Civilización y barbarie*, libro conocido comúnmente por el *Facundo*, y en que Sarmiento nos cuenta las biografías del general Juan Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos, del general y ex fraile dominico Félix Aldao, y del Chacho, tres caudillos de las contiendas civiles de la República Argentina en el primer tercio del siglo pasado.

"¿Y no habla más que de cosas de allá?" —me preguntó—. Y le respondí: "No habla más que de cosas de allá, no habla más que de las luchas que enardecían a los ánimos de aquellos entre quienes vivía; pero habla de tal modo, con tal pasión y tan soberana elocuencia, con tan candente parcialidad, que son libros que pueden leerse en cualquier país y en cualquier época. Es como en la Divina Comedia, en que todo el calor y la soberana inspiración viene de que el Dante habla de sus contemporáneos, de sujetos que, a no ser por el inmortal poeta, se habrían anegado en la Historia".

Bajo la pluma de Sarmiento, los personajes todos de las luchas civiles de la Argentina a principios del siglo XIX adquieren un relieve homérico. Sarmiento tenía lo que los campesinos llaman ojo de caballo, engrandecía cuanto miraba. No hay sino que leer las pinturas que en sus *Recuerdos de Provincia* hace del clérigo don José Castro, el maestro de su madre, el santo cura Castro, que llevaba el Evangelio en la mano y el "Emilio", de Rousseau, escondido bajo la sotana; el portentoso retrato de don Domingo de Oro, o en *Civilización y barbarie* la de los tes caudillos que biografía, y en todas sus obras, o poco menos, lo que dice del tirano don Juan Manuel de Rosas. Nadie contribuyó a agigantar la figura de este prodigioso tirano, tan grande para la leyenda como pueden serlo los más grandes del Renacimiento italiano, como contribuyó a ello su más implacable enemigo: Sarmiento. En el *Facundo*, Rosas adquiere por momentos la grandeza de un Satanás miltoniano, y se comprende leyendo eso que Juan Bautista Alberdi —otro argentino que es de los contados escritores en lengua castellana que puedo soportar— dijera hablando del tirano, cuyo nombre durante veinte años apenas dejó de figurar un momento en la prensa europea, estas palabras: "Si se perdiesen los títulos de Rosas a la nacionalidad argentina, yo contribuiría con un sacrificio no pequeño al logro de su rescate". Y cuenta que Alberdi fue otro de los enemigos de Rosas.

El mismo Alberdi, en sus *Cartas Quillotanas* (escritas desde Quillota, en Chile), dijo de Sarmiento cuanto malo puede decirse de este incorregible ególatra, de este hombre repleto de vida y de energía y desbordante de sí mismo, que se pasó la mayor parte de su vida hablando, como Byron, de sí, y que ha alumbrado las encendidas páginas de sus escritos con la llama de un espíritu ardiente de vida.

Sarmiento era un lírico, un poderoso lírico, que derramó su

lirismo hablando de los sucesos de su tiempo y de su país. Habla mucho de sí mismo, y a cada paso confiesa su inmodestia y fatuidad. Y luego hay que oírle describir la pampa o algunas de las batallas de Quiroga, o hablar del Escorial, o contarnos la corrida que en Madrid se dio cuando las bodas de Isabel II y su hermana.

Y véle aquí cómo escribiendo al día —su *Facundo* lo redactaba según se iba publicando en el folletín de un diario chileno— con fines de combate, y empleando la pluma como arma para derrocar a Rosas, y más bien como arma para conquistar la Presidencia de la República, hizo este hombre singular y de alma robustísima una labor hermosísima por su valor estético, y que hace que por mi parte le prefiera a cuantos han escrito en lengua española en el siglo XIX.

¿Y de estilo?, ¿de lenguaje? —preguntará cualquier badulaque—. Y hay que decir: Distingamos. Cabe un estilo vigorosísimo, robusto, personal y henchido de hermosura, con un lenguaje desgreñado e incorrecto, como cabe el mayor atildamiento lingüístico y la manera de escribir más correctamente retórica, sin estilo alguno. Sarmiento tiene estilo; un estilo a las veces algo enfático, un tanto oratorio casi siempre, lleno de color y de calor siempre, y de gracia, de gracia robusta y viril muchas veces. Y en cuanto lenguaje, Sarmiento escribía a la buena de Dios el romance, un si es no es anticuado a veces, que había aprendido allá, en la remota San Juan, al pie de los Andes, en el seno de una antigua familia colonial. Una lengua muy briosa y muy expresiva en un estilo de montonera.

Y era un español, he dicho. Un español que renegaba de España a cada paso y quería borrar de su patria la tradición española, a la que atribuía los males de la Argentina. Pero aunque combatiera contra esa tradición histórica, la tradición íntima, la de debajo de la historia, la radical, la honda, la que va agarrada a la sangre, a las costumbres, y sobre todo a la lengua, ésa la guardaba como nadie. Siempre que leo las invectivas de Sarmiento contra España, me digo: ¡Pero si este hombre dice contra España lo mismo que decimos los españoles que más y mejor la queremos! Habla sí, mal de España, pero habla mal de España como sólo un español puede hablar mal de ella; habla mal de España, pero lo hace en español y muy en español.

Sarmiento se me presenta como el escritor en lengua castellana más hondamente castizo que hemos tenido en el siglo pasado, y conservó ese casticismo gracias a no haberse enfrascado en la eno-

josa lectura de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. Por no haber pretendido nunca imitarla ni escribir como ellos, escribió de la manera más briosa y genuinamente española. Escribió al día, tal vez a caballo alguna vez, sin raspador ni borradores, y sin tener un Manual de retórica y poética a un lado y un Diccionario de arcaísmos al otro. Su lengua es lengua hablada, con la sintaxis de la lengua hablada, y hay en sus obras páginas que parecen no escritas, sino dichas, tomadas a taquigrafía. Y así como hay hombres insoportables de los que se dice que hablan como un libro, de los libros de Sarmiento hay que decir que hablan como un hombre.

Y a este hombre, es natural, apenas si se le conoce en España, y cuando alguien ha dicho aquí algo de él, ha sido con desdeñosa condescendencia. Afortunadamente, los argentinos empiezan a no recatarse para llamarle genio. Y si algún escritor en lengua castellana del pasado siglo tuvo algo de hondamente genial, fue Sarmiento. Aquí no se le conoce ni es fácil que se le conozca y aprecie. Porque Sarmiento es lírico, real y verdaderamente lírico; Sarmiento dice lo que a él se le ocurre —hoy una cosa y mañana otra, tal vez la contraria— y no lo que se le ocurre a otro; Sarmiento es violento y agresivo y desdeñoso; Sarmiento habla mucho de sí mismo y de los demás en relación con él; Sarmiento no recuerda a ninguno de nuestros fastidiosos clásicos de los siglos XVI y XVII; Sarmiento, honda y radicalmente español, más español, acaso, que cuantos españoles cobraron fama escribiendo en el pasado siglo, habla mal de España; Sarmiento era, ante todo y sobre todo, un hombre, y en puro ser hombre, fue escritor, escritor que vertía en sus escritos la redundancia de su propia personalidad colmada de vida. Y Sarmiento no se preocupó nunca de hacer un libro, como quien hace un armario, una mesa o un reloj, un libro con principio, medio y fin, cuidadosamente arquitecturado, un libro con sus tablas bien ensambladas y cepillado y bruñido y barnizado a puño, y como nunca se preocupó de hacer un libro, nos ha dejado obras palpitantes y rebosantes de vida y de pasión y de hermosura. Y, en cambio, los que se preocupan de hacer libros, no hacen sino muebles y muy pulidos y muy relucientes, que atraen al pronto, pero que a los pocos años se alabean, se resquebrajan y se deslustran, y la carcoma y la polilla dan cuenta de ellos al cabo.

MIGUEL DE UNAMUNO

SARMIENTO

Como la mayor parte de los grandes hombres de América en el siglo XIX, Sarmiento fue hombre múltiple: político, escritor, maestro, hasta diplomático, hasta militar; pero toda esta multiplicidad se resume en una luminosa unidad: es un civilizador. La posteridad lo recuerda a cada paso por su acción política y por su obra literaria. Pero la obra literaria, una de las más altas que ha producido América, es en él mero instrumento de la acción política. ¿Por qué? Porque la acción pública es para él todo lo contrario de lo que el vulgo incluye en el vocablo "política": es obra de bien, obra de civilización, en que el éxito personal se olvida por completo, porque todo se rige por el desinterés; en que el éxito de partido se sacrifica al triunfo del ideal. Obra de civilización es su obra política, y su forma favorita es la educación. Dentro de este político está siempre el maestro.

La vocación y las aptitudes de maestro las reveló desde la adolescencia y las conservó hasta sus últimos días. La enseñanza no la ejecutó nunca profesionalmente durante mucho tiempo; pero enseñó siempre, aunque no fuera más que a sus sirvientes. Y toda su acción de hombre público tiene como centro el ideal de la educación.

Desde que en su juventud se da cuenta de los problemas de la Argentina —que eran los de toda América— los reduce a una fórmula sencilla: civilización o barbarie. Fórmula que guiará toda su acción y toda su literatura, que también es acción: atacará cuanto represente la barbarie (el caudillaje, principalmente); apoyará cuanto represente la civilización: leyes organizadoras y constructoras, libertades públicas, enriquecimiento del territorio con nuevos habitantes, con nuevas actividades, con nuevas comunicaciones, con nuevas especies de animales y de plantas, prensa, bibliotecas, y sobre todo escuelas, escuelas, escuelas.

Ese simplismo era gran virtud en la acción pública: nada mejor, para la acción, que la meta clara y el camino recto. Más de una vez, en el gobierno provincial como en el gobierno nacional, las medidas civilizadoras de Sarmiento dejaban en ruina momentánea el tesoro público; pero eso, que pudo parecer imprevisión a los cortos de vista, era previsión superior: los bienes que habían de alcanzarse compensarían de todas las pasajeras estrecheces.

Si Sarmiento era simplista, con simplismo eficaz, en la acción política, no tenía nada de simplista en su análisis intelectual de los problemas que afrontaba: el *Facundo* es el libro más hondo que se ha escrito sobre problemas de América. Nunca se ha expuesto ni se expondrá mejor la red compleja de causas del estado social de la América española. Es lástima que, a pesar de su fama, grande y justa, a pesar de hallarse en las bibliotecas de todos, el *Facundo* sea menos leído de lo que debiera ser: verdad que el lector argentino se siente alejado de muchos problemas que allí se tratan, porque están ya vencidos en lo esencial; pero debería con esfuerzo de imaginación, trasladarse al mundo que Sarmiento le pinta, porque comprendiéndolo comprenderá el duro pasado de donde surgió el cómodo presente, comprenderá la obra gigantesca de los que con aquellas sombras crearon luz, y comprenderá también los problemas que aquejan todavía a una parte de la América española.

Los creadores de la nueva Argentina, tanto de los que, como Sarmiento, como Mitre y Avellaneda, ocuparon la presidencia de la República, cuanto los que con ellos colaboraron de cerca —o por excepción desde lejos, como Alberdi—, representan uno de los casos excepcionales siempre, en que, como quería Platón, ejercen el poder los filósofos, es decir, los hombres de pensamiento, para convertir en realidad útil sus ideas de bien. Y su éxito, no igualado en América, confirma la justicia del voto de Platón. Decía José Ortega y Gasset que la Argentina, este país con vocación de grandeza, con vocación imperial (pero, para su gloria, sin imperialismo), parecía creación ideológica, encarnación y realización de ideas previamente pensadas. Y agregaba que, por no conocer la historia argentina, no sabía si confirmaba su suposición. Pero, para confirmarla, basta hojear la historia de este país, basta estudiar la calidad de los hombres que lo organizaron y de los ideales que los guiaron.

Entre ellos, el genial fue Sarmiento: no por su inquietud, por su agitación, como podrían creer los ingenuos devotos del concepto romántico del genio, sino porque supo hacer fecunda esa inquietud,

porque supo dominar su agitación y disciplinarla para convertirla en fuente inagotable de trabajo, sometida a métodos severos. En toda obra genial hay trabajo y disciplina. Y entre las muchas cosas admirables de Sarmiento, ninguna es más admirable que su constante ansia de superación, de adquisición de conocimientos y de técnicas, no para satisfacción personal, sino para ponerlos al servicio del país: así, aquel autodidacto fue el gran maestro de su patria y contribuyó más que nadie a organizarla para que en ella, como dijo en sus últimos días, todos gozaran del festín de la vida, del cual él disfrutó sólo a hurtadillas.

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

LA DOCTRINA DE SARMIENTO

Desde la primera tentativa constitucional, en aquella Asamblea del año 13 que nos dio el himno y el escudo, tuvimos presente acá el ejemplo de los Estados Unidos. Su federación puso a la nuestra el modelo ideal; pero todos, federales y unitarios, imitaron con noble afán, es decir expresamente, a la democracia de los Estados Unidos, reconociéndole la dirección de la política continental ante las tentativas reconquistadoras del absolutismo europeo. La sinonimia de independencia y república, sintetizó esa política panamericana, entonces que la hubo; y por esto, al entrar en guerra con el Imperio del Brasil, Rivadavia creyó necesario reexponer el concepto de aquella jefatura continental en nombre y representación de la patria.

La tradición de los estadistas argentinos fue siempre de concordia y de lealtad con la Unión Americana; siendo de advertir a propósito, que nuestra tercera y última guerra nacional, liquidámosla también con un arbitraje de los Estados Unidos. Así quedó vinculada la gran nación a los momentos más solemnes de nuestra historia.

Ninguno de aquellos estadistas comprendió y practicó esa alta amistad mejor que Sarmiento. Por esto quedó como doctrina suya, tendencia tan argentina en verdad. Nadie fue tampoco mejor argentino que Sarmiento, ni más celoso de la dignidad nacional; de suerte que su simpatía por los Estados Unidos, hallaba entre ambas naciones una profunda compatibilidad. Su comprensión superior, que es uno de los atributos del genio, no solamente lo advirtió con exactitud, sino que supo demostrarlo con la adopción afortunada del sistema de educación popular, el espíritu de empresa, el respeto al trabajo, y el concepto de que la libertad es un instrumento útil de

bienestar privado y común, más que un derecho abstracto conducente a la negación anárquica de los ideólogos: vale decir el sistema que ha consumado aquella prosperidad y asegurado la nuestra. Cuando estamos con Sarmiento, no sólo continuamos, pues, la tradición de nuestros mejores gobernantes, sino que adoptamos una doctrina confirmada por el éxito en las dos naciones más adelantadas de América.

Por otra parte, es de sentido común que no puede haber americanismo sin los Estados Unidos; y que intentar constituir dos americanismos rivales a causa del distinto idioma, es una ingenuidad bárbara. Esto proviene a su vez de una inconsecuencia histórica. Cuando los Estados Unidos derrotaron a España, aunque fue esa guerra una cruzada libertadora para emancipar a Cuba, mucha gente de la América latina dejóse impresionar por el rencor que naturalmente les quedó a los españoles. Olvidó que para todos nosotros, *independencia* significa esencialmente *América sin España;* que esto acababan de consumarlo los Estados Unidos; y que al entenderlo así el pueblo cubano, su causa, que era la nuestra, vinculábamos mucho más a los Estados Unidos que a España.

Quienes pensamos así, fuimos y somos más americanistas que los inventores sentimentales de una comunidad fundada en la derrota; es decir, en lo que lejos de establecer disuelve las congregaciones de pueblos. Y si se piensa además que ante la causa de América fue justa la victoria de la Unión, dar contra ella es un acto de torpeza y de mala voluntad. Cuando, según ocurre por desgracia en más de un caso, hay naciones americanas que aborrecen a los Estados Unidos, siendo, no obstante, sus deudoras morosas en virtud del mal uso que hicieron de su propia soberanía, dicha actitud no puede merecernos consideración, ni menos solidaridad estimulante, porque ello equivaldría a complicarnos en una inmoralidad.

Los pueblos tienen que amar con discernimiento: mejor dicho, sin pasión. Es, desde luego, desatinado y vil, odiar a uno para amar a otro: o dar por buenas las malas acciones, con tal que aprovechen al segundo con perjuicio del primero. Porque el más elevado amor de los pueblos tiene que ser la justicia. Amar a España está bien, y perduran muchos motivos para ello: pero hacer con ello política española en América es una bajeza que reniega la obra de los libertadores, y puede llegar a constituir traición.

Los Estados Unidos tienen muchos defectos, y apenas existirá alguno que no sea duramente criticado allá mismo conforme lo

enseña entre otros el propio escritor cuyo arribo celebramos *; pero nosotros los tenemos también, y no los corregiremos a buen seguro criticando los ajenos. La buena y útil relación entre los pueblos, consiste en imitarse sus cualidades. Para esto queramos que se conozcan mejor sus pensadores y artistas.

Tal es lo que podríamos llamar la doctrina de Sarmiento. Y si bien se ve, ella resulta la negación del pesimismo. Es de acción y concordia. Quiere la América completa en un mismo destino de libertad; y lejos de creer que este bien tiene idioma propio, entablando estériles disputas sobre si ha de ser el inglés o el castellano, procura alcanzarlo con doble esfuerzo, cultivándolo en castellano y en inglés.

LEOPOLDO LUGONES

* Se refiere a Waldo Frank. (Nota del C.)

PRESIDENTES AUTORITARIOS *

Recuerdos de ilustres varones y de grandes tiempos

Hablemos de la presidencia de Sarmiento. La piedad del Congreso y de su nieto nos acaban de ofrecer los volúmenes XVIII, XIX y XX de sus *Obras*, que comprenden el primero, segundo y tercer volumen de los discursos parlamentarios, ordenados y anotados sagazmente por el cariñoso editor. Estos volúmenes, ricos en tesoros del espíritu, reaniman los recuerdos de épocas gubernativas y parlamentarias, que el bizantinismo del día desdeña o ignora.

Sarmiento huía de las sombras, del círculo sin personalidades, sin ideas y sin aptitudes gubernativas, seguro de que el medio inferior prostituye a los gobernantes más generosamente dotados. El Congreso, donde se reunían las intelectualidades de la República, no había abdicado en momento alguno por disciplina exagerada de los amigos o por debilidad de los adversarios, sus deberes y derechos tutelares y fundadores de poder coordinado. Los partidos políticos existían, con plena capacidad cívica. Las provincias más pobres y menos libres eran factores políticos. San Juan, colonia aislada, por decirlo así, entre las travesías y las montañas, sin ferrocarriles, sin rentas, escasa de población y flaca de influencias, fue, sin embargo, respetada. ¡El gobierno de la República era todo movimiento, luchas, debates y luz!

La cuestión de San Juan conmovió, en efecto y hondamente, las fibras patrióticas del país; y las jornadas parlamentarias que originara, vivirán en los anales argentinos entre los más sabios y levan-

* *Nota del coordinador*: No se reproduce el párrafo introductorio, por referirse a cuestiones del momento no relacionadas con Sarmiento.

tados debates políticos posteriores a la organización nacional. Cushing lo admiró desde los Estados Unidos, declarando que no se sentaban bajo las bóvedas del Capitolio, hombres mejor preparados, ni oradores más elocuentes, en el comentario de las instituciones federales!

Después... la república ha sido humillada en las cuestiones de soberanía y de forma y los opositores a los arreglos, que protestan en las antesalas, han carecido de ánimo para promover siquiera el debate. El ejecutivo los domina con el gesto, porque el ministerio está formado de sordomudos políticos o de ministros que han enmudecido ante lo contrario de lo que ayer exponían con palabras vibrantes, sobre materias en las cuales no caben transacciones ni olvidos, porque son de soberanía y de dimisión ministerial. *Victrix diis placuit, sed victa Catonis!*

Y eran los primeros tiempos los llamados de los *presidentes autoritarios, fuertes y déspotas.* En 1875 el Senado argentino sostuvo, en efecto, otro de los debates históricos, comparable al de la cuestión San Juan, por la amplitud de sus horizontes políticos y por la talla y erudición de los príncipes de la palabra que intervenían. Rawson, Quintana, Oroño, Torrent... provocaban a la lid parlamentaria, al gigante de la política argentina, a Sarmiento. Estaban sobre la mesa del Senado los proyectos de ley de amnistía y un *bill* de indemnidad, como consecuencia de las hondas y sangrientas perturbaciones de 1874. El recuerdo del general Mitre en la cárcel del Retiro y los manes de Ivanowsky flotando en la atmósfera política, comunicaban a la pasión de los partidos la temperatura candente de las situaciones revolucionarias. La voz de los oradores resonaba al unísono con la fibra popular, ora engalanada con las formas firmes, persuasivas y de brillante colorido de la elocuencia del Dr. Rawson, ya con la verba lenta, clara y solemne del Dr. Torrent, ora con los períodos sonoros, redondos e irresistibles del doctor Quintana.

Sarmiento, senador por San Juan, habíase incorporado en mayo. Sentábase al lado de su comprovinciano y tradicional adversario el doctor Rawson. No hubiera deseado hablar en esas memorables sesiones de julio, esperando que sus vínculos con los colegas se acentuaran cordialmente. Pero sabía que estaba amenazado. Una tempestad de odios populares arrojaba algunas de sus nubes a la barra y a la plaza de la Victoria, y sus viejos y grandes rivales políticos y parlamentarios, se apercibían al asalto. Se maduraba un juicio re-

trospectivo de su gran presidencia; y todas sus doctrinas políticas y constitucionales serían exhibidas a la execración nacional. ¿Cómo podría callar Sarmiento?... No era, por cierto, de los que temen las discusiones e imploran e imponen el silencio!...

Y el león viejo y sordo, con la melena de Caseros arrancada por el tiempo, pero con el alma de los grandes romanos y el temple peculiar de la suya, saltó a la arena, desnudando gallardamente las armas de la controversia; y citaba a sus adversarios sorprendidos, arrastrándoles a la lucha con provocaciones de titán.

El doctor Rawson rompió el fuego de la réplica en uno de aquellos de sus discursos que escuchados deslumbraban y leídos fascinan y edifican. Trajo a tela de juicio la política argentina después de la batalla de Caseros. Con la suavidad del cirujano que opera heroicamente, reconoció los servicios y los talentos geniales de su colega adversario; pero tales cumplimientos parecían más bien calculados para afirmar su posición en el debate al asestar el golpe implacable a la cabeza de Sarmiento.

—*Presidente autoritario, de fuerza, déspota*... El gran Rawson, el más eminente de los mitristas, había lanzado a la faz de Sarmiento, la acusación histórica. Incidentes violentos, inesperados, extraordinarios, que me agitan ahora mismo, a los veintitrés años, porque fui actor en ellos como periodista, y cuyos preciosos detalles relataré algún día, incendiaron la atmósfera. El pueblo bramaba detrás de la barra. Sarmiento iba a ser *linchado* por lo menos al pie de la pirámide de Mayo!

"Y el peligro debía ser tan grande (dijo Sarmiento en la sesión del 8 de julio, en una de las numerosas cuestiones de privilegio, que a menudo iniciaba el diestro táctico parlamentario, para destruir la impresión terrible de los discursos adversos) que el señor senador Quintana, con mucha generosidad, vino a ofrecerme su compañía para poder salir a la calle. Tuve el sentimiento de no poder aceptarlo, porque en el estado de la opinión, ante el espíritu de tergiversación de las cosas más inocentes, que predomina en cierta parte del público, podía suceder que el acto tan caballeresco del señor senador Quintana, se tradujese porque iba a presentar una especie de *ecce homo*, perdonado o favorecido a la puerta del Congreso".

¡Jamás la elocuencia, la virilidad y la ironía fueron más dignas y crueles que en esas palabras del viejo león, acechado por los árabes de la calle pública, entre los cuales militaba yo también, por mi ubicación política!

Niños con la aguada leche de los colegios nacionales y de las universidades en los labios, lapidábamos bárbaramente al *autoritario* y al *déspota* Sarmiento, porque nos gritaba: "orden, respeto a la autoridad, cultura en los debates parlamentarios, discusiones libres y amplias, convencimiento y luz en la gestión de los intereses de la Patria: he ahí el camino". Experiencias penosas y descensos posteriores, en que el Ejecutivo, el Congreso y el Poder Judicial se parecen a las oficinas subalternas de alguna factoría latina en el Extremo Oriente, excitan a la reflexiva y fecunda comparación, y estimulan ansias patrióticas de que vuelvan para la República las exaltaciones autoritarias de Sarmiento, con su vida pública exuberante de dignidad y de civismo.

¿Cómo gobernaba, en efecto, el presidente acusado de déspota, de autoritario y de fuerte? La cuestión de San Juan se había iniciado por el conflicto entre el gobernador Zavalla y la Legislatura. El presidente Sarmiento estaba del lado de la legislatura. Su ministro del Interior, su gran ministro Vélez Sársfield, sostenía al gobernador. El conflicto de San Juan se trasladaba así y en forma solemne al seno mismo del Ejecutivo nacional. En el primer acuerdo estallaba y las opiniones parecían definitivas. El gabinete sufrió honda consternación. ¿Iría al Congreso a medirse con las palabras descollantes en la política argentina sin el concurso del gran jurisconsulto y contra su alta autoridad científica y moral?

—Señor presidente, había dicho Vélez Sársfield en el acuerdo. Nuestro desacuerdo solamente tiene una solución: dígnese V. E. aceptar la renuncia que le presento.

—No, señor ministro, respondió el presidente autoritario y de fuerza. Eso tiene otro remedio.

—¿Cuál será, pues?, dijo con su sorna y dejo característico el sabio cordobés.

—El convencimiento... uno de los dos ha de tener razón y lo averiguaremos...

Al día siguiente llegaba a la casa de campo del doctor Vélez Sársfield el criado del presidente con una valija de ropa y otra de libros y papeles. El presidente aparecía poco después...

—Aquí vengo, doctor Vélez, para encerrarme con Ud. a discutir la cuestión San Juan...! Vienen conmigo Marshall, Story, Cooley,

Pomeroy, May, Cushing... y cien páginas manuscritas [1] para contribuir a hacer la luz...

Dos días después se reunía el gabinete y el doctor Vélez Sársfield daba la razón científica al presidente: el jurisconsulto se había inclinado ante el maestro constitucionalista por todos reconocido, sin debilidad de carácter, ni abdicación de convicciones propias.

No multiplicaré los ejemplos de casos en que los consejeros y amigos del presidente no perdieron su confianza ni su favor al contradecirlo y aún vencerlo. Ello era posible porque Sarmiento se ahogaba en las atmósferas bajas y solamente respiró con amplitud y siempre en las más altas capas. El talento, la cultura y la responsabilidad social eran los componentes primordiales de su aire vital y favorito. Lo exigía la dignidad de la presidencia y de su propia gloria. Falstaff y Mefistófeles no tenían hospitalidad en su palacio.

Fueron por eso sus ministros de Estado el gran jurisconsulto de América Vélez Sársfield, Avellaneda el estadista y el talento que debía sucederlo en las alturas. Gorostiaga el jurista. Tejedor codificador y un carácter, Gaínza, Frías (U) notables en la sociedad y en la política, íntegros y patriotas, y Domínguez, historiador y poeta. No fue su cuerpo diplomático un refugio, sino la robusta y brillante ramificación de su cancillería; y eran enviados en las grandes legaciones los adversarios políticos eminentes y gloriosos como Mitre, los oradores y caudillos prestigiosos de la oposición parlamentaria como Quintana, don Félix Frías entre los talentos jurídicos y oratorios, el general Paunero soldado valeroso y patriota de la oposición, Domínguez L. L., Villegas, Benjamín Figueroa, Alén y otros jóvenes de esperanzas no defraudadas después.

En el Congreso vigilaban y combatían el gobierno en justas inolvidables de la erudición y de la palabra, Mitre, Irigoyen, los dos Alsina, Aráoz (de Jujuy), Quintana, Oroño, Torrent, Colodrero, Bustamante (P), Piñero (M), Elía, Ruiz Moreno, Dávila, Rojo, Granel, Villafañe, Llerena, Daract, Aguirre, Avellaneda, Barbeito, Cortines, Civit, Cáceres, del Campillo, Keen, Gacitúa, Leguizamón, Quiroga, Sánchez, del Valle, Gutiérrez, Ocantos, Acosta, Mármol, Costa, Aráuz, Cabral, Castro, Calle, los Ortiz, de la Vega, Zavalía, Córdoba, Justo, Luna, Vélez... arraigados en la sociedad y en la política, en las letras y en las tradiciones nobilísimas del país.

[1] Sirvieron de base a algún buen discurso posteriormente pronunciado.

En las administraciones públicas, en los bancos, en la educación, en todos los servicios honorarios que daban vigor y tono a la presidencia de aires virginianos de Sarmiento, hallamos los nombres de alta vinculación en la República de Vicente F. López, los Ocampo, los Pico, los del Carril, los Olivera, Pereyra, Lezama, los Madero, los Guerrico, los Anchorena, Agote, los Cobo (don Juan rehusó la cartera de guerra y marina), los Uriburu, Barros Pazos, Bustillo, los Campos, los dos Cané, Chenaut, Juan C. Gómez, Lamas, Juana Manso, los Montes de Oca, los Oro, con don Domingo entre ellos, Piñero, de la Plaza, don José Posse, los Villanueva, los Lucero, Sarratea, los Lavalle, Pellegrini, los Gallo, Lagos García, Lacroze, Lewis, los Larrain, Torres, Cosson, Tello, los Villegas, A. Prado, Videla Dorna (G), Rawson (A), Posadas, Yaniz, los Peralta, los Roldán, los Sarmiento, los González, los Albarracín, los Padilla... y cien más que mi memoria no retiene... y para decirlo de una vez: la más alta representación patriótica y moral de la raza argentina.

Así gobernaba el presidente autoritario, fuerte y déspota, rodeado de los elementos más dignos de respeto del país, sus amigos y adversarios políticos de toda la vida. La atmósfera gubernativa era naturalmente intelectual, refinada y de buen tono.

Pero Sarmiento agitaba, alzaba la voz, escribía proclamas enérgicas y a veces asestaba golpes de gladiador. No era lucha de intrigas, ni golpes dirigidos entre las sombras y el silencio. Sarmiento no guerreaba arrebatado solamente por su temperamento irresistible de acción, por sus calidades de tigre para asaltar y de león para defenderse, entre rugidos pavorosos. No! Había algo más elevado y digno en la pujanza a veces iracunda del coloso. Desdeñaba el aplauso lisonjero y banal de los edecanes y de los tertulianos menores o extranjeros de los presidentes. No se sentía honrado con la defensa, ni con la agresión vulgar. Amaba el ataque y la censura de sus grandes rivales y de sus mismos amigos; y promovía o aceptaba los debates formidables de su época, ávido de convencer, porque necesitaba conservar su autoridad moral y tener razón ante el país!

Sarmiento honró siempre sus responsabilidades sociales, y el cíclope, que afrontaba con furia implacable las iras de sus enemigos, temía a la sociedad culta y dirigente y se inclinaba ante ella gobernando con sus más altas personificaciones intelectuales y cívicas.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

NOTA A SARMIENTO *

La República Argentina era un modesto pedestal para la figura extraordinaria de Sarmiento. Cuando ella sea el coloso del Sur —y ese tiempo no está apartado— americanos y europeos removerán el polvo del pasado estudiando sus orígenes heroicos y civiles; y sus próceres, desconocidos ahora en el mundo, serán inscriptos en el libro de oro de las glorias humanas. La Historia Universal hará entonces la apoteosis de Sarmiento, nacido el 11 de febrero de 1811 en San Juan, la más culta de las provincias arribeñas, donde las letras, la música y la pintura de Chile hacían escuela, porque los sanjuaninos tenían contacto más fácil y frecuente con el Pacífico, no obstante la alta, ancha y nevada Cordillera, que con Buenos Aires, su rica metrópoli. Fue a la Asunción del Paraguay a conservar su salud y halló la muerte acaecida el 8 [1] de septiembre de 1888. Luchó desde sus primeros años con la pobreza y contra la dictadura y aunque hervían en su alma los gérmenes de incomparables destinos literarios no tuvo cerca universidades ni maestros, ni libros para obtener una educación metódica y completa. Pasó la cordillera y tras vicisitudes varias usó la palabra y la pluma como piedras de honda, con estrépito y audacia no conocidas en Chile. Fue una sorpresa para la sociedad oligárquica de allende los Andes, en plena edad pelucona, la salida a la arena de este paladín impetuoso, agresivo, violento implacable e indisciplinado. Afilióse a la hueste de don Manuel Montt, uno de los repúblicos y presidentes mejor intencionados y más eficaces que Chile haya tenido. Hubo el noble jefe de mandarlo a Europa con tres mil pesos de plata so pretexto de estudiar la educación; pero en realidad para alejarlo, porque su ruda

* El título ha sido puesto por el compilador.

[1] Evidente error tipográfico. (Nota del compilador).

franqueza cortaba en carne viva de los adversarios y de los amigos. Este incidente fijó los destinos de Sarmiento, porque abrazando la causa de la educación con el profundo fervor de su naturaleza batalladora, las escuelas lo elevaron al fin a la Presidencia de la República Argentina. Sin la preparación, ni las lecturas de sus contemporáneos sobresalió por el brillo, la originalidad, el desaliño, la frescura y el vigor de sus descripciones y caracteres. El pensador vertió en páginas exuberantes, a veces incoherentes y turbulentas como los torrentes tornasolados que se despeñan de las altas quebradas, un caudal copiosísimo de ideas magistrales, de observaciones profundas, de agresiones apasionadas y de secretos institucionales, arrancados a nuestros orígenes étnicos, a los fastos coloniales, al carácter argentino y a las conmociones sangrientas de la *vía crucis* nacional. La mayor parte de sus contemporáneos, quedaron en la sombra, como mediocridades del claustro universitario, cuando brilló culminante el talento primitivo y espontáneo de Sarmiento en *Recuerdos de Provincia* y en *Facundo*. El primer libro tiene cuadros nuevos, no hallados jamás entre las joyas del romance. El segundo es el libro de América porque refleja con la exaltación extraordinaria de una visión maravillosa, el cuadro primitivo de sus razas, semisalvajes y semi-ocultas en revuelta y espantosa agitación. *Facundo* es, en efecto, la batalla de los genios libres e ingobernables de la América, con los ideales del Orden, de la Educación y de la Libertad. Estos libros y cien volúmenes más, de un estilo cuyo vigor y novedad asombran, burlan las reglas del arte convencional, seducen con sus bellezas, a cuyo brillo pasan desapercibidos los defectos; y son los puntos de partida de una literatura genuinamente argentina, como frutos de su grandiosa naturaleza. Pero Sarmiento era, además de escritor y educacionista, orador y hombre de estado. Hablaba como escribía, huyendo de las formas frías y artificiales de una escolástica sofocante y sin inspiración. Sus discursos eran nutridos de ideas profundas y tenían la elocuencia de lo inesperado, en períodos largos, originalísimos, sonoros, no siempre coherentes, sin metáforas, ni artificios, pero vibrantes, agresivos y profundos. Era la palabra en sus labios, como la ancha espada de un gladiador romano, instrumento menos útil para la defensa que para el asalto y la inmolación del adversario. Su escudo más eficaz fueron las condiciones ingénitas y singulares de su carácter. Creeríasele sin corazón y sin epidermis y, en verdad, como él lo dijo en ocasión inolvidable, tenía "cáscara de hierro" porque nada lo perturbaba, hirió o abatía, ni el odio ni el insulto, ni el ridículo. Era un gigante de

granito en el que se mellaban los dardos enemigos o caían rotos a sus pies. La vida intelectual de Sarmiento, en todas sus faces, hasta en sus medios de acción, era suya, extraordinaria, extravagante. Había leído poco y lo retenía todo y sus citas, no copiosas, son hechas de memoria, sin detenerse en minuciosidades de comprobación. Su saber asimilado era escaso, pero su sabiduría espontánea, de adivinación, instintiva, era inmensa. Tal fue también el estadista reformador, autoritario, guerrero, violento, dócil, justiciero y festivo. Tan extraña reunión de caracteres diversos y contradictorios en una sola alma, sorprendieron a menudo; y el vulgo, incapaz de comprender estas naturalezas superiores, que rompen los moldes y las medidas vulgares, creyó sinceramente a los adversarios y a los émulos que de loco lo motejaban en son de desprecio. Doctor sin haber cursado en universidades rutinarias y coloniales, general que no practicó ni enseñó las posiciones del recluta, orador que nunca había declamado a Fox, ni a Mirabeau, sabio sin hervorizar, ni disecar, periodista invencible sin bagaje ni inspiración ajena, gobernante con un aprendizaje hecho en las aldeas de Chile o en la suya propia de Cuyo, Sarmiento descolló en todo. Era en verdad, una condensación genial de la naturaleza de América. Sus violencias autoritarias tienen un principio de razón, toda la razón a las veces y no pocas fueron también injustas y funestas. Pero sus errores y las tempestades que ellos levantaron rodeando su personalidad de conspiraciones y de odios, eran excesos naturales y espontáneos de su temperamento y de sus propias calidades. Sarmiento no tenía amigos, ni favoritos, porque poco o nada se preocupaba de los demás. Los hombres eran obstáculos o medios para él, y los abatía o sacrificaba a sus ideales y a su acción ejecutiva e incontrarrestable, cuando su plan lo reclamaba. Examinados los males que los ímpetus de su naturaleza áspera y mal pulida causaron, quedan redimidos por su obra fundadora en la prensa, en la educación y en el Gobierno. La época en que gobernó no era propicia para sus tendencias y sus medios. La República estaba aún despoblada, ignorante, sin disciplina nacional y trabajada por preocupaciones lugareñas. A su regreso de los Estados Unidos de América encendió la antorcha redentora del Orden y de la Educación. En el Potomac halló, en efecto, la clave de las desgracias argentinas, cuya curación se había ensayado durante un cuarto de sigo. Algunos no lo comprendieron porque vivían en tinieblas; y lo resistió casi toda la República en nombre de antagonismos tradicionales de partido o porque los instintos gauchi-políticos no habían terminado aún su lenta evolución. Pero

Sarmiento ha muerto hace diez años y su nombre reaparece en una nave que enarbola los colores de la defensa y de la integridad territorial argentina. El recuerdo de sus grandes violencias y de sus errores está atenuado por otros aspectos de su vida iluminadora, patriótica, persistente y fija, como la radiante luz de los planetas. Las nuevas generaciones cultas, hartas de intrigas, de personalismo, de debilidades políticas y diplomáticas, de sensualidad, de avaricia, de nepotismo y de revoluciones, estudian la República y descubren con emoción y con asombro, que todos los problemas argentinos de la actualidad, fueron planteados por Sarmiento en el breve e histórico programa de su vida: *Educación Popular*. La locura de Sarmiento era, pues, un delirio civilizador; y la República Argentina debiera identificarlo con sus anhelos pidiendo a voces a sus hijos y a sus gobernantes, una estatuta para el loco y Educación para el Pueblo.

[ESTANISLAO S. ZEBALLOS]

MITRE – SARMIENTO – AVELLANEDA

(*Fragmentos*) [1]

El retomar del sentimiento patrio en pos de los variados sucesos producidos desde el año 62, en que por primera vez, a partir de la presidencia Rivadavia, las diversas fracciones del pueblo argentino, se presentaron regidas por una autoridad constitucional común a todas ellas, ofrecía caracteres auspiciosos y que marcaban un gran progreso en las condiciones de la vida nacional. Habíamos tenido después de Pavón un gobierno general, en que predominaron los elementos bonaerenses impregnados todavía del espíritu local, propio de los diez años de aislamiento en que se había mantenido la provincia de Buenos Aires por una parte, y las que componían la Confederación del Paraná, por la otra.

El general Mitre, a quien la historia llamará tal vez el *porteño progresivo*, había encaminado la política primitivamente localista del pueblo que le reconocía por caudillo, hacia regiones más amplias que las divisadas por otros hombres públicos, en quienes aquella política se había encarnado poco tiempo después del 3 de Febrero de 1852.

Hubo un régimen nacional cuando él subió a la Presidencia; pero ese régimen no fue simpático a las provincias. La acción de la autoridad central no era recibida sino como la intromisión de un elemento extraño y deprimente o vinculado con fracciones políticas que sin tal ayuda no habrían podido prevalecer.

[1] Entre los papeles del doctor Pedro Goyena, escasos por cierto, hallo estas páginas que no pueden ser consideradas sino como apuntaciones o sumarios de artículos que el estadista y escritor meditaba y no tuvo tiempo de componer antes de su muerte prematura. Pero las notas revelan ya toda la intensidad política del pensamiento con que se proponía abordar las épocas y los hombres que las caracterizaron. Hay una parte que se refiere al general Roca. Esta vibrante página histórica tendrá su oportunidad, que no ha llegado todavía. [*E. S. Z.*]

La Presidencia Mitre fue el comentario porteño de la Constitución reformada en 1860. En ella la nación aparece resurgiendo de las nieblas del pasado; pero teñida con el color propio del *porteñismo*.

El general que desempeñaba la primera magistratura, tuvo el respeto debido a las manifestaciones espontáneas de la opinión, y lejos de procurarse un sucesor de su tamaño, dejó francos los caminos para que llevado de las fuerzas populares, llegara a la primera magistratura del país don Domingo Faustino Sarmiento.

* * *

El tiempo no corrió estérilmente para el desarrollo de la vida nacional después de la administración del general Mitre. La Presidencia de Sarmiento fue una representación más genuina de la idea y del sentimiento nacional, que lo había sido, por las razones apuntadas, la de su antecesor. Queremos decir que esa Presidencia no estuvo teñida con el color de ninguna de las pasiones locales que habían enardecido a los partidos políticos. Fue impopular Sarmiento, precisamente por no dar satisfacción a una de sus exigencias extremas. Fue impopular y nada es más honroso para él que su impopularidad. Ella prueba la altivez de su carácter como hombre de Estado y la altura de su concepción política. No adulaba preocupaciones de la vulgaridad, y a nadie mejor que a él es aplicable la fórmula en que se ha expresado la personalidad política del doctor Rawson: provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias. Por ser así, no le querían idolátricamente ni en las provincias, ni en Buenos Aires. Sarmiento, como Rivadavia, ha sido un presidente argentino, sin afecciones exclusivas, por tal o cual sección del territorio nacional.

Bajo este aspecto su Presidencia señala un gran progreso en la política argentina. Ministros de su administración fueron Domínguez y Tejedor, y ministros plenipotenciarios en Chile, en el Paraguay y en el Brasil, durante ella, don Félix Frías, el doctor Quintana y el general Mitre.

No se preocupaba de averiguar cual fuera el pedazo de tierra argentina donde hubieran nacido los hombres para llamarlos al servicio del país, sino de su capacidad y competencia. Extendía sobre toda la nación su patriotismo, sin darle, como muchos otros, ubicaciones injustas.

Desde el punto de vista bajo el cual consideramos las cosas, aparece la superioridad de Sarmiento: sus defectos se presentan de bulto cuando observamos su administración en si misma.

Era impetuoso y tenía la manía militar. Hombre de doctrina cuando combatió a los hombres de fuerza, quiso ser hombre de fuerza cuando fue presidente.

Felizmente, en más de un caso, la arremetida se operó en el vacío. A diferencia de Don Quijote, que seguía siempre su idea, solía ceder a las indicaciones de sus ministros.

Jamás la vida parlamentaria fue más activa y brillante que durante el período de su administración.

Sarmiento pegaba, pero escuchaba. Entre golpes y discursos entregó el mando al doctor Avellaneda. Le dejaba un ejército bien armado. El nuevo presidente podía gobernar aun cuando, como lo dijo el mismo Sarmiento, no hubiera disparado jamás una pistola.

* * *

Se imputa a Sarmiento el haberse manejado de tal suerte que la candidatura de Avellaneda se hiciera con los elementos oficiales. Es punto de averiguaciones históricas, determinar la parte de influencia que hayan tenido esos elementos en el triunfo de la candidatura de Avellaneda.

Nuestra apreciación es que, cualquiera que fuere la ayuda recibida de aquellos por el doctor Avellaneda, su candidatura no habría prevalecido jamás sin la existencia de causas y elementos de otro género.

Vino al poder el doctor Avellaneda, levantado por sus antiguos condiscípulos de Córdoba, que ocupaban posiciones influyentes en las provincias, y que si no eran hostiles a Buenos Aires, querían contrapesar su acción en la política.

Era antipático a la ciudad que había de hacer declarar legalmente capital de la República.

Tuvo en ella rivales, a quienes irritaba su juego certero y de formas imprevistas, su talento de noble estirpe y destinado a brillar en la posteridad.

Su Presidencia fue el drama más accidentado después de la caída de Rosas. Concluyó con la federalización de Buenos Aires, acontecimiento de trascendencia indefinida en la vida nacional.

El sentimiento burgués de la ciudad, fue adverso al doctor Avellaneda; pero el sentimiento burgués no ha guardado jamás los oráculos del porvenir.

PEDRO GOYENA

SARMIENTO Y SU PROYECTO DE CONSTRUCCION DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

La recordación de Sarmiento ha tenido un sentido en nuestra cultura, evocando su vida y valorando su obra a través del espíritu de las nuevas generaciones.

La conciencia argentina es mucho más fuerte de lo que comúnmente se cree, ya que son múltiples las exteriorizaciones de su respeto por los valores del espíritu, reconociendo la jerarquía de los ideales superiores más allá de la política y del materialismo económico.

Sarmiento con su noble y luminoso espíritu ha inspirado siempre a nuestro pueblo la veneración, podríamos decir casi religiosa, que le impuso su pensamiento, su tesonera acción, como así también el ímpetu viril y avasallador de su genio, que ya se perfilaron desde la primera etapa de su agitada y fecunda existencia.

Buscando material en el archivo histórico del prócer encontré un aspecto casi desconocido en un intercambio de su correspondencia, que me hizo pensar como lo manifestara el Dr. León Rebollo Paz, que Sarmiento, lo mismo que Rivadavia, tenían la obsesión del puerto, el puerto que tanto necesitara la gran aldea, que poco a poco se transformaría en la gran ciudad que soñara el gran sanjuanino.

Cuando se hizo cargo de la Presidencia de la República, el joven Eduardo Madero, le propuso la construcción del Puerto de Buenos Aires. Esta idea lo entusiasmó tanto, que inmediatamente suscribió un contrato con la empresa que presidía Madero y que sometió a consideración del Congreso de la Nación.

El proyecto presidencial fue analizado y aprobado por la Cámara joven, pero en el Senado tropieza con un largo y agitado debate que se prolongó sin resolverse hasta que expiró el período parlamentario.

Ante ello, el Presidente argentino inició un intercambio epistolar con su amigo M. Ferdinand de Lesseps, que acababa de construir una de las obras de ingeniería más importante de todos los tiempos: el canal de Suez.

Este intercambio de cartas en francés, con sus respectivas traducciones, que a continuación se transcriben, permitió a Sarmiento, que no se dio por vencido, someter ante el Congreso en el año 1871, un nuevo proyecto que obtuvo aprobación legislativa, pero que dificultades de orden técnico impidieron proseguir. Posteriormente quedó paralizado, cancelándose los respectivos contratos.

El puerto soñado por Bernardino Rivadavia y por Domingo F. Sarmiento es finalmente iniciado por el Presidente Julio A. Roca, quien comprendiendo la trascendental importancia que tendrían para el futuro del país estos trabajos, invitó a los ex Presidentes Mitre, Sarmiento y Avellaneda, a que firmaran como testigos el nuevo contrato.

Sarmiento no alcanzó a ver la obra terminada, ya que su inauguración tuvo lugar poco tiempo después de su muerte. Nos queda en nuestro recuerdo su genio tempestuoso y creador, la inflexibilidad acerada de su espíritu que nos permite alucinarnos con la luz de su genio y reconfortarnos con la sugestión de su recuerdo.

Prof. ERNESTO LICEDA (h.)
Director del
Museo Histórico
Sarmiento

Buenos Ayres, le 9 dbre. 69.

Monsieur Ferdinand de Lesseps

Mon chèr et honorable ami:

Si les felicitations sincères d'un vieil ami acquièrent pour vous plus de prix en venant du Chef de la République Argentine j'ai le plaisir et l'honneur de vous envoyer les miennes au sujet de la merveilleuse réussite de votre entrepise du percement de l'Itsme de Suez.

Je ne vous répéterai pas ce que vous êtes fatigué d'entendre et ce que vous a dit votre propre conscience qu'a l'exemple de Sésostris et des Alexandre vous avez ouvert les nouvelles routes à l'activité humaine et de nouveaux horizons à l'avenir du monde.

Je vous dirai seulment que vous avez fait mieux que des pyramides pour laisser une trace ineffaçable de vos pas sur la terre car dans ce même pays historique où s'élèvent ces masses orgueilleuses et improductives, vous avez donné la vie du désert et complété l'oeuvre de Dieu pour le bien-être des peuples qui grâce à vous viendront du fond de l'Asie et de l'Afrique signer le pacte d'une commune fraternité. Un obstacle obstruait le chemin, cet obstacle, votre génie l'a enlevé.

C'est donc à ce genie bienfaisant qui a su acquérir sont des titres à la reconnaissance du monde entier, que je m'adresse aujourd'hui afin de pouvoir aussi produire de mon côte un bienfait en faveur de mon pays: l'autorité de votre nom et votre obligeance que m'est si bien connu m'aideront j'en suis sûr à realiser ce grand bienfait.

Nota: Se reproduce la copia, de mano anónima, de la carta original en francés que Sarmiento enviara a Lesseps. No se han salvado las evidentes erratas. Se agrega la traducción al español, publicada en el tomo L, página 268, de las *Obras Completas* de Sarmiento. Se incluye asimismo la carta de Lesseps, también publicada en el tomo L, página 270.

En el Museo Histórico Sarmiento existe un fragmento, en francés, de otro borrador de la carta de Sarmiento, escrita de su mano.

Il s'agit d'ouvrir ici dans le lit du fleuve de la Plata, un canal, au milieu de basses de sable, afin d'établir un port avec bassins et d'établir également des magasins. L'embouchure de ce fleuve est si large, que l'eau, en changeant de place et de profondeur, sous l'influence de la marée et du vent laisse à sec de grands expaces et empêche les navires d'approcher.

Nous avons fait des études au sujet de la possibilité d'ouvrir un canal pour approcher des côtes; mais comme cést un travail qui exige des grandes dépenses, je vous serais infiniment obligé si vous vouliez m'aider de votre experience pour compléter ces études. Come vous avez sous vos ordres des ingénieurs pleins de savoir, il s'agirait de nous en recommander un qui viendrait faire ses études sur le lieux et nous indiquer les moyens les plus sûrs et les moins dispendieux pour arriver à notre but.

Du reste il n'y a ni grandes difficultés à vaincre ni grands travaux à exécuter car la Plata du moins sur la côte de Buenos-Ayres, est assise à un lit fixe, puis qu'on n'a observé depuis un siècle aucun changement dans la profondeur ou dans la direction de courants.

Il existe en outre des canaux qui avancent presque près de la côte et sont assez profonds pour des navires d'outre -mer. La question se réduit donc sans établir de barrages ni changer les courants, à éloigneret approfondir les canaux naturels.

Le fond du fleuve est formé de sable fin; et tous les sondages faits pendant plus d'un demi siècle, donnent la même profondeur aux même places: ce qui fait supposer qu'en creusant un canal sous celui-là même qui sert aux petites embarcations, on pourra y faire entrer les grands.

Ce qui manque cést l'autorité d'un nom pour dire *oui* et donner de la confiance au Congrès pour les dépenses.

Si vous avez occasion de converser avec les Capitaines au *Long cours* vous instruirez alors des difficultés que présente ce port fréquenté par des millons de navires, de toutes les nations, et relié au monde par dix lignes de bateaux à vapeur, et où l'on est forcé de débarquer néanmoins dans des *charrettes*, trainées par des chevaux au fond du fleuve. Si donc vous aviez l'obligeance de venir à mon aide, vous pourrez conseiller ou ordonner à un vos ingénieurs de s'entendre avec le Ministre de la République Argentine à Paris Mr. Mariano Balcarce pour mieux, venir ici faire une expertise sur les plans déjà levés, et donner son avis sur la practicabilité des travaux proposés, ou faire des nouveaux plans.

Ce quíl m'interest à moi et ce que le je vous demande comme

une faveur personnelle, c'est de fixer le prix du travail, de cet ingénieur dans une proportion quelconque en prenant pour base: que les sondages du port on été faits, avec exactitude: qu'il n'y a qu'une seule place près de la ville, ou le port puisse être fait et qu'un mois sera suffisant pour faire de nouveau tout ce qui sera nécessaire pour porter un jugement définitif. J'ose dire que la question se réduit à ce-ci: savoir si en creusant à une certaine profondeur et en élargissant un canal naturel du fleuve, sans alterations des courants dont le centre est à quelques milles de distance de la côte ir y aura à craindre que les sables reviennent combler le canal en quantité supérieure au pouvoir des puissantes machines à deraguer (sic) dont vous vous êtês servi; ou si dans la partie tranquille des eaux d'un fleuve excesivement large (dix lieues en face de Buenos Ayres) il y aura plus de risque d'ensablement que dans les extrêmités de deux mers comme celles que vous avez liés pour un canal navigable.

Lorsque nous aurons fixé nos idées là- dessus il faudra songer à les réaliser et ce sera encore le cas pour moi de réclamer votre concours, vos conseils, et votre expérience.

Veuillez agréer, Monsieur et Ami, l'expression de ma haute consideration.

D. F. SARMIENTO

Buenos Aires, 9 de diciembre de 1869.

Sr. Ferdinand de Lesseps.

Mi querido y honorable amigo:

Si las felicitaciones sinceras de una vieja amistad ganan algo para Ud. viniendo del jefe de la República Argentina, me es grato y honroso enviaros las mías muy sinceras sobre el éxito espléndido de su grande empresa del canal de Suez.

No le repetiré lo que estará cansado de oir y dará testimonio su propia conciencia, sobre Sesostris y Alejandro, sus predecesores, sobre el porvenir del mundo y los caminos de la historia humana que acaba Ud. de reabrir o cambiar.

Sólo diré a Ud. que ha hecho más y mejor que los constructores de pirámides para dejar su marca sobre la tierra. En la misma región

histórica ha dado vida al desierto y completado la obra de Dios, para bien de los pueblos que marcharán del fondo del Africa y del Asia a construir una común humanidad. Había un obstáculo, Ud. lo ha apartado.

No quiero en esta carta hacer frases y para demostrárselo aprovecharé para mi país de nuestra antigua amistad y de la autoridad de vuestro nombre. Se trata de abrir en el lecho del Río de la Plata un canal entre los bancos de arena para establecer un puerto con dársenas y almacenes de depósito. La embocadura de este río es tan ancho que cambiando de lugar las aguas bajo la influencia de la marejada y de los vientos, deja las costas en seco impidiendo la llegada de los buques.

El fondo del río es compuesto de arena fina y todos los sondajes practicados durante un siglo dan una profundidad uniforme en los mismos lugares. Esto hace esperar que cavando un canal donde mismo existe uno para las embarcaciones pequeñas, pueda servir para las más grandes. Falta la autoridad de un gran nombre que diga sí y dar confianza al Congreso para los gastos.

Si tiene Ud. ocasión de hablar con capitanes "au long-cours", conocerá las dificultades que presenta este puerto frecuentado por millares de navíos de todas las naciones, ligado al mundo por diez líneas regulares de vapores y donde es necesario desembarcar por medio de carros arrastrados por caballos.

Si Ud. quiere, pues, venir en mi auxilio puede aconsejar o poner uno de sus ingenieros en contacto con el Ministro argentino en París, M. Mariano Balcarce, (5 rue de Berlín); mas como se trata de obra que exigirá gastos considerables, le estaría infinitamente obligado si quisiera ayudarme con su experiencia para completar los estudios. Como dispone Ud. de ingenieros de grandes conocimientos en esas materias, podría Ud. recomendarme alguno que nos diera su opinión, visitando los lugares y podríamos saber a qué atenernos.

Lo que necesito y le pido como un favor personal, es acordar la remuneración del ingeniero que Ud. eligiría, sobre la base de que el trabajo preliminar consistirá, estando ya practicados todos los sondajes necesarios con exactitud, en estudiar un solo lugar cerca de la ciudad donde se establecería el puerto, y que un mes bastaría para los estudios necesarios para establecer un juicio.

Me atrevo a decir que el problema se reduce a lo siguiente: Si cavando hasta cierta profundidad y ampliando un canal natural, sin alterar la corriente natural del río que se halla a algunas millas de

distancia de la costa, habría riesgo de que las arenas volviesen a llenar el canal en cantidad tal que superase al poder de las grandes máquinas de dragar de que Ud. ha hecho uso. O bien, si en la parte tranquila de las aguas de un río excesivamente ancho (tiene diez leguas frente a Buenos Aires), habría mayor riesgo de llenarse de arena que en las extremidades de dos mares como los que ha ligado Ud. por un canal navegable.

Cuando hayamos fijado las ideas al respecto, habremos de pensar en los medios de realizar los trabajos que se aconsejaren y entonces será el caso de reclamar de nuevo su concurso, sus consejos o su experiencia.

Quiero agregar, señor y amigo, las expresiones de mi más alta consideración.

(Fdo.): *DOMINGO F. SARMIENTO*

---

18 mai 1870

Mon cher et ilustre ami:

Il résulte de ma dernière conversation avec M. Balcarce que dans mon opinion, pour arriver au but que vous poursuivez en ce qui concerne le port de Buenos Aires, le mieux á faire serait de faire dresser, au moyen des études dernières et des personnes compétentes dont vous pouvez disposer sur les lieux, un avant-proyet appuyé de devis, des cartes, de sondages et de plans.

Dès que vous envoyiez cet avant-proyet nous le ferions examiner, approuver ou modiffier, soit par le Conseil Superieur des Ponts-et- Claussées de France, soit par la Comission Scientifique des Travaux du Canal de Suez, dont les membres sont Inspecteurs généraux ou ingénieurs en chef du corps imperial des Ponts -et- Chaussées.

Je suis à votre entière disposition et je serais toujours heureux de vous montrer combien nos anciennes relations avec vous m'ont laissé de souvenirs affectueux et de haute estime.

Je pars ce soir pour Egypte et je compte être de retour à Paris dans un mois.

Veuillez agréer, mon cher et illustre ami, l'hommage de tous mes meilleurs sentiments.

FERD. DE LESSEPS

DOS CARTAS DE SARMIENTO

OPINION DE SARMIENTO SOBRE LA PRORROGA DEL MANDATO DEL PRESIDENTE BENITO JUAREZ

Nueva York, noviembre 16 de 1866

Señor Don Matías Romero
Plenipotenciario de México en Washington.

Muy señor mío:

Con la mayor deferencia lleno por medio de esta carta, el encargo que se sirvió Ud. hacerme de consignar por escrito, las consideraciones a que mi juicio se presta, el hecho de presentarse el general Ortega, a título de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, reclamando de los decretos del señor Juárez, que prorrogan el término de la Presidencia hasta que pueda practicarse una elección.

Mi desconfianza procede de que existiendo casi siempre en nuestras Constituciones disposiciones que carecen de precedentes en aquellas que por la sanción del tiempo han adquirido una racional jurisprudencia, se corre el riesgo de aventurar soluciones a las dificultades que la práctica ofrece, que pudieran ser tachadas de peregrinas, precisamente por lo peregrino del caso a que se refieren.

De desear sería que si los Estados Unidos de México recuperan nuevamente su usurpado territorio, ajustasen su constitución política a alguno de los autorizados y experimentados modelos que presenta el mundo, a fin de que en casos como el presente, hubieran fuentes y autoridades donde acudir en busca de antecedentes y principios que dejaran satisfecha la conciencia pública.

NOTA: El 12 de noviembre de 1866, el ministro plenipotenciario en Washington del presidente Benito Juárez, licenciado Matías Romero, solicitó la opinión de Sarmiento acerca de la determinación adoptada por el gobierno respecto de la legalidad del decreto por el que se declaró prorrogado el término del mandato del presidente Juárez, hasta tanto fuera posible llamar a elecciones.

Sarmiento envió a Matías Romero una carta con su opinión sobre el asunto. Matías Romero la consideró muy importante y envió su texto al gobierno de México y al Secretario de Estado de Norteamérica, Mr. Seward,

¿No es un triste espectáculo el que presenta México a la víspera de sacudir el yugo de la dominación extranjera, dividido en cuanto a la inteligencia de un artículo de la Constitución, con dos poderes públicos en pugna, y en inminente riesgo de arder en las llamas de una guerra fratricida? ¿No es de temer que ciudadanos honrados abracen indistintamente uno u otro partido, según que tales o cuales pretensiones cuadren mejor con sus ideas acerca de la importancia dispositiva de la Constitución en lo que se refiere a la renovación de los poderes públicos?

Es de toda la América que fue española el que susciten litigios sobre el sentido de ciertas disposiciones constitucionales, los que por falta de reglas claras de interpretación y de doctrinas que merezcan general asentimiento, han sido causa no pocas veces de guerra civil y deplorables trastornos. Sería, pues, de inmenso interés fijar el espíritu de esas disposiciones constitucionales en México, por medio del esclarecimiento de los fines consultados en ellas, y a ese resultado deseo contribuir con las siguientes someras consideraciones.

Todas las Constituciones fijan un límite a la amplitud de las disposiciones que tienden a asegurar el ejercicio de los derechos individuales, y es la preservación de la cosa constituida, el Estado, la Nación. Ninguna disposición, pues, que tienda a consultar un interés o derecho particular, ha de poner en peligro la preservación del todo, y es por esto que cuando se dispone que las sesiones de los Congresos sean públicas, puesto que es prerrogativa del pueblo conocer las razones de la ley, se previene que ellas podrán ser se-

---

quien dispuso publicarla, en traducción inglesa, en *Diplomatic correspondence*, 1866, pág. 337.

El editor de las *Obras Completas* de Sarmiento, don Augusto Belin Sarmiento, publicó en el tomo XXXIII, páginas 5 a 12, una traducción al español, hecha por él mismo, de la versión inglesa, por no haber hallado el original en español o copia del mismo.

En el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, se encuentra la nota firmada por Sarmiento, la que, con algunas pequeñas modificaciones, fue publicada por la Imprenta del Gobierno, en 1879, en el tomo VIII, página 594 a 599, de la *Correspondencia de la Delegación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera* 1860-1868.

Debo el conocimiento y fotocopia del original a la gentileza de la Dirección de Archivos, Biblioteca y Publicaciones, de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

J. F.

cretas toda vez que razones de conveniencia pública lo requieran. Igual cosa sucede con el primero de los derechos del hombre, el de su libertad personal, cuya restitución le garante la Constitución toda vez que le sea suspendido sin notificación de la causa tenida por suficiente, conforme a las leyes; pues se previene que no se dé al preso la razón que motiva el acto, en casos de insurrección o invasión, cuando la seguridad pública lo exija.

La Inglaterra y los Estados Unidos reconocen estas limitaciones, y otras que sería superfluo aducir, a los derechos conquistados en largos años y a costa de inmensos sacrificios. La seguridad pública actualmente amenazada en México ha de ser, pues, la piedra de toque, mientras tal situación dure, para probar el valor intrínseco de las disposiciones secundarias. La renovación del personal ejecutivo en períodos señalados tiende a evitar el establecimiento, por el hábito o la coerción, de un despotismo; pero esta precaución, loable en tiempo de paz, debe quedar como todas las otras, en caso de insurrección o invasión, subordinada al interés primordial de la salvación del Estado por medio de la fuerza. Estando bajo la ley marcial la parte de país libre y dominada la que ocupa el enemigo, las precauciones para renovar las autoridades quedan sin valor alguno puesto que la elección no puede verificarse.

La Constitución de México dispone, para el caso que ella misma ha creado por no tener un vice-presidente nombrado al efecto de una elección de Presidente antes de expirar el término legal, que el Poder Ejecutivo sea interinamente ejercido por el Presidente del Poder Judicial, distinguiéndose en esto de las Constituciones de las demás repúblicas americanas que hacen recaer el gobierno en el jefe del Poder Legislativo. Es fácil comprender el espíritu de aquella disposición. Quísose poner el poder en manos de un funcionario que por sus funciones especiales es de suponer sea extraño a las cuestiones de partido, a fin de que se ejerza la menor presión posible sobre la libre manifestación de la opinión que ha de expresarse por el voto electoral.

La existencia de un Presidente de la Corte Suprema supone residencia fija en la capital, desempeño diario de las funciones judiciales. ¿Pudo concebir la Constitución un Presidente de la Corte que no presida Corte alguna, que no resida en el lugar en que tal Corte se reúna? ¿Es un derecho personal el que el pueblo otorga a ese funcionario, como el que confiere al Vice-Presidente? No: tal autoridad la ejerce el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, en ejercicio de sus funciones, en el local designado a la época de dic-

tarse la Constitución. El nombre del funcionario no entra por nada en este caso, mientras que en el de Presidente y Vice el nombre es todo.

Dado este simple y racional antecedente, ¿puede haber un Presidente de la Corte Suprema de México en Nueva York o Nueva Orleans en los Estados Unidos? ¿Puede emigrar la Corte Suprema y funcionar fuera del territorio de su jurisdicción? El simple Juez de Paz de Matamoros, atravesando el río Colorado, ¿puede ordenar prisiones, o imponer multas en el territorio de la jurisdicción que abandonó?

El Presidente de la Corte Suprema de que habla la Constitución ha de ser encontrado por el escribano, en su puesto siempre que éste tenga que notificarle un acto de su resorte. Si no lo hallase y supiese que él desempeñaba diariamente aquella función en comunidad con los demás miembros de la Corte, ha salido del territorio de la República, hará constar el hecho por diligencia a fin de demostrar que está vacante el empleo, por cuanto éste es de tal naturaleza local y territorial que no sigue al empleado fuera de la jurisdicción en que sus funciones han de ejercerse.

Si existe un punto constitucional solemnemente reconocido es sin duda el de la abdicación del empleo toda vez que el empleado sale del territorio de su jurisdicción. El derecho a gobernar la Inglaterra es propiedad de una familia, trasmitido de padres a hijos por las leyes de sucesión; y sin embargo cuando Jacobo II se ausentó del país, traspasando los límites de su reino, sin que a ello fuese llevado por el desempeño de sus funciones, el Parlamento declaró vacante el trono, y llamó a ocuparlo al sucesor de Jacobo, por ser éste heredero de su padre muerto, no ausente. Si pues un rey deja de ser tal por el hecho de ausentarse de su país, ¿continuará un juez siéndolo después de años de no ejercer sus funciones y de residencia en el extranjero?

Debo llamar la atención a la observación que he hecho antes, a saber, que el funcionario llamado por la Constitución de México a ejercer en ciertos casos una especie de regencia en interregno, es el Presidente del Poder Judicial y no del Legislativo como en las demás Repúblicas, es decir un empleado cuyos deberes están donde reside el Gobierno, que no puede ser gobernador de un Estado, general de un ejército, emigrado ni embajador en país extraño, sin renunciar a la presidencia de la Corte, cuya misión es reunirse todos los días a despachar las causas pendientes, únicas funciones del Poder Judicial.

Sería todavía de preguntar ¿qué tiene de común esta disposición constitucional con el nombre del general Ortega que aparece en el litigio funcionando desde tierra extranjera? Y aquí vienen las consideraciones que demuestran el peligro para la seguridad del país, que envuelve todo título o empleo conservado fuera de él. El que lo ejerciera estaría expuesto a las influencias de un estado extraño, y alguna vez podría convertirse en instrumento de una política adversa a su patria, y de ello suministra una prueba el caso actual. El general Ortega se encuentra contrariado en sus pretensiones por la política de los Estados Unidos favorable al Presidente Juárez. Si lo suponemos con derecho legítimo a la Presidencia tenemos que convenir en que la majestad de la República ha sido ajada en el acto de su prisión. Si nos colocamos en el caso contrario de que la política de los Estados Unidos hubiese sido favorable al pretendiente, ya tendríamos en territorio extraño, un Presidente de México, reconocido por un vecino poderoso que le daría su favor y hospitalidad, y obrando en sentido favorable a los intereses de un país, que pudieran no ser siempre los de México.

Estas consideraciones me parecen de gran peso para resolver toda duda sincera acerca de la importancia de las disposiciones subsidiarias de la Constitución. No se trata en el caso presente de proceder a nuevas elecciones porque tal cosa no es posible. No se trata de estorbar la prolongación de una tiranía, sino de continuar la resistencia contra una dominación extranjera, y para este objeto la permanencia en el gobierno del personal que la comenzó y ha sostenido con éxito, es aconsejada por las más sencillas indicaciones del sentido común. "No conviene mudar caballos a la mitad del río", decía Lincoln en apoyo del buen sentido popular que lo reelegía para la Presidencia, a fin de no perturbar las funciones de la máquina de guerra, que era entonces el Ejecutivo.

Para hacer valer sobre el hecho práctico, continúo, las altas cualidades militares del general Ortega, a fin de mejorar con ellas la situación presente, sería preciso que por las elecciones así expresase creerlo el pueblo, o suponer, en defecto de las elecciones, que el empleo de Presidente de la Suprma Corte de Justicia presupone altas cualidades militares, puesto que la Constitución no nombra regente en interregno al general Ortega, sino a quienquiera que presida la Corte a la época de la vacante. Y bien, según el espíritu de la Constitución, el único funcionario público que no puede ni debe ser llamado a la Presidencia de la República cuando ésta se encuentra en guerra de independencia, luchando brazo a brazo con un poder

extranjero, es sin duda el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, a quien debe suponerse muy versado en las leyes, muy equitativo en sus sentencias judiciales, pero en manera alguna apto para defender con la espada a su país amenazado. Acaso es México el único país de la tierra donde un general es Presidente de un tribunal de Justicia Suprema. Acaso las eventualidades del destino hagan codiciable el empleo para hombres consagrados a la política militante, con lo que quedará viciada la institución judicial y burlado el objeto de la disposición constitucional que buscando en el Presidente de la Corte una persona por la naturaleza de sus funciones extraña a las preocupaciones de partido, encuentra un general prestigioso, a la mira, aguardando una oportunidad para encaramarse a la Presidencia.

El Presidente Juárez, en ejercicio actual del poder, continúa la guerra con el título de Presidente, lo que no constituye una teoría de derecho como la que se le opone sino un hecho existente que sería necesario destruir, volviendo las armas que deberían emplearse contra el enemigo común, hacia el jefe del Estado, lo que daría por resultado *seguro* la siempre deplorable guerra civil, y *posible* aunque hipotético el de la elevación del general Ortega.

El hecho de no comprender los Estados Unidos los razonamientos en que se fundan las aspiraciones del pretendiente, y de continuar reconociendo el gobierno del Presidente Juárez si es indiferente para los partidarios de la literal interpretación de la Constitución, no lo es para el pueblo de México, ni para el éxito de la terrible guerra que sostiene gloriosamente. Salvar primero la cosa constituida, la Patria, el Estado, la República, es lo que importa. Cada día trae su obra. Cuando haya de procederse a elecciones de Presidente de México independiente y libre será regente en interregno el venerado jurisconsulto que acertare a desempeñar las funciones de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, en ejercicio diario de sus deberes en la ciudad de México. Deseara que para entonces el general Ortega mandase una legión victoriosa, pues por más violencia que me haga no puedo imaginármelo sepultado entre viejos mamotretos de derecho. El general Ortega en los Estados Unidos está fuera del caso que la Constitución prevé. Será un general prestigioso si se quiere, un político que encabeza un partido, pero no aquel Presidente de la Corte Suprema a quien la Constitución se proponía encargar el Poder Ejecutivo durante el previsto interregno.

La Historia ha probado cuáles han sido los desastres de las regencias durante la guerra, y sería muestra de poquísima previsión de

parte del pueblo de México, si a las inevitables, añadiese una nueva, paralizando la acción del Ejecutivo actual, no para mejorar de situación sino para llenar una simple ritualidad constitucional que no pudo ser calculada para circunstancias tan graves.

Acaso quedaría duda aun sobre si tiene o no facultad el Ejecutivo para prorrogarse en receso de las Cámaras y ausencia o abdicación del Presidente del Poder Judicial; pero esta duda se resuelve por la naturaleza permanente de aquél. Nuestras Constituciones han hecho forzosa la reunión anual del Poder Legislativo. Alguna hay en los Estados Unidos cuyas sesiones son bienales; y el Parlamento inglés no hizo regular su convocación, difiriéndola cuando más a cinco años, sino en el reinado de Jacobo II. El Poder Ejecutivo sigue otras reglas. En las monarquías está previsto por las leyes de sucesión y regencia, de personal para todas las eventualidades. "*Muerto el Rey, viva el Rey*", es la fórmula consagrada para mostrar que no vaca un momento la acción ejecutiva. En las Repúblicas se ha provisto a las posibles emergencias con el nombramiento de un Vice Presidente, y en defecto de éste con los Presidentes sucesivos del Senado o los *designados* que señalan otras Constituciones.

En el caso presente en que no media muerte, renuncia o inhabilidad del *ejecutante,* y en que no se puede convocar al pueblo a nueva elección, ningún interés fundado de la sociedad exige un cambio administrativo, que debilitaría la acción puramente militar del Ejecutivo, debiendo evitarse que las ritualidades de la Constitución para los casos ordinarios comprometan la seguridad del Estado, que ha de quedar siempre a salvo.

Concluiré llamando la atención de Ud. a los perniciosos efectos de esas desviaciones de las prácticas de todas las naciones. La disposición de la Constitución que llama al Presidente de la Corte Suprema de Justicia a ejercer las funciones del Ejecutivo, no ha producido en la práctica el benéfico resultado que se esperaba, pues en lugar del juez imparcial, se han encontrado con un general con títulos, antecedentes y propósitos políticos, lo que no pudo ni debió ser la mente de los que la crearon. Suprimir el *interés* y nombrar Vicepresidente; he ahí a mi juicio lo que habría que hacer en previsión de futuras eventualidades.

Con mis votos por la felicidad de México, y la personal de Ud., quedo con sentimientos de particular aprecio, su afectísimo S. S. y amigo,

DOMINGO F. SARMIENTO".

Buenos Aires, julio 7 de 1887

Señor Carlos María Ramírez

Mi estimado amigo:

Me envió Ud. su libro Artigas, acompañado de esta recomendación, "para que rabie, Ud. que es tan enemigo de los caudillos". No rabié ni poco ni mucho, porque soy argentino y conozco las uvas de mi majuelo. ¿O no era argentino Artigas súbdito del Virrey de Buenos Aires? ¡Rabie a su turno! Pero no se trata de eso. Continúo "Conflictos" y Ud. me ha ahorrado mucha molestia de sacar de entre la basura tanto documento útil, pero al aventar Ud. la paja se le ha pasado por algún agujero que su saranda tiene un gransón feo. Como es posible que vuelva Ud. a escribir, le rogaré que suprima una aserción que no da, y que quita mérito a su trabajo. Hay error en el último período de la página 31 donde habla del indomable anciano que *vois-ci*. No me jacté de haber decapitado al Chacho porque no tenía vela en ese entierro. No era yo nada ya. Había renunciado al encargo de dirigir la guerra. Era General en Jefe Paunero en mi lugar, y Arredondo el Jefe inmediato de la expedición que salió, seis días después de haber yo derrotado al Chacho en San Juan, a perseguir en la Rioja la tenaz montonera. Supongo que Arredondo no dio orden, sino de continuar la persecución pues el tomar al Chacho fue un caso casual.

Todo esto consta de mi defensa en el Senado contra Rawson, que creyendo como se corría que yo había mandado ejecutarlo, quería salpicarme con esa sangre. "Que caiga, contesté, sobre Ud. que era Ministro" y cuyo gobierno dio estas instrucciones que leí originales, y generales pues no señalaban personas. Leí además y la conservo, la nota que yo escribí, siendo gobernador, dando instrucciones al Mayor Irarrazabal, yendo a incorporarse a Arredondo en los Llanos, llevándole caballos. Se reducía a prescribirle que se encerrasen con ellos en el Valle Fértil y de allí mandasen saber del paradero de Arredondo, por temor de que sin eso le quitasen los

caballos. Cuando ya salía de la Punta del Monte, Irarrazabal hacia el Norte, vino aviso que el Chacho entraba a Causete por el Este. Mandé contramarchar a aquel valiente, con la orden "Cáigale encima y si no puede pase el Río por el Alto de Sierra y véngase". Le cayó encima, lo derrotó, y el buen Chacho, ya había montado a caballo, y se escapó. Llegó Arredondo al día siguiente, se hizo cargo de la fuerza de línea que allí había, la incorporó a la suya, y yo no supe más de sus operaciones. Esta exposición apoyada en documentos, la hice en el Senado, con las pruebas en la mano. Mal he podido jactarme ni antes ni después de haberle cortado el ombligo a ninguno de esa chusma.

Contando con el aprecio de Ud. *quad même* quedo su affmo.

D. F. SARMIENTO

ALGUNOS JUICIOS SOBRE SARMIENTO

"El nombre y los trabajos de Sarmiento llenan las páginas más bellas de la historia argentina a partir de mediados del siglo pasado. El es en nuestro país el ejemplo más notable de actividad intelectual, desde que se inició como maestro de escuela; dio a luz sucesivamente *Recuerdos de Provincia,* este fosforescente brote de un alma sana que derrama su savia de amores inspirada por el goce de vivir en el pedazo de suelo en que se vio la luz, donde se prolongan los vuelos de la niñez mientras vive la siempre bendita madre, y que Sarmiento persigue con la unción literaria del dulce San Agustín; *Facundo* y *Aldao,* donde el pensador imprime palpitante colorido al cuadro de la semibarbarie que campea en las altiplanicies y llanuras argentinas para desentrañar... después... los medios de hacerla servir a los fines inflexibles del progreso; descolló en la prensa como propagandista de combate y de doctrina; acentuó su fisonomía consular en los más altos cargos de la República; fundó instituciones humanitarias que, como la de los *Tribunales permanentes de arbitraje,* han sido adoptadas posteriormente por las naciones civilizadas; hasta que, anciano ya, publicó sus *Conflictos y Armonías de las razas en América,* profunda ampliación política del pensador que arranca de las propias comprobaciones de la historia las reglas para abrirnos de par en par las puertas por donde conduzcamos la civilización sudamericana. Durante medio siglo educó, transformó y abrió horizontes con su pluma, dejándola caer recién cuando su mano quedó helada por la muerte.

— — —

Su obra de estadista no ha sido superada por ningún gobernante de nuestro país. Estaba dotado del admirable sentido práctico,

del certero criterio para abarcar y resolver las cuestiones que distinguió a Pueyrredón, y de las audacias geniales que caracterizaron a Rivadavia. Sus actos gubernativos llevan el sello de su espíritu levantado, autoritario e ilustradísimo, y vivirán como preciosos antecedentes para conducir nuestra política institucional, a semejanza de la famosa inscripción de Anacyrus, de la cual Augusto derivó la legitimidad del organismo del Imperio Romano. Sus vuelos dominaron el presente y penetraron el porvenir".

ADOLFO SALDIAS

Del discurso de homenaje a Sarmiento, pronunciado en el Teatro Colón el 15 de mayo de 1911. Reproducido íntegramente en *Páginas políticas*, Buenos Aires, 1912, páginas 185 a 196.

"Sarmiento será el futuro presidente indudablemente porque su candidatura se levanta sobre bases muy sólidas. Las provincias de Cuyo, Córdoba, La Rioja, Salta y Jujuy se han declarado ya por él. En Tucumán y Catamarca tiene numerosos partidarios, a pesar de que el gobierno de la primera está por Urquiza, el pueblo en masa está contra esta candidatura y si Lucas se empeña en trabajar por ella se susurra que lo echarán abajo. Tucumán todo puede tolerar a su gobierno menos que trabaje por *Urquiza*. Ya ves, pues, que Sarmiento es una candidatura verdaderamente popular en toda la República.

Sólo Buenos Aires que debiera ser la primera en proclamar su candidato, se mantiene aún misteriosa y parece que tratara de mala fe; pero entiendo que en esa provincia aunque no hayan formulado sus miras y propósitos en esta cuestión presidencia, la mayoría del pueblo está por Sarmiento".

Carta de Julio A. Roca a Ataliva Roca.
Publicaciones del Museo Roca. Documentos V.
(Documentos anteriores a 1880. Buenos Aires 1966, p. 29).

"Sarmiento no ha sido un escritor completo, mucho menos un sabio de laboratorio de archivo, quizá tampoco un político profundo ni un soberano orador; ha sido la mitad de un genio, único ejemplar de su especie en la historia patria y, para decirlo todo de una vez, la personalidad más intensamente original de la América Latina".

Paul Groussac: *Sarmiento.* Artículo publicado con motivo de la muerte de Sarmiento y recogido en *El viaje intelectual.* Primera serie, Madrid 1904, págs. 15 a 30. La cita en pág. 30.

"El nacionalismo en los países de necesaria inmigración como el nuestro, es una disciplina idealista en defensa de la civilización.

Sarmiento vio claramente en el fondo de este nuevo problema argentino, y cuando yo escribí mi libro *La restauración nacionalista,* los argentinos habíamos olvidado su última predicación. Confieso que yo no conocía esta obra de Sarmiento, cuando recogí del campo nativo esta bandera abandonada en el entrevero mercantilista de nuestro tiempo, y que sólo más tarde supe que ella había caído de manos de Sarmiento, al morir el maestro muchos años atrás. Por eso mismo me complazco ahora en establecer este abolengo del nacionalismo actual, renovando la memoria de este credo sarmientesco".

Ricardo Rojas. Noticia preliminar a *Condición del extranjero en América,* de Domingo F. Sarmiento, Biblioteca Argentina, edición Librería La Facultad, Buenos Aires, 1928, pág. 15.

"Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo o mucho a Sarmiento. En su vida laboriosa ha trazado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él a manos llenas la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas y pedregales o fue llevada por las aves del cielo, más feliz que el sem-

brado del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa y hoy se eleva como homenaje eterno a su memoria.

¿Cometió errores, injusticias? Tal vez; no lo recuerdo".

Carlos Pellegrini. Del discurso en la inhumación de los restos de Sarmiento.

La aparición de un ideal forastero en el ámbito de una sociedad determinada es un acontecimiento que procede o de una conquista o de la colonización de una cultura por otra cultura.

Si esto es así, ¿qué juicio solvente se atreverá a cargar sobre sí la responsabilidad de atribuir a la empresa educacional de Sarmiento el deliberado designio de someternos al vasallaje de una cultura extranjera? ¿No parece más ajustado a los rectos principios de la crítica histórica aplicar al examen de esa empresa un criterio que, colocándose por arriba de la imputación de una intencionada transgresión a la constante propia del ser de nuestra sociedad, en cuya propalación se complace, empujada por móviles subalternos, la suspicacia sectaria, la refiera, con sus imperfecciones y sus inadvertencias, al advenimiento de todo un momento dialéctico del ideal que presidió la vida de las comunas de origen?

Quien tenga conciencia de pertenecer a una sociedad que se realiza en el tiempo de acuerdo a un insobornable sistema de fines, precisará con esta actitud el profundo sentido de ese advenimiento y se situará de pleno en las direcciones históricas de tesitura facúndica que contiene la clave del fenómeno Sarmiento"

Saúl Taborda, *Sarmiento y el ideal pedagógico,* en *Investigaciones pedagógicas,* Vol. II, Ediciones Ateneo Filosófico de Córdoba, 1951, pág. 230.

Pero no es la faz política, ni la parlamentaria, ni la gubernamental, la que constituirá la gloria eminente de Sarmiento. Su legítima fama tiene firmes cimientos y está del todo arraigada, porque su indiscutible mérito, aquel que le da derecho riguroso y le conquistará la inmortalidad dentro de las páginas de la historia argen-

tina, es su apostolado por la instrucción pública, que le acredita con todo el mundo la grandeza".

"Por eso, mientras viva un solo argentino, podrá sepultarse en olvido el recuerdo de muchos otros varones ilustres de nuestra historia, pero se salvará siempre el del gran apóstol cuya conmemoración celebramos hoy agradecidos, clamándolo con justicia y con el firme propósito de continuar y cumplir con suma perfección la más gloriosa de sus obras, la más fecunda para una nación: educar a todos sus habitantes, desde el más encumbrado hasta el más humilde".

Ernesto Quesada, *La figura histórica de Sarmiento.* Discurso en el homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras, con ocasión del centenario del nacimiento de Sarmiento, Buenos Aires, 1911. Reproducido como introducción biográfica a *Argirópolis,* edición La Cultura Popular, Buenos Aires, año 1939.

"La esencia de sus grandes sentimientos argentinos jamás sufrirá mella, que nadie le excede en la soberbia devoción nativa, de rasgos estáticos".

Luis Alberto de Herrera, *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay.* Edición Homenaje, Buenos Aires, 1943, pág. 85.

"Mi padre nos hacía conocer a las personalidades de su amistad que lo visitaban. Así vi de cerca a Sarmiento, en los últimos días de su ilustre y dilatada existencia. Lo recuerdo conversando con mi padre, que fue su partidario y lo apoyó en el Senado durante su presidencia: de anchas espaldas, encorvado, como si el peso de su larga vida henchida de luchas tempestuosas lo inclinara sin abatirlo. Veo sus rasgos característicos: el pecho un tanto hundido, el mentón prominente, el labio inferior grueso, que parecía volcarse con desprecio o con soberbia, sus ojos oscuros, vivísimos, encendidos a pesar de la senectud; y la movilidad de sus facciones, la energía de sus gestos y ademanes, el tono de su voz autoritaria, la espontaneidad de sus estentóreas carcajadas. Conservo, palpitante, el recuerdo del gran viejo cuando éste, dándome una palmada en la mejilla o

apretándome la nariz entre sus gruesos dedos, me decía una chanza. Y yo, que escuchaba a mi maestra en la escuela el relato de hechos y obras del prohombre, a quien mirábamos ya como un personaje histórico, no podía convencerme de que esa eminente personalidad fuera aquel pintoresco anciano nervioso y expansivo. Esa imagen y esas remembranzas están indeleblemente estampadas en mi alma.

He sentido siempre por la memoria de Sarmiento admiración y cariño, si bien guardo mis reparos acerca de algunos aspectos de su ruda y apasionada acción política".

Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido.* Prólogo de Ricardo Alberto Paz, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1969, pág. 32.

"...una razón de justicia distributiva impone el deber de señalar la obra jurídico política de Sarmiento. Es necesario dar valor al relieve que ella tiene, y en ese sentido lo menos que se debe hacer es reivindicar para el gran estadista uno de sus méritos singulares: el de haber sido, como Alberdi, un *político del Derecho,* que es lo contrario de un político de partido.

Sin una formación orgánica en las ciencias jurídicas, demostró un profundo sentido de la realidad jurídica y una clara visión del fin en el derecho, es decir, una verdadera *télesis* jurídica. Cuando se escriba nuestra historia de las ideas políticas y jurídicas, Sarmiento, aunque sólo sea por sus *Comentarios de la Constitución,* figurará dignamente en el cuadro de valores culturales de la ciencia del derecho público".

Rafael Bielsa, *La política jurídica de Sarmiento,* en *Sarmiento.* Universidad Nacional del Litoral. Homenaje en el quincuagésimo año de su muerte. Santa Fe, 1938, pág. 49.

"Olvidaba decirte que te mando lo que un hombre famoso de la América del Sur, Sarmiento, el verdadero fundador de la República Argentina y hombre de reputación europea, sobre ser innovador pujante, acaba de escribir de mí. No me conoce, y aun sospechaba, por mis opiniones sobre los Estados Unidos, no tan favorables

como las suyas, que no era muy mi amigo. Y ve las cosas que se ha puesto a escribir. Como hijo que se alegra de que sus padres vean la prueba de que no los deshonra, me alegraría yo, pensando más que en mí en aquello para que pudiera servir yo mañana, de ver republicado allí ese juicio".

José Martí, *en carta a Valdés Domínguez.* Transcripto en Emeterio Santovenia: *Sarmiento y su americanismo.* Editorial Americalee, Buenos Aires, 1949.

"Nosotros los católicos no podemos olvidar que, a pesar de todos sus errores, fue Sarmiento uno de los hombres que entre 1840 y 1880 más se empeñaron en difundir el catecismo. Innumerables almas han conocido a Jesús por él, y en ésta su obra no puede dejar de haber habido un principio siquiera de amor a Cristo, cuyo nombre lleva hasta los confines del país. Esto es mucho más que "un vaso de agua dado a un pobre". Por nuestra parte, la oración en sufragio de su alma es un acto de justicia, a la par que de misericordia. El prohombre ha menester de caridad".

Monseñor Gustavo J. Franceschi, *Sarmiento.* Editorial Criterio, Buenos Aires, 1938, pág. 91.

"Acendrada la personalidad de Sarmiento, quédanle como genuinas en grado superior las más nobles calidades humanas. Si careció a veces de sentido de la realidad actual, fue porque vio la realidad futura. Luchó contra el oscurantismo. Podría resumirse en una palabra la determinante de su existencia: utilidad. Quiso asimilarle a la patria todo lo que él conceptuaba provechoso, y lo quiso ingenuamente, apasionadamente. Obras del espíritu y obras de la materia, en confusión no carente de grandeza, pues el amontonamiento y la prisa traducen el afán de ver cuanto antes realizada su virtud promisoria; utilidad que era un estado permanente y efervescente de su ser, en lo grande y en lo pequeño. Bibliotecas desparramadas en la campaña analfabeta; libros cuyas hojas solían servir para envolver salchichones en las pulperías del interior; y lo mismo introducía el eucaliptus o la ley de impuesto a las herencias transversales; daba consejos para evitar las quemaduras, estropeando la

belleza de un párrafo, o escribía libros; plantaba mimbres o fundaba bancos; hablaba sobre las basuras de la ciudad o describía la situación social del país; cuidaba de los suyos o gobernaba a la República; y ese empeño generoso, orientado siempre hacia el bien común, impregna toda su obra y la sitúa entre las grandes que han hecho la nación.

Tanto como la de Apolo, conviene al pedestal la imagen del viejo Cadmio, pues para batir a la ignorancia sembró el amor de la ciencia, más prolífico que los dientes del mítico dragón".

Matías Sánchez Sorondo, *El espíritu de Sarmiento*. Discurso de ingreso en la Academia Argentina de Letras. En: *Sarmiento, cincuenta años de su muerte*, vol. I, pág. 171, Buenos Aires, año 1938.

"Varias veces nos hemos preguntado: ¿Es alta la remuneración que pagaremos por este asesoramiento? ¿Es justo? ¿Está bien proporcionada? Señores: En realidad de verdad, el valor absoluto de ese pago no tiene mayor significado si se cumple lo que es más importante y que voy a destacar seguidamente. Para presentar estos conceptos voy a recordar la figura de un ilustre argentino que tuvo siempre una clara visión del gran porvenir de la Argentina: *Sarmiento*. En su estada en los Estados Unidos, como bien natural debía ser, tomó contacto con eminentes hombres de ciencia, educacionistas, etc., pensando que el aporte de ellos podría favorecer y acelerar el progreso de la Argentina. Hace 80 años, al asumir la presidencia de la Nación, hizo efectiva esa idea.

"No me voy a referir, señores, a los muchos hombres de ciencia y técnicos que él trajo al país y que se incorporaron a nuestras actividades; entre otros, al más eminente de ellos, quizá, el ingeniero Benjamín Athorp Gould, primer director del Instituto Astronómico de Córdoba, que enriqueció la parte estelar de este hemisferio con la registración de más de 30.000 estrellas; me voy a referir, señores, a las 60 maestras que, en el transcurso de 10 años trajo al país. Me las imagino a éstas, con su modesto equipaje, tal vez incompleto, sin gran dominio del idioma, trasladándose a estas tierras con espíritu amplio y generoso; deseosas de transmitir su saber y de enseñar a enseñar.

"Fueron esas maestras las primeras directoras de muchas escue-

las normales del país: Córdoba, Tucumán, Mendoza, San Nicolás, Corrientes, Esquina.

"Es ese aporte, señores, el que yo quiero destacar. No vinieron esas mujeres solamente por una determinada paga; ello no tendría ninguna importancia. Vinieron en una inspiración que, sin duda alguna no podía ser más noble: la de enseñar. Y desde sus pupitres, frente a los bancos de sus alumnos, educaron e hicieron maestros a esa pléyade de hombres que, con método y mayor conciencia, aceleraron la instrucción de nuestro país.

"Hemos convenido un asesoramiento técnico extranjero. Va a venir al país, en virtud de ese compromiso, una cantidad de ingenieros y técnicos especializados. Si ellos vienen sólo por la remuneración, su acción, sin duda, será efectiva, pero nada más. Si, en cambio, como esperamos, ellos traen algo más, se habrá repetido lo que *Sarmiento,* con alta visión, comprendió como uno de los factores más favorables de nuestro progreso".

Año 1948

GENERAL MANUEL N. SAVIO *

* Pensamientos sobre *El Desarrollo Económico Argentino,* ed. Presidencia de la Nación, año 1960. (Gentileza de Astur Morsella).

SOBRE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN ESTE VOLUMEN

Los artículos de Victoria Ocampo, Raimundo Lida, Bernardo Canal Feijóo, Enrique Anderson Imbert, Paul Verdevoye, Víctor Massuh, Gregorio Weinberg, Marcelo Montserrat, Juan Carlos Ghiano, Alberto G. Mosquera y Ernesto Liceda (h.), fueron escritos especialmente para esta edición.

Sarmiento, hombre de acción, de Marcelo Sánchez Sorondo, fue el texto de la conferencia dictada por el autor en el Instituto de Ciencias Políticas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, el 18 de diciembre de 1975. Fue reproducida en *Todo es Historia*, Nº 109, abril de 1976.

Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria, de Tulio Halperín Donghi, fue publicado anteriormente en *Collected studies in Honour of Americo Castro's Eightieth*, Oxford 1965, pág. 221 a 232.

Sarmiento y la industrialización, de Félix Weinberg, fue originariamente presentado en las terceras Jornadas de Investigación de la Historia y Literatura Ríoplatense y de los Estados Unidos, organizadas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo y la Fulbright Commission, realizadas en Mendoza en 1968.

Sarmiento y Chile, de Ricardo Alberto Paz, fue el texto de la conferencia dada en la Casa Argentina de Santiago de Chile, para refutar un artículo de Jorge Inostrosa publicado en *El Mercurio* de esa ciudad, en contra de Sarmiento.

Domingo Faustino Sarmiento, de Miguel de Unamuno, se reproduce del tomo VIII de las *Obras Completas* de M. de Unamuno, pp. 367 a 372, edic. Afrodisio Aguado S. A., Vergara S. A., Barcelona, 1958. Ed. prólogo y notas de Manuel García Blanco.

Sarmiento, de Pedro Henríquez Ureña, fue conferencia dictada en la Universidad Nacional de La Plata, al conmemorarse el cincuentenario de la muerte de Sarmiento. (Gentileza de Sonia Henríquez Ureña de Hlito).

La doctrina de Sarmiento, de Leopoldo Lugones, fue publicada originariamente en *La vida literaria*, Año II, Nº 14, septiembre de 1929. (Cortesía de Leonardo Glusberg).

Presidentes autoritarios y *Nota a Sarmiento*, de Estanislao S. Zeballos, fueron publicados en la Revista de Derecho, Historia y Letras, Buenos Aires, Año I, tomo II, 1899, págs. 489 a 497; y Año I, tomo I, 1898, págs. 121 a 123, respectivamente. La *Nota* fue acotación biográfica a la publicación de un fragmento inédito de Sarmiento.

Mitre-Sarmiento-Avellaneda, de Pedro Goyena, fue publicado en la Revista de Derecho, Historia y Letras, Año II, tomo V, Buenos Aires 1899, pp. 11 a 14.

La carta a Carlos María Ramírez fue publicada en la *Revista Nacional*, tomo IV, octubre a diciembre de 1938, Montevideo, 1938.

INDICE

Sarmiento y nuestra causa, por VICTORIA OCAMPO 1

José Luis Romero: una carta. (J. F.) 8

Hacia el humor de Sarmiento, por RAIMUNDO LIDA 10

La polémica inconclusa, por BERNARDO CANAL FEIJOO 37

Sarmiento y la ficción, por ENRIQUE ANDERSON IMBERT 45

Costumbrismo y americanismo en la obra de D. F. Sarmiento, por PAUL VERDEVOYE 55

En la línea de Sarmiento: Juan Mantovani, por VICTOR MASSUH 70

Domingo F. Sarmiento y José Pedro Varela. Hacia la educación popular, por GREGORIO WEINBERG 81

Sarmiento y los fundamentos de su política científica, por MARCELO MONTSERRAT 98

Sarmiento y la industrialización, por FELIX WEINBERG 110

Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria, por TULIO HALPERIN DONGHI 121

Sarmiento, hombre de acción, por MARCELO SANCHEZ SORONDO .. 136

Una ceremonia mágica en la composición de Facundo, por JUAN CARLOS GHIANO 156

Sarmiento y Chile, por RICARDO ALBERTO PAZ 164

Valoración bibliográfica de la obra jurídica de Sarmiento, por ALBERTO G. MOSQUERA 176

Domingo Faustino Sarmiento, por MIGUEL DE UNAMUNO 196

Sarmiento, por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA 200

La doctrina de Sarmiento, por LEOPOLDO LUGONES 203

Presidentes autoritarios, por ESTANISLAO S. ZEBALLOS 206

Nota a Sarmiento, por ESTANISLAO S. ZEBALLOS 212

Mitre-Sarmiento-Avellaneda, por PEDRO GOYENA 216

Sarmiento y su proyecto de construcción del puerto de Buenos Aires, por ERNESTO LICEDA (h.), Director del Museo Histórico Sarmiento 219

Carta de Sarmiento a Matías Romero 226

Sarta de Sarmiento a Carlos María Ramírez 233

Algunos juicios sobre Sarmiento 235

Sobre los trabajos publicados en este volumen 244

GALERIAS DE ARTE

GALERIA BONINO

PINTURA ARGENTINA
Y EXTRANJERA

Marcelo T. de Alvear 636

GALERIA VAN RIEL

FLORIDA 659

T. E. 31-1282

DEL RETIRO

FLORIDA 943 TEL. 32-5850

1005-BUENOS AIRES

GORDON GALLERY

International Art Promotion

Marcelo T. de Alvear 930
Tel. 31-0600

LIBRERIAS RECOMENDADAS

LIBRERIA — EDICIONES

NUEVA VISION

especializada en
artes visuales,
psicología y
ciencias sociales

TUCUMAN 3748 T.E. 89-5050

LIBRERIA

RODRIGUEZ S. A.

Las últimas novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar
CREDITOS
London Card - City Card - Diners

SARMIENTO 835
T. E. 35-8125/6/7
No tenemos sucursales

PLATERO S.R.L.

Libros argentinos a todo el mundo

Nuevos y usados

Publicamos catálogo

1013 - TALCAHUANO 485
T.E. 35-3896

LIBRERIA GENERAL

de TOMAS PARDO S.R.L.

(Casa fundada en el 1914)

Abarcamos todas las ramas
del saber

Unica Dirección:

MAIPU 618

T. E. 392-0496 - Buenos Aires

LIBRERIA — PAPELERIA

SARMIENTO

Novedades literarias
Papelería comercial y escolar
Impresiones - Fotocopias
Revistas de Moda y Suscripciones

CREDITOS

LIBERTAD 1214/20
T.E. 41-4792-9500

LIBRERIAS

FAUSTO

Amplio surtido en
libros de arte
psicología y pedagogía

Créditos a sola firma

Corrientes 885	**392-7988**
Corrientes 1311	**40-1222**
Santa Fé 1715	**41-2708**

Se terminó de imprimir
en el mes de diciembre de 1977, en los
Talleres Gráficos JULIO KAUFMAN S.R.L.
Avenida Corrientes 1976, Buenos Aires,
República Argentina.



MASSUH SA

CELULOSA Y PAPEL



Argentia

Empresa Argentina
Productora de Medicamentos
Departamento Cultural

S1CJ.15.1.
H0008124